

Kamala Harris

A portrait of Kamala Harris, smiling, wearing a white button-down shirt, a pearl necklace, and a pearl earring. The background is a solid dark grey.

Nuestra verdad

«Una historia personal que consigue
emocionar.» *Los Angeles Times*

PENÍNSULA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

1. POR EL PUEBLO

2. UNA VOZ POR LA JUSTICIA

3. CON EL AGUA AL CUELLO

4. CAMPANAS DE BODA

5. YO DIGO QUE LUCHEMOS

6. SOMOS MEJORES QUE ESO

7. TODO EL MUNDO, TODOS LOS CUERPOS

8. EL COSTE DE LA VIDA

9. SEGURIDAD INTELIGENTE

10. TODO LO QUE HE APRENDIDO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

Láminas

Notas

Créditos

Sinopsis

Escrito en primera persona, esta autobiografía es la presentación al mundo de la nueva vicepresidenta de Estados Unidos.

«Estoy hablando». Con esa contundente frase dicha en medio de un debate electoral se daba a conocer la que más tarde acabaría siendo la primera mujer vicepresidenta de Estados Unidos. La primera mujer y la primera afroamericana. Una frase que resume como ninguna otra lo que ella es y, más importante aún, lo que representa su elección.

En estas memorias, Kamala recorre una trayectoria personal que desde sus orígenes está impregnada de la lucha constante por la justicia social y la defensa de los más vulnerables; la de los niños víctima de abusos en su etapa como fiscal, la del matrimonio gay durante su cargo como Fiscal general de California, o la de las familias desahuciadas durante la crisis hipotecaria. Kamala Harris, criada por su madre india en una comunidad afroamericana muy vinculada a los derechos civiles, reflexiona en este libro sobre la importancia de alzar la voz contra los prejuicios y sobre los personajes, públicos y privados, que la han inspirado.

Un libro emocionante y escrito con honestidad, cuya lectura no solo nos sumerge en la vida de una mujer que ha hecho historia a cada paso de su carrera, sino que además nos permite evaluar los importantes cambios políticos y sociales vividos en las últimas cinco décadas y los desafíos que nos aguardan.

NUESTRA VERDAD

Kamala Harris

Traducción de María Eugenia Santa Coloma y Ana González Corcho

ediciones península

A mi querido esposo:

gracias por tu eterna paciencia, amor,

apoyo y serenidad. Y, sobre todo,

por tu sentido de «lo gracioso»

PRÓLOGO

Casi todas las mañanas, mi marido, Doug, se despierta antes que yo y lee las noticias en la cama. Según el tipo de ruido que haga —un suspiro, un quejido, un grito ahogado—, sé cómo va a ser el día.

El 8 de noviembre de 2016 había empezado bien: era el último día de mi campaña para el Senado de Estados Unidos. Pasé la jornada reuniéndome con el mayor número de votantes posible y, por supuesto, voté en un colegio del barrio en la calle donde vivíamos. La sensación era buena. Habíamos alquilado un lugar inmenso para la fiesta de la noche electoral, con muchos globos. Pero antes salí a cenar con mi familia y mis allegados, una tradición que se remonta a mi primera campaña. Vino gente de todo el país, incluso desde fuera de él, para estar con nosotros: mis tías y primos, mi familia política, la de mi hermana y muchos más, todos reunidos para lo que esperábamos que fuera una noche muy especial.

Estaba mirando por la ventanilla del coche, reflexionando sobre lo lejos que habíamos llegado, cuando oí uno de los característicos quejidos de Doug.

—Tienes que ver esto —dijo pasándome el teléfono.

Estaban llegando los primeros resultados de las elecciones presidenciales. Algo pasaba, algo malo. Cuando llegamos al restaurante, la diferencia entre los dos candidatos se había reducido notablemente, y yo también me quejaba para mis adentros. El barómetro del *New York Times* sugería que iba a ser una noche larga y oscura.

Nos sentamos a comer en una pequeña sala del restaurante. Las emociones y la adrenalina estaban a flor de piel, pero no por los motivos que habíamos previsto. Por un lado, aunque los comicios aún no habían finalizado en

California, éramos optimistas sobre mi victoria. No obstante, mientras nos preparábamos para celebrar ese triunfo que tanto nos había costado alcanzar, nuestros ojos estaban fijos en las pantallas mientras un estado tras otro arrojaba datos que contaban una historia preocupante.

En un momento dado, mi ahijado de nueve años, Alexander, se me acercó con lágrimas en los ojos. Supuse que alguno de los demás niños del grupo se había burlado de él por algo.

—Ven, hombrecito. ¿Qué pasa?

Alexander me miró a los ojos. Le temblaba la voz.

—Tita Kamala, ese hombre no puede ganar. No va a ganar, ¿verdad?

La preocupación de Alexander me rompió el corazón. No quería que nadie hiciera sentirse así a un niño. Ocho años antes, muchos de nosotros habíamos llorado de alegría cuando Barack Obama había sido elegido presidente. Y ahora, el miedo de Alexander...

Su padre, Reggie, y yo salimos para intentar consolarlo.

—Alexander, ¿sabes cuando a veces los superhéroes se enfrentan a un gran reto porque un malo va a por ellos? ¿Qué hacen entonces?

—Se defienden —gimoteó.

—Exacto. Y se defienden con emoción, porque los grandes superhéroes tienen grandes sentimientos, como tú. Pero siempre se defienden, ¿no? Pues eso es lo que vamos a hacer.

Poco después, Associated Press anunció mi victoria. Aún estábamos en el restaurante.

—No sé cómo agradecerlos a todos que estéis a mi lado en todo momento, siempre —les dije a mis queridos familiares y amigos, que me apoyan de forma increíble—. Significa mucho para mí.

Estaba rebotante de gratitud, tanto hacia las personas que se encontraban en esa sala como a las que había perdido en el camino, sobre todo a mi madre. Traté de saborear el momento, y lo hice, aunque fuera por poco tiempo. Pero, al igual que los demás, enseguida volví la vista al televisor.

Después de la cena, fuimos al lugar de reunión de la noche electoral, donde se había congregado más de un millar de personas para la fiesta. Ya no era

candidata. Era senadora electa de Estados Unidos, la primera mujer negra de mi estado y la segunda en la historia del país en conseguir ese puesto. Me habían elegido para representar a más de treinta y nueve millones de personas, más o menos uno de cada ocho estadounidenses de todos los orígenes y clases sociales. Era, y es, un gran honor y una lección de humildad.

Mi equipo aplaudió y me aclamó cuando me uní a ellos en la sala de descanso que había detrás del estrado. Todo era un poco surrealista. Ninguno de nosotros había procesado aún lo que estaba pasando. Me rodearon mientras les daba las gracias por todo lo que habían hecho. También éramos una familia y habíamos recorrido juntos un trayecto increíble. Algunas de las personas de la sala habían estado a mi lado desde mi primera campaña para ser fiscal de distrito. Pero ahora, casi dos años después del inicio de esta última, teníamos que conquistar una nueva cima.

Yo había escrito un discurso que daba por hecho que Hillary Clinton se convertiría en nuestra primera presidenta. Mientras me dirigía al estrado a saludar a mis simpatizantes, olvidé ese borrador. Miré a la sala. Estaba a rebosar, desde la platea hasta los palcos. Muchos estaban en estado de *shock* mientras veían los resultados del escrutinio del país.

Dije a la multitud que teníamos una tarea por delante. Les dije que había mucho en juego. Teníamos que comprometernos a unir juntos nuestro país, a hacer lo necesario para proteger nuestros valores e ideales fundamentales. Al plantear esta pregunta, pensé en Alexander y en todos los niños:

—¿Nos retiramos o luchamos? Yo digo que luchemos. ¡Y tengo intención de hacerlo!

Volví a casa con mis familiares, muchos de los cuales se quedaban con nosotros. Fuimos a nuestras habitaciones, nos pusimos ropa cómoda y nos reunimos en la sala de estar. Algunos nos sentamos en el sofá. Otros en el suelo. Todos nos plantamos delante del televisor.

Nadie sabía muy bien qué decir o hacer. Cada uno de nosotros intentaba sobrellevarlo a su manera. Me senté con Doug en el sofá y nos comimos entera una bolsa de Doritos de tamaño familiar. No le dimos ni uno a nadie.

Yo sabía una cosa: había terminado una campaña, pero iba a empezar otra.

Una campaña que nos pedía que nos alistáramos. En esta ocasión, la batalla era por el alma de nuestra nación.

En los años sucesivos, hemos visto una Administración que se entiende con supremacistas blancos dentro de nuestras fronteras y queda bien con dictadores fuera de ellas; que arrebató a niños pequeños de los brazos de sus madres en una esperpéntica violación de los derechos humanos; que reduce drásticamente la presión fiscal sobre las empresas y los millonarios mientras ignora a la clase media; que desbarata nuestra lucha contra el cambio climático; que sabotea la sanidad y pone en peligro el derecho de las mujeres a controlar su propio cuerpo; todo ello mientras parece atacar a todo y a todos, incluida la idea misma de la libertad e independencia de la prensa.

Somos mejores que eso. Los estadounidenses sabemos que lo somos. Pero vamos a tener que demostrarlo. Vamos a tener que luchar por ello.

El 4 de julio de 1992, uno de mis héroes y fuente de inspiración, Thurgood Marshall, pronunció un discurso que resulta de lo más pertinente.

—No podemos hacer como los avestruces —dijo—. La democracia no puede prosperar en el terror. La libertad no puede abrirse paso entre el odio. La justicia no puede echar raíces en la rabia. Estados Unidos debe ponerse a trabajar. Debemos discrepar de la indiferencia. Debemos discrepar de la apatía. Debemos discrepar del miedo, el odio y la desconfianza.

Este libro nace de ese llamamiento a la acción y de mi creencia en que nuestra lucha debe empezar y terminar diciendo la verdad.

Creo que no hay antídoto más importante y trascendental para estos tiempos que la confianza recíproca. Dar y recibir confianza. Y uno de los ingredientes más importantes de las relaciones de confianza es decir la verdad. Lo que decimos es importante. Lo que queremos decir. El valor que damos a nuestras palabras, que tienen valor para los demás.

No podemos solucionar nuestros problemas más espinosos a menos que seamos sinceros sobre lo que son, a menos que estemos dispuestos a mantener conversaciones difíciles y aceptar que hay que poner en claro la realidad. Necesitamos decir la verdad: que el racismo, el machismo, la homofobia, la transfobia y el antisemitismo existen en este país, y que necesitamos hacerles

frente. Necesitamos decir la verdad: que, excepto los nativos americanos, todos descendemos de personas que no nacieron en nuestras costas, independientemente de que nuestros antepasados llegaran a Estados Unidos por voluntad propia, con la esperanza de un futuro próspero; por la fuerza, en un barco de esclavos; o a la desesperada, para huir de un pasado terrible.

No podemos crear una economía que proporcione dignidad y calidad de vida a los trabajadores estadounidenses a menos que primero digamos la verdad; que estamos pidiendo al pueblo que haga más con menos dinero y que viva más tiempo con menos seguridad. Los salarios no han subido en cuarenta años, pese a que el coste de la sanidad, la educación y la vivienda se ha disparado. La clase media vive al día.

Debemos decir la verdad acerca de las cárceles masificadas: que metemos en prisión a más personas que ningún otro país del mundo, sin motivo. Debemos decir la verdad acerca de la brutalidad policial, de los prejuicios raciales, del asesinato de hombres negros desarmados. Debemos decir la verdad acerca de las empresas farmacéuticas, que introdujeron el consumo de opiáceos adictivos en muchas comunidades, abusando de su confianza; y de los préstamos de salario¹ y las universidades con afán de lucro² que han exprimido a estadounidenses vulnerables y los han cargado de deudas. Debemos decir la verdad acerca de la avaricia de las empresas depredadoras que han convertido la liberalización, la especulación económica y el negacionismo del cambio climático en su credo. Y eso es precisamente lo que pienso hacer.

Este libro no pretende ser una plataforma política y mucho menos un programa de cincuenta puntos. Se trata más bien de una recopilación de ideas, opiniones e historias de mi vida y de la de muchas personas que he conocido a lo largo del camino.

Solo dos cosas más antes de empezar: en primer lugar, mi nombre se pronuncia «comma-la» y significa «flor de loto», un símbolo importante en la cultura india. El loto crece bajo el agua; su flor asoma en la superficie, pero sus raíces están bien firmes en el lecho del río.

Y, en segundo, quiero que sepas que este libro es muy personal. Esta es la historia de mi familia. Es la historia de mi infancia. Es la historia de la vida que

he creado desde entonces. Conocerás a mi familia y a mis amigos, a mis compañeros y mi equipo. Espero que, a través de mi narración, los aprecies tanto como yo, pues jamás habría podido llegar donde he llegado yo sola.

KAMALA,
2018

POR EL PUEBLO

Aún recuerdo la primera vez que entré, como empleada, en el Tribunal Superior del condado de Alameda, en Oakland, California. Fue en 1988, durante mi último verano en la Facultad de Derecho, cuando a mí y a otras nueve personas nos ofrecieron una beca de formación durante el verano en la fiscalía de distrito. Algo me decía que quería ser fiscal, que quería estar en la primera línea de la reforma de la justicia penal, que quería proteger a los vulnerables. Pero al no haber visto nunca el trabajo de cerca, no me había decidido.

El sol brillaba con fuerza en el Palacio de Justicia. El edificio se hallaba junto al lago Merritt, más alto y majestuoso que los edificios que lo rodeaban. Desde determinados ángulos, parecía una maravilla arquitectónica de una capital extranjera, con su base de granito y su torre de hormigón que se elevaba hasta acabar en un tejado dorado. No obstante, desde otros, se parecía extrañamente a una tarta nupcial de estilo *art déco*.

La fiscalía de distrito del condado de Alameda tiene algo de legendaria. Earl Warren estuvo a su frente antes de pasar a ser fiscal general de California y, más tarde, uno de los presidentes más influyentes del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Pensé en él aquella mañana al pasar junto a los impresionantes mosaicos del vestíbulo que ilustran la historia de California. Las palabras de Warren, que proclamaba que la segregación era «inherente a la desigualdad», tardaron quince años en llegar a Berkeley, California. Agradecí que llegaran a tiempo para mí; mi

clase de la escuela de primaria fue la segunda de mi ciudad en implantar la integración mediante el transporte escolar.¹

Fui la primera en llegar a la reunión de presentación. Los demás compañeros aparecieron pocos minutos después. Solo había una mujer entre ellos, Amy Resner. En cuanto acabó la reunión, me acerqué a ella y le pedí su número de teléfono. En ese entorno dominado por los hombres, me hacía ilusión tener al menos una compañera. Hoy en día, sigue siendo una de mis mejores amigas y soy la madrina de sus hijos.

Como becarios de verano, lógicamente, teníamos muy poco poder o influencia. Nuestro trabajo consistía sobre todo en aprender y observar, a la vez que echábamos una mano donde podíamos. Era una oportunidad para hacernos una idea de cómo funcionaba el sistema de justicia penal desde dentro, de cómo era hacer justicia... y también no hacerla. Nos pusieron con abogados que llevaban a juicio todo tipo de casos, desde conducción bajo los efectos del alcohol hasta homicidios, y teníamos la oportunidad de estar en la sala y formar parte del proceso de preparación.

Nunca olvidaré la vez que a mi supervisor le tocó trabajar en un caso relacionado con una redada antidroga. La policía había detenido a varias personas durante la operación, incluida una transeúnte inocente que pasaba por allí: una mujer que había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado y se había visto envuelta en el dispositivo. Yo no la había visto. No sabía quién era ni qué aspecto tenía. No tenía ninguna relación con ella, solo la conocía del informe que estaba revisando. Pero había algo en ella que me llamó la atención.

Era un viernes, a última hora de la tarde, y la mayor parte de la gente se había ido a casa a pasar el fin de semana. Con toda probabilidad, el juez no la vería hasta el lunes, lo que significaba que tendría que pasar el fin de semana en la cárcel.

«¿Trabaja los fines de semana? ¿Va a tener que explicarle a su jefe dónde está? ¿La van a despedir?»

Aún más importante, yo sabía que tenía hijos pequeños en casa. «¿Saben que ella está en la cárcel? Deben de pensar que ha hecho algo malo. ¿Quién los está

cuidando? ¿Hay alguien que pueda hacerlo? Tal vez han llamado al Servicio de Protección de Menores. Dios mío, podría perder a sus hijos.»

Todo pendía de un hilo para esta mujer: su familia, su sustento, su prestigio en su comunidad, su dignidad, su libertad. Y, en cambio, no había hecho nada malo.

Fui a toda prisa a ver al secretario del juzgado y le pedí que se le tomara declaración ese mismo día. Se lo rogué. Se lo supliqué. Si el juez pudiera volver al tribunal solo cinco minutos, podríamos dejarla en libertad. En lo único en lo que era capaz de pensar era en su familia y en el miedo de sus hijos. Al final, cuando los minutos del día ya casi se agotaban, el juez volvió. Observé y escuché mientras él repasaba su caso y esperé a que diera la orden. Entonces, con un golpe de mazo, así sin más, la mujer quedó libre. Conseguiría llegar a tiempo a casa para cenar con sus hijos. Nunca llegué a conocerla, pero jamás la olvidaré.

Fue un momento decisivo en mi vida. Fue la materialización de que, incluso en los márgenes del sistema de justicia penal, hay mucho en juego, sobre todo a nivel humano. Entendí que, incluso con las limitadas atribuciones de un becario, las personas que se preocupan pueden hacer justicia. Fue revelador, un momento que demostraba lo importante que era contar con personas compasivas trabajando como fiscales. Años antes de ser elegida para dirigir una importante fiscalía, esta fue una de mis victorias más notables. Sabía que ella se había ido a casa.

Y supe el tipo de trabajo que quería hacer y a quién quería servir.

El Palacio de Justicia no estaba muy lejos de donde crecí. Nací en Oakland, California, en 1964, y pasé la etapa formativa de mi infancia viviendo en la linde entre Oakland y Berkeley.

Mi padre, Donald Harris, nació en Jamaica en 1938. Fue un estudiante brillante que emigró a Estados Unidos después de que lo admitieran en la Universidad de California en Berkeley. Fue allí a estudiar Económicas y llegó a dar clases de Economía en Stanford, donde sigue siendo profesor emérito.

La vida de mi madre comenzó miles de kilómetros al este, en el sur de la India. Shyamala Gopalan era la mayor de cuatro hermanos: tres niñas y un niño.

Al igual que mi padre, fue una estudiante con talento, y cuando mostró pasión por la ciencia, sus padres la animaron y la apoyaron.

Se graduó en la Universidad de Delhi a los diecinueve años. Y no se quedó ahí. Presentó una solicitud para un programa de posgrado en Berkeley, una universidad que jamás había visto y en un país que nunca había visitado. Me cuesta imaginar lo difícil que debió de ser para sus padres dejarla marchar. Los vuelos comerciales estaban empezando a expandirse por todo el mundo. No iba a ser fácil estar en contacto. Sin embargo, cuando mi madre pidió permiso para trasladarse a California, mis abuelos no se interpusieron en su camino. Era una adolescente cuando se fue de casa con destino a Berkeley en 1958 para hacer un doctorado en nutrición y endocrinología, antes de convertirse en investigadora sobre el cáncer de mama.

Mi madre tenía previsto regresar a la India cuando terminara sus estudios. El matrimonio de sus padres había sido concertado y se daba por sentado que mi madre seguiría un camino similar. Pero el destino tenía otros planes. Ella y mi padre se conocieron y se enamoraron en Berkeley mientras participaban en el movimiento por los derechos civiles. Su matrimonio, y su decisión de quedarse en Estados Unidos, fueron los mayores actos de autodeterminación y amor.

Mis padres tuvieron dos hijas. Mi madre obtuvo su doctorado a los veinticinco, el mismo año de mi nacimiento. Mi querida hermana, Maya, llegó dos años después. Siguiendo la tradición familiar, en ambos embarazos mi madre siguió trabajando hasta el momento del parto: una vez, rompió aguas mientras estaba en el laboratorio, y la otra, mientras preparaba un *strudel* de manzana. (En ambos casos, conociendo a mi madre, debió de insistir en acabar antes de ir al hospital.)

Mis primeros años fueron felices y sin preocupaciones. Me encantaba estar al aire libre y recuerdo que, cuando era pequeña, mi padre quería que campara a mis anchas. Se volvía a mi madre y le decía:

—Déjala correr, Shyamala. —Y luego se volvía hacia mí y me decía—: Corre, Kamala. Todo lo rápido que puedas. ¡Corre!

Y yo arrancaba con el viento en la cara y la sensación de ser capaz de cualquier cosa. (No es de extrañar que también tenga muchos recuerdos de mi

madre poniéndome tiritas en las rodillas llenas de rasguños.)

La música llenaba nuestro hogar. A mi madre le apasionaba poner discos de góspel y cantar sobre ellos, desde los primeros trabajos de Aretha Franklin hasta los Edwin Hawkins Singers. Ganó un premio en la India como cantante y a mí me fascinaba oír su voz. A mi padre le gustaba tanto la música como a mi madre. Tenía una gran colección de *jazz*, un montón de álbumes que llenaban todas las estanterías de las paredes. Todas las noches me quedaba dormida al ritmo de Thelonious Monk, John Coltrane o Miles Davis.

Pero la armonía entre mis padres no duró. Con el tiempo, las cosas se pusieron feas. Dejaron de ser amables el uno con el otro. Yo sabía que se querían mucho, pero daba la impresión de que se habían vuelto aceite y agua. Cuando tenía cinco años, el lazo que los unía se rompió bajo el peso de la incompatibilidad. Se separaron poco después de que mi padre aceptara un trabajo en la Universidad de Wisconsin y, unos años después, se divorciaron. No se pelearon por el dinero. Solo lo hicieron por quién se quedaba con los libros.

Siempre he pensado que si hubiesen sido un poco más mayores, más maduros emocionalmente, tal vez su matrimonio habría salido adelante. Pero eran muy jóvenes. Mi padre fue el primer novio de mi madre.

Fue difícil para ambos. Creo que, para mi madre, el divorcio supuso un tipo de fracaso que nunca había creído posible. Su matrimonio fue tanto un acto de rebeldía como de amor. Explicárselo a sus padres ya había sido bastante difícil. Explicar el divorcio, imagino, fue incluso peor. Dudo que alguna vez le dijeran: «Te lo dije», pero creo que esas palabras resonaban en su mente, a pesar de todo.

Maya era aún muy pequeña cuando se separaron, demasiado bebé para entender lo que pasaba, para percibir lo duro de la situación. A menudo he sentido una punzada de culpabilidad por lo que Maya nunca llegó a vivir: yo conocí a nuestros padres cuando eran felices juntos. Maya, en realidad, no.

Mi padre siguió formando parte de nuestras vidas. Lo veíamos los fines de semana y pasábamos los veranos con él en Palo Alto. Pero fue mi madre quien realmente nos crió. Fue la principal responsable de que nos convirtiéramos en las mujeres que somos.

Y era extraordinaria. Mi madre medía poco más de metro y medio, pero para

mí era como si midiera un metro noventa. Era inteligente y fuerte, temible y protectora. Era generosa, fiel y divertida. Solo tenía dos objetivos en la vida: criar a sus dos hijas y acabar con el cáncer de mama. Era exigente y tenía depositadas muchas esperanzas en nosotras mientras nos criaba. En todo momento hizo que Maya y yo nos sintiéramos especiales, que supiéramos que podíamos hacer lo que quisiéramos si nos esforzábamos.

Mi madre había crecido en una familia en la que el activismo político y la participación ciudadana eran algo natural. Su madre, mi abuela, Rajam Gopalan, nunca fue al instituto, pero era una líder competente en su comunidad. Acogía a mujeres maltratadas por sus maridos, y luego los llamaba y les decía que o aprendían a comportarse o ella se encargaría de enseñarles. Solía hacer reuniones sobre métodos anticonceptivos para las mujeres de las aldeas. Mi abuelo P. V. Gopalan había formado parte del movimiento a favor de la independencia de la India. Con el tiempo, como alto diplomático del Gobierno de la India, él y mi abuela vivieron un tiempo en Zambia tras su independencia y ayudaron a establecerse a los refugiados. Solía decir en broma que el activismo de mi abuela algún día lo pondría en un aprieto. Pero sabía que eso nunca iba a detenerla. Mi madre aprendió de ellos que lo que le daba sentido a la vida era servir a los demás. Y de mi madre, Maya y yo aprendimos lo mismo.

Mi madre heredó de mi abuela la fuerza y el coraje. Quienes las conocían sabían que era mejor no meterse con ellas. Y gracias a mis dos abuelos, mi madre desarrolló una gran conciencia política. Era consciente de la historia, consciente de la lucha, consciente de las desigualdades. Nació con el sentido de la justicia grabado en el alma. Mis padres solían llevarme en cochecito con ellos a las manifestaciones en favor de los derechos civiles. De esa época, recuerdo una marea de piernas moviéndose a mi alrededor, la energía, los gritos y los cánticos. La justicia social ocupaba un lugar central en las conversaciones familiares. Mi madre se reía al contar una historia que adoraba de una vez en la que yo me puse a armar jaleo cuando tenía uno o dos años.

—¿Qué quieres? —me preguntó, tratando de calmarme.

—¡Dibertá! —grité.

Mi madre se rodeaba de buenas amigas que eran como hermanas. Mi

madrina, una compañera suya de Berkeley a quien yo conocía como «tía Mary», era una de ellas. Se conocieron a través del movimiento en favor de los derechos civiles que estaba cobrando forma a principios de los años sesenta y se debatía y defendía desde las calles de Oakland hasta las tribunas de la Sproul Plaza en Berkeley. Mientras estudiantes negros hablaban en contra de la injusticia, se formó un grupo de jóvenes, hombres y mujeres entusiastas, muy inteligentes y comprometidos políticamente, entre ellos mi madre y la tía Mary.

Fueron a manifestaciones pacíficas en las que la policía los atacó con mangueras. Se manifestaron contra la guerra de Vietnam y en favor de los derechos civiles y el derecho a voto. Fueron juntas a escuchar a Martin Luther King Jr. en Berkeley, y mi madre llegó a conocerlo. Me dijo que en una protesta contra la guerra, los Ángeles del Infierno se enfrentaron a los manifestantes. Me contó que, en otra, ella y sus amigas se vieron obligadas a correr para resguardarse, conmigo en el cochecito, cuando se desató la violencia contra los manifestantes.

Pero mis padres y sus amigos eran más que eso. Eran grandes pensadores, impulsaban grandes ideas, organizaban su comunidad. La tía Mary, su hermano (mi «tío Freddy»), mi madre y mi padre, y algo más de una decena de estudiantes organizaron un grupo de estudio para leer a los autores negros que la universidad ignoraba. Se reunían los domingos en la casa de Harmon Street de la tía Mary y el tío Freddy, donde devoraban a Ralph Ellison, discutían sobre Carter G. Woodson y debatían acerca de W. E. B. Du Bois. Hablaban sobre el *apartheid*, la descolonización de África, los movimientos de liberación de los países en vías de desarrollo y la historia del racismo en Estados Unidos. Pero no se limitaban a charlar. Había urgencia en su lucha. También recibían a invitados ilustres, entre ellos líderes intelectuales y de los derechos civiles, desde LeRoi Jones hasta Fannie Lou Hamer.

Después de Berkeley, la tía Mary consiguió un trabajo como profesora en la Universidad Estatal de San Francisco, donde siguió celebrando y enalteciendo la experiencia negra. La Universidad Estatal de San Francisco contaba con una universidad experimental dirigida por estudiantes, y, en 1966, otro de los queridos amigos de mi madre, a quien yo conocía como el tío Aubrey, impartió

la primera asignatura universitaria de estudios afroamericanos. El campus era un banco de pruebas para redefinir el significado y la esencia de la enseñanza universitaria.

Esta era la gente de mi madre. En un país en el que no tenía familia, ellos eran su familia, y ella era la de ellos. Prácticamente desde el instante en que llegó de la India, eligió a la comunidad negra y fue bien recibida en ella. Así sentó las bases de su nueva vida estadounidense.

Junto con la tía Mary, la tía Lenore era la confidente más íntima de mi madre. También recuerdo con cariño a uno de los mentores de mi madre, Howard, un brillante endocrinólogo que la protegió. Cuando era pequeña, él me regaló un collar de perlas que me había traído de un viaje a Japón. (Desde entonces, las perlas han sido una de mis joyas preferidas.)

Yo estaba también muy unida al hermano de mi madre, Balu, y a sus dos hermanas, Sarala y Chinni (a quien yo llamaba Chitti, que significa «madre joven»). Vivían a muchos kilómetros de distancia, y rara vez nos veíamos. Pese a todo, gracias a numerosas conferencias internacionales, a nuestros viajes periódicos a la India y al intercambio de cartas y postales, nuestra sensación de familia, de cercanía, consuelo y confianza fue capaz de abrirse paso en la distancia. Fue así como aprendí por primera vez que puedes tener relaciones muy estrechas con las personas, aunque no las veas a diario. Siempre estábamos ahí para los demás, fuera en la forma que fuese.

Mi madre, mis abuelos, mis tías y mi tío nos inculcaron el orgullo de nuestras raíces del sur de Asia. Nuestros nombres típicos indios evocaban nuestro origen, y crecimos con una gran conciencia y aprecio por la cultura india. Todas las palabras de afecto o frustración pronunciadas por mi madre eran en su lengua materna, lo que me parecía adecuado, ya que es la pureza de esas emociones lo que asocio por encima de todo con mi madre.

Mi madre tenía muy claro que estaba criando a dos hijas negras. Sabía que su patria adoptiva nos vería a Maya y a mí como niñas negras, y estaba decidida a garantizar que nos convirtiéramos en mujeres negras seguras y orgullosas.

Más o menos un año después de que mis padres se separaran, nos mudamos al piso de arriba de un dúplex en Bancroft Way, en una parte de Berkeley conocida

como «las llanuras». Era un barrio unido de familias trabajadoras centradas en hacer bien las cosas, pagar las facturas y estar disponibles para los demás. Era una comunidad que invertía en los niños, un lugar donde la gente creía en el principio más básico del sueño americano: que si trabajas mucho y haces lo mejor para el mundo, tus hijos serán mejores que tú. No éramos ricos en términos económicos, pero los valores que interiorizábamos nos aportaban una riqueza distinta.

Mi madre nos arreglaba a Maya y a mí cada mañana antes de irse a trabajar a su laboratorio de investigación. Normalmente, nos preparaba una taza de leche a la que podíamos añadir chocolate, fresa o vainilla solubles. En ocasiones especiales, nos daba algún pastelito. Desde su punto de vista, el desayuno no era momento para complicarse la vida.

Me daba un beso de despedida y yo caminaba hasta la esquina para coger el autobús que me llevaba al colegio de primaria Thousand Oaks. Más tarde supe que formábamos parte de un experimento nacional para abolir la segregación, con niños negros de clase obrera de las llanuras que iban en el autobús en una dirección y niños ricos de las colinas de Berkeley que iban en dirección contraria. En aquel momento, lo único que sabía era que el autobús amarillo grande era el medio para llegar al colegio.

Cuando miro la foto de mi clase de primero, recuerdo lo maravilloso que fue crecer en un entorno tan diverso. Dado que los alumnos proveníamos de distintas zonas del municipio, éramos un grupo variopinto; algunos procedían de viviendas sociales y otros eran hijos de profesores universitarios. Recuerdo que en el colegio celebrábamos las festividades de las distintas culturas y que aprendimos a contar hasta diez en varios idiomas. Recuerdo a los padres, incluida mi madre, como voluntarios en clase para despertar el interés por la ciencia y los proyectos artísticos en los niños. La señora Frances Wilson, mi profesora de primer curso, estaba muy comprometida con sus alumnos. De hecho, cuando me gradué en la Facultad de Derecho Hastings de la Universidad de California, la señora Wilson se encontraba entre el público, animándome.

Cuando Maya y yo salíamos del colegio, nuestra madre solía estar en el trabajo, así que nos íbamos a casa de los Shelton, dos viviendas más abajo, a

quienes mi madre conocía por medio del tío Aubrey, y con quienes compartimos una larga relación de amor, cariño y vínculos.

Regina Shelton, natural de Luisiana, era tía de Aubrey; ella y su marido, Arthur, inmigrante de Arkansas, tenían y dirigían una guardería, situada al principio en el sótano de su casa y más tarde debajo de nuestro apartamento. Los Shelton estaban volcados en que los niños de nuestro barrio tuvieran el mejor comienzo posible en la vida. Su guardería era pequeña pero acogedora, con pósteres de líderes como Frederick Douglass, Sojourner Truth y Harriet Tubman en las paredes. El primer George Washington del que oímos hablar Maya y yo cuando éramos pequeñas fue George Washington Carver.² Aún nos reímos de la primera vez que Maya oyó a un profesor hablar en clase sobre el presidente George Washington y pensó para sus adentros con orgullo: «¡Lo conozco! ¡Es el de los cacahuetes!».

Los Shelton también dirigían un programa extraescolar en su casa, y ahí es donde Maya y yo pasábamos las tardes. Decíamos que íbamos a «la casa». Siempre había niños correteando por ella; muchas risas, juegos y alegría. Maya y yo crecimos junto a la hija de la señora Shelton y los niños que tenía en acogida; imaginábamos que íbamos a casarnos con los Jackson Five: Maya con Michael y yo con Tito. (¡Te quiero, Tito!)

La señora Shelton pronto se convirtió en una segunda madre para Maya y para mí. Elegante y cálida a partes iguales, aportaba un estilo sureño tradicional a su gracia y hospitalidad, por no hablar de su bizcocho y sus pastelitos de hojaldre, que me chiflaban. También era sumamente considerada, en ambos sentidos de la palabra: de una inteligencia excepcional y una generosidad poco común.

Nunca olvidaré cuando hice pastelitos de limón para compartir. Me pasé una tarde preparando la receta de estos pastelitos que había encontrado en los libros de cocina de mi madre. Quedaron la mar de bien, y yo estaba entusiasmada por enseñárselos. Los puse en un plato, los tapé con film transparente y fui a pie a casa de la señora Shelton, que estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiendo té y riéndose con su hermana, la tía Bea, y mi madre. Les mostré orgullosa mi

creación, y la señora Shelton le dio un buen bocado a uno. Resultó que había usado sal en lugar de azúcar, pero, al no haberlos probado, no lo sabía.

—Mmm, cariño —respondió la señora Shelton con su gracioso acento sureño y los labios algo fruncidos a causa del sabor—. Están deliciosos..., tal vez con demasiada sal, pero verdaderamente deliciosos.

No me marché de allí sintiendo que era un desastre. Me marché de allí pensando que lo había hecho muy bien, y que solo había cometido un pequeño error. Fueron esos momentos de poca importancia los que me ayudaron a confiar en mí misma de manera natural. Creía que era capaz de cualquier cosa.

La señora Shelton me enseñó mucho. Siempre se acercaba a madres que necesitaban consejos o ayuda, o incluso un abrazo, porque eso es lo que hay que hacer. Acogió a más niños de los que puedo recordar y adoptó a una niña llamada Sandy, que se convertiría en mi mejor amiga. Siempre veía el potencial de las personas. Eso también me encantaba de ella. Se dedicó a los niños del barrio que habían caído en el olvido, y lo hizo esperando que esos niños y esas niñas que luchaban pudieran ser fuertes. Y, sin embargo, nunca hablaba de ello ni se victimizaba. Para ella, esos actos no eran nada del otro mundo; eran sencillamente una consecuencia de sus valores.

Cuando volvía de casa de los Shelton, solía encontrar a mi madre leyendo, preparando sus notas o haciéndonos la cena. Salvo a la hora del desayuno, le encantaba cocinar, y a mí me gustaba sentarme con ella en la cocina y observar, oler y comer. Tenía un cuchillo de carnicero enorme de estilo chino que usaba para cortar, y una despensa llena de especias. Me encantaba que el quingombó pudiera ser un plato del sur de Estados Unidos o de la India, en función de las especias elegidas; a veces le añadía gambas secas y salchicha para hacer gumbo; otras lo freía con cúrcuma y granos de mostaza.

Mi madre cocinaba como un científico. Siempre estaba experimentando; ternera salteada con salsa de ostras una noche, tortitas de patata otra. Incluso mi almuerzo se convirtió en un laboratorio para sus creaciones: en el autobús, mis amigos, con sus sándwiches de mortadela o de crema de cacahuete y mermelada, preguntaban entusiasmados:

—Kamala, ¿de qué es el tuyo?

Abría la bolsa de papel marrón, que mi madre siempre decoraba con una carita sonriente o un dibujito.

—¡Queso para untar y aceitunas con pan de centeno!

Debo admitir que no todos los experimentos salían bien, al menos no para mi paladar de alumna de primaria. Pero no importa, era distinto, y eso lo hacía especial, como a mi madre.

Mientras cocinaba, mi madre acostumbraba a poner a Aretha Franklin en el tocadiscos y yo bailaba y cantaba en el salón como si fuera mi escenario. Escuchábamos todo el tiempo su versión de «To Be Young, Gifted and Black», un himno del orgullo negro que primero interpretó Nina Simone.

Gran parte de nuestras conversaciones tenían lugar en la cocina. Cocinar y comer eran cosas que nuestra familia solía hacer junta. Cuando Maya y yo éramos pequeñas, nuestra madre a veces nos daba lo que llamaba «revoltillo». Cortaba pan de molde con un cortador para galletas y luego lo colocaba en una bandeja y le añadía mostaza, mayonesa, pepinillos y clavaba en él palillos decorados. Entre las rebanadas de pan, poníamos los restos que había en la nevera de noches anteriores. Tardé años en comprender que, en realidad, el «revoltillo» no eran más que las sobras. Mi madre encontraba el modo de hacer que incluso lo normal pareciera interesante.

También nos reíamos mucho. A mi madre le encantaba un espectáculo de marionetas clásico llamado *Judy y Punch*, en el que Judy persigue a Punch con un rodillo. Se reía mucho cuando fingía perseguirnos por la cocina con el suyo.

Pero no todo eran risas, claro está. El sábado era el «día de los quehaceres domésticos», y cada una de nosotras teníamos nuestras tareas. Y mi madre podía ser dura. No le gustaba la autocomplacencia. A mi hermana y a mí rara vez nos elogiaba por nuestra conducta o por los logros que se esperaban de nosotras.

—¿Por qué debería aplaudirte por algo que se supone que tienes que hacer? —me regañaba si intentaba que me hiciera un cumplido. Y si volvía a casa para contar el último drama esperando que me escuchara, mi madre no lo hacía. Su primera reacción era: «A ver, ¿qué has hecho?».

Pensándolo bien, creo que intentaba enseñarme que yo tenía poder y voluntad. Me parece bien, pero aun así me volvía loca.

No obstante, esa dureza siempre iba acompañada de un amor, una lealtad y un apoyo incondicionales. Si Maya o yo teníamos un mal día, o si el cielo estaba gris y tristón durante demasiado tiempo, nos hacía lo que a ella le gustaba llamar una «fiesta de no cumpleaños», con pastel de no cumpleaños y regalos de no cumpleaños. Otras veces, nos preparaba nuestras cosas preferidas: tortitas con pepitas de chocolate o sus galletas de cereales «Special K» («K» de Kamala). Y a menudo sacaba la máquina de coser y nos hacía ropa para nosotras o nuestras Barbies. Incluso nos dejó a Maya y a mí elegir el color del coche familiar, un Dodge Dart que conducía por todas partes. Elegimos el amarillo —nuestro color favorito en aquella época— y si se arrepintió de habernos dado poder para tomar la decisión, nunca lo dejó entrever. (Por el lado positivo, siempre era fácil encontrar nuestro coche en un aparcamiento.)

Tres veces por semana, yo iba calle arriba hasta la casa de la señora Jones, que era una pianista de formación clásica. Las posibilidades en ese campo para una mujer negra no eran muchas, así que acabó siendo profesora de piano. Era estricta y seria. Cada vez que yo miraba el reloj para ver cuánto faltaba para que acabara la clase, me pegaba con una regla en los nudillos. Otras noches, iba a casa de la tía Mary, y el tío Sherman y yo jugábamos al ajedrez. Era un gran jugador y le encantaba hablarme de las implicaciones del juego: la estrategia, la necesidad de tener un plan, de pensar las cosas con mucha antelación, de predecir lo que va a hacer el adversario y adaptar tu juego para ganarle la partida. De vez en cuando, me dejaba ganar.

Los domingos, nuestra madre nos mandaba a la Iglesia de Dios de la Avenida Veintitrés, apiñadas con los demás niños en la parte trasera de la ranchera de la señora Shelton. Mis primeros recuerdos de las enseñanzas de la Biblia son de un Dios bondadoso, un Dios que nos pide «alzar la voz por quienes no pueden hacerlo» y «defender los derechos de los pobres y los necesitados». Ahí aprendí que la «fe» es un verbo; creo que debemos vivir nuestra fe y ponerla en práctica.

Maya y yo cantábamos en el coro infantil, y mi himno favorito era «Fill My Cup, Lord». Recuerdo un Día de la Madre en que recitamos una oda a las madres. Cada una de nosotras adoptamos la pose de una de las letras de la palabra *mother*, madre. Me tocó hacer de letra T, y me quedé en esa postura con

orgullo, con los brazos en cruz. «La T es de tiempo, el que dedica a cuidarme y quererme en todos los sentidos.»

Mi noche preferida de la semana era la del jueves. Los jueves, siempre nos podías encontrar en un modesto edificio beis en la esquina de lo que entonces era Grove Street y Derby. Aunque antes había sido una morgue, el edificio que yo conocí rebosaba de vida, y era la sede de un innovador centro cultural negro: Rainbow Sign.

El Rainbow Sign era una sala de artes escénicas, un cine, una galería de arte, una academia de danza y mucho más. Tenía un restaurante con una gran cocina, y siempre había alguien preparando algo delicioso: pollo o albóndigas en salsa, boniatos caramelizados, pan de maíz, *cobbler* de melocotón. Durante el día podías asistir a clases de baile e idiomas, o a talleres de teatro y arte. De noche, se proyectaban películas, se daban conferencias o tenían lugar actuaciones de algunos de los intelectuales y líderes negros más destacados de aquel momento: músicos, pintores, poetas, escritores, cineastas, eruditos, bailarines y políticos; hombres y mujeres a la vanguardia del pensamiento crítico y la cultura estadounidense.

El Rainbow Sign fue idea de Mary Ann Pollar, una promotora de conciertos visionaria que abrió el centro con otras diez mujeres negras en septiembre de 1971. Su nombre, que significa «símbolo del arcoíris» se inspiró en un verso del espiritual negro «Mary Don't You Weep», cuya letra «Dios dio a Noé el símbolo del arcoíris; no más agua sino fuego la próxima vez...» estaba impresa en el folleto de afiliación. James Baldwin, por supuesto, había usado de forma memorable este mismo verso para titular su libro *The Fire Next Time* [Fuego la próxima vez]. Baldwin era amigo íntimo de Pollar y un invitado habitual del club.

Mi madre, Maya y yo íbamos a menudo al Rainbow Sign. Todos en el barrio nos conocían como «Shyamala y las niñas». Éramos una unidad. Un equipo. Y cuando aparecíamos, siempre nos recibían con una gran sonrisa y abrazos afectuosos. El Rainbow Sign promovía la comunidad y tenía un ambiente acogedor. Era un lugar diseñado para difundir el conocimiento, la concienciación y el poder. Su lema informal era «Por amor a las personas». Las familias con

niños eran recibidas con especial agrado en el Rainbow Sign, un criterio que reflejaba tanto los valores como las ideas de las mujeres que llevaban el timón.

Pollar le contó en una ocasión a un periodista: «Oculto tras todo lo que hacemos, del entretenimiento de calidad que organizamos, siempre hay un mensaje: mira a tu alrededor; piensa en esto». El centro contaba con programación específica para niños hasta la enseñanza media, en la que no solo había formación artística, sino también una versión paralela de la programación para adultos, donde los jóvenes podían conocer e interactuar directamente con los ponentes y los artistas invitados.

La zona de la bahía de San Francisco acogía a numerosos líderes negros extraordinarios y bullía de orgullo negro en algunos lugares. Allí había migrantes procedentes de todo el país. Esto hacía que niños como yo, que pasábamos tiempo en el Rainbow Sign, estuviéramos expuestos a decenas de hombres y mujeres extraordinarios que nos mostraban qué podíamos llegar a ser. En 1971, la congresista Shirley Chisholm nos visitó cuando estaba considerando presentarse como candidata a la presidencia. ¡Eso sí que es fortaleza! «Nadie me compra y nadie me subyuga», prometía el eslogan de su campaña. Alice Walker, que llegó a ganar el premio Pulitzer por su novela *El color púrpura*, hizo una lectura en el Rainbow Sign. Igual que Maya Angelou, la primera autora negra de éxito gracias a su autobiografía, *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*. Nina Simone actuó en el Rainbow Sign cuando yo tenía siete años. Más tarde supe que Warren Widener, el primer alcalde negro de Berkeley, proclamó el 31 de marzo de 1972 el Día de Nina Simone para conmemorar sus dos días de actuaciones.

Me encantaba el ambiente electrizante del Rainbow Sign: las risas, la comida, la energía. Me encantaban los poderosos discursos desde el escenario y las bromas del público, ocurrentes y a veces rebeldes. Fue allí donde aprendí que la expresión artística, la ambición y la inteligencia eran geniales. Fue allí donde entendí que no hay mejor manera de alimentar las neuronas que aunar comida, poesía, política, música, baile y arte.

Allí fue también donde comprendí la consecuencia lógica de las enseñanzas diarias de mi madre, donde empecé a imaginar qué me podía deparar el futuro.

Mi madre nos estaba criando en la creencia de que «¡Es demasiado difícil!» nunca es una excusa aceptable; que ser buena persona es sinónimo de admitir que hay algo más grande que tú misma; que el éxito se calibra en parte por lo que ayudas a los demás a alcanzar sus logros y llevarlos a cabo. Nos decía: «Enfréntate a los sistemas para conseguir que sean más justos, y no te limites al hecho de que algo siempre haya sido así». En el Rainbow Sign vi esos valores en acción, la encarnación de esos principios. Era una educación cívica, la única que yo conocía, y que suponía que era la que recibía todo el mundo.

Me gustaba estar allí. Pero antes de entrar en el instituto, tuvimos que marcharnos. A mi madre le ofrecieron una oportunidad única en Montreal: dar clases en la Universidad McGill e investigar en el Hospital General Judío. Fue un gran paso en la evolución de su carrera.

Sin embargo, para mí no era una oportunidad interesante. Yo tenía doce años, y la idea de mudarnos desde la soleada California en febrero, a mitad de curso, a una ciudad extranjera de habla francesa cubierta por casi cuatro metros de nieve era inquietante, por no decir otra cosa. Mi madre intentó que pareciera una aventura y nos llevó a comprar nuestros primeros anoraks de plumas y mitones, como si fuéramos a convertirnos en exploradoras del gran invierno boreal. Pero a mí me costaba pensar así. Fue peor aún cuando mi madre nos dijo que quería que aprendiéramos el idioma, por lo que iba a matricularnos en una escuela del barrio para francófonos, Notre-Dame-des-Neiges, Nuestra Señora de las Nieves.

Fue una transición difícil, pues el único francés que yo sabía entonces era el de mis clases de *ballet*, donde Madame Bovie, mi profesora, nos gritaba: «*Demi-plié, ¡y arriba!*». Yo solía bromear diciendo que me sentía como un pato, porque en mi colegio nuevo me pasaba todo el día diciendo: «*Quoi? Quoi? Quoi?*». («¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?»)

Yo estaba convencida de llevar conmigo a Montreal todo lo que había aprendido hasta entonces. Un día, Maya y yo organizamos una manifestación delante de nuestro edificio para protestar porque no dejaran jugar a fútbol a los niños en el jardín. Me complace informar que nuestras demandas fueron satisfechas.

Al final, convencí a mi madre de que me dejara cambiar a una escuela de

bellas artes, donde probé con el violín, la trompa y el timbal, además de estudiar historia y matemáticas. Un año, interpretamos entero el espectáculo *Free to Be... You and Me*.³

Para cuando empecé a ir al instituto, ya me había adaptado a nuestro nuevo entorno. Seguía echando de menos mi casa, a mis amigos y mi familia, y siempre me hacía feliz volver durante el verano y las vacaciones, cuando nos quedábamos con mi padre o la señora Shelton. Pero me llegué a acostumbrar a casi todo. A todo excepto a la nostalgia que sentía de mi país. Sentía un anhelo constante de estar de nuevo en mi patria. No tenía ninguna duda de que volvería para ir a la universidad.

Invité a mis padres a mi graduación, aunque sabía que no se dirigirían la palabra. Aun así, quería tenerlos a los dos ahí conmigo. Nunca olvidaré cuando me senté en las dos primeras filas del auditorio y miré al público. Mi madre estaba ilocalizable. «¿Dónde está? —pensé—. ¿No está porque está mi padre?» El acto estaba a punto de empezar. Y entonces, de repente, se abrió la puerta trasera del auditorio y entró mi madre, que casi siempre iba al laboratorio con vaqueros y deportivas, con un vestido rojo muy brillante y tacones. No era de las que dejaba que las circunstancias la superaran.

Durante el instituto, empecé a pensar más en concreto en mi futuro, en la universidad y en lo que vendría después. Siempre supuse que haría una carrera; había visto la satisfacción que les producía a mis padres su trabajo. También había visto a una serie de mujeres extraordinarias: la tía Mary, la señora Wilson, la señora Shelton y sobre todo mi madre encabezar sus respectivas esferas de influencia, y la diferencia que marcaban en la vida de otras personas.

Aunque la semilla se plantó muy pronto, no sé bien cuándo, exactamente, decidí que quería ser abogada. Algunos de mis principales héroes eran abogados: Thurgood Marshall, Charles Hamilton Houston, Constance Baker Motley..., gigantes del movimiento por los derechos civiles. Me importaba mucho la justicia y veía el derecho como un instrumento que podía contribuir a la igualdad. Pero creo que lo que más me atrajo de la profesión fue la confianza que tenía mi entorno en los abogados. El tío Sherman y nuestro buen amigo Henry eran abogados, y cada vez que alguien tenía un problema, en la familia o

el barrio, lo primero que oías era «Llama a Henry. Llama a Sherman. Ellos sabrán qué hacer. Ellos le encontrarán sentido a esto». Quería poder hacer eso. Quería ser la persona a quien llamaran los demás. Quería ser la persona que podía ayudar.

Así que cuando llegó la hora de ir a la universidad, quise empezar con buen pie. Y ¿qué mejor lugar para hacerlo, pensé, que en el *alma mater* de Thurgood Marshall?⁴

Siempre había oído historias sobre lo maravillosa que era la Universidad Howard,⁵ en especial por parte de la tía Chris, que había ido allí. Howard es una institución con un legado extraordinario, que ha perdurado y prosperado desde su fundación, dos años después del final de la guerra de Secesión. Perduró cuando las puertas de la enseñanza universitaria estaban en gran parte cerradas para los estudiantes negros. Perduró cuando la segregación y la discriminación eran ley en el país. Perduró cuando pocos reconocían el potencial y la capacidad de los jóvenes negros, hombres y mujeres, para ser líderes. Generaciones de estudiantes han crecido y se han formado en Howard, donde les han proporcionado la confianza para aspirar a lo más alto y los instrumentos para alcanzar la cima. Yo quería ser uno de ellos y, en otoño de 1982, me trasladé a Eton Towers, mi primer colegio mayor.

Siempre recordaré cuando entré en el auditorio Cramton para la reunión informativa a los estudiantes de primer año. No había un alfiler en la sala. Me quedé en la parte de atrás, miré alrededor y pensé: «¡Esto es el paraíso!». Había cientos de personas, y todas eran como yo. Algunas eran hijos de exalumnos de Howard; otras eran las primeras de su familia en ir a la universidad. Algunas habían ido a escuelas mayoritariamente negras toda su vida; otras habían sido durante mucho tiempo una de las pocas personas racializadas de su clase o su barrio. Algunas procedían de ciudades, algunas de comunidades rurales y algunas de países africanos, el Caribe y de toda la diáspora africana.

Al igual que para la mayoría de los alumnos de Howard, mi lugar preferido para pasar el rato era una zona llamada el Patio, una zona cubierta de césped del

tamaño de una manzana de edificios, justo en el centro del campus. Un día cualquiera, podías estar en medio del Patio y ver, a tu derecha, a bailarines jóvenes practicando sus pasos o a músicos tocando sus instrumentos. Mirabas a la izquierda y había estudiantes con maletines paseando hacia la Facultad de Empresariales, y estudiantes de Medicina con sus batas blancas que se dirigían al laboratorio. Los grupos de alumnos podían estar riéndose o inmersos en un profundo debate. Un columnista de *The Hilltop*, el periódico de la universidad, con la estrella del equipo de fútbol. Un cantante del coro de góspel, con el presidente del club de matemáticas.

Ahí radicaba la belleza de Howard. Todo indicaba a los estudiantes que podíamos ser lo que quisiéramos, que éramos jóvenes, talentosos y negros, y que no debíamos dejar que nada se interpusiera en nuestro camino hacia el éxito. El campus era un lugar donde no tenías que doblegarte a las decisiones de los demás. A Howard podías llegar como la persona que eras y salir como la que aspirabas a ser. No había falsas dicotomías.

No solo nos decían que teníamos la capacidad de ser muy buenos; nos desafiaban a estar a la altura de esas capacidades. Se esperaba que cultivásemos y usásemos nuestro talento para asumir funciones de liderazgo e influir en los demás, en nuestro país y tal vez incluso en el mundo.

Me sumergí entusiasmada. El primer año de universidad, me presenté como candidata a mi primer cargo electivo: delegada de los estudiantes de primer año en el Consejo de Alumnos de Artes Liberales.⁶ Fue mi primera campaña. Desde entonces, no me he enfrentado a ningún adversario tan duro como Shelley Young, de Jersey, y eso es mucho decir, viniendo de una persona de Oakland.

Presidí el Club de Economía y formé parte del equipo de debate. Me hice miembro de una hermandad, mi adorada Alfa Kappa Alfa, fundada en Howard por nueve mujeres hace más de un siglo. Los viernes, mis amigas y yo nos poníamos nuestras mejores galas y nos pavoneábamos por el Patio. Los fines de semana, íbamos al National Mall a protestar contra el *apartheid* en Sudáfrica.

Mientras estuve en Howard, además de estudiar, tuve muchos trabajos. Hice prácticas en la Comisión Federal de Comercio, donde me encargaba del *clipping* de prensa, que consistía en revisar toda la prensa matutina, recortar los artículos

que hicieran mención del organismo y pegarlos en hojas de papel que se fotocopiaban y se repartían a los altos cargos. También investigué en los Archivos Nacionales e hice de guía en la Oficina de Grabado e Impresión de Estados Unidos. A mis compañeros que trabajaban como guías y a mí nos daban *walkie-talkies* y un número de identificación; yo era «TG-10», un nombre en clave que me hacía sentir como una agente del Servicio Secreto. Una vez, al acabar mi turno me encontré con Ruby Dee y Ossie Davis⁷ en la zona principal, esperando para una visita vip después de la hora de cierre. Su presencia era imponente, a juego con su fama y su prestigio; sin embargo, quisieron hablar conmigo y me dijeron que ver a una joven negra trabajando en un servicio público los hacía sentirse orgullosos. Jamás he olvidado la sensación como persona joven al ver que dos iconos de su talla dedicaban tiempo a interesarse por mí.

Durante el verano de mi segundo año de universidad, conseguí una beca de formación con el senador Alan Cranston de California. ¿Quién podría haber imaginado que treinta años después yo sería elegida para el mismo escaño en el Senado? (Aún tengo, enmarcada en mi despacho del Senado, cerca de donde se sientan los becarios, la carta de agradecimiento que me envió el director de su oficina. Cuando voy en el metro del Senado⁸ con los becarios, a menudo les digo: «¡Estáis contemplando vuestro futuro!».) Me encantó ir al Capitolio a trabajar aquel verano. Me sentía en el epicentro del cambio, y aunque no fuera más que una becaria que se encargaba de clasificar la correspondencia, me entusiasmaba formar parte de él. Pero me fascinaba aún más el edificio del Tribunal Supremo, situado enfrente. Solía cruzar la calle en mitad del calor húmedo estival, cuando se podía cortar el aire con un cuchillo, solo para poder admirar su magnificencia y leer las palabras grabadas en mármol encima de la entrada: «Igualdad ante la ley». E imaginaba un mundo donde eso fuera así.

Después de Howard, volví a casa a Oakland y me matriculé en la Facultad de Derecho Hastings de la Universidad de California. Fui elegida presidenta de la Asociación de Estudiantes de Derecho Negros durante mi segundo año en la Facultad de Derecho. En esa época, a los estudiantes negros les costaba más encontrar trabajo que a los blancos, y yo quería cambiar aquello. Como

presidenta de la Asociación de Estudiantes de Derecho Negros llamé a los socios administradores de los principales bufetes de abogados y les pedí que enviaran representantes a una feria de empleo que estábamos celebrando en un hotel.

Cuando me di cuenta de que quería trabajar en la fiscalía de distrito, de que había encontrado mi vocación, me entraron unas ganas increíbles de compartir mi decisión con mis amigos y mi familia. Y no me sorprendió su incredulidad. Tuve que defender mi decisión como quien defiende una tesis doctoral.

Estados Unidos cuenta con una historia extensa y oscura de personas que han usado el poder de la fiscalía como un instrumento de injusticia. Yo conocía bien esta historia: hombres inocentes incriminados con pruebas falsas, acusaciones contra personas racializadas sin suficientes pruebas, fiscales que ocultaban información que exculparía a los demandados, aplicación desproporcionada de la ley. Crecí con estas historias; por eso entendí el recelo por parte de mi comunidad. Pero la historia también contenía otro relato.

Conocía la historia de fiscales valientes que se enfrentaron al Ku Klux Klan en el sur. Conocía las historias de fiscales que habían perseguido a políticos corruptos y empresas contaminantes. Conocía el legado de Robert Kennedy, quien, como fiscal general de Estados Unidos, había enviado a funcionarios del Departamento de Justicia a proteger a los Freedom Riders⁹ en 1961 y a alguaciles¹⁰ a proteger a James Meredith, el primer alumno negro que se matriculó en la Universidad de Misisipi, el año siguiente.

Sabía muy bien que la igualdad ante la justicia era una aspiración. Sabía que la fuerza de la ley se aplicaba de forma desigual, a veces intencionadamente. Pero también sabía que los fallos del sistema no tenían por qué ser inmutables. Y quería formar parte de ese cambio.

Uno de los dichos favoritos de mi madre era: «No dejes que nadie te diga quién eres. Díselo tú». Y eso hice. Sabía que una parte del cambio provendría de lo que había visto toda mi vida: adultos gritando y manifestándose, exigiendo justicia desde fuera. Pero también sabía que había una misión importante que hacer desde dentro, sentada a la mesa donde se tomaban las decisiones. Cuando los activistas vinieran y aporrearan las puertas, yo quería estar en el otro lado para dejarlos entrar.

Iba a ser fiscal a mi manera. Iba a hacer el trabajo a través del prisma de mis propias experiencias y perspectivas, desde la sabiduría adquirida de pequeña, en el salón de actos del Rainbow Sign y en el Patio de Howard.

Una parte importante de lo que aprendí allí fue que, en lo referente a la justicia penal, nos iban a pedir que aceptáramos falsas dicotomías. Durante demasiado tiempo, nos habían dicho que solo había dos opciones: ser duro con los delitos o ser blando, una simplificación excesiva que pasaba por alto la realidad de la seguridad pública. Se puede querer que la policía ponga freno a los delitos en el barrio y, al mismo tiempo, que deje de usar una fuerza excesiva. Se puede querer que se capture a un asesino que anda suelto y también que se abandonen los prejuicios racistas. Se puede creer en la necesidad de que haya consecuencias y responsabilidades, sobre todo para los delincuentes peligrosos, y estar en contra de las condenas injustas. Y yo creía que era fundamental entrelazar todos estos hilos.

Al final de mi beca de verano, me alegró mucho que me ofrecieran un puesto como adjunta del fiscal de distrito. Solo tenía que terminar el último curso de los estudios de Derecho, hacer el examen de capacitación para poder ejercer, y podría empezar mi carrera en la sala de juicios.

Terminé Derecho en la primavera de 1989 e hice el examen de capacitación en julio. Durante las últimas semanas de verano, mi futuro parecía muy prometedor y claro. Había empezado la cuenta atrás de la vida que imaginaba.

Y después, de golpe, todo frenó en seco. En noviembre, el Colegio de Abogados envió las cartas a quienes habíamos hecho el examen y yo había suspendido. La noticia me dejó desolada. No podía dejar de pensar en ello. Era casi insoportable. Mi madre siempre me había dicho: «No hagas nada a medias», y siempre me lo había tomado muy en serio. Yo era muy trabajadora. Perfeccionista. Alguien que no daba nada por descontado. Pero ahí estaba yo, con la carta en la mano, asumiendo que tras preparar el examen, había hecho la actuación más mediocre de mi vida.

Por suerte, seguía teniendo un empleo en la fiscalía de distrito. Iban a

mantenerme en plantilla, como secretaria del juzgado, y permitirme estudiar para repetir el examen en febrero. Les agradecí el gesto, pero no me resultaba fácil ir a la oficina, porque me sentía inepta e incompetente. Casi todos los que habían sido contratados al mismo tiempo que yo habían aprobado e iban a seguir su formación sin mí. Recuerdo pasar por el despacho de alguien y oír que le decía a otra persona: «Pero es muy inteligente. ¿Cómo es que no ha aprobado?». Me sentía fatal y avergonzada. Me preguntaba si la gente pensaría que era una impostora. Pero mantuve la cabeza alta, seguí yendo a trabajar todos los días, y aprobé al segundo intento. Me sentí muy orgullosa y honrada el día que juré como funcionaria judicial, y me presenté en el Palacio de Justicia lista para empezar a trabajar. Pero, por lo que parece, ninguna Facultad de Derecho ni ningún examen de capacitación te enseñan la realidad de los juzgados y, en aquellos primeros días, podías llegar a pensar que habías aterrizado en otro planeta, donde todos hablan el mismo idioma menos tú. Como secretaria del juzgado, puedes representar a personas en sala bajo supervisión. Pero esa sería la primera vez que estaría en un juicio sola.

Había preparado el caso y revisado los hechos una docena de veces. Había practicado las preguntas que quería hacer, memorizado las palabras exactas de mis mociones. Había estudiado y ensayado cada práctica y costumbre, hasta el traje de chaqueta de rigor para las abogadas, antes de que se permitiera a las mujeres llevar pantalones en la sala de audiencias. Hice todo lo que pude. Aun así, había tanto en juego que nada parecía suficiente.

Entré en la sala de audiencias por el pasillo de la galería y pasé por los bancos hasta la barandilla que separa a los funcionarios del juzgado de los demandados, las familias, los testigos y otros asistentes. Delante de la barandilla había una fila de sillas para los abogados que esperaban a que llamaran sus casos, y allí me senté. Nervios, emoción y adrenalina competían entre sí en mi cabeza. Pero, sobre todo, me sentía honrada y era consciente de la inmensa responsabilidad que tenía: el deber de proteger a quienes formaban parte de los más vulnerables y los miembros sin voz de nuestra sociedad. Cuando me llegó el turno, me levanté de la silla en la mesa del fiscal, di un paso adelante hacia el estrado y dije las palabras que pronuncian todos los fiscales:

—Kamala Harris, por el pueblo.

El motivo por el que tenemos fiscalías públicas en Estados Unidos es porque, en nuestro país, un delito contra cualquiera de nosotros se considera un delito contra todos. Casi por definición, nuestro sistema de justicia penal trata temas en los que los poderosos han perjudicado a los que tienen menos poder, y no esperamos que sea la parte más débil la que haga justicia por sí misma; lo convertimos en un esfuerzo colectivo. Esa es la razón por la que los fiscales no representan a la víctima; representan «al pueblo», la sociedad en general.

Mantuve ese principio como primordial cuando trabajaba con víctimas, cuya dignidad y seguridad fueron siempre lo más importante para mí. Se necesita mucho valor para compartir tu historia y aguantar un contrainterrogatorio, sabiendo que estás poniendo en juego tu credibilidad y detalles personales muy íntimos. Pero cuando alguien comparece ante el juez, lo hace en beneficio de todos: para que quienes infringen la ley asuman su responsabilidad y las consecuencias.

«Por el pueblo» fue mi brújula, y no había nada que me tomara más en serio que el poder que entonces poseía. Como fiscal, tenía la potestad de decidir si presentar cargos contra alguien y, en tal caso, cuáles y cuántos. Podía negociar acuerdos y hacer recomendaciones sobre la imposición de penas y fianzas al tribunal. Acababa de empezar mi carrera como fiscal y, sin embargo, ya tenía el poder de privar a una persona de su libertad de un plumazo.

Cuando llegó el momento de los alegatos finales, me acerqué a la tribuna del jurado. Decidí hacerlo sin notas, para no tener la vista clavada en un trozo de papel mientras leía mis mejores argumentos por los que deberían condenar al demandado. Quería mirar a los ojos a los miembros del jurado. Consideraba que tenía que conocer mi caso lo suficientemente bien como para poder cerrar los ojos y ver todo el episodio desde todos los ángulos.

Al terminar mi alegato final y dirigirme a la mesa del fiscal, eché un breve vistazo al público. Amy Resner, mi amiga desde el día de la reunión de presentación, estaba sentada con una gran sonrisa en el rostro, animándome. Ambas habíamos emprendido ya nuestro camino.

El trabajo diario era intenso. De manera habitual, los fiscales podían estar

haciendo malabarismos con más de cien casos. Empezábamos con las labores de nivel más bajo: exponer hechos en las audiencias preliminares, acudir a juicios de delitos menores que iban desde conducir bajo los efectos del alcohol hasta pequeños hurtos. A medida que pasaron los años fui acumulando juicios y ascendí en la jerarquía de la oficina. Con el tiempo, empecé a procesar delitos graves con violencia, lo que llevó mi trabajo a un nivel completamente nuevo.

Leía con detenimiento informes policiales e interrogaba a los testigos. Me sentaba con el médico forense y revisábamos las fotografías de las autopsias sin perder de vista en ningún momento que estaba mirando al hijo o al padre de alguien. Cuando la policía detenía a un sospechoso, iba a la comisaría, me quedaba al otro lado del falso espejo e intercambiaba notas con los investigadores que estaban haciendo el interrogatorio.

En cuanto empecé a procesar delitos graves, me asignaron a la unidad de homicidios. Un viernes por la tarde, me dieron un maletín con un buscapersonas (alta tecnología para principios de los noventa), un bolígrafo y un cuaderno, un ejemplar del Código Penal y una lista de números de teléfono fundamentales. A partir de la semana siguiente, cada vez que el buscapersonas sonaba, significaba que se había producido un homicidio y que me necesitaban en la escena. Por lo general, eso implicaba saltar de la cama entre medianoche y las seis de la mañana. Mi función consistía en asegurarme de que se recogían las pruebas del modo correcto, cumpliendo pulcramente con todas las garantías constitucionales, de forma que se pudieran admitir ante un tribunal. A menudo tenía que explicar a las víctimas y a sus familias que había diferencias entre lo que sabíamos que había ocurrido y lo que podíamos demostrar que había ocurrido. Hay un gran abismo entre una detención y una condena y, si quieres pasar de una cosa a la otra, necesitas pruebas obtenidas legalmente.

En la sala de audiencias me sentía como en casa. Comprendía su ritmo. Me sentía cómoda con su idiosincrasia. Al final, pasé a una unidad encargada de procesar delitos sexuales, de meter entre rejas a violadores y pederastas. Era una labor difícil, dolorosa y sumamente importante. Conocí a muchas niñas, y a veces niños, que habían sufrido abuso y maltrato y habían sido abandonados, muy a menudo por personas con las que mantenían relaciones de confianza.

Lo que hacía que estos casos fueran especialmente difíciles era conseguir lo que solía necesitarse para alcanzar una condena: el testimonio del superviviente de la agresión. Pasé gran parte de esos días reuniéndome con supervivientes en el Hospital General Highland de Oakland, explicándoles cómo sería comparecer ante el juez, cómo sería esa experiencia. Para algunos de ellos, era inimaginable subir al estrado y hablar en público sobre algo de lo que ni siquiera deseaban hablar en privado. Quienes han sufrido violencia sexual padecen también mucho dolor y angustia. Ser capaz de contener esos traumas emocionales para declarar ante un juez exige un valor y una fortaleza extraordinarios, sobre todo cuando el maltratador también está presente en la sala de audiencias, cuando ese maltratador es un miembro de la familia o un amigo, y a sabiendas de que el abogado defensor hará un conainterrogatorio cuyo objetivo consiste en convencer al jurado de que no estás diciendo la verdad. Nunca he culpado a quienes no pudieron hacerlo.

A menudo, como sucedía en los casos de los niños más pequeños, obtener una condena dependía tanto de la capacidad del superviviente para testificar, como de su voluntad de hacerlo. Esos eran los casos que más me obsesionaban. Nunca olvidaré a una niña de seis años, callada, que sufría abusos por parte de su hermano de dieciséis. Formaba parte de mi trabajo sentarme con esa niña dulce y ver si conseguía que me contara su historia, y si sería capaz de contarla de nuevo delante de un jurado. Pasé mucho tiempo con ella, jugando de distintas maneras, tratando de crear una relación de confianza. Pero por mucho que lo intenté, sabía —simplemente lo sabía— que no habría manera de que pudiera expresar con claridad delante de un jurado lo que había sufrido. Recuerdo que salí de la sala y fui al baño, donde me derrumbé y me eché a llorar. No iba a tener pruebas suficientes para imputar a su hermano. Sin su testimonio, nunca podría probar las alegaciones más allá de una duda razonable. A pesar de toda mi potestad procesal, creo que nunca me he sentido tan impotente.

Esas eran solo unas de las dificultades de defender a niños de depredadores sexuales. También estaba el propio jurado, que a veces parecía más inclinado a creer a los adultos que a los niños. Esto era muy habitual cuando se trataba de jóvenes víctimas de explotación sexual. A menudo pienso en un caso que tuve

relacionado con una adolescente de catorce años que se escapó de su casa de acogida con un grupo de chicos jóvenes de su barrio. Estos, en lugar de ser sus aliados y protectores, la llevaron a un piso vacío y la violaron en grupo. Supe al verla que había aprendido de muy pequeña a no confiar en los adultos: se cubría con una armadura de escepticismo y hostilidad. Sentí pena por aquella pobre chica y la horrible infancia que la había conducido a ese momento. Pero también era plenamente consciente de la sensación que había dado al jurado al entrar en la sala de audiencias masticando chicle, algo que podía interpretarse casi como un desprecio al proceso.

Estaba preocupada: ¿la verían como a la niña que era, como a una víctima inocente de maltrato constante? ¿O simplemente considerarían que vestía «de forma inadecuada» y que se lo había buscado?

Los miembros del jurado son seres humanos, con respuestas y reacciones humanas. Sabía que tenía que ponerme en su lugar para tener una oportunidad de que se inclinaran hacia una interpretación más justa de los hechos.

Observé que su reacción ante ella no era buena. Daba la impresión de que no les gustaba. «El Código Penal no se creó para proteger a algunos de nosotros — recordé al jurado—. Es para todos nosotros. La chica es una niña. Necesita que la protejamos de los depredadores que le van a saltar encima. Y uno de los motivos por los que los demandados la eligieron como víctima es porque pensaron que a ustedes no les importaría lo suficiente como para creerla.»

Al final, conseguimos una condena, pero no estoy segura de que el veredicto significara mucho para la chica. Se esfumó después del juicio. Les pedí a algunos investigadores que me ayudaran a encontrarla, pero, pese a que conseguimos un informe incompleto de que estaba siendo víctima de trata en las calles de San Francisco, nunca pudimos confirmarlo. Jamás volví a verla.

Costaba mucho no sentir el peso de los problemas sistémicos a los que nos enfrentábamos. Meter entre rejas a estos maltratadores de chicas significaba que no podrían hacer daño a otras menores. Pero ¿qué pasaba con aquellas a las que ya les habían puesto las manos encima? ¿Cómo las había ayudado nuestro sistema? Una condena nunca haría que volvieran a ser las de antes, ni tampoco bastaba para sacarlas de la espiral de violencia en la que estaban atrapadas. Esa

realidad, y qué hacer al respecto, me rondaba la cabeza; unas veces desde el fondo de mi mente, otras desde lo más alto. Pero pasarían unos años antes de poder abordarla directamente.

En 1998, después de nueve años en la fiscalía de distrito del condado de Alameda, me ficharon al otro lado de la bahía en la fiscalía de distrito de San Francisco. Me contrataron para dirigir la Unidad de Delincuentes Habituales, que se ocupaba de delincuentes reincidentes y violentos. Al principio dudé, y no solo porque me encantara trabajar en el Palacio de Justicia del condado de Alameda. En aquella época, la fiscalía de distrito de San Francisco tenía una dudosa reputación.

Me preocupaba lo que se contaba acerca del mal funcionamiento de la oficina. Al mismo tiempo, era un ascenso: dirigiría una unidad y supervisaría a un equipo de fiscales. Era una oportunidad para crecer. Además, mi amigo y mentor Dick Iglehart, que por aquel entonces era el ayudante del fiscal de distrito, me animaba a ir. Con cierta inquietud, acepté la oferta, y enseguida descubrí que mi preocupación no era infundada.

La oficina era un caos. Solo había un ordenador por cada dos abogados, sin un sistema de archivo ni una base de datos para hacer el seguimiento de los casos. Se rumoreaba que cuando los abogados cerraban un caso, algunos tiraban los expedientes a la papelera. Esto fue a finales de los noventa, y la oficina aún no tenía correo electrónico.

Había asimismo una cantidad ingente de casos pendientes que languidecían, sin ser investigados ni procesados. Los abogados se frustraban con la policía porque no seguían los casos. La policía se frustraba con el fiscal de distrito porque su oficina no conseguía condenas. Las decisiones tomadas en la cúpula parecían arbitrarias y aleatorias, y la moral del personal estaba por los suelos. Ese ambiente tóxico se agravó tras una serie de despidos. Un viernes, catorce abogados volvieron de comer y se encontraron con cartas de despido en sus sillas. Fue tremendo. Todo el mundo se puso a llorar y a gritar, y el miedo pronto se convirtió en paranoia. Los abogados se temían entre sí; tenían miedo de que sus colegas los apuñalaran a traición para proteger sus propios trabajos. Algunos empezaron a saltarse las fiestas de despedida de los compañeros a quienes

habían echado, preocupados por si su asistencia los señalaría también como blancos para el despido.

Era sumamente frustrante, y no solo en cuanto al trabajo cotidiano. Creía que el fiscal de distrito estaba minando la idea misma de cómo debía ser un fiscal progresista. Mi idea de un fiscal progresista era alguien que usaba el poder de la oficina con sentido de la justicia, perspectiva y experiencia, alguien que tenía claras las necesidades para exigir responsabilidades a los delincuentes peligrosos y que entendía que la mejor manera de crear comunidades seguras era, ante todo, prevenir la delincuencia. Para hacer eso de manera eficaz, también necesitas dirigir con profesionalidad.

Después de dieciocho meses, conseguí una tabla de salvación. La fiscal municipal de San Francisco, Louise Renne, me llamó para ofrecerme un empleo. Louise era la primera mujer que ostentaba ese cargo. Era una pionera, y era valiente; se enfrentó a intereses creados que iban desde los fabricantes de armas y las empresas tabaqueras hasta clubes de caballeros. Había una vacante para dirigir la división de su oficina que se encargaba de los servicios para las familias y la infancia; quería saber si me interesaba. Le dije que aceptaba el trabajo, pero que no quería limitarme a ser una abogada que lidia con casos concretos; quería trabajar en políticas que mejoraran el sistema en su conjunto. Demasiado a menudo, los jóvenes que viven en casas de acogida acaban en centros de detención de menores y de ahí pasan al sistema penal adulto. Quería trabajar en políticas que pusieran freno a ese terrible flujo.

Louise estaba de acuerdo.

Pasé dos años en la fiscalía municipal. Empecé cofundando un equipo de trabajo para estudiar todo lo relacionado con las víctimas jóvenes de explotación sexual. Reunimos a un grupo de expertos, supervivientes y miembros de la comunidad para ayudarnos a orientar el trabajo: una serie de recomendaciones que presentaríamos a la Junta de Supervisores de San Francisco.

Norma Hotaling era mi compañera en ese proyecto. Había vivido en primera persona las dificultades que estábamos abordando. De niña, había sufrido malos tratos y había acabado sin hogar y con una adicción a la heroína. La habían detenido por prostitución más de treinta veces. Pero la suya era una de las pocas

historias que habían tenido un final feliz. Norma se desintoxicó. Fue a la universidad. Se graduó en Educación Sanitaria. Y, en cuanto lo hizo, se puso manos a la obra y creó un programa destinado a rescatar a mujeres de la prostitución ampliamente replicado en la actualidad. No se me ocurría nadie mejor con quien formar equipo, y la admiro por haber tenido la valentía de contar su historia y usarla para mejorar las vidas de muchas otras personas.

Una de nuestras prioridades era crear un centro de acogida para jóvenes prostitutas, donde recibieran afecto y apoyo, además de tratamiento. Gracias a mis años de experiencia, sabía que las supervivientes a las que intentábamos ayudar no tenían adonde ir. En la mayoría de los casos, sus padres ni siquiera sabían nada. Muchas de ellas habían huido de casas de acogida. A menudo, muchos se preguntaban por qué las niñas víctimas de la explotación que detenía la policía volvían con sus proxenetas o con prostitutas más mayores que «cuidaban de ellas». A mí no me extrañaba tanto; ¿dónde si no podían ir esas niñas?

Nuestro equipo de trabajo propuso crear un centro de acogida para jóvenes víctimas de explotación sexual, un refugio que les ofreciera tratamientos de desintoxicación y salud mental, los recursos necesarios para volver a estudiar y una red de apoyo para mantener a las jóvenes vulnerables a salvo, sanas y en el buen camino. Abogamos por financiar la creación del centro de acogida y hacer una campaña de información. Pusimos carteles en los baños públicos y los autobuses, donde las jóvenes en situación de riesgo podían obtener la información que necesitaban sin que sus proxenetas las rondaran.

También creíamos que era importante intervenir en la red de burdeles que se hacían pasar por salones de masaje, en los que numerosas personas eran víctimas de explotación sexual, así que pedimos a la Junta de Supervisores que tuviera como una de sus máximas prioridades enviar a policías para investigarlos.

Para nuestra satisfacción, la Junta de Supervisores aprobó y financió nuestras recomendaciones. Durante los primeros dos años, rescatamos a decenas de chicas que huyeron. La policía, mientras tanto, cerró casi cuarenta burdeles en la ciudad.

El trabajo era importante, gratificante, y era una prueba de que podía llevar a

cabo una labor política sería sin ser legisladora. También potenciaba mi confianza en que, al ver los problemas, podía ser quien ayudara a encontrar soluciones. Todas las veces que mi madre me había presionado —«Bueno, ¿qué has hecho?»— cobraron mucho más sentido de repente. Me di cuenta de que no tenía que esperar a que alguien tomara la iniciativa; podía hacer cosas yo sola.

Creo que en cuanto lo entendí fue cuando puse la mira en un cargo electivo. De todos los problemas que habían pasado por delante de mí, pocos corría tanta prisa arreglarlos como la fiscalía de distrito. Mientras hacíamos importantes avances en la fiscalía municipal, la fiscalía de distrito se estaba autodestruyendo. Fiscales profesionales y con talento veían cómo se infravaloraban sus esfuerzos y sentían que se obstaculizaba la labor fundamental a la que habían dedicado toda su vida. Mientras tanto, los delitos graves con violencia campaban a sus anchas. Yo lo sabía. Todos lo sabíamos. Pero de pronto ya no era un problema importante que había que resolver. Era un problema importante que yo podía resolver.

Quería honrar, apoyar y proporcionar poder a la fiscalía de distrito en su conjunto. Pero para dirigir la oficina tenía que optar al cargo. Una campaña política era una empresa enorme, una en la que evidentemente no podía embarcarme a la ligera. Recurrí a mis amigos, mi familia, mis compañeros, mis mentores. Debatimos largo y tendido, de forma animada (otra tesis que había que defender). Valoramos los pros y los contras, y luego volvimos a valorarlos.

En general, apoyaban mi idea, pero también estaban preocupados. Mi posible rival y antiguo jefe era muy conocido. Además, tenía fama de luchador; de hecho, su apodo era Kayo (pronunciado KO), un reconocimiento a las muchas derrotas por fuera de combate que había anotado en sus años de juventud como boxeador. Una campaña no solo sería dura, sino también cara, y yo no tenía experiencia en recaudar fondos.

¿Era de verdad el momento para presentarme como candidata? No había manera de saberlo. Pero, cada vez más, empezaba a sentir que «esperar y a ver qué pasa» no era una opción. Pensé en James Baldwin, cuyas palabras habían definido tan bien la lucha en favor de los derechos civiles. «No existe un

momento en el futuro en el que conseguiremos nuestra salvación —escribió—. El desafío se encuentra a cada instante; y el momento siempre es ahora.»

UNA VOZ POR LA JUSTICIA

—Vamos, Kamala. Va, que llegaremos tarde. —Mi madre estaba perdiendo la paciencia.

—Un momento, mamá —respondí. (Sí, mi madre era y siempre será «mamá» para mí.)

Íbamos de camino a la sede de la campaña, donde se estaban reuniendo los voluntarios. Mi madre solía encargarse de sus actividades, y no se andaba con tonterías. Todos sabían que cuando Shyamala hablaba, había que escucharla.

Fuimos en coche desde mi piso, cerca de Market Street, y fuimos dejando atrás el lujo y los enclaves turísticos del centro de San Francisco hasta llegar a un barrio de mayoría negra en el sudeste de la ciudad conocido como Bayview-Hunters Point. Bayview había albergado el astillero Hunters Point, que ayudó a construir la flota de combate de Estados Unidos a mediados del siglo xx. En la década de 1940, la perspectiva de conseguir un buen puesto de trabajo y una vivienda asequible en torno al astillero atrajo a miles de estadounidenses negros que buscaban una oportunidad y aliviar el dolor y la injusticia de la segregación. Estos trabajadores se encargaban de doblar el acero y soldar las planchas que ayudaron a nuestra nación a ganar la Segunda Guerra Mundial.

Pero como muchos barrios similares de Estados Unidos, Bayview fue abandonado en la posguerra. Cuando el astillero cerró, nada ocupó su lugar. Las hermosas casas antiguas se tapiaron; los residuos tóxicos contaminaron el suelo, el agua y el aire; las drogas y la violencia envenenaron las calles, y la peor

pobreza posible se instaló durante mucho tiempo. Era una comunidad representada de manera desproporcionada en el sistema de justicia penal y asolada asimismo por crímenes sin resolver. Las familias de Bayview, cuyas raíces en San Francisco se remontaban en muchos casos generaciones, fueron arrancadas —literal y figuradamente— de la ciudad próspera que les habían prometido y que consideraban su hogar. Bayview era el típico lugar que nadie de la ciudad veía nunca, a menos que fueran allí a propósito. No se pasaba por allí por la autopista. No se cruzaba para ir de una parte a otra de la ciudad. Era, de forma muy trágica, invisible para el mundo que se extendía fuera de él. Yo quería formar parte de su cambio, así que establecí la sede de mi campaña en el cruce de la Tercera Avenida y Galvez, justo en el centro de Bayview.

Los asesores políticos pensaron que había perdido la cabeza. Dijeron que ningún voluntario de la campaña iría nunca a Bayview desde otras partes de la ciudad. Pero fueron lugares como Bayview los que me inspiraron a presentarme por encima de todo. No me estaba presentando para poder tener una lujosa oficina en el centro. Me estaba presentando para tener la oportunidad de representar a las personas cuyas voces no se escuchaban, y para prometer seguridad pública en todos los barrios, no solo en algunos. Además, no creía que la gente no fuera a acudir a Bayview. Y tenía razón: acudieron. Por decenas.

San Francisco, al igual que todo nuestro país, es diversa, pero está profundamente segregada; es más un mosaico que un crisol. Sin embargo, nuestra campaña atrajo a personas que representaban el dinamismo de toda la comunidad. Los voluntarios y simpatizantes llegaban a raudales desde Chinatown, Castro, Pacific Heights, Mission District: blancos, negros, asiáticos y latinos; ricos y de clase obrera; hombres y mujeres; ancianos y jóvenes; homosexuales y heterosexuales. Un grupo de grafiteros adolescentes decoraron el muro trasero de la sede de la campaña y pintaron con espray «justicia» en letras gigantescas. La sede bullía de voluntarios; unos llamaban a los votantes, otros se sentaban juntos en torno a una mesa llenando sobres, otros cogían portapapeles para ir de puerta en puerta hablando con la gente de la comunidad sobre lo que estábamos intentando hacer.

Nos detuvimos ante la sede justo a tiempo. Dejé salir a mi madre.

—¿Tienes la tabla de planchar? —preguntó.

—Sí, claro, está en el asiento de atrás.

—Vale. Te quiero —dijo mientras cerraba la puerta del coche.

Cuando me estaba marchando, oí que decía:

—Kamala, ¿qué hay de la cinta adhesiva?

La tenía yo.

Volví a la carretera y conduje hasta el supermercado más cercano. Era sábado por la mañana, el equivalente a la hora punta en los pasillos de la tienda. Aparqué, dejé el coche en uno de los pocos sitios libres y agarré la tabla de planchar, la cinta y un cartel de la campaña algo arrugado de haberlo metido y sacado del coche.

Si crees que presentarse a las elecciones es algo glamuroso, tendrías que haberme visto caminando por el aparcamiento con una tabla de planchar bajo el brazo. Recuerdo que los niños la miraban con curiosidad señalando con el dedo y que las madres les decían que se dieran prisa. No podía culparlos. Seguro que parecía fuera de lugar, si no totalmente fuera de mis cabales.

Pero una tabla de planchar se convierte en un escritorio de pie perfecto. Lo coloqué delante de la entrada del supermercado, en un lateral, cerca de los carros, y pegué un letrero donde se leía: «Kamala Harris, una voz por la justicia». Cuando la campaña estaba arrancando, mi amiga Andrea Dew Steele y yo habíamos preparado mi primera publicación de la campaña: una biografía básica, de una página en blanco y negro, y un resumen con mis cargos. Más adelante, Andrea fundaría Emerge America, una organización que busca y forma a mujeres demócratas para que se presenten a cargos electivos en todo el país. Coloqué mis folletos en varios montones sobre la tabla de planchar y, junto a ellos, un portapapeles con una hoja de firmas. Luego me puse a trabajar.

Los clientes salían con sus carros por las puertas automáticas con los ojos entrecerrados por el sol e intentando recordar dónde habían aparcado el coche. Y entonces, de repente:

—¡Hola! Soy Kamala Harris. Me voy a presentar a fiscal de distrito y espero contar con su apoyo.

A decir verdad, me habría conformado con que se acordaran de mi nombre.

Al comienzo de la campaña, hicimos un sondeo para ver cuánta gente del condado de San Francisco había oído hablar de mí. La respuesta fue un enorme 6 %. Es decir, que seis de cada cien personas habían oído hablar de mí. No pude evitar preguntarme: ¿había sido mi madre una de las personas a las que habían llamado aleatoriamente?

Pero no me había metido en esto pensando que sería fácil. Sabía que tenía que trabajar mucho para darme a conocer y explicar qué representaba a un montón de gente que no tenía ni la más remota idea de quién era yo.

Para algunos candidatos primerizos, relacionarse con desconocidos puede ser incómodo, y es comprensible. No es fácil entablar una conversación con alguien que pasa por la calle, intentar conectar con ellos en la parada del autobús cuando regresan a casa después del trabajo o entrar en una tienda y tratar de charlar con el propietario. Me gané unas cuantas negativas educadas —y algunas no tanto—, como los vendedores que llaman por teléfono durante la cena. Pero la mayoría de las veces me encontraba con personas amables, abiertas y deseosas de tratar temas que afectaban a su vida cotidiana y de hablar sobre las esperanzas para su familia y su comunidad, tanto si eso implicaba tomar medidas contra la violencia doméstica como crear alternativas mejores para los niños en situación de riesgo. Años después, aún me encuentro con gente que recuerda nuestras interacciones en aquellas paradas de autobús.

Tal vez suene raro, pero a lo que más me recordaba aquella situación era a la selección de jurados. Cuando trabajaba como fiscal, pasaba mucho tiempo en la sala de audiencias, hablando con las personas que habían sido convocadas, desde cualquier parte de la comunidad, para ejercer de jurado. Mi labor consistía en hacerles preguntas durante unos minutos y, basándome en eso, intentar hacerme una idea de cuáles eran sus prioridades y sus puntos de vista. Hacer campaña era parecido, pero sin un abogado de la parte contraria intentando interrumpirme. Me gusta mucho relacionarme. A veces, una madre salía de la tienda con una niña pequeña sentada en el carro de la compra y acabábamos hablando veinte minutos sobre su vida, sus luchas y el disfraz de Halloween de su hija. Antes de separarnos, la miraba a los ojos y decía:

—Espero contar con su apoyo.

Es asombroso cuántas veces me decía la gente que nadie le había pedido eso nunca antes de forma directa.

Aun así, este proceso no me salía de manera espontánea. Siempre estaba más que dispuesta a hablar del trabajo que había que hacer. Pero los votantes querían oír hablar de más cosas aparte de política. Querían saber más de mí: quién era, cómo había sido mi vida, las vivencias que me habían conformado. Querían entender quién era yo a un nivel fundamental. Pero a mí me educaron para no hablar de mí misma. Me educaron en la creencia de que hacerlo era un acto de narcisismo. De vanidad. Y así, a pesar de entender los motivos que se escondían detrás de sus preguntas, me llevó un tiempo acostumbrarme.

Había muchos candidatos en mi primera carrera hacia la fiscalía de distrito y era inevitable que hubiera una segunda vuelta. Pero nuestros sondeos (que habían mejorado notablemente con el tiempo) sugerían que si conseguíamos llegar a la segunda vuelta, podríamos obtener la victoria cinco semanas después.

Pasé el día de las elecciones estrechando manos en la calle, desde antes del amanecer hasta el cierre de las votaciones. Chrisette, una de mis mejores amigas, vino a ayudarme con los últimos actos de la campaña. Era como los últimos cuatrocientos metros de una maratón: emocionantes a su manera. Mi familia, mis amigos, los responsables de la campaña y yo salimos a cenar cuando empezaron a llegar los resultados. Mi director de campaña, Jim Stearns, estaba en la oficina electoral viendo el recuento y consultando los datos. Durante la cena, mi gran amigo Mark Leno, que por entonces era miembro de la Asamblea Estatal de California, siguió el recuento junto con Maya, mi asesor de campaña Jim Rivaldo y mi amigo Matthew Rothschild. Con la información recibida de cada distrito electoral, y entre bocados de pasta, actualizaban el recuento en el mantel de papel.

Las campañas modernas se apoyan en los macrodatos, las estadísticas y en sofisticados modelos de participación electoral. Pero la experiencia me dice que un amigo, un bolígrafo y un plato de espaguetis son igual de eficaces.

Estábamos a punto de marcharnos cuando Maya me agarró del brazo. Acababan de llegar nuevos resultados.

—¡Oh, madre mía, lo has conseguido! —exclamó—. ¡Has llegado a la

segunda vuelta!

Repetí los cálculos yo misma para asegurarme de que no se había equivocado. Recuerdo mirar a Maya y que ella me mirara a mí y decir las dos:

—¿No te parece increíble? ¡Estamos aquí!

La segunda vuelta se celebró cinco semanas después. Ese día llovía, y lo pasé calándome hasta los huesos mientras estrechaba la mano de los votantes en las paradas de autobús. Esa noche, como esperaba, obtuvimos una victoria decisiva.

Celebramos una fiesta en la sede de la campaña y salí a hablar mientras en la sala tronaba «We Are the Champions». Al contemplar la multitud —amigos, familia, mentores, voluntarios de la campaña— vi una comunidad. Había gente de los barrios más pobres y más ricos. Agentes de policía junto con abogados que luchaban por la reforma policial. Jóvenes entusiastas al lado de personas mayores. Era un reflejo de lo que siempre he creído que es cierto: cuando se trata de las cosas que más importan, es mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

En el momento de escribir esto, han pasado casi quince años desde mi toma de posesión como fiscal de distrito. Prácticamente no he pasado ni un solo día desde entonces sin trabajar, de un modo u otro, en la reforma del sistema de justicia penal. Lo he hecho durante dos mandatos como fiscal de distrito y casi dos mandatos como fiscal general, y presenté una legislación de reforma de la justicia penal en mis primeras seis semanas como senadora de Estados Unidos. Aunque esa mañana de la toma de posesión en 2004 comprendí plenamente la importancia que estos asuntos tenían para mí, jamás podría haber imaginado que me llevarían desde San Francisco a Sacramento y después a Washington, D. C.

La ceremonia de mi toma de posesión como fiscal de distrito se celebró en el teatro Herbst, en el Monumento Conmemorativo de la Guerra y Centro de Artes Escénicas de San Francisco, el mismo escenario donde se había firmado la Carta de las Naciones Unidas en 1945. En ese momento estábamos haciendo historia, de otro tipo, pero la unidad seguía siendo el mensaje del día. Mi madre estaba entre Ronald George y yo. George era republicano, presidente del Tribunal

Supremo de California, y le elegí para que me tomara juramento. Lo que más recuerdo es mirarla y ver auténtico orgullo en su rostro.

En la sala no cabía ni un alfiler, había cientos de personas procedentes de todas partes de la ciudad. Repicaron los tambores. Cantó un coro juvenil. Uno de mis pastores pronunció una hermosa oración. Bailarines con dragones chinos deambularon por los pasillos. El Coro de Hombres Gais de San Francisco dio un breve concierto. Fue multicultural, multirracial y un poco desenfrenado en el mejor y más bonito de los sentidos.

Jerry Brown, el entonces alcalde de Oakland, estaba sentado en la primera fila; me contó que su padre había jurado el mismo cargo sesenta años antes. Y con la coincidencia el mismo día del juramento de Gavin Newsom como nuevo alcalde, había una sensación tangible en la ciudad de que la política de San Francisco estaba iniciando una nueva andadura, que abría nuevas oportunidades para todos nosotros.

Me abrí paso entre la muchedumbre estrechando manos, dando abrazos y disfrutando de todo. Cuando las celebraciones llegaban a su fin, se me acercó un hombre con sus dos hijas pequeñas.

—Las he traído aquí hoy —dijo— para que vieran qué puede llegar a ser alguien que se parece a ellas.

Tras la toma de posesión, me escabullí para ver mi nueva oficina. Quería saber qué se sentía al sentarse en la silla. Mi directora de comunicaciones, Debbie Mesloh, y yo fuimos en coche hasta el Palacio de Justicia. Ubicado junto a la autopista, el «850», como se lo conocía (por el 850 de Bryant Street), era un edificio imponente y solemne de color gris; yo solía bromear diciendo que era un lugar «horriblemente maravilloso» para trabajar. Además de la fiscalía de distrito, el edificio albergaba el Departamento de Policía, los tribunales penales, la oficina de la grúa municipal, la cárcel del condado y la oficina municipal del forense. Sin duda, era un lugar donde se cambiaba la vida de la gente, a veces para siempre.

—¡Oh, vaya!

Inspeccioné mi oficina. O, para ser más precisos, eché un vistazo por la sala vacía. La habían despojado de casi todo como parte de la transición. Había un

armario metálico apoyado contra una pared con un ordenador Wang de los ochenta encima. (Imagínate, era 2004.) No me extrañaba que la oficina aún no tuviera correo electrónico. En una esquina había una papelera de plástico; unos cuantos cables sueltos sobresalían del suelo. Por la ventana de mi nueva oficina se veía una fila de negocios de fiadores de fianzas,¹ un recordatorio diario de que el sistema de justicia penal castiga más a los pobres. No había escritorio en la oficina, solo una silla en el lugar que había ocupado una mesa. Pero no era un problema. Yo había ido allí por esa silla. Me senté.

Todo estaba tranquilo. Y por primera vez desde que había empezado la jornada, estaba a solas con mis pensamientos, asimilándolo todo, contemplando la quimera.

Me presenté como candidata porque sabía que podía hacer el trabajo, y creía que podía hacerlo mejor de como se había hecho hasta ese momento. Aun así, sabía que representaba algo mucho más grande que mi propia experiencia. En aquella época, no había muchos fiscales de distrito que se parecieran a mí o tuvieran mis orígenes. Sigue sin haberlos. Un informe de 2015 halló que el 95 % de los fiscales elegidos en nuestro país eran blancos, y el 79 %, hombres blancos.

Nada me iba a proporcionar mejor información a la hora de tomar decisiones que la década que había pasado en la primera línea del sistema de justicia penal como fiscal adjunta. Conocía el sistema del derecho y del revés. Sabía lo que era, lo que no era y lo que podría ser. Se suponía que el Palacio de Justicia era el epicentro de la justicia, pero a menudo era un gran epicentro de la injusticia. Yo sabía que podía ser ambas cosas.

Había pasado suficiente tiempo en la sala de audiencias como para ver a víctimas de violencia aparecer años después como autores de actos de violencia. Había trabajado con niños que se habían criado en barrios con tal cantidad de delincuencia que sus índices de trastorno de estrés postraumático eran tan altos como los de quienes habían crecido en zonas de guerra. Había trabajado con niños en acogida que habían cambiado seis veces de casa antes de cumplir los dieciocho. Los había visto escapar de una situación mala para pasar a otra, hasta quedar atrapados en los mecanismos del sistema, sin posibilidad de liberarse.

Había visto niños condenados a un futuro sombrío solo por las circunstancias en las que habían nacido y la zona en que vivían. Como fiscal de distrito adjunta, mi labor había consistido en exigir responsabilidades a quienes infringían la ley. Pero ¿no tenía el sistema también que asumir sus responsabilidades ante ellos y sus comunidades?

En cambio, lo que el sistema les había ofrecido era una época en que los encarcelamientos en masa habían devastado aún más las comunidades desfavorecidas. Estados Unidos encarcela a más personas que ningún otro país del mundo. En total, teníamos más de 2,1 millones de personas entre rejas en prisiones estatales y federales en 2018. Para hacernos una idea, hay quince estados del país cuya población es inferior a esa cifra. La guerra contra las drogas atrapó a mucha gente en el sistema; convirtió el sistema de justicia penal en una cadena de montaje. Yo lo vi de cerca.

Al principio de mi carrera, me asignaron a una parte de la fiscalía de distrito del condado de Alameda conocida como «el puente», donde abogados en despachos pequeños se encargaban de cientos de casos relacionados con las drogas. En las pilas de papeles había delincuentes, desde luego, numerosos camellos que vendían su mercancía a niños o que los obligaban a vender para ellos. Pero muchos de los expedientes contaban una historia distinta: un hombre detenido solamente por la tenencia de una pequeña dosis de *crack*; una mujer detenida por estar sentada en la escalera de entrada de su casa, colocada.

Estos casos eran tan fáciles de probar como trágicos de procesar. Con las prisas por limpiar las calles, estábamos penalizando una crisis de salud pública. Y al no centrarnos en el tratamiento ni la prevención, la epidemia de *crack* se extendía como un virus letal, consumiendo una ciudad tras otra hasta robarnos a toda una generación.

Sentada sola en mi nueva oficina, recordé una vez en que, como joven fiscal, había oído de lejos la conversación de unos colegas en el pasillo.

—¿Deberíamos incluir el agravante de pertenencia a una banda? —preguntó uno de ellos.

—¿Podemos demostrar que formaba parte de una banda? —dijo el otro.

—Hombre, ya has visto cómo iba vestido, y sabes en qué esquina lo pillaron.

El tipo llevaba una cinta de ese rapero, ¿cómo se llama?

Salí al pasillo.

—Eh, chicos, solo para que lo sepáis: yo tengo parientes que viven en ese barrio. Tengo amigos que visten de esa forma. Y tengo una cinta de ese rapero en mi coche ahora mismo.

Reflexioné sobre todo aquello: sobre por qué me había presentado al cargo, a quién había ido a ayudar allí y la diferencia entre conseguir condenas y tener principios. Al final, tuve claro que estaba allí por las víctimas. Tanto por las de los delitos cometidos como por las víctimas de un sistema de justicia penal que no funciona.

Para mí, ser una fiscal progresista es entender esta dicotomía y obrar en consecuencia. Se trata de comprender que cuando una persona le quita la vida a otra, o abusa sexualmente de un niño, o viola a una mujer, los autores merecen sufrir unas consecuencias duras. Ese es un imperativo de la justicia. Pero también se trata de comprender que la justicia escasea en un sistema judicial que se supone que está para garantizarla. La labor de una fiscal progresista es estar atenta a lo que se pasa por alto, hablar en nombre de aquellos cuyas voces no se escuchan, ver y abordar las causas de los delitos, no solo sus consecuencias, y arrojar luz sobre la desigualdad y la falta de ecuanimidad que conducen a la injusticia. Es reconocer que no todo el mundo necesita un castigo, que lo que muchos necesitan es, simple y llanamente, ayuda.

Llamaron a la puerta. Era Debbie.

—¿Estás lista? —preguntó sonriendo.

—Voy enseguida —respondí.

Respiré en medio del silencio un instante más. Luego saqué un bolígrafo y un cuaderno amarillo de mi maletín y empecé a hacer una lista.

Me acababa de sentar a mi mesa cuando entró mi auxiliar administrativo.

—Jefa, ahí fuera hay otra madre.

—Gracias, ahora salgo.

Fui por el pasillo hasta el vestíbulo a recibirla. Llevaba solo unas semanas en

el puesto, pero no era la primera vez que hacía ese recorrido. Esa no era la primera vez que había aparecido una mujer y había dicho: «Quiero hablar con Kamala. Solo hablaré con Kamala». Sabía exactamente por qué había venido. Era la madre de un chico asesinado.

La mujer casi se derrumbó en mis brazos. Su desolación era física. Estaba afligida y exhausta. Y, pese a todo, su presencia allí era toda una muestra de su fortaleza. Estaba allí por su hijo, el hijo que había perdido, un joven asesinado a tiros en las calles. Habían pasado meses desde su muerte y, sin embargo, el asesino aún andaba suelto. El caso era uno de los más de setenta homicidios sin resolver que languidecían en el Departamento de Policía de San Francisco cuando había asumido el cargo.

Había conocido a algunas madres de esas víctimas, y a otras las había conocido mientras hacía campaña. Casi todas eran negras o latinas de barrios con un nivel de delincuencia elevado. Se habían juntado para formar un grupo, Madres de Víctimas de Homicidio. Era, en parte, un grupo de apoyo y, en parte, una organización de defensa. Se apoyaban mutuamente para procesar su dolor. Y se organizaban para lograr justicia para sus hijos.

No estaban seguras de si yo podía ayudarlas, pero sabían que al menos las vería. Y me refiero a verlas literalmente. Ver su dolor, su angustia, sus almas sangrantes. Ante todo, sabían que las vería como madres amorosas y afligidas.

Esto forma parte de la tragedia. Cuando la gente se entera de que una madre ha perdido a su hijo a causa del cáncer o de un accidente de tráfico o una guerra, la reacción natural es una muestra de compasión y preocupación colectiva. Pero cuando una mujer pierde a su hijo como consecuencia de la violencia en las calles, la reacción del entorno suele ser distinta, casi una indiferencia colectiva, como si fuese algo esperable. No la terrible tragedia que supone perder un hijo, sino una cifra más. Como si las circunstancias de la muerte de su hijo definieran el valor de su vida. Como si la pérdida sufrida tuviera menos valor, fuera menos dolorosa, mereciera menos compasión.

La acompañé hasta mi despacho para que pudiéramos hablar en privado. Me contó que habían matado a su hijo a tiros, que nadie había sido detenido y que a nadie parecía importarle. Describió el día que tuvo que ir a la morgue a

identificar su cuerpo: no podía quitarse esa imagen de la cabeza, su hijo sin vida en un lugar tan frío... Había dejado mensajes al inspector de homicidios, me dijo, sugiriéndole posibles pistas, pero no había recibido ninguna respuesta. No había pasado nada, no parecía que estuviera pasando nada, y ella no entendía por qué. Me agarró la mano y me miró a los ojos.

—Él era importante —dijo—. Sigue siendo importante para mí.

—A mí también me importa —la tranquilicé.

Su vida nos debería haber importado a todos. Le dije a mi equipo que convocara una reunión lo antes posible con toda la brigada de inspectores de homicidios. Quería saber qué estaba pasando con todos esos casos.

Los inspectores de homicidios aparecieron sin saber qué esperar. En aquel momento yo no sabía que no era habitual que el fiscal de distrito los convocara a una reunión. Uno a uno, les pedí que me dijeran cuál era la situación de los casos de homicidios sin resolver y los presioné para que me dieran detalles sobre qué iban a hacer para ayudarnos a que se hiciera justicia con aquellas familias. Tenía preguntas muy concretas, y presioné mucho a los inspectores, mucho más de lo que esperaban, como supe más tarde. Esto levantó algunas ampollas. Pero era lo que había que hacer, y había que hacerlo aunque nunca antes se hubiera hecho.

Se tomaron en serio mi llamamiento a la acción. Al cabo de un mes de la reunión, el Departamento de Policía lanzó una nueva campaña que pretendía animar a los testigos a dar un paso al frente. Y, con el tiempo, redujimos el número de homicidios sin resolver en un 25 %. No todos los casos podían resolverse, pero nos aseguramos de trabajar mucho para garantizar que así fuera con los que sí se podía.

Algunos se sorprendieron de que yo fuera tan implacable. Y sé que otros se cuestionaron cómo yo, una mujer negra, podía soportar formar parte de «la maquinaria» al meter entre rejas a más jóvenes racializados. No cabe duda de que el sistema de justicia penal tiene graves defectos, que no funciona en aspectos fundamentales. Y tenemos que asumirlo. Pero no podemos hacer la vista gorda o ignorar el dolor de una madre, la muerte de un hijo, a un asesino que sigue paseando por las calles. Creo que tiene que haber consecuencias importantes para quienes cometen delitos graves.

He llevado casos de casi todos los delitos imaginables, como el de un hombre que le había arrancado la cabellera, tal cual, a su novia durante una discusión. He procesado a criminales sádicos que han cometido los actos más atroces e inexplicables contra otras personas. He estado en la escena del crimen cuando habían asesinado a alguien y he conseguido veredictos de culpabilidad contra los autores de esos asesinatos. Me he enfrentado a asesinos a sangre fría en la sala de audiencias mientras un juez decretaba cadena perpetua. Y no he rehuído pedir condenas más duras en algunos casos. En 2004, por ejemplo, logré que se aprobara un proyecto de ley en California para prolongar las penas de los denominados *johns*, hombres que pagaban por mantener relaciones sexuales con niñas menores de edad. Era de la opinión que estos casos debían tratarse como abuso sexual infantil.

Pero seamos claros: la situación no es la misma —ni debería serlo— cuando hablamos de delitos menos graves. Recuerdo la primera vez que visité la cárcel del condado. Había muchos hombres jóvenes, y la mayoría eran negros o racializados o pobres. Muchos estaban allí por culpa de adicciones, desesperación y pobreza. Eran padres que echaban de menos a sus hijos. Eran adultos jóvenes, muchos de los cuales habían acabado formando parte de bandas sin haberlo elegido. La mayoría no estaban allí por delitos violentos y, sin embargo, se habían convertido en gotas en el mar de quienes habían sido arrastrados por una ola de encarcelamientos en masa. Personas con vidas destrozadas, junto con las de sus familias y comunidades. Representaban un monumento vivo al potencial perdido, y yo quería derribarlo.

En 1977, en el centro del barrio de San Francisco conocido como Western Addition, nació mi amiga Lateefah Simon. Ella creció en lo que había sido un barrio de clase media cuando la epidemia del *crack* estaba empezando a calar. Vio de cerca qué estaba provocando en su comunidad: la adicción autodestructiva que alimentaba, el lastre que suponía para las familias que ya estaban luchando por sobrevivir con algo que se parecía muy poco a una red de seguridad, la forma en que hacía desaparecer a los padres y carcomía incluso el

instinto más profundo de las madres, el de cuidar de sus hijos. Cuando Lateefah era pequeña, anhelaba ayudar a las personas, pero, a medida que creció, se convirtió en una de las muchas que necesitaban ayuda. Acabó en libertad vigilada por hurto. Dejó el instituto.

Pero entonces intervino alguien. Lateefah era una adolescente que trabajaba ocho horas al día en el restaurante de comida rápida Taco Bell, cuando un trabajador social le habló de una oportunidad. Había una organización en San Francisco, el Centro para el Desarrollo de la Mujer Joven, que ofrecía servicios sociales, como capacitación laboral, a niñas y mujeres jóvenes que estuvieran en las calles o tuvieran problemas. El centro estaba contratando personal nuevo para trabajar allí. Lateefah vio un salvavidas y se aferró a él.

Empezó a trabajar para el centro siendo una adolescente que criaba sola a una hija; pero pronto no hubo quien la parara. Estaba en todas partes: en reuniones del gobierno local, pidiendo cambios para ayudar a las chicas que habían sido víctimas de la trata; en las calles de barrios pobres repartiendo preservativos y chocolatinas, además de información sobre cómo obtener ayuda; y en el propio centro, trabajando con chicas vulnerables de su barrio. «Vi resiliencia en esas mujeres jóvenes —recordaba—. Había personas que no tenían nada en absoluto, pero que de algún modo se las apañaban para pasar el día. Y el siguiente. Y el siguiente.»

Los miembros de la junta del centro estaban tan impresionados por la tenacidad de Lateefah, sus capacidades y su liderazgo que le pidieron que fuera directora ejecutiva con solo diecinueve años. Dijo que sí, y así fue como llegué a conocerla.

En la fiscalía municipal, había estado trabajando en la misma comunidad de mujeres que Lateefah. Yo había estado celebrando reuniones de «conoce tus derechos» destinadas a mujeres vulnerables de toda la ciudad y le pedí a Lateefah que aunáramos esfuerzos. Vi que Lateefah era un genio, y resultó que yo no era la única que lo pensaba. En 2003 se convirtió en la mujer más joven en ganar el prestigioso premio MacArthur «beca Genius» (con solo la escolarización básica).

Cuando pasé a ser fiscal de distrito, a menudo me preguntaba: «¿Qué habría

pasado si hubieran pillado a Lateefah con una bolsa de marihuana en lugar de robando en una tienda? ¿Qué habría pasado si la hubieran condenado a una pena de cárcel en lugar de a libertad vigilada?». Sabía lo que implicaba una condena por un delito grave. No se trata solo del tiempo que pasas en prisión; se trata de lo que sucede después. Como país, somos especialistas en liberar reclusos y lanzarlos a situaciones desesperadas y sin salida. Les damos un poco de dinero y un billete de autobús y los mandamos por donde han venido con una condena por un delito grave en su expediente; no es el tipo de experiencia que buscan la mayoría de los empleadores. En muchos casos, cuando son rechazados en un proceso de selección, no tienen manera de ganar dinero. Desde el momento que salen, están en peligro de volver a entrar. Acaban en el mismo barrio, con la misma gente, en la misma esquina; la única diferencia es que han cumplido condena. La prisión tiene su propia fuerza de gravedad de la que no sueles poder escapar; de los cientos de miles de reclusos que liberamos como país cada año, cerca del 70 % comete un delito en un plazo de tres años. El sistema actual no funciona.

Reuní a un pequeño grupo de asesores de confianza, entre ellos a mi audaz y brillante jefe de política, Tim Silard, y planteé una pregunta: ¿qué haría falta para organizar un programa de reinserción que realmente funcionara? Dicho de otro modo, si la mejor manera de ofrecer seguridad pública es prevenir los delitos, ¿qué podíamos hacer para evitar que la gente reincidiera?

¿Y si pudiéramos hacer de verdad que volvieran al buen camino?

Esa pregunta pasaría a ser el nombre del programa que Tim y yo desarrollamos juntos: Back on Track, de vuelta al buen camino. El eje del programa era mi fe en la capacidad de redención. La redención es una idea milenaria arraigada en muchas religiones. Es un concepto que presupone que todos cometeremos errores y que, en algunos casos, ese error llegará hasta el punto de convertirse en un delito. Sí, tiene que haber consecuencias y responsabilidades. Pero una vez saldada la deuda con la sociedad, ¿no es una muestra de civismo permitir que la gente se gane su vuelta al buen camino?

Al principio hubo grandes reticencias. En esa época, la tendencia en las políticas de justicia penal seguía siendo imponer penas más duras o militarizar a

la policía. El principio rector que guiaba a muchos era que el sistema de justicia penal no era lo bastante punitivo. Más de una década después, esa actitud ha evolucionado, por suerte, y ha dado paso a un criterio más equilibrado. Los programas de reinserción como Back on Track forman ya parte del debate público. Pero en aquella época, me enfrenté a reacciones intensamente violentas, entre ellas las de personas con las que trabajaba de forma habitual. Veían el trabajo del fiscal como el de alguien que encarcela a la gente, sin prestar atención a qué ocurre cuando salen. Ese no era su problema. Se me acusó de desperdiciar un tiempo y unos recursos muy valiosos. La gente me decía: «Deberías encerrarlos en lugar de dejarlos fuera».

Pero perseveramos. Era una de las cosas que valoraba de dirigir la oficina. A fin de cuentas, dependía de mí si proseguíamos con la iniciativa. Escucharía a mis detractores, pero no permitiría que me limitaran. Quería lograr un cambio. Quería demostrar que podía hacerse.

Así pues, Tim y yo nos pusimos a trabajar. Queríamos crear oportunidades haciendo que una serie de participantes siguiera un programa riguroso que yo a menudo comparaba con un campo de entrenamiento militar. Este incluiría capacitación laboral, cursos para obtener el certificado GED,² servicios comunitarios, cursos básicos sobre crianza de los hijos y economía doméstica, así como pruebas de consumo de drogas y terapia. La fiscalía de distrito llevaba las riendas, pero contratamos a una serie de colaboradores esenciales, desde Goodwill Industries, que supervisaba los servicios comunitarios y la capacitación laboral, hasta la Cámara de Comercio de San Francisco y sus empresas asociadas, que ayudaban a encontrar trabajo a los participantes del programa, así como sindicatos locales, que ofrecían valiosos programas de prácticas.

Aunque su enfoque era compasivo, Back on Track era un programa intenso. No estaba diseñado por los servicios sociales sino por las fuerzas de la ley. Los primeros participantes fueron delincuentes no violentos sin antecedentes penales que habían iniciado su camino hacia el Palacio de Justicia en la parte trasera de un coche patrulla. Todos ellos debían, en primer lugar, declararse culpables y aceptar la responsabilidad de los actos que los habían llevado hasta allí. Les

prometimos que si superaban el programa satisfactoriamente, retiraríamos los cargos, lo cual les daba un motivo extra para esforzarse. Nuestro programa no estaba pensado para que hicieran pequeñas mejoras progresivas en los detalles más obvios. Buscábamos una transformación. Sabíamos de qué eran capaces aquellos jóvenes y queríamos que lo vieran por sí mismos. Queríamos que cada uno de los participantes llegara hasta lo más alto.

Cuando llegó la hora de pensar en alguien que dirigiera el programa, enseguida me vino a la cabeza un nombre. Llamé a Lateefah.

Al principio, se mostró reacia. Nunca se había visto a sí misma como el tipo de persona que trabaja para la fiscalía de distrito.

—Nunca quise trabajar para el Hombre³ —me dijo.

—Vale, no te preocupes —me reí—. No trabajarás para el Hombre. Lo harás para mí.

Lateefah trabajó muchísimo, al igual que los alumnos de Back on Track. Y una noche que nunca olvidaré compartimos los frutos de ese esfuerzo.

Tim, Lateefah y muchas otras personas de mi oficina se unieron a mí después de que cerrase el juzgado. Nos dirigimos por el pasillo hasta la sala donde se reúnen a deliberar los jurados. Cuando entramos, la estancia estaba llena de gente con flores y globos. Aquel ánimo alegre y bullicioso no era el habitual en esa sala, ni mucho menos. Pero aquella no era una noche normal. Me dirigí hacia la parte delantera e inauguré la ceremonia de la primera graduación de Back on Track.

Tras cruzar la puerta principal, entró por el pasillo un grupo formado por 18 hombres y mujeres que ocuparon sus asientos. Con pocas excepciones, era la primera vez en su vida que se ponían una toga de graduación. Solo unos pocos habían podido alguna vez invitar a su familia a una celebración de este tipo, una que hiciera llorar de alegría a sus seres queridos. Se habían ganado a pulso aquella celebración y merecían disfrutar de ella de principio a fin.

El año que había pasado desde que habían empezado el programa todos habían conseguido, como mínimo, superar el examen GED y conseguir un trabajo estable. Todos habían hecho servicios comunitarios (más de doscientas horas). Los que eran padres se habían hecho cargo de los gastos de manutención

pendientes de sus hijos. Y ninguno consumía drogas. Demostraron que podían hacerlo y que podía hacerse.

A cambio de su esfuerzo y éxito, íbamos a cumplir nuestra promesa. Además de darles un diploma, un juez, allí presente, retiraría los cargos de sus expedientes a los graduados.

Algunos jueces del Tribunal Superior se ofrecieron como voluntarios para presidir las graduaciones de Back on Track, entre ellos mi amigo John Dearman, antiguo trabajador social que llegó a ser el juez con más años de servicio en la historia de San Francisco. Otro fue el juez Thelton Henderson, un icono del movimiento en favor de los derechos civiles, que, en 1963, prestó su coche a Martin Luther King Jr. para que el doctor King pudiera llegar a Selma⁴ después de que el suyo se estropeará.

Back on Track enseguida dio buenos resultados. Después de dos años, solo el 10 % de los graduados de Back on Track había reincidido, en lugar del 50 % de otros condenados por delitos parecidos. Asimismo, supuso una gestión inteligente y eficaz de los dólares pagados por los contribuyentes: nuestro programa costaba unos 5.000 dólares por participante. En comparación, procesar un caso por un delito grave cuesta 10.000 dólares y meter a alguien en la cárcel del condado durante un año, 40.000 dólares o más.

Los funcionarios locales no pueden hacer política a nivel nacional. No tienen autoridad más allá de su jurisdicción. Pero cuando se les ocurren buenas ideas, incluso a pequeña escala, pueden crear ejemplos que los demás pueden copiar. Ese fue nuestro objetivo principal cuando creamos Back on Track. Queríamos demostrar a los dirigentes en todos los niveles de gobierno y de todos los estados de la Unión que las iniciativas de reinserción podían funcionar y que merecía la pena intentarlo. Así que nos sentimos especialmente gratificados cuando el Departamento de Justicia de Obama adoptó el programa Back on Track como modelo.

Cuando más tarde me presenté como candidata a fiscal general, lo hice en gran parte para llevar el programa a nivel estatal. Y eso es exactamente lo que hicimos, trabajando conjuntamente con el Departamento del Sheriff del Condado

de Los Ángeles, para crear Back on Track-Los Ángeles (BOT-LA) en el mayor sistema penitenciario de un condado en California.

Recuerdo un día que fui a visitar a un grupo de participantes en el programa con dos de mis fiscales generales adjuntos especiales, Jeff Tsai y Daniel Suvor. Cuando llegamos, nos dijeron que los hombres habían formado un grupo musical y que querían interpretar una canción que habían escrito para mí.

—¡Fantástico! ¿Cómo se hacen llamar? —pregunté.

La respuesta me hizo sonreír: ContraBand. Era maravilloso verlos. Había un hombre mayor con una kipá; un tipo flaco haciendo lo que podía para imitar a Michael Jackson; un guitarrista claramente influido por Santana y un teclista que se comunicaba con el espíritu de los Eagles. Resultó que la canción se titulaba «Back on Track». El estribillo decía: «Vuelvo al buen camino y no volveré atrás». Estaban disfrutando de verdad, pasándose en grande, se los veía muy orgullosos.

Todos aplaudimos y los vitoreamos. Me estaba riendo, pero también se me llenaron los ojos de lágrimas. Me emocionó tanto su sinceridad que deseé que los demás también pudieran verla. Había mucha belleza en la supuesta imposibilidad de todo aquello.

En mi época como fiscal de distrito, cada vez que celebrábamos una graduación de Back on Track, nos asegurábamos de que los participantes en el programa en curso acudieran para ver qué podía depararles el futuro. Y cada vez que hablaba en esas ceremonias, les decía a los graduados lo que sabía que era cierto: que el programa dependía mucho más de ellos que de nosotros. Aquel logro era suyo, y quería asegurarme de que lo supieran. Pero quería que supieran también que aquello era más importante que ellos.

—La gente os está mirando —les decía—. Ellos os están mirando. Y cuando vean vuestros logros, pensarán: «Tal vez podríamos hacer lo mismo. Tal vez deberíamos intentar hacer esto en nuestras ciudades». Esto debería servir de inspiración, saber que vuestros logros personales aquí algún día ofrecerán una oportunidad a alguien a quien no conocéis en otro lugar del país.

Cuando empecé como fiscal de distrito y agarré una libreta y me puse a escribir una lista de las cosas que había que hacer, había muchas. Quise asegurarme de incluirlas todas. Incluso puse «Pintar las paredes». Y lo decía en serio. Siempre he creído que por pequeño que sea un problema, vale la pena solucionarlo. Sé que puede sonar banal, pero la gente trabajaba en oficinas que llevaban años sin pintarse. Y no era solo una metáfora del deterioro que padecía el departamento; era sencillamente deprimente. El personal tenía la moral por los suelos. Se sentían infravalorados, sin autoridad y pisoteados. Pintar las paredes sería una forma tangible de mostrar que me había dado cuenta de ello y de que las cosas iban a cambiar.

Envié una encuesta a los empleados en la que les preguntaba qué era lo que más necesitaban para trabajar mejor. Una de las respuestas más numerosas fue «fotocopiadoras nuevas». Resultó que los abogados se pasaban horas peleándose con una máquina antigua e intentando en vano solucionar molestos atascos de papel. Así que pedí fotocopiadoras nuevas de inmediato, y celebramos su llegada más de lo que puedas imaginar.

Eran cosas sencillas. Pero el objetivo principal era restablecer la profesionalidad como el valor supremo. Yo sabía que la profesionalidad del proceso estaba directamente relacionada con la garantía de estar impartiendo justicia. Todo el mundo tenía que ser capaz de trabajar al máximo de sus capacidades. Dirigía una fiscalía de distrito cuya cultura anterior había consistido en enfrentar a unos con otros. Yo quería darle un giro y asegurarme de que trabajábamos en equipo. Todos los lunes por la tarde, hacía venir a la biblioteca a todos los abogados encargados de los litigios por delitos graves y les pedía que explicaran sus casos y veredictos de la semana anterior en una sala repleta de colegas. Cuando te llegaba el turno, te levantabas y explicabas las cuestiones jurídicas de tu caso, qué había presentado la defensa, cómo había respondido el juez, cuestiones relacionadas con los testigos, etcétera. Al final, yo siempre era la primera en aplaudir, sin tener en cuenta cuál había sido la resolución del caso. No se trataba de ganar o perder. Se trataba de aplaudir la profesionalidad en el trabajo.

La profesionalidad, en mi opinión, está en parte relacionada con el ambiente

en la oficina. Pero también con cómo se comporta la gente fuera de la oficina. Cuando formaba a abogados jóvenes, les decía:

—Que quede claro. Tú representas al pueblo. Así que espero que sepas exactamente quiénes lo forman.

Le decía a mi equipo que se informaran acerca de las comunidades en las que no vivían, que siguieran las noticias de los barrios, que fueran a festivales locales y a foros comunitarios. «Por el pueblo» significa por ellos. Por todos ellos.

La fiscalía de distrito de San Francisco no era desde luego el único organismo público que funcionaba mal. Y, por supuesto, yo no era la primera persona que se hacía cargo de una organización mal gestionada y se centraba en gestionarla mejor. Pero lo que estaba en juego en el caso de la fiscalía de distrito era más importante que hacer que los trenes (o, en el caso de San Francisco, los tranvías) fueran puntuales; más importante que subir la moral y mejorar la eficacia; más importante que los presupuestos, el trabajo pendiente o el índice de condenas. Lo que estaba en juego era la justicia en sí. En una fiscalía de distrito, el mal funcionamiento conduce necesariamente a la injusticia. Los fiscales son seres humanos; cuando no están en su mejor momento, no actúan de la mejor manera, y de eso puede depender que personas que deberían estar en prisión campen libremente y personas que no deberían estar en prisión acaben entre rejas. Tal es la facultad discrecional del fiscal para tomar decisiones.

Había dividido mi lista de cosas que hacer en tres categorías: a corto, a medio y a largo plazo. Corto plazo significaba «un par de semanas», medio plazo significaba «un par de años» y largo plazo significaba «lo que haga falta». Estas últimas las ponía al final de la libreta, donde apuntaba los problemas más espinosos a los que nos enfrentábamos: los que sabes que no resolverás tú sola, ni durante un mandato, ni tal vez incluso durante toda una carrera. Ese es el trabajo más importante. Ahí es donde tienes una mayor perspectiva, no del momento político, sino del histórico. Los problemas fundamentales del sistema de justicia penal no son nuevos. Hay intelectuales, activistas y dirigentes que llevan años y años luchando para cambiar el sistema. Conocí a muchos de ellos cuando era pequeña. No añades los problemas espinosos a la lista porque sean nuevos, sino porque son grandes, porque hay decenas de personas, tal vez

incluso cientos, que han estado luchando contra ellos durante años, y ese es ahora tu deber. Lo importante es gestionar bien la parte que te toca.

Fue mi madre quien me lo inculcó. Crecí rodeada de personas que batallaban por los derechos civiles y la igualdad ante la ley. Pero también lo vi en su forma de trabajar. Mi madre investigaba el cáncer de mama. Como sus colegas, soñaba con el día en que se encontrara una cura. Pero no estaba obsesionada con ese sueño lejano; se centraba en el trabajo que tenía sobre la mesa. El trabajo que nos acercaría, día tras día, año tras año, a cruzar la línea de meta.

—Céntrate en lo que tienes delante y lo demás llegará —nos decía.

Ese es el espíritu que necesitamos para crear una unión más perfecta: reconocer que formamos parte de una historia más larga y que somos responsables de cómo se escribe este capítulo. En la lucha por crear un sistema de justicia penal mejor, más justo y más eficaz queda muchísimo trabajo por hacer. Sabemos cuáles son los problemas. Así que pongámonos manos a la obra y empecemos a arreglarlos.

Una de las cuestiones fundamentales en las que me centré durante mi primer año en el Senado fue el sistema de libertad bajo fianza del país, el proceso por el cual pueden ponerte en libertad mientras esperas el juicio. Es un tema que está empezando a recibir la atención que merece, dados el alcance y la magnitud de la injusticia que provoca en la vida de las personas.

En este país, eres inocente hasta que se demuestra lo contrario y, a menos que supongas un peligro para los demás o tengas muchas probabilidades de huir de la jurisdicción, no tienes por qué esperar en una cárcel hasta la fecha del juicio. Esta es la premisa básica del proceso tal como debe ser: puedes mantener tu libertad a menos y hasta que un jurado te condene y un juez te imponga una pena. Por eso la Carta de Derechos prohíbe explícitamente que las fianzas sean excesivas. Se supone que así debe ser la justicia.

Como no debería ser es como el sistema actual que tenemos en Estados Unidos. La fianza media en este país es de 10.000 dólares. Pero en las familias estadounidenses con unos ingresos de 45.000 dólares anuales, el saldo medio de las cuentas de ahorros es de 2.530 dólares. La disparidad es tan alta que, en

general, alrededor de nueve de cada diez personas detenidas no pueden permitirse pagar para salir.

Debido a cómo está diseñado, el sistema de libertad bajo fianza con pago en efectivo beneficia a los ricos y penaliza a los pobres. Si puedes pagar en efectivo por adelantado, puedes salir y, una vez acaba el juicio, recuperas el dinero. Si no puedes pagar, o bien languideces en la cárcel, o bien tienes que pagar a un fiador de fianzas, que solicita una cantidad abusiva que nunca recuperarás.

Cuando era fiscal de distrito, sabía que todos los días había familias que abandonaban el Palacio de Justicia, cruzaban la calle, entraban en las oficinas de los fiadores y hacían cualquier cosa para obtener el dinero en efectivo para pagar a los prestamistas, ya fuera empeñando sus bienes, obteniendo préstamos rápidos abusivos o pidiendo ayuda a sus amigos o en la iglesia. También sabía que había personas con casos defendibles que se estaban declarando culpables solo para poder salir de la cárcel y volver a su trabajo o a casa con sus hijos.

The New York Times Magazine contó la historia de una madre soltera en riesgo de exclusión que pasó dos semanas en la cárcel de Rikers Island, en Nueva York, acusada de poner en peligro el bienestar de su hijo por dejarlo con una amiga en un centro de acogida mientras ella iba a comprar pañales. Esta joven no pudo hacer frente a su fianza de 1.500 dólares, y cuando la soltaron, su hijo estaba ya en una casa de acogida. En otro caso, Kalief Browder, de dieciséis años, fue detenido en Nueva York acusado de robar una mochila. Cuando su familia no pudo reunir los 3.000 dólares de fianza, Kalief fue a la cárcel a la espera del juicio. Acabó pasando allí los tres siguientes años, una espera infinita, buena parte de ella en régimen de aislamiento, sin ni siquiera haber sido juzgado ni condenado por nada. Fue una historia trágica de principio a fin: en 2015, poco después de salir de la cárcel de Rikers, Kalief se suicidó.

El sistema de justicia penal castiga a los pobres. ¿Qué justicia es esa? Y ¿qué sentido tiene? ¿Cómo promueve la seguridad pública? Entre 2000 y 2014, el 95 % de los presos nuevos eran personas a la espera de juicio. Estas son, en su mayoría, personas no violentas cuya culpabilidad no ha sido demostrada, y estamos gastando 38 millones de dólares diarios para meterlas en prisión mientras esperan que llegue el día de su juicio. Que alguien pueda quedar o no

en libertad bajo fianza no debería depender de cuánto dinero tiene en el banco. O del color de su piel: los hombres negros pagan fianzas un 35 % más altas que los hombres blancos por los mismos cargos. Los hombres latinos pagan casi un 20 % más. No es casualidad. Es sistémico. Y tenemos que cambiarlo.

En 2017, presenté un proyecto de ley al Senado para impulsar a los estados a sustituir sus sistemas de libertad bajo fianza, alejándose de las fianzas en efectivo asignadas de forma arbitraria y avanzando hacia sistemas en los que se evalúe el riesgo real de peligrosidad o fuga de una persona. Si alguien representa una amenaza pública, debemos detenerlo. Si alguien tiene probabilidades de huir, debemos detenerlo. Pero, si no, no debemos dedicarnos a cobrar a cambio de la libertad. Mi principal apoyo en esta propuesta es Rand Paul, senador republicano de Kentucky, con quien discrepo rotundamente en muchas cosas. Pero esta es una de esas cuestiones en las que estamos de acuerdo, en la que todos deberíamos estar de acuerdo. Es una cuestión que puede —y debe— trascender la política, y, de un modo u otro, vamos a conseguirlo.

Otra cosa que ya deberíamos haber hecho hace tiempo es dismantelar nuestra fallida guerra contra las drogas, empezando por legalizar la marihuana. Según el FBI, en 2016 fueron detenidas más personas por posesión de marihuana que por delitos violentos. Entre 2001 y 2010, más de 7 millones de personas fueron detenidas simplemente por tenencia de marihuana. Eran, de manera desproporcionada, negros y racializados. Un crudo ejemplo: durante los primeros tres meses de 2018, el 93 % de las personas detenidas por el Departamento de Policía de Nueva York por posesión de marihuana eran racializadas. Estas desigualdades raciales son abrumadoras e inadmisibles. Tenemos que legalizar la marihuana y reglamentarla. Y tenemos que eliminar los delitos no violentos relacionados con la marihuana de las fichas policiales de millones de personas que han sido detenidas y encarceladas, para que puedan seguir adelante con sus vidas.

Pero hagámoslo con los ojos bien abiertos, entendiendo que hay cuestiones pendientes en lo referente a la legalización. No existe una prueba equivalente a la de alcoholemia que, según los agentes del orden público, sea siempre fiable. Tenemos que invertir en una solución. También tenemos que admitir que

desconocemos los efectos de la marihuana. Dado que se considera una droga de categoría I,⁵ médicos y científicos solo han podido investigar de manera limitada sus efectos. Tenemos que conocer todos los riesgos. Y eso implica comprometernos a investigar, escuchar lo que la ciencia nos diga y aplicar esa información a nuestras estrategias de actuación.

Asimismo, tenemos que dejar de tratar la drogadicción como una crisis de seguridad pública en lugar de lo que realmente es: una crisis de salud pública. Cuando las personas con problemas de drogadicción acaban en el sistema de justicia penal, nuestro objetivo tiene que ser ayudarlas. Ya es hora de que todos aceptemos que la drogadicción es una enfermedad, y que causa estragos no buscados ni deseados en la vida de las personas. Es hora de que reconozcamos que la drogadicción no discrimina y que nuestras leyes tampoco deberían. Cuando una persona toxicómana acaba en el sistema de justicia penal, su situación empeora, no mejora. Lo que necesitan es tratamiento, y debemos luchar por un sistema que se lo ofrezca.

E incluso aunque esas personas hayan cometido delitos que exijan un encarcelamiento, deberíamos rechazar la idea de que son irrecuperables o que no merecen una segunda oportunidad. Nuestras leyes siguen exigiendo unos mínimos obligatorios, muchos de los cuales tienen unas consecuencias desproporcionadas en función de la raza. Y tenemos que desmontar los esfuerzos que se han llevado a cabo durante décadas para hacer que las directrices de imposición de penas fueran excesivamente duras hasta el punto de ser inhumanas.

Por suerte, empezamos a ver avances: una década después de presentar Back on Track, unos 33 estados han adoptado nuevas políticas penitenciarias y de imposición de penas destinadas a promover alternativas al encarcelamiento y a reducir la reincidencia. Y desde 2010, 23 estados han reducido el número de reclusos. Pero aún queda mucho por hacer para garantizar que las penas sean proporcionales al delito.

Tenemos asimismo que abordar qué pasa detrás de las puertas de las cárceles. Las mujeres representan actualmente el segmento de nuestra población carcelaria con mayor crecimiento. Muchas de ellas son madres, y la gran mayoría son

supervivientes de traumas violentos que no suelen diagnosticarse ni tratarse. Muchas están encerradas en centros penitenciarios que carecen de una higiene básica o consulta ginecológica. Mientras lees esto, hay mujeres que llevan grilletes⁶ aun estando embarazadas. En algunos estados, no se los quitan ni para dar a luz. He visitado a mujeres encarceladas, he escuchado historias acerca de cómo se enfrentan a posibles actos de violencia sexual cuando guardias masculinos las supervisan en el baño o en la ducha. En 2017, tuve el honor de apoyar un proyecto de ley para abordar algunas de estas cuestiones. Es una cosa de la que rara vez se habla en este país, y tenemos que hacerlo.

Uno de los retos más urgentes a corto plazo es luchar contra quienes están haciendo pedazos los progresos fundamentales que hemos logrado en los últimos años. La Administración Trump ha intensificado la guerra contra las drogas, ha vuelto a priorizar el encarcelamiento por encima de la rehabilitación y ha reducido las investigaciones sobre violaciones de los derechos civiles en departamentos de policía que se abrieron durante la Administración Obama. Está tratando incluso de romper acuerdos establecidos entre el Departamento de Justicia de Obama y algunos departamentos de policía, destinados a poner fin a las políticas y las prácticas que violan los derechos constitucionales de los ciudadanos. No podemos retroceder en estas cuestiones cuando acabamos de empezar a arañar la superficie del progreso. Tenemos que actuar con extrema urgencia. La justicia lo exige.

Una cosa que podemos hacer es enfrentarnos, sin dudar, a los prejuicios raciales que rigen nuestro sistema de justicia penal. Y ese esfuerzo comienza con nuestra declaración inequívoca y clara de que las vidas de los negros importan, y decir en voz alta las verdades que esto implica. Los hechos son evidentes: casi cuatro años después de que Ferguson, Misuri, se convirtiera en el detonante del movimiento Black Lives Matter, el fiscal general del estado informó de que los conductores negros tienen un 85 % más de posibilidades de que los paren que sus semejantes blancos. En todo el país, cuando un agente de policía detiene a un conductor negro, este tiene el triple de probabilidades de que le registren el coche que si es blanco. Los negros consumen drogas en la misma proporción que los blancos, pero se los detiene el doble de veces por ello. Y luego pagan una

fianza más de un tercio superior, en promedio, que sus congéneres. Los negros tienen una probabilidad seis veces mayor que los blancos de ir a la cárcel. Y, cuando los condenan, les imponen penas que son un 20 % más largas que las de sus homólogos blancos. A los latinos no les va mucho mejor. Es realmente espantoso.

Una cosa es decir que las vidas de los negros importan. Pero la sensibilización y la solidaridad no bastan. Tenemos que aceptar la dura realidad del racismo sistémico que ha permitido que esto suceda. Y tenemos que convertir ese conocimiento en políticas y prácticas que puedan cambiarlo de verdad.

Cuando yo era fiscal general, reuní a los altos cargos de nuestra oficina de investigación, a cuyo frente estaba Larry Wallace, director de la Oficina de las Fuerzas del Orden de mi fiscalía, y les dije que quería instaurar un programa de formación sobre prejuicios implícitos y justicia procesal para nuestros agentes. El prejuicio implícito se produce en fracciones de segundo. Es el atajo inconsciente que usa nuestro cerebro para ayudarnos a juzgar a un desconocido en un santiamén. Los agentes que trabajan en primera línea, más que nadie, tienen que emitir juicios en un instante, donde los prejuicios implícitos pueden dar lugar a un trágico desenlace.

Hablar de ese tema no resultó fácil, como es lógico. Aquellos altos cargos habían dedicado sus vidas, y prestado juramento, al cumplimiento de la ley. No les resultaba fácil aceptar que los hombres y las mujeres de sus oficinas tenían prejuicios, que estos afectaban a la comunidad y que precisaban formación para poder superarlos. Pero hablamos con sinceridad y, al final, la cúpula directiva no solo coincidió conmigo en que era importante, sino que también acordó ayudar a crear, conformar y dirigir la formación al tiempo que defendían su necesidad a lo largo de toda la cadena de mando.

Larry y mi fiscal general adjunta especial, Suzy Loftus, trabajamos para desarrollar un programa de estudios que se pudiera adoptar en las academias de policía y ofrecerse a los organismos de orden público en todo el estado. Colaboramos con el Departamento de Policía de Oakland y Stockton y con la asociación California Partnership for Safe Communities para crearlo, y trajimos

a la profesora Jennifer Eberhardt de la Universidad de Stanford para que evaluara su eficacia. Se convirtió en el primer curso estatal sobre prejuicios implícitos y justicia procesal que se ofrecía en el país.

Ninguno de nosotros nos engañábamos al respecto de lo que se podía lograr con nuestro curso de formación. Sabíamos que un esfuerzo semejante, por sí solo, no eliminaría los prejuicios del sistema. Y sabíamos que, sin duda, los prejuicios explícitos, no solo los implícitos, forman parte del sistema. El racismo es real en Estados Unidos, y los departamentos de policía no son inmunes a él. Al mismo tiempo, sabíamos que una mejor formación lograría un verdadero cambio, que para la mayoría de los miembros de los cuerpos de seguridad conocer mejor sus propios prejuicios implícitos podía ser revelador. Sabíamos que los temas de discusión difíciles que se abordan en el curso son de los que se quedan dentro, y que acabarían llevándolos consigo a las calles.

Tenemos que decir en voz alta otra verdad: la brutalidad policial es una realidad en Estados Unidos y tenemos que erradicarla dondequiera que aparezca. Con la llegada de los teléfonos inteligentes, lo que antes solo sabían determinadas comunidades ahora lo ve todo el mundo. La gente no puede seguir fingiendo que no está ocurriendo. No se puede ignorar ni negar un vídeo como el de Walter Scott, en el que vemos cómo recibe un tiro de un agente por la espalda mientras huye desarmado de este. No podemos ignorar los gritos de terror de la novia de Philando Castile después de que un agente de policía le disparara siete veces cuando buscaba su permiso de conducir, todo ello con la hija de ella, de cuatro años, en el asiento trasero. «Tranquila, mamá, tranquila. Estoy aquí contigo», decía la niña en un intento desgarrador por consolarla. No podemos olvidar las palabras desesperadas de Eric Garner —«No puedo respirar»— mientras un policía lo mataba asfixiándolo cuando lo detenía por vender cigarrillos.

Y tenemos que recordar que tragedias como estas suceden una y otra vez, la mayoría de ellas sin que se graben ni se vean. Si la gente teme ser asesinada, apalizada y hostigada por la policía que patrulla sus calles, ¿de verdad podemos afirmar que vivimos en una sociedad libre?

Y ¿qué dice de nuestras normas de justicia el hecho de que los agentes de

policía rara vez sean considerados responsables de estos episodios? El agente de Minnesota que disparó a Philando Castile fue acusado de homicidio en segundo grado, pero fue absuelto. En Ohio, un policía se subió al capó de un coche tras una persecución y disparó 49 veces a sus ocupantes, Timothy Russell y Malissa Williams, ambos desarmados. El agente fue acusado... y absuelto. En Pensilvania, un policía disparó por la espalda a un conductor desarmado mientras yacía bocabajo en la nieve. Pero él, también, fue absuelto de asesinato.

Si nuestro sistema judicial no tiene consecuencias serias para la brutalidad policial, ¿qué mensaje transmite a los agentes de policía? Y ¿qué mensaje envía a la comunidad? La seguridad pública depende de la confianza de la población. Depende de que los ciudadanos creen que serán tratados de forma justa y transparente. Depende de que el sistema judicial esté comprometido con las ideas de objetividad e imparcialidad. Depende de la decencia básica que exige nuestra Constitución.

Pero cuando los negros y los racializados tienen más probabilidades que los blancos de que los paren, los detengan y los condenen; cuando los departamentos de policía están equipados como regimientos militares; cuando el uso de una fuerza letal no acarrea consecuencias, ¿es de extrañar que la credibilidad de estas instituciones públicas penda de un hilo?

Lo digo como alguien que se ha pasado gran parte de su carrera trabajando con las fuerzas del orden. Lo digo como alguien que siente un gran respeto por los agentes de policía. Sé que la mayoría de los policías merecen sentirse orgullosos de su servicio público y son dignos de encomio por la forma en que hacen su trabajo. Sé lo difícil y peligroso que es el trabajo en el día a día, y sé lo duro que es para las familias de los agentes que se preguntan si sus seres queridos regresarán a casa al acabar su turno. He asistido a demasiados funerales de agentes muertos en acto de servicio. Pero también sé otra cosa: sugerir que o estás de parte de la policía o a favor de que esta sea examinada y asuma sus responsabilidades es una falsa dicotomía. Yo estoy de parte de las dos cosas. La mayoría de los ciudadanos que conozco están de parte de las dos cosas. Digamos también la verdad sobre esto.

No nos engañemos: tenemos que asumir este hecho y todos y cada uno de los

aspectos de nuestro sistema de justicia penal que no funcionan. Tenemos que cambiar nuestra legislación y nuestras normas. Y tenemos que elegir a personas que conviertan hacer esto en su misión.

Así que contratemos a más progresistas en las fiscalías, donde se originan muchos de los problemas más grandes y las mejores soluciones. Los fiscales son uno de los agentes más poderosos de nuestro sistema judicial. Tienen la potestad de establecer prioridades en su trabajo. Pueden decidir dedicar su tiempo y atención a cualquier asunto, desde estafadores de empresas y consumidores hasta depredadores sexuales. Tienen la potestad de meter entre rejas a delincuentes, pero también la tienen para desestimar casos en los que la policía haya hecho un uso excesivo de la fuerza o un registro o una detención sin un motivo justificado. Necesitamos personas de todas las clases sociales y con distintos orígenes y experiencias para que se sienten a la mesa y ejerzan ese tipo de poder.

También tenemos que mantener la presión externa, mediante la cual las organizaciones y los ciudadanos pueden dar lugar a un cambio significativo. Cuando era fiscal general, me aseguré de que nuestro organismo encargado de hacer cumplir la ley fuera el primero del estado que exigiera cámaras personales para sus agentes. Lo hice porque era lo que había que hacer. Pero pude hacerlo porque el movimiento Black Lives Matter había ejercido mucha presión. Al imponer estas cuestiones en el debate público nacional, el movimiento creó un clima que me ayudó a conseguir el espacio para hacerlo desde dentro. Así es como suelen producirse los cambios. Y atribuyo el mérito de esas reformas tanto al movimiento como a todos los miembros de mi oficina, entre los que me incluyo.

Participar en la lucha en favor de los derechos civiles y la justicia social no es apto para cardíacos. Es tan difícil como importante, y los triunfos tal vez no tengan nunca un sabor tan dulce como amargos son los fracasos. Pero considérate parte de la estirpe de quienes se niegan a ceder. Y cuando nos embargue la frustración y el desaliento a causa de los obstáculos que tenemos delante, recuperemos las palabras de una de mis inspiraciones, Constance Baker Motley, la primera mujer estadounidense negra nombrada para la judicatura federal. «Que nunca me alentarán nunca me disuadió —escribió—. De hecho,

creo que el efecto fue justo el contrario. Yo era una de esas personas que no se rinden.»

CON EL AGUA AL CUELLO

Vivimos de alquiler durante gran parte de mi infancia, y mi madre se sentía muy orgullosa de nuestra casa. Siempre estaba dispuesta a recibir visitas, con flores recién cortadas. Las paredes estaban decoradas con grandes carteles de obras de arte de LeRoy Clarke y otros artistas del Studio Museum de Harlem, donde trabajaba el tío Freddy. Había figuras de sus viajes a la India, África y a otros lugares. Se preocupó mucho para convertir nuestro piso en un hogar, y en él reinaba siempre una sensación acogedora y de plenitud. Pero sabía que mi madre quería algo más. Quería tener una casa propia.

Ella era la primera en destacar los aspectos prácticos: era una inversión inteligente. Pero había muchos más motivos. Se trataba de exprimir al máximo el sueño americano.

Mi madre había querido comprar su primera casa cuando Maya y yo aún éramos pequeñas, un lugar donde creyéramos con una sensación de permanencia. Pero le llevó muchos años ahorrar lo suficiente para dar la entrada.

Lo logró cuando yo ya iba al instituto. Maya y yo acabábamos de llegar a casa del colegio cuando sacó unas fotos para enseñárnoslas: eran de una casa de una planta, de color gris oscuro, en una calle sin salida, con un tejado de tejas, un bonito jardín delantero y un espacio exterior para poner una barbacoa en el lateral. Tenía muchas ganas de enseñárnosla, y nosotras nos moríamos por verla, no solo porque eso significaba que íbamos a regresar a Oakland, sino por la inmensa alegría que vimos en su rostro. Se la había ganado, en sentido literal.

—¡Es nuestra casa! —les decía yo a mis amigos, enseñándoles orgullosa las fotos. Iba a ser nuestro pedacito de mundo.

Llevaba ese recuerdo grabado en la mente cuando viajé a Fresno, California, en 2010, en medio de una crisis hipotecaria devastadora en la que muchas personas habían visto destruirse su pedacito de mundo.

Fresno es la ciudad más grande del valle de San Joaquín en California, una zona descrita como el «Jardín del Sol». El valle de San Joaquín es una de las regiones agrícolas más fructíferas del mundo, y produce una parte importante de la fruta y la verdura que se consume en Estados Unidos. Entre hectáreas de almendros y viñas llenas de uvas viven unos 4 millones de personas, una población más o menos del tamaño de Connecticut.

Muchas familias de clase media consideraron que vivir en Fresno era su mejor oportunidad de alcanzar el sueño americano. Era un lugar de promesas, un lugar donde podrían permitirse una vivienda unifamiliar de verdad en una calle de las afueras, un lugar que representaba la vitalidad, la movilidad y la esperanza de Estados Unidos. A principios de la década de los años 2000, la población del valle de San Joaquín era joven, iba en aumento y era latina casi en un 40 %. Para muchos de los que se trasladaron allí, las seis horas que invertían en el viaje de ida y vuelta para ir a trabajar a San Francisco o Sacramento eran agotadoras, pero un precio que valía la pena pagar por lo que obtenían a cambio: la sensación de dignidad, orgullo y seguridad que daba ser propietario de una casa en Estados Unidos.

Parecía que todos los meses brotaban nuevas urbanizaciones en las afueras, echando raíces en el suelo fértil como si fueran un tipo de cultivo comercial más. No era una mala comparación. El *boom* inmobiliario de Fresno se vio impulsado por una tendencia económica al alza, tendencia que desencadenó, en última instancia, un infierno económico.

A raíz del 11-S, los bancos centrales de todo el mundo redujeron sus tipos de interés. Este clima de riqueza de capital propició que los prestamistas fueran cada vez más agresivos, tentando más y más a los prestatarios con atractivas ofertas de préstamos del tipo «solo intereses», «sin gastos» e incluso «NINJA» (*no income, no job, no assets*, es decir, «sin ingresos, sin empleo, sin bienes»).

Las hipotecas de alto riesgo, también conocidas como *subprime*, inundaron el mercado de la vivienda, con unos tipos de interés tan tentadores que parecían demasiado buenos para ser verdad. Los prestamistas tranquilizaban a los compradores de casas (y a sí mismos) diciéndoles que refinanciarían sus hipotecas antes de que se dispararan los pagos. El riesgo merecía la pena, porque, en su opinión, los precios de la vivienda solo estaban destinados a aumentar, siempre.

Mientras tanto, los inversores globales querían grandes beneficios, lo que los llevaba a buscar oportunidades de inversión cada vez más arriesgadas. Los expertos en finanzas de Wall Street estaban encantados de atender aquella demanda insaciable, y crearon valores, que se pusieron muy de moda, avalados por esas hipotecas tan cuestionables. Los inversores que compraban aquellos valores con garantía hipotecaria creían que los bancos habían hecho su trabajo como era debido y solo habían agrupado préstamos para viviendas que se pagarían en su totalidad en los plazos establecidos. Pocos se dieron cuenta de que lo que estaban comprando, en realidad, eran bombas de relojería.

Sorprendentemente, casi la mitad de estos valores con garantía hipotecaria acabaron en las cuentas generales de grandes bancos, después de que estos comprendieran que ser titulares de los valores, en lugar de serlo de las hipotecas en sí, los ayudaría a esquivar las regulaciones habituales. El ciclo se retroalimentaba, y ganó velocidad hasta perder el control. En 2006, el mercado inmobiliario alcanzó un hito. Se avecinaba una gran crisis.

Los bancos e inversores intentaron vender sus valores tóxicos a un precio inferior, lo que solo consiguió empeorar las cosas. Wall Street empezó a derrumbarse. Bear Stearns quebró. Lehman Brothers se declaró en bancarrota. El crédito empezó a agotarse. La economía entró en caída libre. En 2009, las casas en la zona de Fresno habían perdido más de la mitad de su valor, el mayor descenso del país. Al mismo tiempo, los ciudadanos de Fresno estaban perdiendo en masa sus empleos; en noviembre de 2010, la tasa de paro se había disparado hasta el 17 %.

Mientras tanto, los tentadores tipos de interés de los préstamos habían vencido, y los pagos de las hipotecas de los prestatarios se estaban duplicando.

Aparecieron, como buitres, estafadores y timadores que prometían a los desesperados propietarios evitar las ejecuciones hipotecarias, solo para hacerse con su dinero y salir corriendo.

Esto sucedió en todo el país. Veamos, por ejemplo, la historia de Karina y Juan Santillan, que compraron una casa a 32 kilómetros de Los Ángeles en 1999. Juan había trabajado durante veinte años en una planta de fabricación de tinta, mientras que Karina vendía seguros. *The Atlantic* informó de lo siguiente: «Pocos años después de adquirir su casa, dicen los Santillan, empezaron a llamar a su puerta para venderles productos financieros. Les dijeron que era una forma fácil de conseguir dinero. Hipotecar su casa era una forma segura de sacarle el máximo partido».

Como millones de estadounidenses, convencieron a los Santillan para que hipotecaran su casa a un tipo de interés variable. Empezaron pagando una cuota mensual de 1.200 dólares. En 2009, esta había subido hasta los 3.000 dólares, y Karina había perdido su trabajo. Ante el riesgo repentino de perder su casa, se pusieron en contacto con una empresa que prometió protegerlos. Después de pagar 6.800 dólares por sus servicios, que en teoría iban a ayudarlos, se dieron cuenta de que habían sido timados. Diez años después de comprar su casa, se vieron obligados a decirles a sus cuatro hijos que iban a tener que marcharse.

Esta situación atacó con fuerza a Fresno y Stockton. Los dirigentes locales suplicaron al Gobierno federal que declarara la región zona catastrófica y les enviaran ayuda. «Zona catastrófica» era una descripción acertada: barrios enteros estaban siendo abandonados y la zona estaba sufriendo uno de los índices de ejecuciones hipotecarias más altos del país. A veces, las familias estaban teniendo tantos problemas para pagar sus hipotecas que se limitaban a recoger sus cosas e irse.¹ Me contaron historias de animales domésticos que habían sido abandonados por sus dueños, que ya no podían seguir manteniéndolos, un fenómeno del que informaba la Humane Society en todo el país, desde Little Rock hasta Cleveland y Albuquerque. Cuando visité Fresno, me contaron que se habían visto perros abandonados vagando en grupo. Me sentía como si estuviera caminando entre las secuelas que deja a su paso un desastre natural. Pero aquel desastre lo habían causado manos humanas.

Cuando el crac financiero tocó fondo por fin, 8,4 millones de estadounidenses habían perdido su empleo en todo el país. Unos 5 millones de propietarios llevaban un retraso de al menos dos meses en el pago de sus hipotecas. Y se habían solicitado 2,5 millones de ejecuciones hipotecarias.

Dos millones y medio de ejecuciones hipotecarias solicitadas. Dicho así, suena muy frío, lo que hace que los traumas y las tragedias humanas parezcan abstractas.

Una ejecución hipotecaria no es un dato estadístico.

Una ejecución hipotecaria es un marido sufriendo en silencio, consciente de que tiene problemas pero demasiado avergonzado para contarle a su pareja que ha fracasado. Una ejecución hipotecaria es una madre hablando por teléfono con su banco, suplicando más tiempo, solo hasta que termine el curso escolar. Una ejecución hipotecaria es el *sheriff* llamando a tu puerta y ordenándote que abandones tu casa. Es una abuela llorando en una acera, viendo cómo unos desconocidos sacan de su casa sus pertenencias de toda una vida y las dejan expuestas en el patio. Es enterarte por un vecino, en las escaleras del ayuntamiento, de que tu casa acaba de salir a subasta. Es el cambio de cerraduras, la inmolación de los sueños. Es que un niño sepa por vez primera que sus padres también pueden estar aterrados.

Los propietarios me contaron un sinfín de historias de catástrofes personales. Y mientras los meses pasaban lentamente, los medios de comunicación seguían publicando informes curiosos sobre irregularidades en los procesos de ejecución hipotecaria. Nos enteramos de que había personas cuyos bancos no lograban encontrar los documentos de sus hipotecas. Había historias de ciudadanos que descubrían que, en realidad, debían decenas de miles de dólares menos de lo que sus bancos les habían dicho. A un hombre de Florida le embargaron su casa y la pusieron en venta, pese a haberla comprado con dinero en efectivo y sin haber contratado nunca una hipoteca.

Se empezó a hablar de un proceso que acabó conociéndose como «seguimiento doble». A través de un programa del Gobierno federal, los bancos trabajaban en una dirección con los intermediarios,² para modificar los términos del préstamo, lo que se suponía que facilitaría que las personas se quedaran en

sus casas. Pero a menudo los intermediarios trabajaban simultáneamente en una segunda dirección, ejecutando igualmente la hipoteca de las casas, incluso después de haber hecho dichos cambios e incluso después de que el propietario de la casa hubiera pasado varios meses pagando el nuevo importe reducido. Así, los bancos dejaron tirados a los propietarios sin explicaciones, sin una persona de contacto y sin nadie a quien recurrir.

Obviamente, las cosas no iban nada bien. Pero no fue hasta finales de septiembre de 2010 cuando se destapó buena parte del escándalo. Fue entonces cuando supimos que los principales bancos del país, como el Bank of America, JPMorgan Chase y Wells Fargo, habían estado ejecutando hipotecas de forma ilegal desde 2007 por medio de una práctica que llegó a conocerse como «firmas robot».

Supimos que, para acelerar los procesos de ejecución hipotecaria, las entidades financieras y sus administradores de hipotecas contrataban a personas que carecían de formación reglada en finanzas —desde trabajadores de supermercado hasta peluqueros— y les otorgaban puestos de «experto en ejecuciones hipotecarias» con una sola responsabilidad: autorizar miles de ejecuciones hipotecarias.

En sus declaraciones, los «firmantes robóticos» reconocían que estaban muy poco o nada familiarizados con los documentos que les pagaban por autorizar. Su trabajo no consistía en entender ni evaluar; solo en firmar con su nombre o falsificar la firma de otra persona. Recibían 10 dólares por hora. Y primas por volumen. Nadie supervisaba el proceso. No había ningún tipo de transparencia. Ninguna de las diligencias que exige la ley. Desde el punto de vista de los bancos, cuanto más rápido eliminaran aquellos préstamos incobrables de sus cuentas generales, más rápido se recuperaría el precio de sus acciones. Y si eso implicaba quebrantar la ley, lo harían. Podían hacer frente a la multa. Fue doloroso para mí darme cuenta de que los bancos entendían las multas como un coste a la hora de hacer negocios. Me quedó claro que las habían incorporado a sus resultados. Era un retrato incriminatorio de un aspecto de la cultura de Wall Street que todavía persiste, ese al que parecen importarles muy poco —o nada— los daños colaterales causados por la insensatez y la codicia.

Lo había visto de cerca en la fiscalía de distrito, donde procesábamos a timadores que usaban las hipotecas para engañar a ancianos y veteranos del ejército. En 2009, como fiscal de distrito, creé una unidad de fraude hipotecario para actuar en un ámbito que sufría un déficit crónico de aplicación de la ley por parte del Gobierno federal. Pero a medida que la crisis hipotecaria se disparaba, empecé a desear enfrentarme a los principales responsables, ir a por los mismos bancos que actuaban mal. Y parecía que podría tener la oportunidad.

El 13 de octubre de 2010, los fiscales generales de los cincuenta estados acordaron unirse en lo que se conocería como una investigación multiestatal. Fue anunciada como una iniciativa integral para aplicar la ley en todo el país con el fin de desenmascarar las actuaciones de los bancos en la crisis hipotecaria.

Estaba ansiosa por unirme a la lucha, pero había un pequeño problema: yo aún no era fiscal general de California.

Cuando se anunció la investigación multiestatal, yo me hallaba en mitad de la campaña y todavía faltaban tres semanas para el día de las elecciones. Los sondeos presagiaban que estarían muy reñidas.

La noche de los comicios de 2010, perdí la carrera para convertirme en fiscal general. Tres semanas después, gané.

Había empezado la noche con lo que se había convertido en un ritual: una cena con familiares y amigos. Después fuimos a la fiesta de la noche electoral, que se celebró en el paseo marítimo de San Francisco, en la sede de la Fundación Delancey Street, de mi querida amiga Mimi Silbert. Es una de las principales organizaciones residenciales de autoayuda y capacitación laboral para adictos, exreclusos y otras personas que intentan cambiar sus vidas. Entramos cuando empezaban a llegar a cuentagotas los resultados de los distritos electorales de todo el estado. En la sala principal se reunían los simpatizantes, que estaban a la espera de los resultados. Detrás de ellos, unas tarimas desde donde las cámaras de televisión y prensa apuntaban al estrado. Entramos por detrás hasta una sala contigua donde se había reunido mi equipo. Habían dispuesto cuatro mesas en forma de cuadrado y la mayoría de ellos estaban ahí sentados, con la vista

clavada en sus portátiles y apretando la tecla de actualizar las páginas web para estar al tanto del recuento. Saludé a todos con mucho ánimo y les di las gracias por su gran trabajo.

Entonces Ace Smith, mi jefe de estrategia, me llevó aparte.

—¿Qué tal vamos? —pregunté.

—Va a ser una noche muy larga —dijo Ace. Mi adversario iba en cabeza.

Siempre he sabido que no se puede dar nada por descontado. De hecho, algunos colegas demócratas opinaban que yo tenía pocas posibilidades, y unos cuantos no se habían molestado en callárselo. Un estratega político veterano había anunciado en una charla en la Universidad de California en Irvine que en modo alguno podía ganar, porque yo era «una mujer que se presentaba a fiscal general, una mujer que pertenece a una minoría, una mujer que pertenece a una minoría que está en contra de la pena de muerte, una mujer que pertenece a una minoría que está en contra de la pena de muerte que es fiscal de distrito de la extravagante San Francisco». Los viejos estereotipos son duros de pelar. Yo estaba convencida de que mi perspectiva y experiencia me convertían en la candidata más fuerte en las elecciones, pero no sabía si los votantes estarían de acuerdo. Las semanas anteriores había tocado madera tantas veces que tenía los nudillos amoratados.

A las diez de la noche, aún estábamos lejos de saber los resultados de las elecciones. Yo iba a la zaga, pero sabíamos que todavía quedaban por conocer los resultados de muchos distritos electorales. Ace sugirió que saliera y me dirigiera a la gente.

—Las cámaras no se van a quedar mucho más por aquí —dijo—, así que si tienes algo que decir a tus simpatizantes, creo que tendrías que hacerlo ahora.

Me pareció una buena idea.

Salí de la sala donde estábamos todos, pasé unos minutos en silencio pensando en lo que iba a decir, luego me alisé el traje de chaqueta y me dirigí a la sala principal y al estrado. Le dije al público que iba a ser una noche larga, pero que también iba a ser una buena noche. Mi adversario estaba perdiendo terreno por momentos, les aseguré. Les recordé la esencia de nuestra campaña y qué defendíamos.

—Esta campaña es mucho más grande que yo. Es mucho más grande que cualquier persona.

En un momento dado, durante mi discurso, observé cierto cambio en la sala. Algunas personas se pusieron a llorar. Más tarde me contaron que dos de mis mejores amigas, Chrisette y Vanessa, estaban sentadas en el sofá, bebiendo vino y escuchando mi discurso. Chrisette se volvió hacia Vanessa:

—Creo que no lo sabe.

—Yo creo que tampoco lo sabe.

—¿Se lo vas a decir?

—No. ¿Y tú?

—No.

Estaba terminando mis declaraciones cuando vi que se acercaba Debbie Mesloh, mi asesora en comunicación desde hacía mucho tiempo. Me dijo gesticulando:

—Baja del estrado y vete a la sala de atrás, ahora.

No era muy tranquilizador. Terminé mis declaraciones y estaba abriéndome paso para llegar hasta Debbie cuando me interceptaron una periodista y su cámara.

—¿Qué cree que ha pasado? —preguntó, poniéndome el micrófono en la cara.

—Creo que hemos hecho una gran campaña electoral y que va a ser una noche larga.

La periodista parecía confundida, y yo también lo estaba. Cuantas más preguntas me hacía, más claro estaba que no nos estábamos comunicando en absoluto. Era evidente que había pasado algo, y yo estaba fuera de onda. Cuando al fin llegué a la sala donde se encontraba mi equipo, entendí el porqué. Mientras estaba en el estrado, hablando sobre lo que estaba por llegar, el *San Francisco Chronicle* había anunciado la victoria de mi adversario. ¡Por eso lloraba la gente! Yo era la única persona de la sala que pensaba que aún teníamos una oportunidad.

Saber que nuestro periódico local había anunciado la victoria de nuestro adversario me sentó como una patada en el estómago. El ánimo estaba por los

suelos cuando mi equipo y yo nos apiñamos en la sala de descanso. Después de tantos meses de trabajar muchísimo, el entusiasmo estaba dando paso al agotamiento. Paseé la mirada por los hombros encogidos y las expresiones tristes. No podía soportar la idea de enviar a casa a nuestros voluntarios sintiéndose así.

Ace me llamó.

—Oye, estoy viendo las cifras y aún no han salido las de las zonas donde somos más fuertes. Han anunciado la victoria demasiado pronto. Aún hay partido.

Sabía que Ace no podía ver el futuro, pero no era de los que venden humo. Conocía California al dedillo, tal vez mejor que nadie en el estado. Si él pensaba que todavía había partido, yo le creía. Les dije a mis simpatizantes que no nos dábamos por vencidos.

Mi adversario veía las cosas de otro modo. A eso de las once de la noche, se puso ante las cámaras y dio un discurso en Los Ángeles declarando su victoria. Pero nosotros esperamos. Y esperamos, obteniendo información actualizada periódica a pie de urna e intentando animarnos mutuamente.

Alrededor de la una de la madrugada, me acerqué a Derreck, mi amigo de la infancia que era como un primo para mí y que tenía un restaurante de pollo y gofres en Oakland.

—¿Sigue abierta tu cocina?

—No te preocupes —prometió—. Me ocuparé de ello.

Como era de esperar, lo siguiente que supe fue que Delancey Street estaba inundada de un delicioso aroma a pollo frito, pan de maíz y verduras y boniatos caramelizados. Todos nos reunimos alrededor de fuentes de aluminio y comimos. Una hora después, más o menos con el 89 % de los distritos electorales ya escrutados, estábamos empatados.

Al final, me volví hacia Maya.

—Estoy agotada. ¿Crees que alguien se molestará si me voy?

—A nadie le importará —me tranquilizó—. La gente está esperando a que te vayas para marcharse ellos también.

Me fui a casa y dormí tal vez una o dos horas, hasta que me despertó de golpe

el sonido de los helicópteros de noticias volando en círculos. Los Giants estaban celebrando su primera victoria de la Serie Mundial en más de cincuenta años con un desfile por Market Street. Gran parte de la ciudad estaba engalanada de naranja y negro.

Pero la victoria de los Giants no era la única buena noticia. Habían llegado más votos y yo iba en cabeza, aunque fuera solo por unos pocos miles de papeletas. Parecía que nuestra campaña había pasado del punto más bajo a la cima de la montaña, en un día en el que la música llegaba de las calles y llovía confeti desde el cielo.

Con dos millones de votos todavía por contar, había muchas probabilidades de que no supiéramos el resultado hasta pasadas varias semanas. Los condados disponían de un mes aproximadamente para finalizar el recuento y certificarlo.

Sonó el teléfono. Era John Kecker, ilustre abogado de la zona de la bahía de San Francisco y gran amigo. Me dijo que estaba reuniendo a un equipo de los mejores abogados.

—Kamala, estamos listos para unirnos y defenderte en caso de que haya un nuevo recuento.

Si iba a producirse un nuevo recuento, no sería en breve. Lo antes que cualquiera de nosotros podría solicitarlo sería el 30 de noviembre.

Mientras tanto, los miembros del equipo de mi campaña, dirigidos por mi director, Brian Brokaw, movilizaron a decenas de voluntarios, que aparcaron sus planes de irse de vacaciones y volvieron al trabajo. Se desplegaron por todo el estado, un condado tras otro, para supervisar el recuento de votos en tiempo real e informar de cualquier irregularidad. Los días se convirtieron en semanas. Se acercaba Acción de Gracias. Y, durante todo ese tiempo, los resultados fueron como una montaña rusa, lo que hacía que todo fuera bastante insoportable. Me recordaba a mi época como fiscal, cuando el jurado se iba a deliberar y lo único que podías hacer era esperar. Nos reconciamos con la idea de que no habría novedades sobre el recuento durante el fin de semana de Acción de Gracias, así que enviamos a todos a casa con sus familias.

A primera hora de la mañana del miércoles,³ me dirigí al aeropuerto para coger un vuelo a Nueva York. Iba a pasar la festividad con Maya, mi cuñado,

Tony, y mi sobrina, Meena.

Cuando estábamos saliendo de la autopista, recibí un mensaje de un fiscal de distrito que había apoyado a mi adversario. «Estoy deseando trabajar contigo», decía.

Llamé a mi equipo de campaña.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis enterado de algo? —pregunté.

—Estamos oyendo que va a haber una rueda de prensa. Es lo único que sabemos de momento. —Estaba aparcando en la terminal del aeropuerto—. Lo comprobamos y te llamamos.

Pasé el control de seguridad y subí al avión sin saber nada más. Estaba en un asiento de pasillo, y los demás pasajeros, con sus gorras y sus camisetas de los Giants, me preguntaban al pasar:

—Kamala, ¿ya ha ganado? ¿Sabe qué pasa?

Lo único que podía hacer era sonreír y decir:

—No lo sé. No lo sé.

Saqué mi teléfono y me di cuenta de que, de camino al aeropuerto, había perdido una llamada. Tenía un mensaje de mi adversario en el buzón de voz pidiéndome que lo llamara. Marqué su número mientras se cerraban las puertas del avión y los auxiliares de vuelo se dirigían a los pasajeros para que apagaran sus teléfonos.

—Quiero que sepa que me doy por vencido —dijo.

—Ha hecho una gran campaña electoral —repliqué.

—Espero que sepa el gran trabajo que le espera —añadió.

—Disfrute de Acción de Gracias con su familia —respondí.

Y eso fue todo. De los casi nueve millones de votos emitidos en todo el estado, había ganado por el equivalente a tres votos en cada uno de los distritos electorales. Me sentí muy aliviada, entusiasmada y lista para empezar. Quería llamar a todo el mundo, pero ya estábamos rodando por la pista y luego en el aire... y sin wifi. La noche electoral de veintiún días había terminado, y lo único que podía hacer era quedarme ahí sentada. A solas con mis pensamientos. Durante cinco horas.

Como el recuento había tardado tanto, solo tenía un mes para procesar el triunfo antes de prestar juramento. Y más allá de la elección, aún estaba procesando el duelo por la muerte de mi madre. Había fallecido un año antes, en febrero de 2009, durante la larga y reñida campaña. Hablaré más de esto en uno de los próximos capítulos, pero huelga decir que perderla fue devastador. Sabía lo que habría supuesto para ella mi victoria. Cómo deseaba que hubiera podido estar allí para verla...

Cuando llegó el 3 de enero de 2011, bajé las escaleras del Museo de Historia, Mujeres y Artes de California, en Sacramento, para saludar al público en pie. Habíamos organizado una ceremonia de investidura magnífica, con una oración de apertura a cargo del obispo T. Larry Kirkland Sr. y un cantante de góspel al final. Había banderas ondeando, presencia de dignatarios y espectadores que miraban desde el palco. Maya sostenía la biblia de la señora Shelton mientras yo juraba el cargo. Pero lo que recuerdo más vivamente de aquel día fue mi preocupación al intentar pronunciar el nombre de mi madre sin perder la compostura cuando me dirigí al público. Lo había ensayado una y otra vez, y siempre se me hacía un nudo en la garganta. Pero era importante para mí que se pronunciara su nombre en aquella sala, porque nada de lo que había conseguido habría sido posible sin ella.

—Hoy, con este juramento —dije a la multitud—, afirmamos el principio de que todos los californianos importan.

Era un principio que se pondría a prueba durante las siguientes y emocionantes semanas. A finales de ese mes, 37.000 propietarios formaron una fila en Los Ángeles para suplicar a los bancos la modificación de sus hipotecas y poder así quedarse en sus casas. En Florida, hubo colas que duraron literalmente días.

—En la década de 1930, teníamos colas para el pan —dijo Scott Pelley en *60 Minutes*, durante un reportaje sobre la crisis hipotecaria—. Si sale hoy de casa antes del amanecer en Estados Unidos se encontrará con colas para las hipotecas.

Durante mi primer día en el cargo, reuní a mi equipo directivo y les dije que

teníamos que participar ya en la investigación multiestatal sobre los bancos. Había nombrado abogado principal de la fiscalía general a Michael Troncoso, un veterano miembro de mi equipo, y fiscal general adjunto especial a Brian Nelson. Les pedí que se sumergieran a fondo y nos pusieran al día.

Dentro de la oficina, nos estábamos preparando para la batalla. Fuera, recibíamos recordatorios constantes de por quién estábamos luchando. En todos los actos que celebrábamos, siempre había un grupo de personas —a veces cinco o diez o veinte— que habían acudido con la esperanza de verme y pedirme ayuda, cara a cara. Muchos llevaban consigo su documentación: carpetas de acordeón y sobres de papel manila llenos de documentos hipotecarios, avisos de ejecución y notas manuscritas. Algunos habían conducido cientos de kilómetros para verme.

Nunca olvidaré a una mujer que interrumpió un pequeño acto sobre sanidad que estaba haciendo en Stanford. Se levantó de entre el público, con lágrimas en el rostro y desesperación en la voz.

—Necesito ayuda. Tiene que ayudarme. Necesito que me ayude a llamar al banco y decirles que me dejen quedarme en mi casa. Por favor, se lo ruego.

Se me partió el corazón. Pero también sabía que había decenas de miles de personas como ella, luchando por sus vidas, personas que no podían encontrarse cara a cara con la fiscal general. Así que fuimos a buscarlas, celebrando mesas redondas en centros comunitarios de todo el estado. Quería que nos vieran. También quería que mi equipo los viera, para que cuando estuviéramos sentados frente a los ejecutivos de los bancos en una sala de reuniones recordáramos a quiénes estábamos representando. En una de esas reuniones, hablé con un hombre acerca de los problemas que estaba teniendo con los bancos. Su hijo pequeño estaba jugando tranquilamente allí al lado. Entonces, el niño se acercó y miró a su padre.

—Papi, ¿qué significa «con el agua al cuello»?

Vi el terror en sus ojos. Pensaba que su padre se estaba ahogando en sentido literal.

Verlo fue horrible. Pero la metáfora era adecuada: mucha gente estaba hundiéndose. Aun así, otros se aferraban con uñas y dientes al borde. Y cada día

que pasaba, más y más personas desesperadas perdían su punto de apoyo.

A lo largo de nuestra batalla contra los bancos, oímos muchas historias que ponían de manifiesto que estos temas no son conflictos intelectuales o académicos; lo que está en juego es la vida de la gente. En una mesa redonda con propietarios, una mujer describió con orgullo la casa que había comprado con sus ahorros en 1997, la primera que había adquirido en su vida adulta. Después de retrasarse un mes en el pago de un préstamo a principios de 2009, llamó a su prestamista para pedirle consejo. Los representantes del prestamista le dijeron que ellos la ayudarían, pero después de meses de insistir en que presentara un sinfín de documentos y los enviara por fax, y de mandarles ellos a ella documentos sin explicación alguna pidiéndole que los firmara, de mantenerla al margen mientras ella buscaba respuestas a sus preguntas, se llevó a cabo la ejecución hipotecaria de su casa delante de sus narices.

Intentando contener las lágrimas mientras me contaba su historia, dijo:

—Lo siento. Sé que solo es una casa...

Pero ella sabía, al igual que nosotros, que nunca es «solo una casa».

Mi primera oportunidad de participar personalmente en las charlas multiestatales llegó a principios de marzo. La Asociación Nacional de Fiscales Generales —su acrónimo en inglés, NAAG,⁴ resulta adecuado— celebraba su reunión anual de varios días de duración en el hotel Fairmont, en Washington D. C. Volé hasta allí con mi equipo. Allí estábamos, los cincuenta fiscales generales sentados en orden alfabético según el nombre del estado. Ocupé mi sitio entre Arkansas y Colorado.

Mientras la conversación pasaba de cuestiones generales a la investigación multiestatal, enseguida me quedó claro que dicha investigación estaba inconclusa; todavía quedaban muchas preguntas por responder. Pese a todo, se hablaba de un acuerdo. Había varios sobre la mesa, y me dio la impresión de que la cosa estaba hecha. Lo único que parecía que quedaba pendiente era repartir el dinero entre los estados, y eso era justo lo que se estaba haciendo.

Yo estaba atónita. ¿En qué se basaba la cifra? ¿Cómo habían llegado a ella? ¿Cómo podíamos negociar un acuerdo cuando no habíamos concluido la investigación?

Pero lo que más me sorprendió no fue la elección al azar de una cifra en dólares. Fue que, a cambio de llegar a ese acuerdo, se iba a liberar por completo a los bancos de cualquier posible reclamación posterior, un cheque en blanco de inmunidad por cualquier delito que pudieran haber cometido. Eso implicaba que por haber llegado a un acuerdo con ellos sobre el tema de las firmas robot, podíamos vernos incapacitados para presentar una demanda contra ellos relacionada con los valores con garantía hipotecaria que habían provocado el crac.

Durante un descanso de la sesión, reuní a mi equipo. El acuerdo iba a estar de nuevo en el orden del día por la tarde.

—No voy a ir a esa reunión —les dije—. Ya está todo decidido.

Sabía que si me unía a la reunión, la conversación se retomaría donde se había dejado. No iban a volver atrás solo porque una fiscal general nueva mostrara su preocupación. Pero si veían que yo me retiraría de las negociaciones si era necesario, tal vez removería algunas conciencias. California había tenido más ejecuciones hipotecarias que ningún otro estado, lo que suponía el mayor riesgo de responsabilidad para los bancos. Si los bancos no podían llegar a un acuerdo conmigo, no lo harían con nadie. Una cosa era saber que contaba con aquella ventaja; otra, convencerlos de que estaba dispuesta a usarla. Si me saltaba la sesión de la tarde, mi silla vacía expresaría ese mensaje mejor de lo que yo podría hacerlo jamás.

Mi equipo y yo salimos del Fairmont y cogimos un taxi hasta el Departamento de Justicia. De camino llamamos a Tom Perrelli para decirle que estábamos llegando. Perrelli era el fiscal general adjunto de Estados Unidos. Su labor consistía, entre otras cosas, en supervisar la investigación multiestatal en nombre del Gobierno federal. Le dije que, de las diez ciudades más golpeadas por la crisis hipotecaria en ese momento, siete estaban en California; que me correspondía a mí llegar hasta el fondo de la cuestión, y que no podía firmar nada que me impidiera hacer mi propia investigación.

Perrelli argumentó que mi investigación no daría los resultados que esperaba, que ir tras los grandes bancos no era algo que pudiera hacer cualquier estado, ni siquiera el más grande de la nación. Y, añadió, un litigio así iba a llevar muchos

años. Para cuando consiguiera lo que California merecía, la gente que necesitaba ayuda ya habría perdido sus casas. Este era el motivo por el que no se había hecho una investigación exhaustiva; simplemente no había tiempo.

Más tarde ese mismo día, me reuní con Elizabeth Warren, que en aquella época estaba trabajando en el Departamento del Tesoro, creando lo que acabaría siendo la Oficina para la Protección Financiera del Consumidor. Le planteé los mismos problemas, y se mostró comprensiva y servicial. Como funcionaria de la Administración, no podía decirnos abiertamente que siguiéramos nuestro propio camino, pero tuve la sensación de que lo entendería si yo persistía.

Cogimos un vuelo de regreso a casa esa noche y nos pusimos a trabajar. Me habían contado que, tal y como estaban las cosas, California iba a recibir entre 2.000 y 4.000 millones de dólares en el acuerdo. Algunos abogados de la oficina pensaron que era una cifra importante, lo bastante alta como para aceptarla. Pero yo decía: ¿comparada con qué? Si las maquinaciones ilegales de los bancos habían causado mucho más de 2.000 a 4.000 millones de dólares en perjuicios, esa cifra tan importante empezaría a parecer muy pequeña.

La dificultad más inmediata era que nuestra oficina no estaba capacitada para responder a aquella adivinanza. Era un problema que precisaba economistas y analistas de datos, no abogados. Al ver que teníamos un agujero en nuestro plan, decidí contratar a expertos y los puse a hacer cuentas. Quería saber cuántos propietarios con hipotecas estaban con el agua al cuello en todos y cada uno de los condados, para poder dirigir las ayudas a los puntos más críticos. También quería saber de qué estábamos hablando en términos humanos. ¿A cuántas personas iba a ayudar el dinero? ¿Cuántas se quedarían al margen y tendrían que valerse por sí mismas? ¿Cuántos niños se veían afectados por la crisis hipotecaria?

Los resultados eran tan inaceptables como me había temido. Comparado con los estragos provocados, los bancos ofrecían migajas, en absoluto suficientes para compensar el daño que habían causado.

—Tenemos que prepararnos para salir del acuerdo —le dije a mi equipo—. De ninguna manera voy a aceptar esta oferta. —Les dije que había llegado el momento de iniciar nuestra propia investigación independiente—. Mirad, nos

han llevado a una fiesta y no tenemos coche —continué—. Necesitamos nuestro propio vehículo para poder marcharnos cuando queramos.

Incluso antes de asumir el cargo, había planeado con mi equipo lanzar una iniciativa estatal para investigar el fraude. Había llegado el momento. Ese mes de mayo, anunciamos la Fuerza Especial contra el Fraude Hipotecario de la Fiscalía de California, una unidad de los mejores y más brillantes abogados de las divisiones de fraude al consumidor, fraude empresarial y Sala de lo Penal, así como investigadores certificados.

El acuerdo de las firmas robot fue una parte crucial de la investigación, pero nuestro ámbito era mayor. Quería ir tras Fannie Mae y Freddie Mac, que poseían el 62 % de las nuevas hipotecas de todo el país. Quería investigar los valores con garantía hipotecaria que JPMorgan Chase había vendido al fondo de pensiones de los funcionarios de California. Y quería ir tras los depredadores que se habían aprovechado de las comunidades vulnerables, prometiéndoles a los propietarios salvarlos de una ejecución hipotecaria a cambio de dinero, solo para robarles lo poco que les quedaba.

El hecho de que estuviéramos haciendo nuestra propia investigación irritó a los negociadores multiestatales. Los bancos estaban furiosos conmigo por estar causando problemas. El acuerdo estaba en entredicho. Pero ese había sido mi objetivo. En aquel momento, en lugar de limitarse a tomar nota de mis preocupaciones, los fiscales generales estatales y los bancos tendrían que darles respuesta.

A lo largo del verano, nos centramos en dos vías: por un lado, la investigación; por otro, las charlas para llegar a un acuerdo. Para mi equipo, eso implicaba trabajar todas las horas del día y de la noche, desplazarse de un lado a otro por todo el estado y hacer viajes constantes a Washington. Aun así, las negociaciones no conducían a nada. Los bancos se oponían a nuestras exigencias. Al mismo tiempo, el índice de ejecuciones hipotecarias aumentó considerablemente en California.

En agosto, el fiscal general de Nueva York se retiró de las negociaciones multiestatales. Como consecuencia de esto, todas las miradas se volvieron hacia mí. ¿Las abandonaría yo también?

Todavía no estaba preparada para hacerlo. Quería agotar cualquier posibilidad razonable de que los bancos satisficieran nuestras demandas. Había reformas importantes que formaban parte de la negociación y quería verlas aplicadas. Nos presentaban una falsa dicotomía: las reformas o el dinero. Yo quería las dos cosas.

Y sabía que el factor tiempo era vital. En un caso de homicidio, el cuerpo ya está frío y todo gira en torno al castigo y la reparación después del hecho. En esta situación, el daño aún se estaba produciendo. Mientras las negociaciones seguían su curso, cientos de miles de propietarios habían recibido avisos de ejecución hipotecaria. Pasaba a diario y en tiempo real. Había zonas inmensas, códigos postales enteros en los que la gente estaba con el agua al cuello, con deudas de cientos de miles de dólares. Mi equipo y yo leíamos detenidamente las cifras todas las semanas, una imagen de la desesperación que describía los días que les quedaban a las personas —treinta, sesenta o noventa— antes de perder sus casas.

Antes de abandonar la mesa, quería probar suerte por última vez y obtener un acuerdo justo y un poco de alivio real para mi estado.

Hasta ese momento, un grupo de veteranos del Departamento de Justicia de California encabezado por Michael se había encargado de las negociaciones diarias. La siguiente reunión se iba a celebrar en septiembre, y los asesores jurídicos de los principales bancos me habían pedido que asistiera. Estaba convencida de que querían que fuera para poder tantearme desde el otro lado de la mesa, a esta fiscal general nueva que había salido de la nada. Bien. Yo también quería tantearlos.

Llegamos a las oficinas de Debevoise & Plimpton, el bufete de abogados de Washington que organizaba la reunión. Nos llevaron a una gran sala de reuniones en la que había más de una docena de personas.

Después de unos cuantos saludos educados, nos sentamos en torno a una mesa de reuniones. Yo me puse en una de las cabeceras. Ahí estaban los principales asesores jurídicos de los grandes bancos, junto con un equipo de los

mejores abogados de Wall Street, entre ellos un hombre conocido como el «cirujano de urgencias» de Wall Street.

La reunión fue tensa desde el principio. La asesora jurídica del Bank of America empezó dirigiéndose a mi equipo de negociación y quejándose del terrible sufrimiento que estábamos causando a los bancos. No es broma. Dijo que el proceso era frustrante, que el banco había sufrido muchísimo, que los empleados estaban trabajando para responder a todas las investigaciones y los cambios de reglamentación desde el crac. Todos estaban agotados, nos contó. Y quería respuestas de California. ¿A qué se debía el retraso?

Salí al ataque.

—¿Quiere hablar de dolor? ¿Tiene idea del dolor que ha estado provocando? —Me salió del alma. Me enfureció mucho ver que se le restaba importancia o no se tenía en cuenta el sufrimiento de los propietarios—. Hay un millón de niños en California que no van a poder volver a su colegio nunca más porque sus padres han perdido su casa. Si quiere hablar de dolor, yo le diré lo que es.

Los representantes del banco estaban tranquilos pero a la defensiva. Básicamente dijeron que los propietarios tenían la culpa por meterse en hipotecas que no podían pagar. Yo no iba a aceptar eso. No dejaba de pensar en cómo era el proceso de adquirir una vivienda en el mundo real.

Para la gran mayoría de las familias, comprar una casa es la mayor transacción financiera en la que se verán envueltos. Es uno de los momentos de mayor afirmación en la vida de un adulto, un testimonio de lo mucho que has trabajado. Confías en quienes participan en el proceso. Cuando el empleado bancario te dice que reúnes los requisitos para solicitar un préstamo, confías en que ha revisado los datos y no va a dejar que te embarques en algo que no puedes asumir. Cuando se acepta la oferta, el agente inmobiliario se alegra tanto por ti que crees que se va a mudar contigo a tu casa. Y cuando llega el momento de acabar con el papeleo, se trata en esencia de una ceremonia de firmas. Tal vez estés celebrándolo con champán. El agente está allí, el empleado del banco está allí, y tú crees que quieren lo mejor para ti. Cuando te ponen un montón de papeles delante, tú confías en ellos y firmas. Y firmas. Y firmas. Y firmas.

Observé la sala llena de abogados y tuve la certeza de que ninguno de ellos se

había leído todas y cada una de las palabras de sus documentos hipotecarios antes de comprar su primera casa. Cuando me compré mi piso, yo no lo hice.

Parecía que los banqueros hablaban de hipotecas sin pensar en lo que representaban para las personas involucradas y sin saber siquiera quiénes eran esas personas. Para mí, sonaba a que habían hecho terribles suposiciones sobre el carácter y los valores de los propietarios en apuros. Yo había conocido a muchas de esas personas. Y, para ellos, comprar una casa no era solo una inversión. Era un logro, una realización personal. Pensé en el señor Shelton, que siempre estaba en el jardín delantero podando sus rosas por las mañanas, siempre cortando el césped o regando o abonando. En un momento dado, le pregunté a uno de los abogados:

—¿Ha conocido alguna vez a alguien que se enorgullezca de su jardín?

Seguimos con el tira y afloja. Parecían creer que podían intimidarme para que me sometiera. Se equivocaban. Yo no iba a cambiar de opinión. Hacia el final de la reunión, el asesor jurídico de JPMorgan emprendió lo que creyó que era una táctica inteligente. Me dijo que sus padres eran de California y que me habían votado y que yo les gustaba. Y que sabía que había muchos votantes de mis distritos que estarían de verdad encantados si yo llegaba a un acuerdo. Sería un acierto político; estaba seguro de ello.

Lo miré directamente a los ojos:

—¿Es necesario que le recuerde que esto es una medida de aplicación de la ley? —La sala enmudeció. Después de cuarenta y cinco minutos, la conversación ya había durado lo suficiente—. Mire, su oferta no se acerca ni por asomo a una admisión del daño que han causado —les dije—. Y deberían saber que hablo en serio. Voy a investigarlo todo. Todo.

El asesor jurídico de Wells Fargo se volvió hacia mí.

—Bien, si va a seguir investigando, ¿por qué deberíamos llegar a un acuerdo con usted?

—Esa decisión la tiene que tomar usted —respondí.

Cuando salí de la reunión, tomé la determinación de retirarme completamente de las negociaciones.

Escribí una carta en la que anunciaba mi decisión, pero esperé a enviarla

hasta el viernes por la tarde, cuando los mercados ya habían cerrado. Sabía que mis palabras podían hacer que se vieran afectados, y no era esa mi intención. Aquello no era una fanfarronada, ni quería montar el numerito ni hundir el precio de las acciones. Estaba intentando hacer justicia por los millones de personas que necesitaban y merecían ayuda. «La semana pasada, fui a Washington D. C. con la esperanza de avanzar en nuestras negociaciones — escribí—. Pero me quedó claro que se estaba pidiendo a California un mayor descargo de responsabilidades del que podemos aceptar y excusar una conducta que no se ha investigado adecuadamente. Tras pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que este no es el acuerdo que han estado esperando los propietarios de California.»

Empecé a recibir llamadas telefónicas. De amigos que temían que me hubiera ganado un enemigo demasiado poderoso. De asesores políticos que me advirtieron que me preparara, porque los bancos iban a gastar decenas de millones de dólares en echarme del puesto. Del gobernador de California: «Espero que sepas lo que estás haciendo». De los funcionarios y los secretarios de Gabinete de la Casa Blanca, que intentaron que volviera a las conversaciones. Era mucha presión —y constante— y venía de todas partes: desde viejos aliados a viejos adversarios, y de cualquier persona entre esos dos extremos.

Pero también había otra presión. Millones de propietarios habían alzado la voz, junto con activistas y organizaciones de defensa, y se estaban movilizandose basándose en nuestra estrategia. Sabía que no estábamos solos.

Aun así, fue un periodo difícil. Antes de irme a la cama, rezaba una pequeña oración: «Dios, ayúdame a hacer lo correcto». Pedía estar eligiendo el camino correcto y tener el coraje para mantener el rumbo. Sobre todo, rogaba para que las familias que contaban conmigo siguieran sanas y salvas. Sabía lo mucho que había en juego.

A menudo me veía pensando en mi madre y en lo que ella habría hecho. Sé que me habría dicho que me aferrara a mis convicciones, que siguiera mi instinto. Las decisiones difíciles son difíciles precisamente porque el resultado no está claro. Pero el instinto te dice si vas por el buen camino. Y así sabes qué decisión tomar.

En aquel momento, Beau Biden, fiscal general de Delaware, se convirtió en un amigo y un compañero increíble. Los bancos estaban en el territorio de Beau, y la crisis hipotecaria no había golpeado con tanta fuerza a Delaware como a otros estados. Según algunas valoraciones, tenía todos los motivos del mundo para agachar la cabeza y acatar las normas. Pero Beau no era así. Beau era un hombre de principios y valiente.

Desde el inicio, siempre se había opuesto al acuerdo. Había insistido en los mismos puntos que yo: dinero insuficiente, falta de investigación sobre el alcance del fraude. Al igual que yo, quería testigos y documentos. Quería pruebas de que los bancos eran también dueños de las hipotecas que estaban ejecutando. Y nunca cedió ni un ápice. Él también había iniciado su propia investigación, y compartíamos de forma activa la información que descubríamos. Hubo épocas, mientras estuve en el ojo del huracán, en las que Beau y yo hablábamos a diario, en ocasiones varias veces al día. Nos guardábamos las espaldas mutuamente.

Contaba además con otros grandes aliados en la lucha. Martha Coakley, por entonces fiscal general de Massachusetts, trabajaba mucho y era inteligente y meticulosa. Catherine Cortez Masto, compañera actual en el Senado, era fiscal general de Nevada en aquel momento y también se convirtió en una aliada formidable. Nevada, al igual que California, había sufrido el azote de la crisis, y Catherine, que llevaba en el cargo desde 2007, había formado su propia Fuerza Especial contra el Fraude Hipotecario en 2008. Ella, al igual que yo, estaba decidida a luchar contra los bancos, y, en diciembre de 2011, unimos fuerzas para investigar el fraude de las ejecuciones hipotecarias y el comportamiento irregular. No podría haber pedido unas compañeras de equipo mejores y más decididas.

En el punto álgido de este periodo, yo viajaba constantemente por el país con mi equipo. Nunca olvidaré cuando fuimos a Washington D. C., con ropa de invierno, y nos enteramos de que teníamos que ir a Florida al día siguiente. Brian y yo nos precipitamos a una tienda de ropa en Georgetown para buscar un atuendo más apropiado al clima. Criticarnos mutuamente la ropa que elegíamos para probarnos fue un raro momento de frivolidad.

Para enero, los bancos estaban perdiendo la paciencia. Michael entró en mi despacho.

—Acabo de hablar con el asesor jurídico de JPMorgan —dijo—. Le he dicho que el trato era que no íbamos a cambiar de opinión.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—No dejaba de gritarme. Dice que se acabó. Que hemos ido demasiado lejos. Ha sido muy tenso. Y luego ha colgado.

Llamé a mi equipo a mi despacho e intentamos calcular el siguiente paso, si es que había alguno. ¿Habíamos eliminado la posibilidad de llegar a un acuerdo? ¿Seguía habiendo una oportunidad? Tenía que estar segura. Nos sentamos en silencio un rato, pensando en ello, hasta que se me encendió la bombilla. Llamé a gritos a mi asistente, que estaba en la habitación de al lado (usando el mismo sistema de intercomunicación que usé toda mi infancia).

—Llama a Jamie Dimon.

Dimon era y, en el momento de escribir esto, sigue siendo el presidente y director general de JPMorgan Chase.

Mi equipo se puso histérico.

—No puedes llamarlo. ¡Lo representa un abogado!

—Me da igual. Llámalo.

Estaba cansada de sentirme enjaulada, de hablar a través de abogados y otros intermediarios obcecados hasta el infinito. Quería ir directa a la fuente, y creía que la situación lo exigía.

Unos diez segundos después, mi asistente asomó la cabeza en mi despacho.

—El señor Dimon está al teléfono. —Me quité los pendientes (cosas de Oakland) y levanté el auricular.

—¡Está intentando robar a mis accionistas! —gritó apenas oyó mi voz.

Se la devolví de inmediato.

—¿Sus accionistas? ¿Sus accionistas? ¡Mis accionistas son los propietarios de California! Venga a hacerles una visita. Discuta con ellos a quién están robando.

La conversación siguió en ese tono durante un rato. Éramos como perros de presa. Un miembro de mi equipo directivo recordó más tarde haber pensado: «Esta idea es magnífica o un tremendo error».

Le conté a Dimon cómo estaban presentando su caso sus abogados y por qué yo no podía aceptarlo. Cuando los ánimos se calmaron, entré en los detalles de mis exigencias para que entendiera qué necesitaba yo exactamente, no a través del filtro de su asesor jurídico, sino de mis labios. Al final de la conversación, dijo que hablaría con su junta y vería qué podían hacer.

Nunca sabré qué ocurrió en el bando de Dimon. Lo que sí sé es que, dos semanas después, los bancos se rindieron. Finalmente, en lugar de los 2.000 a 4.000 millones de dólares que había sobre la mesa al principio, obtuvimos un acuerdo de 18.000 millones de dólares, que al final aumentó hasta los 20.000 millones de dólares como resarcimiento para los propietarios. Fue una victoria inmensa para los californianos.

Como parte del acuerdo, el Gobierno federal iba a asignar un supervisor para asegurarse de que los bancos cumplieran. Pero teniendo en cuenta lo mucho que estaba en juego en el caso de California, aquello no me bastaba. Decidí contratar a nuestra propia supervisora y autorizarla para que controlara la aplicación del acuerdo en nuestro estado.

Me pidieron que fuera a Washington para participar en el gran anuncio, una rueda de prensa importante y la celebración que tendría lugar en el Departamento de Justicia y en la Casa Blanca. Pero yo quería estar en casa con mi equipo. Compartir nuestra victoria. Y teníamos que prepararnos para la siguiente batalla.

El acuerdo no era más que el principio. Además del dinero, este exigía que los bancos implementaran reformas para que el proceso de evitar las ejecuciones hipotecarias fuera más sencillo para los propietarios. Sin embargo, el acuerdo solo exigía que esas medidas se aplicaran durante tres años. Si queríamos proteger a los propietarios de California de abusos futuros, íbamos a necesitar una legislación que hiciera permanentes los pactos del acuerdo. Quería que se prohibiera definitivamente a los bancos llevar a cabo prácticas manifiestamente abusivas. Y quería que todos los propietarios tuvieran derecho a demandar a los bancos cuando estos infringieran las normas. En coordinación con nuestros

aliados en la Asamblea Estatal,⁵ aunamos estas ideas en lo que denominamos la Carta de Derechos de los Propietarios de California.

Pero conseguir que una nueva ley relacionada con los bancos fuera aprobada por la Asamblea Estatal iba a ser un problema. El poder de influencia de los bancos en Sacramento es inmenso. Los representantes electos de California habían intentado aprobar una legislación parecida al menos en dos ocasiones anteriores, solo para acabar perdiendo debido a la resistencia de los bancos. Iba a ser un esfuerzo intenso.

Al principio, la acogida del proyecto de ley fue fría. La gente me decía que nacía muerto. Que el *lobby* bancario era demasiado fuerte para vencerlo. Que la legislación fuera o no adecuada parecía no importar en este caso.

Me reuní con John Pérez, presidente de la Asamblea Estatal en aquel momento, para pensar en una estrategia que pudiera convertir el proyecto de ley en ley. John es un hombre excepcional, conocedor tanto de las normas como de la política. Él y yo estábamos completamente de acuerdo en la importancia de la Carta de Derechos de los Propietarios, y estaba dispuesto a aprovechar su poder para enfrentarse a los bancos.

Recuerdo que en un momento dado durante el proceso, el presidente Pérez me invitó a la reunión a puerta cerrada de los demócratas de la Asamblea Estatal en la Leland Stanford Mansion, en Sacramento. Pérez, que se había asegurado de ser el encargado de asignar los asientos, me colocó estratégicamente en una mesa con un par de aliados fuertes, así como con algunos representantes que necesitaban que los convencieran. Pasamos buena parte de la cena hablando del proyecto de ley. En ese momento, yo sabía más de lo que jamás habría imaginado al respecto de cómo habían actuado los bancos, de todas las maneras en las que habían abusado de los propietarios. Me pareció que explicar todas esas experiencias a ese grupo serviría de algo. Cuando acabó la cena, tuve la sensación de que había conseguido que una o dos mentes cambiaran de idea.

Ninguno de los representantes dijo de forma explícita en ningún momento que estaban tomando partido por los bancos. Pero en todas las conversaciones intentaban hallar algún tecnicismo para explicar por qué no podían respaldar el

proyecto de ley. «Si hubieras hecho esto. Si hubieras hecho lo otro. Si ese punto y coma no estuviese ahí.»

Nunca olvidaré a un representante demócrata que me dijo:

—Bueno, Kamala, no entiendo qué hay de malo en esas ejecuciones hipotecarias. Van bien a nuestra economía local. Porque cuando se embarga una casa y se abandona, hay que contratar a pintores y jardineros para arreglarla.

¿De verdad? ¿De verdad? ¿Apoyaba también aquel tipo a quienes provocan incendios porque son buenos para los fabricantes de extintores? No salía de mi asombro al ver cómo la gente podía llegar a justificar el estar controlados por los bancos.

Mientras el presidente Pérez se centraba en las discusiones internas, yo me eché a la carretera y usé mi visibilidad para hacer proselitismo en favor de un sistema más equitativo y justo para los propietarios. A la iniciativa se unieron varios grupos que habían defendido los derechos de los propietarios y que estaban preparando una campaña de presión para hacer que se aprobara el proyecto de ley. El trabajo organizado era sumamente importante para esta iniciativa. Su capacidad para movilizar a los simpatizantes era asombrosa. Fueron tantas las personas que llamaron a sus representantes en la Asamblea que colapsaron las líneas telefónicas.

Pero no solo importaban los esfuerzos organizativos de los trabajadores. Sino también su presencia. En Sacramento, se enfocaba el problema de una manera cínica: cuando se hace una ejecución hipotecaria, es probable que la familia que vive en esa casa se marche del distrito. Ya no volverán a votarte. Así que su indignación es solo un problema pasajero para ti. Los bancos, por otro lado, son una presencia permanente en la capital del estado, y su indignación puede dar lugar a represalias. Lo que el trabajo organizado dejó claro es que también había una presencia permanente en la capital que iba a luchar intensamente por los trabajadores, no solo para que pudieran tener un salario mejor, sino para que los trataran con dignidad en todos y cada uno de los aspectos de su vida, incluida la compra de una vivienda. El mensaje que se envió era potente: si apoyas a los bancos, responderás ante los trabajadores.

A medida que se acercaba la votación para aprobar el proyecto, empecé a

pasear por los pasillos del Capitolio de California, sede de la Asamblea Estatal, y a llamar sin avisar a las puertas de los representantes. Muchos se negaron a verme. Envié asimismo a miembros clave de mi equipo. Brian Nelson, mi fiscal general adjunto especial, recuerda que a veces lo llamaba a su mesa y, si respondía al teléfono, se ganaba una bronca.

—¿Por qué estás sentado a tu mesa? —le preguntaba—. ¿Por qué no estás recorriendo los pasillos del Capitolio? Sé que tienes cosas importantes que hacer, pero nada lo es más que esto. ¡Tienes que estar en los pasillos! Nadie podrá evitar tener una conversación cara a cara con uno de nosotros.

Cuando el proyecto de ley llegó al hemiciclo para su votación, aún no teníamos la mayoría. Muchos representantes tenían pensado no votar, para no tener que posicionarse. Pero necesitábamos que 41 personas votaran sí para obtener la mayoría. Las abstenciones equivalían a votar no.

El presidente Pérez tenía un plan. Iba a mantener abierta la votación para que pudiéramos seguir presionando a la gente para que se pusiera de nuestra parte. Dio a entender que, si no votaban, la votación seguiría abierta hasta el infinito. Al inicio del procedimiento, hizo que un aliado le hiciera una pregunta de interés para la cámara.

—¿Durante cuánto tiempo puede estar abierta una votación? —preguntó el representante.

—Según tengo entendido —dijo Pérez—, lo máximo que ha estado abierta una votación ha sido una hora y cuarenta y cinco minutos, pero ya sabe lo competitivo que soy. ¡Estoy dispuesto a ir mucho más lejos!

En ese instante, todos entendieron que iba en serio, y las luces verdes empezaron a parpadear a medida que se emitían los votos.

Yo estaba en el despacho de Darrell Steinberg, el presidente provisional del Senado, que también había desempeñado un papel decisivo, viendo lo que ocurría en el hemiciclo a través de un circuito cerrado de televisión. Observaba qué representantes aún no estaban en el hemiciclo y quiénes se entretenían en la entrada de la sala. Les mandaba mensajes de texto que decían: «He visto que no ha votado. Vaya a votar. Es la hora».

Fui persona a persona, mientras John repetía la misma frase una y otra vez.

—¿Han votado todos los miembros que quieren hacerlo? ¿Han votado todos los miembros que quieren hacerlo? —Parecía un subastador.

Tuve la impresión de que aquello no se acababa nunca. Pero, en realidad, solo pasaron cinco minutos antes de que lográramos el voto número 41 a favor. John cerró la votación y declaramos la victoria. El proyecto de ley también fue aprobado por el Senado del estado y promulgado en ley por el gobernador. Habíamos logrado lo que nos habían dicho que era imposible. Fue uno de los momentos más gratificantes que recuerdo, un recordatorio de que, incluso con el tiempo que se pierde en política discutiendo sobre tonterías, pueden suceder cosas inspiradoras y se puede hacer un buen trabajo.

Mientras tanto, la Fuerza Especial contra el Fraude Hipotecario apretaba las tuercas. La unidad llegaría a investigar y procesar a varios de los principales estafadores de hipotecas. Uno de los cabecillas más importantes fue condenado a una pena de veinticuatro años en la cárcel del estado. Gracias a los esfuerzos de un equipo verdaderamente extraordinario, obtuvimos, además de los 18.000 millones de dólares del acuerdo, 300 millones más de JPMorgan para reembolsar al sistema de pensiones del estado por las pérdidas en las inversiones realizadas en valores con garantía hipotecaria. También conseguimos 550 millones de dólares de SunTrust Mortgage, 200 millones de dólares de Citigroup y otros 500 millones de dólares del Bank of America, todos ellos relacionados con la crisis hipotecaria.

Fueron triunfos importantes, desde luego. Pero no nos gustaba celebrar esas victorias, porque, aunque estas medidas ayudaron a muchas personas, millones de estadounidenses en todo el país seguían sufriendo. Y pese a los miles de millones que recuperamos, muchas personas seguían perdiendo sus casas. El daño estructural a la economía era tan profundo que, a pesar de aquel alivio relativo, mucha gente seguía sin poder pagar sus hipotecas y llegar a fin de mes. No había trabajo. Y tampoco salarios.

Un sinfín de estadounidenses vieron hundirse la puntuación de sus informes de crédito.⁶ Los sueños de los padres de financiar los estudios de sus hijos se evaporaron como la niebla. Las familias hicieron frente a muchos factores estresantes a la vez: desde el desempleo hasta perder sus casas o tener que

cambiar de distrito escolar a mitad de curso. Un análisis publicado en *The Lancet* sugería que «el incremento del desempleo en Estados Unidos durante la recesión [estaba] asociado a un aumento del 3,8 % en el índice de suicidios, que corresponde a unos 1.330 suicidios».

Las consecuencias del crac siguen vivas en 2018 de muchas maneras. En Fresno, la inmensa mayoría de los hogares siguen teniendo un valor inferior al que tenían antes de la recesión. En todo el país, la riqueza de la clase media fue prácticamente borrada del mapa y buena parte de ella no se ha recuperado.

Los estudios sugieren que esto golpeó de forma desproporcionada a las familias negras. Un informe independiente del Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales, encargado por la Unión Americana de Libertades Civiles, reveló que, mientras que las familias blancas y negras se vieron golpeadas en igual medida por la crisis de 2007-2009, en 2011 «las pérdidas de las familias blancas típicas se redujeron a cero, mientras que las familias negras típicas perdieron un 13 % más de su riqueza». La consecuencia: «Para una familia negra típica, la riqueza media en 2031 será casi 98.000 dólares inferior a como habría sido sin la Gran Recesión».

Dicho de otro modo, las generaciones venideras sufrirán como consecuencia de la insensatez y la codicia del pasado. No podemos cambiar lo que ya ha ocurrido. Pero podemos asegurarnos de que no vuelva a ocurrir.

La cultura de Wall Street no ha cambiado. Solo lo han hecho algunas de las reglas. Y los bancos están librando una batalla a gran escala para revocar las reformas de Wall Street de la era Obama que han contribuido a contenerlos. Cuando no han logrado revocarlas, han hecho todo lo posible por burlarlas. Según un análisis de *The Wall Street Journal*, entre 2010 y 2017, los principales bancos invirtieron 345.000 millones de dólares en préstamos de alto riesgo, canalizando el dinero a instituciones financieras no bancarias,⁷ los llamados bancos en la sombra. «Los bancos dicen que su nueva estrategia de conceder créditos a prestamistas no bancarios es más segura que tratar directamente con consumidores con malos informes de crédito y empresas con cuentas generales inestables —apuntaba el periódico—. Sin embargo, estas relaciones significan

que los bancos siguen profundamente interconectados con los préstamos de mayor riesgo a los que juraban haber renunciado después de la crisis financiera.»

Mientras tanto, en 2017, el presidente nombró a un hombre para dirigir la Oficina para la Protección Financiera del Consumidor que se había referido a esa misma oficina como «un hazmerreír» y que se dedicó con ahínco a desmantelarla desde dentro. En 2018, en lugar de endurecer las normas en Wall Street, el Congreso redujo las protecciones básicas y eximió a los bancos medianos de las reglamentaciones destinadas a mantenerlos bajo control. Esto va más allá de lo inaceptable. Es indignante.

Aún queda mucho por hacer. Si convenimos que estamos cansados de que los bancos se libren de las consecuencias de semejante conducta temeraria; si convenimos que no podemos dejar que los bancos nos arrastren a otra recesión; si convenimos que los propietarios merecen ser tratados con dignidad y respeto, no como una línea que hay que empaquetar y vender en unas cuentas generales, entonces solo existe una manera de lograr el cambio que buscamos: con nuestras voces y nuestros votos.

CAMPANAS DE BODA

Siempre que viajo a un país por primera vez, intento visitar el Tribunal Supremo de la zona. Son monumentos de cierto tipo, contruidos no solo para albergar una sala de audiencias, sino para transmitir un mensaje. En Nueva Delhi, por ejemplo, el Tribunal Supremo de la India está diseñado para simbolizar la balanza de la justicia. En Jerusalén, el icónico edificio del Tribunal Supremo de Israel combina líneas rectas, que representan la naturaleza inmutable del derecho, con paredes curvas y cristal, que representan la naturaleza fluida de la justicia. Son edificios que hablan.

Lo mismo puede decirse del edificio del Tribunal Supremo de Estados Unidos, que, en mi opinión, es el más bonito de todos. Su arquitectura se remonta a los primeros años de nuestra democracia, es como estar frente a un moderno Partenón. Es grandioso e imponente, pero también solemne y sobrio. Al subir por los escalones que llevan a su extraordinario pórtico de columnas corintias, pueden verse en su arquitectura las aspiraciones fundacionales de la nación. Es ahí donde figuran grabadas en piedra las palabras «Igualdad ante la ley». Y esa fue la promesa que me llevó al edificio del Tribunal Supremo el 26 de marzo de 2013.

Cuando llegué, hay que reconocer que el edificio no lucía su mejor aspecto. Estaba recubierto de andamios como parte de una esperada labor de reparación tras la rotura y la caída de un gran trozo de mármol. Para suavizar la antiestética imagen, se había impreso una fotografía de la fachada, a tamaño real y en alta

resolución, en una tela traslúcida que cubría la entrada. Resultaba tan realista como esas gigantescas camisetas de playa con un cuerpo en bikini estampado en la parte delantera. Aun así, la majestuosidad del edificio era inconfundible.

Me acompañaron hasta mi lugar en la sala de audiencias. Dado que los jueces del Tribunal Supremo no permiten que se hagan fotografías ni vídeos en el interior, este es un lugar que la mayor parte del país nunca ve. Yo, desde luego, no lo había visto antes de ese día. Miré asombrada a mi alrededor: el impresionante mármol rosa, las cortinas de un rojo vivo y el intrincado techo, el imponente estrado con sus nueve sillas vacías. Seguí pensando en toda la historia que había transcurrido entre esas paredes. Pero a diferencia de lo que sucede en un museo o en un enclave como Gettysburg, donde la historia se conserva para la posteridad, el Tribunal Supremo es un lugar donde la historia está activa y viva, donde sigue surgiendo poco a poco con cada resolución.

Poco después de las diez de la mañana, nos pusimos en pie cuando los nueve jueces entraron en la sala de audiencias y ocuparon sus puestos.

—Esta mañana consideraremos los alegatos del caso 12-144, *Hollingsworth contra Perry* —dijo el presidente del Tribunal Supremo John Roberts.

Era el caso contra la Proposición 8, una iniciativa legislativa aprobada mediante referéndum en California en 2008, que prohibía el matrimonio de parejas del mismo sexo en el estado. Su historia venía de lejos.

California tiene fama de ser un bastión del liberalismo, pero, en el año 2000, los votantes californianos aprobaron una proposición en referéndum —la Proposición 22 (también conocida como Iniciativa Knight por su autor, el senador del estado William «Pete» Knight)— que exigía que el estado definiera el matrimonio como la unión entre personas de distinto sexo. Luchamos durante años contra ella: en las calles, en las urnas y en los tribunales. Incluso mi sobrina, Meena, por entonces en edad escolar, entró en acción; recuerdo una vez que fui a recogerla al instituto y me dijeron que estaba en una reunión estudiantil. Cuando entré en el aula, la joven Meena estaba dando un mitin a sus compañeros:

—Esto no es una Iniciativa Knight; ¡es una pesadilla!

Durante la semana del Día de San Valentín en 2004, el entonces alcalde de

San Francisco, Gavin Newsom, decidió autorizar los matrimonios de parejas del mismo sexo prescindiendo de cualquier otra consideración.

Yo iba de camino al aeropuerto para coger un vuelo a Los Ángeles, pero decidí pasar por el Ayuntamiento de San Francisco antes de marcharme. Había una multitud formando una fila alrededor de la manzana, esperando para entrar. Estaban contando los minutos antes de que un representante gubernamental reconociera por fin su derecho a contraer matrimonio con quienquiera que amasen. Se podía palpar la alegría y la expectación. Algunos de ellos llevaban décadas esperando.

Salí del coche y subí las escaleras del Ayuntamiento, donde me topé con una funcionaria municipal.

—Kamala, ven y ayúdanos —dijo con una sonrisa resplandeciente en el rostro—. Necesitamos más gente para celebrar los matrimonios.

Estuve encantada de participar.

Presté juramento enseguida, junto con varios funcionarios municipales. Estuvimos juntos celebrando matrimonios en el vestíbulo, en un Ayuntamiento completamente abarrotado. La emoción iba en aumento a medida que dábamos la bienvenida, de una en una, a un sinfín de parejas enamoradas, para contraer matrimonio en ese momento y lugar. Nunca antes había participado en nada parecido. Y fue precioso.

Pero muy poco después, los matrimonios fueron invalidados. Las otrora felices y esperanzadas parejas recibieron cartas en las que les decían que sus licencias de matrimonio no serían reconocidas por la ley. Fue, para todas y cada una de ellas, un revés devastador.

En mayo de 2008, el Tribunal Supremo de California salió al rescate. El tribunal sostenía que prohibir los matrimonios entre personas del mismo sexo era inconstitucional, lo cual allanó el camino para que las parejas LGTBQ alcanzaran la igualdad de dignidad que siempre habían merecido. Ronald George, ante quien yo había prestado juramento como fiscal de distrito de San Francisco, redactó el dictamen mayoritario. Y durante los seis meses siguientes, 18.000 parejas del mismo sexo intercambiaron sus votos matrimoniales en California.

Pero en noviembre de 2008, la misma noche en que Barack Obama fue elegido presidente, los californianos votaron en referéndum aprobar, por un escaso margen, la Proposición 8, una enmienda a la Constitución de California que privaba del derecho a casarse a las parejas del mismo sexo. Dado que se trataba de una enmienda constitucional, ni la asamblea legislativa ni el sistema judicial del estado podían revocarla. No se podrían celebrar nuevos matrimonios. Las parejas que ya se habían casado acabaron en un limbo muy cruel.

Solo quedaba una vía hacia la justicia: los tribunales federales. La Fundación Estadounidense para la Igualdad de Derechos, dirigida en aquel entonces por Chad Griffin, decidió que la mejor manera de responder era entablar un pleito contra el estado de California, donde se expusiera que la Proposición 8 violaba las protecciones otorgadas a los ciudadanos en la Decimocuarta Enmienda: protección igualitaria y debido proceso conforme a la ley. Era una cuestión de derechos civiles y justicia civil, y Griffin y su equipo planearon llevar el caso hasta el Tribunal Supremo. La organización contrató a los abogados que se habían enfrentado en el caso Bush contra Gore,¹ luego presentaron una demanda en nombre de dos parejas del mismo sexo —Kris Perry y Sandy Stier, y Paul Katami y Jeff Zarrillo—, cuya labor consistiría en representar ante el tribunal a millones de personas como ellos, personas que solo querían que se les concediera la dignidad humana de casarse con la persona a la que amaban.

El pleito tardó ocho meses en llegar a la primera etapa de la lucha: el tribunal de distrito federal de Estados Unidos. En la sala de audiencias, un juez escuchó a los testigos, revisó las pruebas y, basándose en los hechos presentados ante él, decidió si la Proposición 8 había violado los derechos civiles de Kris, Sandy, Jeff y Paul. El 4 de agosto de 2010, el presidente del tribunal Vaughn Walker falló a su favor y concluyó que la Proposición 8 era, en efecto, inconstitucional y ratificó el derecho de las parejas del mismo sexo a contraer matrimonio. Era una noticia fantástica e importante. Pero, como es práctica común, el juez decidió que iba a esperar a exigir el cumplimiento del fallo hasta que fuera apelado ante un tribunal superior, un concepto jurídico conocido como suspensión.

La resolución llegó en mitad de mi carrera hacia la fiscalía general y enseguida se convirtió en un tema central en la campaña. El fiscal general de

California tenía derecho a recurrir el fallo. Jerry Brown, a quien yo intentaba suceder en el cargo, se había negado a defender la medida ante los tribunales. Yo, por mi parte, dejé bien claro que no tenía ninguna intención de gastar ni un céntimo de los recursos de la fiscalía general en defender la Proposición 8. Mi adversario pensaba de otro modo: una clara diferencia entre nosotros. Comprendí que no se trataba solo de principios; se trataba de una cuestión práctica. Si California se negaba a recurrir la resolución, el juez del juzgado de primera instancia podría levantar la suspensión y el estado podría empezar enseguida a expedir de nuevo licencias de matrimonio. Si, por otro lado, California recurría la resolución, pasarían años antes de que se pudieran celebrar matrimonios.

Cuando gané las elecciones, mi negativa a recurrir el fallo debería haber supuesto el fin de todo esto. Pero los autores de la Proposición 8 no estaban dispuestos a abandonar la lucha. En un movimiento inusual, se unieron para recurrir ellos mismos la resolución. En mi opinión, no tenían base para hacerlo. Tu derecho a la libertad de expresión no te da derecho a intervenir en un proceso judicial. No puedes ser parte en un pleito solo porque albergas sentimientos intensos al respecto. Para presentar un caso ante un tribunal, tienes que tener capacidad para litigar, lo que significa que, entre otras cosas, has sufrido o podrías sufrir un perjuicio real. (En términos más coloquiales, tal y como lo explicaría mi marido, que se crio en Nueva Jersey: tienes que ser capaz de responder de manera concreta a la pregunta «¿Y a ti qué te importa?».)

Kris Perry tenía legitimidad para demandar al estado cuando se aprobó la Proposición 8 porque esta le causó un perjuicio; le robó un derecho civil. Teníamos una ley por escrito que trataba a un grupo de estadounidenses de forma distinta a todos los demás, y eso, en esencia, era injusto. Sin embargo, cuando el tribunal federal invalidó la Proposición 8, ese fallo otorgó protección a un grupo sin quitarle nada a nadie. El principio constitucional era claro. Esas personas que querían negar a las parejas del mismo sexo las ventajas de una protección igualitaria y un debido proceso conforme a la Constitución de Estados Unidos no podían hacerlo simplemente porque no les gustara la idea. Siempre tendrían su

libertad de expresión. Pero carecían del poder para denegar a otros estadounidenses sus derechos fundamentales.

Y, sin embargo, el recurso prosperó. La resolución quedó pendiente. El Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito tardó más de un año en emitir su fallo. Cada día de retraso representaba una denegación de la justicia... y mucho mucho más. Cada día de retraso era un día que una pareja consolidada no podía consagrar su compromiso. Cada día de retraso era un día que moría una abuela antes de poder ver la boda que tanto había deseado. Cada día de retraso era un día en que un hijo se preguntaba: «¿Por qué no pueden casarse mis padres?».

Hubo mucho que celebrar en la resolución del Noveno Circuito. Un jurado formado por tres jueces ratificó el fallo del juzgado de primera instancia de que la Proposición 8 había privado a parejas del mismo sexo de sus derechos civiles en California. Pero el tribunal no se pronunció sobre el derecho a recurrir de los autores de la Proposición 8. En lugar de esto, emitió una suspensión de su resolución y permitió que recurrieran de nuevo, esta vez ante el Tribunal Supremo.

Mientras estaba sentada escuchando los alegatos verbales, los jueces del Tribunal Supremo se centraron en la cuestión de la legitimidad. El juez Stephen Breyer se preguntó si los autores de la Proposición 8 «no eran más que un grupo de cinco personas con sentimientos muy profundos». La jueza Sonia Sotomayor quería saber en qué modo la resolución del juzgado de primera instancia había causado un perjuicio a los autores «aparte del que tienen todos los contribuyentes, que es cumplir las leyes». Pero cuando terminaron los alegatos, no había manera de saber cuál sería el fallo.

Cuando salí del Tribunal Supremo, había mucha gente congregada, enarbolando banderas arcoíris, sosteniendo pancartas, esperando ansiosos que se hiciera justicia. Me hizo sonreír. Ellos eran, por encima de todo, el motivo por el que me había hecho abogada. Era en la sala de audiencias, pensé, donde podías traducir esa pasión en acción, precedente y ley.

Miré sus rostros e imaginé a todas las personas que habían estado en ese mismo lugar por motivos parecidos: padres negros con sus hijos luchando contra la segregación en las escuelas; mujeres jóvenes manifestándose y gritando con

pancartas que rezaban «Derecho al aborto legal»; activistas en favor de los derechos civiles manifestándose contra las tasas electorales,² las pruebas de alfabetización³ y las leyes que prohibían el matrimonio interracial.

En el día a día, podría parecer que todas esas personas no tenían nada en común. Pero, en estos escalones, compartían algo profundo: de uno u otro modo, se habían enfrentado a una aplicación «directamente subversiva del principio de igualdad», como apuntó en una ocasión el presidente del Tribunal Supremo Earl Warren. Y, de un modo u otro, creían que la Constitución podía liberarlos. Veneraban ese documento, en palabras de Franklin Roosevelt, «no porque sea antiguo, sino porque es siempre nuevo, no solo en el culto a su pasado, sino en la fe de los vivos que lo mantienen joven, hoy y en los años venideros». Así que se manifestaron. Lucharon. Y esperaron.

Yo sabía que no había nada seguro. El Tribunal Supremo había tomado algunas decisiones pésimas en el pasado. En 1889, ratificó una ley —aún no revocada— que impedía en concreto que los ciudadanos chinos inmigraran a Estados Unidos. En 1896, consideró que la segregación racial no violaba la Constitución. En 1944, consideró que no había nada inconstitucional en el internamiento forzoso de los estadounidenses de origen japonés.⁴ En 1986, consideró que las relaciones homosexuales podían penalizarse legalmente. En 2010 inauguró una era de financiación opaca en el terreno político con su resolución al respecto de Citizens United.⁵ Y la víspera de conocer el fallo de nuestro caso, los jueces conservadores del tribunal invalidaron —y destrozaron— una parte crucial de la Ley de Derecho al Voto.⁶ Nada era seguro.

Pero la mañana del 26 de junio de 2013, recibimos una noticia fantástica. El Tribunal Supremo acordó que los autores de la Proposición 8 no tenían capacidad para recurrir y desestimó el caso por cinco a cuatro. Eso implicaba que la resolución del juzgado de primera instancia seguiría vigente. Lo que implicaba que el matrimonio igualitario volvía a ser ley en California; por fin.

Estaba en mi oficina de Los Ángeles cuando me enteré. Tuvo lugar una celebración espontánea, con vivas y aplausos que resonaban en los pasillos. Tras muchos años de lucha y reveses, al final, el amor había podido con todo.

Reuní a mi equipo para deliberar sobre un plan de acción. Quería que los matrimonios empezaran ya. Pero eso no podría ser hasta que el Tribunal de Apelaciones del Noveno Circuito levantara la suspensión, y este dijo que podía tardar semanas en hacerlo. En mi opinión, aquello era inaceptable.

Mientras me dirigía a una rueda de prensa para hablar de la victoria, mi equipo me advirtió de que no presionara al tribunal para actuar. En estos casos, era recomendable seguir determinada etiqueta, y hablar del tema en público podría ser considerado una ofensa. Pero aquel no era momento para guardar las formas. Nuestros conciudadanos llevaban demasiado tiempo esperando. Así que me incliné sobre el micrófono y pedí públicamente al Noveno Circuito que levantara la suspensión lo antes posible.

Dos días después, estaba con mi equipo en mi oficina de San Francisco para celebrar una reunión estratégica un viernes por la tarde, en la que hablaríamos de las organizaciones criminales transfronterizas, que incluían desde narcotraficantes hasta traficantes de personas y armas. Estábamos enfrascados en una conversación sobre una investigación que se acaba de iniciar cuando mi asistente Cortney Bright entró y me pasó una nota. «El Noveno Circuito ha tomado una decisión.» Le leí la nota a mi equipo y ya no fuimos capaces de concentrarnos en el trabajo que teníamos entre manos. Necesitábamos conocer esa decisión.

Poco después, volvió Cortney. El Noveno Circuito había levantado la suspensión. El estado podía empezar de inmediato a expedir licencias de matrimonio. Saltamos de alegría.

Sonó el teléfono; era Chad Griffin. Estaba con Kris Perry y Sandy Stier.

—Kamala, vamos a San Francisco. Sandy y Kris van a ser las primeras en casarse y queremos que oficies la ceremonia.

—¡Por supuesto! ¡Me encantaría! —le dije a Chad—. Nada me enorgullecería más.

Por lo general, tenía que desplazarme en coche oficial, pero esa vez insistí en ir andando. Mientras mi equipo y yo nos dirigíamos al Ayuntamiento, recordé la famosa imagen de Thurgood Marshall caminando decididamente con Autherine Lucy,⁷ a quien se había denegado el acceso a la Universidad de Alabama, uno

de los primeros intentos de integración. Aunque, en esta ocasión, avanzábamos solos por la calle, yo sentía que encabezábamos un desfile, uno que se extendía a lo largo de las generaciones. Caminábamos sobre pasos de gigantes y estábamos ensanchando el camino para nuestra época.

Cuando llegamos al Ayuntamiento, nos abrimos paso hasta la oficina del secretario, mientras empezaba a congregarse gente en el pasillo. Kris y Sandy llegaron poco después, radiantes y preparadas.

—¡Enhorabuena! —exclamé mientras las abrazaba.

Habían sufrido mucho durante mucho tiempo. Estábamos riéndonos y charlando cuando se acercó un periodista con un cámara a hacerme una pregunta. Había oído que podría haber un recurso y quería saber qué opinaba al respecto.

Lo miré y sonreí.

—¡Suenan campanas de boda!

Mientras tanto, la noticia empezó a difundirse y la gente comenzó a llegar en masa al Ayuntamiento. Algunos para celebrarlo. Algunos para casarse. Algunos solo para dar fe. Oíamos cantar al Coro de Hombres Gais, con sus voces alzándose en la rotonda. Al entrar juntos en aquel espacio reducido, lo hicimos llenos de felicidad, la sensación fue mágica.

Nos estábamos preparando para la ceremonia cuando alguien me llevó aparte y me dijo que el secretario de Los Ángeles se estaba negando a expedir licencias de matrimonio hasta recibir una notificación directa por parte del estado. Estaba claro que necesitaba que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Era tan fácil como que me pasaran el teléfono.

—Soy Kamala Harris —dije—. Debe empezar inmediatamente con los matrimonios.

—De acuerdo —respondió; se le notaba aliviado—. Entiendo que esto es una notificación y empezaremos inmediatamente a expedir licencias.

Le di las gracias.

—Y disfrútelo —añadí—. Va a ser divertido.

Poco después, ocupé mi lugar en la tribuna y observé a Kris y Sandy, seguidas de sus seres queridos y amigos, subir las escaleras del Ayuntamiento.

Formaban una pareja elegante, conjuntadas en beis y blanco. Sandy llevaba un ramo de rosas blancas. Dos días antes, se habían convertido en símbolos vivos de la justicia. En ese momento, cuando dieron sus últimos pasos hacia mí, atravesando el mismo edificio en el que Harvey Milk⁸ había vivido y muerto defendiendo la dignidad de todas las personas, sentí que estábamos haciendo historia.

—Hoy somos testigos no solo de la unión de Kris y Sandy, sino de la consecución de su sueño: contraer matrimonio. Al sumarse al caso contra la Proposición 8, representaban a miles de parejas como ellas en la lucha por la igualdad en el matrimonio. Con sus altos y sus bajos, sus dudas y sus triunfos, han salido victoriosas.

Kris y Sandy intercambiaron sus votos, y su hijo, Elliott, les entregó los anillos. Tuve el honor y el privilegio de decir:

—En virtud del poder y la autoridad conferidos por el estado de California, os declaro cónyuges para toda la vida.

Ese día se celebraron cientos de bodas en todo el estado; cada una de ellas era una muestra de amor, justicia y esperanza. El Ayuntamiento de San Francisco se iluminó con los colores del arcoíris, un bonito homenaje a las hermosas palabras «Sí, quiero».

Cuando llegué a casa esa noche, reflexioné acerca de la jornada. Mis pensamientos se dirigieron a un hombre que habría deseado que estuviese allí para verlo. Jim Rivaldo era un estratega político en San Francisco, uno de los cofundadores de *The National Lampoon*⁹ y un destacado miembro de la comunidad gay que había sido una pieza clave en la elección de Harvey Milk para la Junta de Supervisores de San Francisco en 1977. Era realmente brillante, y la primera vez que me presenté como candidata a fiscal de distrito, fue uno de mis asesores más importantes. Mi familia y yo lo adorábamos, sobre todo mi madre. En los años siguientes a mis primeras elecciones, lo veíamos a menudo. Pasó Acción de Gracias con nosotros el año anterior a su muerte, en 2007. Mi madre lo cuidó y estuvo a su lado, intentando que se sintiera lo mejor posible en sus últimos días.

Quería hablar con él. Quería compartir el momento con él. Pero incluso en su

ausencia, sabía exactamente qué habría dicho: «Aún no hemos terminado».

Pasarían dos años antes de que el Tribunal Supremo reconociera el matrimonio igualitario en los cincuenta estados. Y actualmente aún se da el caso de que, de conformidad con la legislación federal, un empresario puede despedir a un empleado si este se identifica como LGTBQ. También se da el caso que, en parlamentos de todo el país, se pisotean los derechos de las personas transgénero. Sigue siendo una batalla en favor de los derechos civiles muy activa.

Lo que ocurrió con la Proposición 8 fue una parte importante de un trayecto más largo, uno que empezó antes de que Estados Unidos fuera una nación como tal y que continuará en las décadas futuras. Es la historia de personas que luchan por su humanidad, por el simple hecho de que todos deberíamos ser iguales y libres. Es la historia de personas que luchan por la promesa que se hizo a las generaciones futuras al firmar la Declaración de Independencia: que ningún gobierno tiene derecho a privarnos de nuestra vida o nuestra libertad, o nuestra humilde búsqueda de la felicidad.

En los próximos años, lo más importante es que todos nos encontremos en las luchas de los demás. Ya sea luchando por los derechos de las personas transgénero o para poner fin a los prejuicios raciales, ya sea luchando contra la discriminación en la vivienda o las insidiosas leyes sobre la inmigración, independientemente de quiénes seamos o qué aspecto tengamos ni lo poco que en apariencia tengamos en común; la verdad es que, en la batalla por los derechos civiles y la justicia económica, todos somos iguales. En palabras del gran Bayard Rustin, organizador de la Marcha de Washington de 1963:¹⁰ «Todos somos uno, y si no lo sabemos, lo aprenderemos a las malas».

Pocos meses después de que Kris y Sandy se casaran, me dirigía a un acto en una organización sin ánimo de lucro llamada The California Endowment, dirigida por mi amigo Robert K. Ross, filántropo del campo de la salud. La sede de The Endowment está en un espacio bonito y moderno, y durante mi época de fiscal general, solíamos usarla para celebrar grandes actos. Ese día en concreto,

el tema de debate era uno que muy pocos esperarían encontrar en el programa de un fiscal general. Había acudido para hablar acerca del absentismo escolar en primaria e iniciar un debate para encontrar soluciones.

Cuando empecé como fiscal general, le dije a mi equipo ejecutivo que quería que el absentismo escolar en primaria fuera una prioridad absoluta de mi oficina. Quienes no me conocían debieron de pensar que hablaba en broma. ¿Por qué la máxima responsable de hacer cumplir la ley en el estado quería centrarse en si los niños de siete años van o no al colegio? Pero quienes ya me conocían sabían que no me andaba con tonterías. De hecho, instituir un plan a nivel estatal sobre el absentismo escolar era uno de los motivos que me había impulsado a presentarme a las elecciones para el cargo.

Cuando era fiscal de distrito, gran parte de la labor que había desempeñado en cuanto a prevención de delitos se había centrado en intervenciones en etapas posteriores de la vida. Back on Track, por ejemplo, trataba de ayudar a los adultos jóvenes a no entrar en prisión y evitar así las consecuencias derivadas de una condena por un delito grave. Pero también me preocupaban las intervenciones tempranas, los pasos que podíamos dar como comunidad —y país— para empezar a mantener a los niños a salvo y por el buen camino. Quería identificar los momentos clave en la vida de los niños sobre los que mi oficina podía ejercer algún tipo de influencia.

Fue durante ese proceso cuando empecé a atar cabos de resultados obtenidos en distintas investigaciones. Una de ellas hablaba de la importancia de que los niños de tercer grado (8-9 años) leyeran correctamente. Los estudios mostraban que al final de ese curso había un cambio radical para los alumnos. Hasta ese momento, los planes de estudios se centran en enseñar a los alumnos a aprender a leer. A partir de cuarto, en cambio, los alumnos empiezan a leer para aprender. Si los alumnos no saben leer, no pueden aprender, y se irán quedando rezagados, mes tras mes y año tras año, lo que los conducirá a la pobreza de forma casi inexorable. La ventana de oportunidad se cierra para ellos cuando apenas miden un metro veinte. En mi opinión, que un niño no reciba educación es equivalente a un delito.

Al mismo tiempo, yo estaba centrada en una serie de homicidios en la ciudad

y el condado de San Francisco. Era un problema para los dirigentes de la zona, tanto dentro como fuera del Gobierno, por lo que había mucha actividad y preocupación en torno a lo que deberíamos hacer para abordar el problema. Cuando analizamos los datos, vimos que más del 80 % de los reclusos habían abandonado los estudios en el instituto.

Fui a ver a la superintendente de la escuela del distrito, una mujer maravillosa llamada Arlene Ackerman, para preguntarle sobre el índice de abandono escolar en el instituto. Me dijo que un porcentaje importante de los alumnos que se saltaban habitualmente las clases en el instituto ya lo habían hecho antes, durante la primaria, a veces durante semanas e incluso meses. Eso, para mí, era un llamamiento a la acción. La conexión estaba muy clara. Se podía trazar el camino de los niños que empezaban a alejarse de las aulas cuando eran pequeños. Los niños que no iban a clase empezaban a pasar el rato por la calle..., donde se convertían en blanco de los captadores de bandas..., donde se convertían en jóvenes camellos..., tras lo cual se convertían en autores —o víctimas— de actos de violencia. Si los niños no estaban en la escuela primaria, que es donde tenían que estar, había muchas probabilidades de que acabaran más adelante en la cárcel, en el hospital o muertos.

Algunos de mis asesores políticos se mostraban preocupados, porque el absentismo escolar no era un tema popular. Incluso hoy, algunas personas no entienden la intención que hay detrás de mi planteamiento; asumen que lo que quiero es encerrar a los padres, cuando obviamente ese nunca ha sido el objetivo. Nuestra iniciativa fue diseñada para poner en contacto a los padres con recursos que pudieran ayudarlos a que sus hijos volvieran al colegio, que es donde tenían que estar. Tratamos de apoyar a los padres, no castigarlos, y en la gran mayoría de los casos lo conseguimos.

Aun así, yo estaba dispuesta a ser la mala de la película si eso significaba llamar la atención sobre un problema que, de otro modo, habría pasado por alto. El capital político no genera intereses. Tienes que gastártelo si quieres cambiar las cosas.

Mi oficina se unió a la ciudad y la escuela del distrito, y creamos una iniciativa contra el absentismo escolar. Me enorgullece decir que, en 2009,

habíamos reducido en un 23 % el absentismo escolar de los niños de primaria de San Francisco.

A medida que ahondamos en el asunto, lo que hallamos fue muy diferente de lo que esperaban muchos de mis colegas. Los estereotipos sostienen que los niños se convierten en alumnos que se ausentan de manera crónica porque sus padres no se preocupan por su futuro. Pero la verdad es otra. La verdad es que la gran mayoría de los padres tienen el anhelo natural de criar bien a sus hijos. Quieren ser buenos progenitores. Lo que pasa es que no tienen las capacidades o los recursos necesarios.

Imaginemos a una madre sola que tiene dos trabajos con un salario mínimo, seis días a la semana, y sigue atrapada por debajo del umbral de pobreza. Le pagan por horas, sin vacaciones ni baja por enfermedad. Si su hija de tres años tiene fiebre, no puede llevarla a la guardería que costea gracias a su segundo empleo. No tiene dinero para pagar una canguro, pero si se queda en casa, no podrá permitirse comprar los pañales que necesita el resto del mes. Ya le ha costado mucho ahorrar dinero para comprarle unos zapatos nuevos a su hijo de once años, que parece crecer a un ritmo que necesita una talla nueva cada pocos meses.

Lo que para quienes tienen medios supone un dolor de cabeza, para quienes no los tienen los sume en la desesperación. Si un progenitor en esa situación le pide a su hijo que se quede en casa un día para cuidar de su hermana pequeña, podemos acusarlo de todo menos de no querer a sus hijos. Es un problema causado por las circunstancias y la situación en que se halla, no por su forma de ser. Quiere ser el mejor progenitor posible.

El objetivo de nuestra iniciativa para prevenir el absentismo escolar era intervenir y ofrecer apoyo. Queríamos que las escuelas aportaran a los padres información, no solo sobre la relación entre el absentismo escolar alto, el analfabetismo y el alto nivel de delincuencia, sino, principalmente, sobre recursos que tal vez desconocían: las ayudas que ofrecían la ciudad y el distrito escolar para facilitar que sus hijos fueran al colegio.

Cuando estábamos empezando a articular la iniciativa, las normativas de los distritos escolares decían que había que avisar al progenitor con el que vivía el

niño en caso de que hubiera problemas de absentismo. Por lo general, era la madre.

—Un momento —pregunté—. ¿Qué pasa con el padre?

—Bueno, en muchos de estos casos —explicó uno de los miembros del personal— los niños no viven con el padre y este no paga la manutención.

—¿Y qué? —respondí—. Puede que no esté pagando la manutención. Eso no significa que no quiera que su hijo vaya al colegio todos los días.

Y, efectivamente, en uno de estos casos, un joven descubrió que su hija no iba a clase todos los días y acabó cambiando su horario para llevarla por las mañanas. Incluso empezó a hacer de voluntario en su clase.

Cuando me convertí en fiscal general, quería usar el poder de mi oficina para mostrar la crisis del absentismo escolar en todo el estado. Sabía que las cámaras aparecían casi siempre que yo hacía algo, y quería sacar a la luz el tema y despertar el interés de la gente. Nos guste o no, la mayoría de las personas dan prioridad a su seguridad por encima de la educación de los hijos de otras personas. Quería hacerles ver que si no dábamos prioridad a la educación ahora, a la larga se convertiría en un problema de seguridad pública.

Nuestro primer informe, cuyos resultados anuncié ese día en la fundación The California Endowment, estimaba que teníamos aproximadamente un millón de niños de primaria que no acudían al colegio en todo el estado. Y había muchos centros en los que todos los alumnos faltaban a clase: una de ellas tenía una tasa de absentismo escolar superior al 92 %.

Así, mientras me dirigía al estrado, lo que podría haber parecido una cuestión tangencial para la fiscal general del estado se convirtió en el centro de apasionadas opiniones, en las que pedí a educadores y responsables políticos, en la sala y fuera de ella, que dieran un paso al frente y admitieran la gravedad de la crisis.

Mientras hablaba, observé que dos de mis empleados cuchicheaban entre sí mientras señalaban a un hombre entre el público. No los oía, pero sabía exactamente lo que estaban diciendo.

—¿Quién es ese tipo? ¿Es él?

Y sabía que lo decían porque ese tipo era Doug.

Seis meses antes, yo tampoco sabía quién era ese tal Doug. Solo sabía que mi mejor amiga, Chrisette, no paraba de llamarme por teléfono. Estaba en medio de una reunión y mi teléfono no dejaba de sonar. Ignoré sus llamadas las primeras veces, pero luego empecé a preocuparme. Sus hijos son mis ahijados. ¿Había ocurrido algo?

Salí y la llamé.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Sí, todo estupendamente. Vas a tener una cita —dijo.

—¿Yo?

—Sí, tú —contestó con absoluta certeza—. Acabo de conocer a un tipo. Es guapo, es socio administrador de su bufete de abogados y creo que te va a gustar. Vive en Los Ángeles, pero da igual, porque tú siempre estás aquí por trabajo.

Chrisette es como una hermana para mí, y sabía que era inútil discutir con ella.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Se llama Doug Emhoff, pero prométeme que no lo buscarás en Google. No le des más vueltas. Límitate a conocerlo. Ya le he dado tu número. Te va a llamar.

Una parte de mí se quejó, pero, al mismo tiempo, agradecí que se hubiera encargado ella. Chrisette era una de las pocas personas con quien podía hablar con franqueza de mi vida privada. Como mujer soltera, profesional y de más de cuarenta, y como personaje público, salir con alguien no era fácil. Sabía que si llevaba a un hombre conmigo a un acto, la gente enseguida empezaría a especular sobre nuestra relación. También sabía que, en política, las mujeres solteras proyectan una imagen distinta a la de los hombres solteros. No tenemos la misma libertad en cuanto a nuestra vida social. No tenía ningún interés en atraer ese tipo de atención a menos que estuviera casi segura de que había encontrado a «mi media naranja», lo que hizo que durante años mantuviera mi vida privada separada de mi carrera.

Unas noches después, iba camino de un acto cuando recibí un mensaje de

texto de un número que no reconocí. Doug estaba viendo un partido de baloncesto con un amigo y tuvo el valor de enviarme un mensaje extraño. «¡Hola! Soy Doug. Solo quería saludarte. Estoy en el partido de los Lakers.» Le respondí con un «hola» y quedamos en hablar al día siguiente. Después, yo también le mandé un mensaje extraño —«¡Aúpa, Lakers!»—, pese a que soy fan de los Warriors.

A la mañana siguiente, estaba saliendo del gimnasio antes de ir a trabajar cuando me di cuenta de que no había visto una llamada de Doug. Aunque había sugerido que nos pusiéramos en contacto al día siguiente, no esperaba que me llamara tan temprano. Pero tengo que admitir que me pareció adorable. De hecho, mientras escribía este capítulo, me senté con Doug y le pedí que me explicara qué se le había pasado por la cabeza al hacerme esa llamada. Esto es lo que me dijo: «Esa mañana madrugué. Tenía una reunión a primera hora y estaba en el coche camino del trabajo. No podía dejar de pensar en ti. No dejaba de repetirme: “Son las 8:30 de la mañana; es demasiado pronto para llamarla. Sería absurdo. No seas de esos. No. No la llares. No lo hagas”. Y entonces: “¡Oh, no! Acabo de marcar su número”, y “¡Oh, no! Está sonando”». El mensaje de voz, que aún conservo, era largo y un poco inconexo. Pero parecía un tipo simpático, y tenía curiosidad por saber más de él. Doug, por otra parte, estaba casi seguro de haber echado a perder sus oportunidades. Por el modo en que lo cuenta, pensó que su mensaje de voz había sido un desastre y que probablemente nunca volvería a saber de mí. Tuvo que aguantarse las ganas de llamarme otra vez y soltarme otro rollo tratando de explicar el mensaje anterior.

Pero la suerte nos sonreía. Da la casualidad de que yo tenía un piso en San Francisco, y después de ahorrar varios años para reformar la cocina, al fin estaban a punto de comenzar las obras. Ese día, se suponía que iba a encontrarme con el contratista y su equipo para enseñarles el piso y darles las llaves, pero cuando llegué, me enteré de que el contratista se retrasaba y que tendría que esperar.

En otras palabras, me encontré con una hora libre para comer, algo que casi nunca ocurría. Así que decidí llamar a Doug. Tal vez él también estaría en su pausa para comer.

Respondió, y acabamos hablando por teléfono toda la hora. Suena cursi, lo sé, pero la conversación fluía; y a pesar de que estoy segura de que ambos estábamos haciendo un esfuerzo por parecer ocurrentes e interesantes, recuerdo sobre todo que nos desternillábamos de risa, bromeábamos y nos reíamos de nosotros mismos y del otro, como seguimos haciendo. Cuando llegó el contratista, tenía unas ganas locas de conocer en persona a este tal Doug. Hicimos planes para cenar el sábado por la noche en Los Ángeles. No veía la hora de coger el avión.

Doug sugirió que nos encontráramos en su casa. Yo le sugerí que, en lugar de eso, viniera a recogerme.

—De acuerdo, pero tienes que saber que no soy muy buen conductor —dijo.

—Gracias por decírmelo —respondí riéndome.

Doug no fingía ni se construía una fachada, no era arrogante ni fanfarrón. Parecía realmente cómodo con cómo era. Ese es, en parte, el motivo por el que me gustó desde el principio.

La mañana después de nuestra primera cita, Doug me mandó un correo electrónico con su disponibilidad para los dos meses siguientes. «Soy demasiado mayor para andarme con tonterías o jugar al escondite —ponía en su correo—. Me gustas mucho, y quiero ver si podemos hacer que esto funcione.» De hecho, estaba impaciente por verme ese sábado, pero yo tenía un fin de semana de chicas planeado desde hacía mucho tiempo.

—No hay problema —dijo—. Puedo acercarme y tú y yo podemos escaparnos a escondidas.

Agradecí su entusiasmo, pero tuve que explicarle que no, que los fines de semana de chicas no funcionan así. En su lugar, planeamos una segunda cita a finales de esa semana.

En nuestra tercera cita, Doug decidió que era el momento de tener un gran gesto. Voló a Sacramento para cenar conmigo. Después de eso, supimos que había algo especial entre nosotros. Acordamos empezar a salir juntos de manera exclusiva durante seis meses y volver a evaluar nuestra relación pasado ese tiempo. Asistir a un discurso sobre los males del absentismo escolar no es precisamente lo que la mayoría de la gente considera una cita romántica, pero el

acto fue la presentación de Doug: la primera vez que lo invité a acompañarme en un encuentro profesional. De ahí que mi equipo cuchicheara y le señalara con el dedo; habían oído rumores sobre su existencia, pero no lo habían visto con sus propios ojos. Más adelante, se referirían a esa época como D. D.: «Después de Doug». Les encantaba lo mucho que me hacía reír. A mí también.

Doug había estado casado antes y tenía dos hijos, Cole y Ella, llamados así por John Coltrane y Ella Fitzgerald. Cuando Doug y yo empezamos a salir, Ella estaba acabando primaria y Cole estaba en el instituto; Doug tenía la custodia compartida con su primera mujer, Kerstin. Sentía —y siento— una gran admiración y respeto por Kerstin. Sabía por el modo en que Doug hablaba de sus hijos que era una madre increíble y, meses después, cuando Kerstin y yo nos conocimos, congeniamos de verdad y nos hicimos amigas. (A veces bromeamos con que nuestra familia moderna es casi demasiado funcional.)

Después de nuestra segunda cita, Doug estaba preparado para presentarme a Cole y Ella, y yo también tenía muchas ganas de conocerlos. Pero como hija de divorciados, sabía lo difícil que es cuando tus padres empiezan a salir con otras personas. Así es que retrasé un poco las cosas. Aparte de charlar de vez en cuando con los chicos cuando Doug hablaba conmigo con el manos libres en el coche, quería asegurarme de que lo nuestro era algo auténtico y duradero antes de meterme en la vida de Cole y Ella.

Doug y yo pensamos mucho en cuándo y cómo debería producirse el primer encuentro. Esperamos a que pasaran unos dos meses desde que nos conocimos, aunque en mi memoria parece que lleváramos juntos mucho tiempo, tal vez porque iba todo muy bien, o porque, cuando por fin llegó el gran día, tenía la impresión de que hacía años que amaba a Doug.

Esa mañana me desperté con un entusiasmo increíble, pero también con nervios en el estómago. Hasta ese momento, Cole y Ella eran para mí unos rostros hermosos en las fotografías de Doug, personajes encantadores en sus historias, las figuras más importantes en su corazón. Por fin iba a conocer a esos dos increíbles jóvenes. Fue una ocasión memorable.

De regreso a casa desde mi oficina de Los Ángeles, cogí una caja de galletas y la envolví con una alegre cinta con un lazo. Me quité el traje, me puse unos

vaqueros y mis deportivas Converse, respiré hondo y fui a casa de Doug. Por el camino, intenté imaginar cómo serían los primeros minutos. Por mi cabeza pasaron situaciones diversas e intenté que se me ocurrieran las palabras perfectas. La caja de galletas estaba en el asiento de al lado, un testigo silencioso de mi ensayo. ¿Pensarían los chicos que las galletas eran de verdad estupendas o muy raras? Tal vez el lazo era demasiado.

El lazo era seguramente demasiado. Pero Cole y Ella no podrían haberme recibido mejor. También tenían ganas de conocerme. Hablamos unos minutos y luego nos subimos al coche de Doug para ir a cenar juntos. Doug y yo habíamos decidido que serían los chicos quienes eligieran el sitio, para que todos estuviéramos lo más a gusto posible. Eligieron un lugar que había sido uno de sus preferidos desde que eran pequeños: un chiringuito de marisco en la Pacific Coast Highway llamado Reel Inn. Pasamos una hora en medio del tráfico, lo que nos permitió tener un buen rato para conocernos en el coche. Cole resultó ser aficionado a la música y estaba entusiasmado por compartir conmigo algunos de sus últimos descubrimientos.

—He empezado a escuchar a Roy Ayers —dijo—. ¿Lo conoces?

Respondí cantando:

—*Everybody loves the sunshine, sunshine, folks get down in the sunshine...*

—¡Lo conoces!

—Pues claro.

Pusimos la canción, una y otra vez, y otra. Los cuatro cantamos juntos con las ventanillas bajadas mientras conducíamos a lo largo de la costa para ir a cenar.

El Reel Inn era informal y sencillo. Era difícil no sentirse a gusto. Hicimos cola con las bandejas en un mostrador, la carta de pescado fresco estaba escrita en una pizarra en la pared. El cajero nos dio unos números y cuando nos llamaron con nuestro pedido, cogimos las bandejas y las llevamos hasta unas mesas de pícnic con vistas al mar mientras empezaba a ponerse el sol. Cuando terminamos de cenar, Cole y Ella nos dijeron que iban a ir al colegio de Cole para ver una exposición de arte donde se exhibían algunas obras de sus amigos. Querían saber si queríamos ir con ellos.

—¡Por supuesto! —dije, como si fuera lo más normal del mundo. Me pareció

una idea estupenda. Luego Doug me susurró:

—Debes de gustarles. A mí nunca me invitan a nada.

Fuimos juntos al colegio, y Ella —una artista con talento— nos guio con mano experta por la exposición. Allí estaban también muchos de sus amigos, y lo pasamos bien socializando y entablando conversación con los estudiantes y sus padres. Más tarde, Doug bromeó diciendo que me habían abrumado con sus vidas, pero creo que es más correcto decir que estaba pillada, y que Cole y Ella me habían seducido.

A finales de marzo de 2014 tenía planeados dos viajes. Uno era a México, donde estaba coordinando con altos funcionarios la lucha transfronteriza contra las organizaciones criminales y los traficantes de personas. El otro era a Italia, adonde Doug y yo estábamos deseando hacer una escapada romántica. Ambos itinerarios eran, en pocas palabras, diferentes. En casa, Doug y yo nos quedábamos hasta tarde viendo fotos y guías de viaje y planeando nuestro itinerario por Florencia. En la oficina, estaba trabajando para reunir y encabezar una delegación bipartita de fiscales generales del estado que se unirían a mí en Ciudad de México.

La delincuencia transfronteriza que tenía su base en México era —y es— una gran amenaza, y California era un objetivo principal. Ese marzo, mi oficina había publicado un informe que halló, por ejemplo, que el 70 % del suministro de metanfetamina de Estados Unidos pasaba a través del puerto de San Diego, en la frontera meridional de California. El informe también ponía de manifiesto las formas en que el narcotráfico con base en México se estaba multiplicando en Estados Unidos, ya que los cárteles se aliaban con bandas de las calles y las prisiones de California.

Los problemas que planteaba a las fuerzas del orden californianas —y, por lo tanto, al resto del país— eran importantes, y quería reunirme con funcionarios mexicanos para trabajar en un plan conjunto para enfrentarnos a los cárteles.

Pasamos tres días en México —otros cuatro fiscales generales de estado y yo — y salimos con un plan para tomar medidas concretas. Firmamos una carta de intenciones con la Comisión Nacional Bancaria y de Valores de México para establecer una iniciativa de observancia con el fin de combatir el blanqueo de

dinero. El blanqueo de dinero alimenta a las organizaciones criminales, y al crear un acuerdo de comunicación y cooperación con México, esperábamos mejorar nuestra capacidad para investigar y cortar su financiación.

El 26 de marzo de 2014, regresé a mi piso en San Francisco con la sensación de que el viaje había sido un verdadero éxito. Pero cuando llegué era tarde, y tenía un problemilla: mi viaje con Doug empezaba a primera hora de la mañana siguiente, y no había tenido tiempo de hacer la maleta.

Poco antes de llegar a mi piso, Doug me envió un mensaje para decirme que estaba de camino desde el aeropuerto. Cuando llegué a mi casa, estaba inmersa en una búsqueda frenética. No encontraba mis pantalones negros, y eso me estaba frustrando mucho.

Era ridículo, por supuesto, pero era uno de esos momentos en los que los malabarismos pueden contigo, unos malabarismos que muchas mujeres trabajadoras, y algunos hombres, conocen muy bien. Al igual que mi madre, tengo interiorizada la idea de que todo lo que hago debo hacerlo al cien por cien, pero a veces los números no cuadran. No es suficiente. Ese era uno de esos momentos. La cabeza me iba a mil después del viaje a México, y había otras mil cosas más si pensaba en el trabajo que se acumularía durante mi ausencia. Mientras tanto, estaba intentando cambiar el chip para irme de escapada con mi pareja, pero la lista de las cosas que tenía que llevar y las que tenía que hacer se lo estaba poniendo difícil a mi cerebro. Estaba machacándome por tratar de hacer demasiado, a pesar de que me preocupaba no estar haciendo lo suficiente, y todo ese estrés se materializó en la búsqueda de mis pantalones negros.

Que no estaba encontrando. Mi armario era un desastre.

El resultado era que estaba hecha polvo, y cuando Doug llegó, él también parecía estar de mal humor. Se comportaba de manera extraña, un poco frío, un poco callado.

—¿Te importa si pedimos algo para cenar en lugar de salir? —le pregunté—. No me he organizado muy bien y necesito tiempo para preparar la maleta.

—Claro —dijo—. ¿Qué te parece el tailandés que nos gusta?

—Genial —respondí. Rebusqué en un cajón de la cocina y di con un menú de papel hecho trizas—. ¿Qué tal un *pad thai*?

Doug se volvió hacia mí.

—Quiero pasar mi vida contigo.

Fue muy bonito, pero él siempre era igual de tierno. A decir verdad, no capté en absoluto el significado de lo que había dicho. Ni siquiera alcé la vista. Mi cabeza seguía puesta en los pantalones negros.

—Qué bonito, cariño —dije rozándole el brazo mientras miraba el menú—. ¿Quieres pollo o gambas con el *pad thai*?

—No, quiero pasar mi vida contigo —repitió.

Cuando levanté la vista, se estaba arrodillando. Había urdido un plan detallado para proponerme matrimonio delante del Ponte Vecchio de Florencia. Pero en cuanto tuvo el anillo, no pudo aguantar más. Era incapaz de mantener el secreto.

Lo miré allí, arrodillado, y me eché a llorar. Eso sí, no fueron lágrimas elegantes hollywoodenses cayendo por una mejilla resplandeciente. No, me refiero a sollozos e hipidos, con el rímel corriéndome por la cara. Doug me cogió la mano, contuve la respiración y le devolví la sonrisa. Entonces me pidió que me casara con él, y grité un «¡Sí!» entre lágrimas.

Doug y yo nos casamos el viernes 22 de agosto de 2014 en una ceremonia íntima con nuestros seres queridos. Maya la ofició; Meena leyó a Maya Angelou. Según nuestros orígenes indio y judío, puse una guirnalda de flores en el cuello de Doug y él pisó un vaso de cristal. Y luego ya está.

Cole, Ella y yo coincidimos en que no nos gustaba el término madrastra. En su lugar, me llaman su «Momala».

Una de mis rutinas preferidas es la cena familiar del domingo. Es una rutina que instauré cuando Doug y yo nos comprometimos. Cuando empezamos a salir, él era un padre soltero que compartía la custodia con Kerstin. La cena familiar consistía en comida china para llevar y tenedores de plástico, que los chicos se llevaban a sus habitaciones. Cambié eso. Ahora todos saben que la cena familiar del domingo no es negociable, que nos reunimos todos alrededor de la mesa — los parientes y amigos siempre son bien recibidos— y cocino algo para los cuatro. Es verdaderamente importante para mí.

Todos se adaptaron enseguida a la rutina y encontraron su forma de

contribuir. Cole pone la mesa, elige la música y echa una mano como segundo chef en la cocina. Ella hace guacamole como el del restaurante y postres deliciosos, como una fantástica tarta de fruta fresca, en la que dobla la masa de maneras magníficas y la decora con nata casera. Doug se compró unas gafas para la cebolla, que se pone con gran fanfarria cuando llega el momento de cortarla; y tengo que decir que no hay nada más atractivo que un hombre con gafas para cortar la cebolla.

Yo preparo el plato principal, que puede ser un rico estofado de cerdo, o espaguetis a la boloñesa, o un *biryani* indio, o pollo con queso feta, corteza de limón y orégano fresco del huerto. Normalmente, empiezo a cocinar el sábado, y a veces incluso el viernes, aunque si he estado viajando, preparo algo rápido y más sencillo, como tacos de pescado. No siempre sale según lo planeado: a veces, la masa de la *pizza* no sube, o la salsa no espesa, o nos hemos dejado un ingrediente fundamental y me toca improvisar. No pasa nada. La cena familiar del domingo es algo más que la comida.

Cuando acabamos de cenar, los chicos friegan los platos. Una vez les conté la historia del tío Freddy. Que vivía en un pisito en un sótano de Harlem con una cocina enana; el tío Freddy lavaba cada plato o utensilio que usaba en cuanto acababa. Y, con el tiempo, los chicos convirtieron «tío Freddy» en un verbo. Cuando llega la hora de fregar, prometen «tío fredear» el sitio. ¡Y lo hacen bastante bien!

Sé que no a todo el mundo le gusta cocinar, pero para mí es fundamental. Y mientras preparo la cena familiar del domingo, sé que estoy al mando de mi vida, haciendo algo que es importante para las personas que quiero, para que podamos pasar un buen rato juntos.

Una mañana temprano de ese ajetreado verano de 2014, sonó el teléfono junto a mi cama. Lo cogí y vi que Eric Holder, el fiscal general de Estados Unidos, estaba al otro lado de la línea. Me dijo que tenía una pregunta.

—Pronto voy a dejar el cargo. ¿Te interesa?

Ni que decir tiene que tenía mucho en que pensar. ¿Quería ser fiscal general

de Estados Unidos? ¿Quería ocupar el cargo que en su día tuvo Bobby Kennedy? Por supuesto que sí. Era el tipo de trabajo con el que solía soñar despierta durante las clases en la Facultad de Derecho. Y no era un momento ni un presidente cualquiera. Era Barack Obama, mi amigo y mi presidente, cuyo liderazgo admiraba tanto y a quien me enorgullecía tanto haber prestado mi apoyo. Unirme a su Gabinete habría sido el honor de mi vida.

Y, sin embargo, no estaba segura de querer de verdad el trabajo. Cuando Holder dejara el cargo, quedarían menos de dos años de Administración. ¿Qué oportunidades tendría de crear un verdadero programa?

La siguiente vez que Holder y yo hablamos, saqué a colación Back on Track. Dije que si el Departamento de Justicia contaba con presupuesto para financiar y crear incentivos para iniciativas de reinserción locales, entonces estaría interesada en el trabajo. Quería poder crear una auténtica plataforma a nivel nacional, enfocada a priorizar la prevención. Qué lástima, como dijo Holder, que no hubiera presupuesto para una iniciativa de ese tipo, y cualesquiera fondos nuevos tendrían que ser aprobados por el Congreso, algo que ambos sabíamos que no iba a ocurrir.

Era descorazonador. Pero aun así sabía que ese trabajo no era algo que pudiera rechazarse a la ligera. Como todos los abogados que conozco, hice una lista con los pros y los contras en un cuaderno amarillo. Discutí una y otra vez las alternativas con Doug y otros miembros de mi familia. Hice todo lo posible por defender ambos bandos.

Un día, una de mis mejores amigas me sugirió que hiciéramos una caminata hasta Windy Hill Open Space Preserve, cerca de Palo Alto. Pensó que el aire libre y las hermosas y suaves colinas me refrescarían la mente, y tenía razón. Lejos de la oficina, los contornos de mi decisión aparecieron con mayor relieve. A cada paso, veía con más claridad qué quería hacer y por qué.

Era obvio que el trabajo llevaría aparejadas limitaciones. Lo di por hecho. Pero mientras hablaba con mi amiga, y ella me planteó las preguntas correctas, me di cuenta de cuál era la verdadera razón por la que me resistía a la oferta: ya tenía un trabajo que me encantaba, que quería seguir haciendo.

Pensé en mis primeros tiempos como fiscal general de California, cuando

supe que teníamos muchísimo trabajo atrasado de casos de violaciones. Pensé en todos los esfuerzos que estábamos dedicando para reducir las tareas pendientes, en las innovaciones destinadas a triplicar el número de casos que podíamos gestionar. A principios de 2014, el Departamento de Justicia otorgó un galardón a mi equipo del Servicio de ADN Rápido por nuestros logros. Pensé también en nuestro trabajo sobre la trata de personas, que durante mucho tiempo había sido un problema inadvertido, y en nuestros esfuerzos por combatir las brutales organizaciones criminales y las bandas callejeras que comerciaban con vidas humanas.

Pensé en la lucha que había estado encabezando, primero como fiscal de distrito y luego como fiscal general, para evitar que los demandados en delitos de odio usaran lo que se conoce como la «defensa alegando pánico a lo gay y trans». ¹¹ En 2002, una mujer de setenta y dos años, Gwen Araujo, había sido golpeada y asesinada brutalmente en Newark, California. Sus asesinos, dos de los cuales habían tenido relaciones sexuales con ella, habían intentado justificar sus actos ante el tribunal alegando que habían entrado en pánico al enterarse de que Araujo era transgénero, hasta el punto de la enajenación mental transitoria. Era ridículo. Como fiscal de distrito, había organizado un congreso de fiscales y agentes de las fuerzas del orden de todo el país para rechazar la idea de que los prejuicios fueran un atenuante de la conducta delictiva. Y como fiscal general, ese verano de 2014, estaba trabajando con el gobernador y la asamblea legislativa estatal en lo que sería un fructífero esfuerzo para prohibir ese tipo de defensa en todo el estado. Pensé en lo mucho que significaba para mí.

Pensé en la Oficina de Justicia de Menores, una nueva iniciativa que aún estaba desarrollando con una de mis fiscales generales adjuntas especiales, Jill Habig, que se dedicaría por completo a garantizar que se protegían los derechos de todos los menores de California. Era un programa con muchos puntos, y estaba ansiosa por revisarlos todos.

Pensé en el trabajo que íbamos a preparar para facilitar a la población los datos sobre delitos en el estado, la primera iniciativa de transparencia de este tipo, dirigida por los fiscales generales adjuntos Daniel Suvor y Justin Erlich, que denominaríamos OpenJustice.

Asimismo, estábamos llevando Back on Track y mi iniciativa sobre el absentismo escolar por todo el estado.

Y luego estaban las empresas depredadoras¹² que se aprovechaban de los estudiantes, los veteranos, los propietarios de viviendas y los pobres. Me encantaba ser la voz y defender al pueblo maltratado. Los abogados de mi equipo sabían lo en serio que me tomaba la exigencia de responsabilidades a las empresas depredadoras. Bromeaban diciendo que «Kamala» significaba «Pon más ceros en la cantidad económica de ese acuerdo».

Y, desde luego, estaban los bancos. La lucha con ellos seguía su curso. Todavía estábamos con litigios, y no tenía ninguna intención de dar marcha atrás. Cuando terminamos la caminata, mi amiga y yo sabíamos que había tomado una decisión. No era el cargo ni el prestigio. Lo que me importaba era el trabajo. Y si estábamos hablando del trabajo que más me importaba, aún no había terminado.

A última hora de la tarde, llamé a Holder para comunicárselo. Luego Doug y yo nos acurrucamos en el sofá con los chicos y un gran cuenco de palomitas y vimos *Iron Man 2* por segunda vez.

YO DIGO QUE LUCHEMOS

Siempre recordaré cómo me sentí en noviembre de 1992 mientras, como la fiscal de veintiocho años que era, cruzaba el puente de la bahía en coche para ir desde mi casa en Oakland hasta San Francisco a celebrar la victoria de Barbara Boxer y Dianne Feinstein, nuestras senadoras recién elegidas. Fueron las dos primeras senadoras de California y las dos primeras mujeres en representar a un mismo estado al mismo tiempo. Su elección fue un momento culminante del llamado Año de la Mujer, y una inspiración para niñas y mujeres de todas partes, incluida yo.

Recordé esa celebración veintidós años después, cuando, a principios de enero de 2015, la senadora Boxer publicó un vídeo suyo conversando con su nieto mayor, Zach. Hablaba de temas que le preocupaban, temas por los que había luchado durante tres décadas en el Congreso —una clase media fuerte, el derecho al aborto, el medio ambiente, los derechos civiles, los derechos humanos—, y subrayó que no iba a darse por vencida. Pero, como le contaba a Zach, quería volver a su casa en California. Y por ese motivo no se presentaría de nuevo a las elecciones.

Hacía casi dos años que noviembre de 2016 había quedado atrás, pero yo volvía a tener que tomar una decisión. ¿Me presentaba para sustituir a la senadora Boxer? Sería una oportunidad de abordar las cuestiones que estábamos impulsando desde la fiscalía general de California y llevarlas a nivel nacional. Convertirme en senadora de Estados Unidos era una continuación natural del

trabajo que ya hacía: luchar por las familias que padecían la lacra de unos salarios estancados, unos costes de la vivienda abusivos y una reducción de sus oportunidades; por las personas encarceladas en un sistema de justicia penal que no funciona; por los estudiantes estrangulados por los préstamos abusivos y agobiados por unas matrículas cuyo precio no deja de aumentar; por las víctimas de fraudes y delitos económicos; por las comunidades de inmigrantes, por las mujeres, por los mayores. Sabía que era importante que su voz fuera representada en la mesa de negociaciones a la hora de definir las prioridades y las políticas nacionales.

Anuncié mi candidatura el 13 de enero de 2015. También lo acabaron haciendo 33 personas más. Doug, para quien aquella era su primera gran campaña, tuvo que acostumbrarse a un nuevo tipo de miradas escudriñadoras. Aún nos reímos de aquella vez en que un periodista me preguntó quién me interpretaría en una película sobre mi vida. Me salí por la tangente y dije que no lo sabía. Doug no fue tan prudente. Respondió a la pregunta, y el artículo que salió decía que él estaba «encantado» ante la idea de que lo interpretara Bradley Cooper.

Abordé las elecciones como en ocasiones anteriores, reuniéndome con el mayor número posible de personas, escuchando con atención sus inquietudes, trazando un plan de acción para hacerles frente. A medida que la campaña avanzaba, mi equipo y yo recorrimos el estado de arriba abajo en lo que llamamos el autobús Kamoji, por el *emoji* gigante con mi caricatura que había pintado en la puerta trasera.

Debido a que California aplica el sistema de primarias conocido como «*jungle primary*»,¹ acabé compitiendo en la segunda vuelta contra mi colega demócrata Loretta Sanchez, miembro del Congreso desde hacía mucho tiempo. Era una adversaria difícil y decidida que luchó hasta el final. Yo tuve la suerte de contar en mi equipo con algunos de los mejores profesionales de esto: mi brillante director de campaña, Juan Rodriguez, y mis asesores estratégicos desde hacía mucho tiempo, Sean Clegg y Ace Smith, además de Ellie Caple, y un grupo de personas y voluntarios con dedicación absoluta. Mi ahijada, Helena, estaba entre ellos. Creó un boletín de noticias que se enviaba por correo

electrónico e incluía entrevistas al personal y crónicas de nuestras iniciativas. Nuestro equipo avanzó unido paso a paso durante todo el camino, y no podría haberlo hecho sin ellos.

Los dos años de campaña pasaron tan deprisa como despacio. Pero pese a que yo estaba centrada en mi estado, en mi campaña y en el trabajo que tenía por delante, algo feo y alarmante estaba envenenando las elecciones presidenciales. Las primarias republicanas se estaban convirtiendo en una carrera hacia el abismo, una carrera llena de indignación, una carrera cargada de reproches, una carrera que avivaba el fuego del nativismo xenófobo. Y el hombre que acabó imponiéndose cruzó todos los límites de la decencia y la integridad: fanfarroneó de haber agredido sexualmente a mujeres; se mofó de personas con discapacidad; acosó a los racializados; demonizó a los inmigrantes; atacó a los héroes de guerra y a las familias con estrella dorada,² y fomentó la hostilidad, e incluso el odio, hacia la prensa.

Como resultado de esto, la noche electoral de 2016 no fue una noche de celebración. El tema ya no era la carrera electoral apenas finalizada. El tema era la lucha que obviamente estaba empezando. Parafraseando a Coretta Scott King,³ recordé al público que hay que luchar por la libertad y ganarla en cada una de las generaciones.

—Forma parte de la naturaleza misma de la lucha por los derechos civiles, la justicia y la igualdad que cualquier logro que obtengamos no sea permanente. Así que debemos estar atentos —dije—. Pero, una vez dicho esto, no hay que desesperarse. No nos dejemos abrumar. No alcemos las manos cuando es hora de arremangarse y luchar por quienes somos.

Esa noche, cuando me dirigí a mis simpatizantes, no sabía qué se avecinaba exactamente. Pero sí sabía esto: necesitaríamos mantenernos firmes y unidos.

El jueves 10 de noviembre, menos de cuarenta y ocho horas después de mi elección, visité la sede de la Coalición por los Derechos Humanos de los Inmigrantes de Los Ángeles (CHIRLA).

La CHIRLA es una de las organizaciones de defensa de los derechos de los inmigrantes más antiguas de Los Ángeles. Fue fundada en 1986, después de que el presidente Reagan, exgobernador de California, firmara la Ley de Control y

Reforma de la Inmigración que, entre otras cosas, legalizó a los inmigrantes indocumentados que habían entrado en Estados Unidos antes de 1982. La misión original de la CHIRLA era informar a los inmigrantes sobre el proceso burocrático para solicitar la situación de legalidad y sobre sus derechos laborales. Formó a miembros de organizaciones vecinales, impugnó leyes contra los inmigrantes, como la Proposición 187 de California, que prohibía a los inmigrantes sin papeles acceder a servicios públicos no relacionados con las emergencias (como los relativos a la educación o los negocios), y, en última instancia, asumió una cartera de proyectos a nivel nacional estableciendo alianzas en todo el país. Era el primer lugar en el que quería hablar oficialmente como senadora electa.

Angelica Salas, tenaz directora ejecutiva de la CHIRLA, estaba allí para recibirme a mi llegada. La sala estaba a rebosar. Estaba llena de mujeres fuertes y valientes —desde jóvenes hasta madres, abuelas y bisabuelas—, mujeres trabajadoras que hacían de todo, desde tareas domésticas hasta labores de asistencia sanitaria domiciliaria, algunas tenían un buen inglés y algunas solo hablaban español, todas ellas estaban dispuestas a luchar.

Por su coraje, su dignidad y su determinación me recordaban a mi madre. De pie entre ellas, pensé en la dualidad de la experiencia de quienes migran a Estados Unidos.

Por un lado, es una experiencia caracterizada por la esperanza, la convicción y una profunda fe en el poder del sueño americano, una experiencia llena de posibilidades. Por otro, es una experiencia a menudo demasiado marcada por la aplicación de estereotipos y acusaciones infundadas, donde la discriminación, tanto explícita como implícita, forma parte del día a día.

Mi madre era la persona más fuerte que he conocido jamás, pero también he sentido siempre el instinto de protegerla. Supongo que, en parte, se debe al hecho de ser la hija mayor. Pero también sabía que mi madre era un blanco. Yo lo veía, y eso hacía que me enfadara. Tengo demasiados recuerdos de mi magnífica madre siendo tratada como si fuera tonta a causa de su acento. Recuerdo que la habían seguido muchas veces por grandes almacenes, con la

sospecha de que una mujer de tez tan oscura como la suya no podía permitirse el vestido o la blusa que había elegido.

También recuerdo lo en serio que se tomaba cualquier encuentro con funcionarios gubernamentales. Cada vez que volvíamos de un viaje al extranjero, mi madre se aseguraba de que Maya y yo nos comportáramos lo mejor posible mientras pasábamos el control de aduanas.

—Poneos derechas. No os riais. Estaos quietas. Coged todas vuestras cosas. Estad listas.

Sabía que cada palabra que pronunciase sería juzgada y quería que estuviéramos preparadas. La primera vez que Doug y yo pasamos juntos por la aduana, el músculo de mi memoria se activó. Me estaba preparando de la forma habitual, asegurándome de que lo teníamos todo bien y en orden. Mientras tanto, Doug estaba tan relajado como siempre. Me frustraba que estuviera tan pancho. Él se sorprendió mucho, en su inocencia, se preguntaba «¿Dónde está el problema?». Nos habíamos criado en realidades distintas. Fue revelador para los dos.

Aunque la nuestra ha sido siempre una nación de inmigrantes, siempre los hemos temido. El miedo al otro está incrustado en la esencia de la cultura estadounidense, y personas sin escrúpulos que han ejercido el poder han explotado ese miedo para obtener beneficios políticos. A mediados de la década de 1850, el primer partido minoritario importante de Estados Unidos, el denominado partido Know-Nothing, se hizo popular gracias a una plataforma antiinmigración. En 1882, una ley en el Congreso prohibió la entrada al país de inmigrantes procedentes de China. En 1917, el Congreso derogó el veto del presidente Woodrow Wilson con el fin de establecer nuevas restricciones para los inmigrantes, entre ellas el requisito de saber leer y escribir. La preocupación acerca del creciente número de recién llegados del sur y el este de Europa dio como resultado la imposición de cuotas de inmigración en 1924. En 1939, se impidió la entrada a Estados Unidos a casi mil judíos alemanes que huían de los nazis en un barco llamado *St. Louis*. Se rechazó abiertamente un plan para permitir la entrada al país de 20.000 niños judíos. Y, poco después, el Gobierno

estadounidense internó en campos de concentración a 117.000 ciudadanos de origen japonés.

En fechas más recientes, dado que la globalización ha privado al país de millones de puestos de trabajo y ha desplazado a grandes sectores de la clase media, los inmigrantes se han convertido en un objetivo fácil a quienes culpar. Cuando la Gran Recesión devastó las zonas rurales de Estados Unidos, varios políticos republicanos señalaron a la inmigración como el problema, mientras obstruían un proyecto de ley que habría creado nuevos puestos de trabajo. Pese al papel importantísimo que han desempeñado en la creación y conformación de Estados Unidos, los inmigrantes que llegan aquí en busca de una vida mejor siempre han sido un chivo expiatorio fácil.

Nuestro país fue creado con muchas manos, por personas procedentes de todos los rincones del mundo. Y con el paso de los siglos, los inmigrantes han ayudado a levantarlo y a impulsar la economía, aportando mano de obra para industrializarlo e inteligencia para crear innovaciones que cambian la sociedad. Los inmigrantes y sus hijos fueron las mentes creativas detrás de muchas de nuestras marcas más conocidas, desde Levi Strauss a Estée Lauder. Sergey Brin, cofundador de Google, es un inmigrante ruso. Jerry Yang, cofundador de Yahoo!, llegó desde Taiwán. Mike Krieger, cofundador de Instagram, es un inmigrante brasileño. Arianna Huffington, cofundadora de *The Huffington Post*, nació en Grecia. De hecho, en 2016, investigadores de la Fundación Nacional para la Política Estadounidense hallaron que más de la mitad de las empresas emergentes valoradas en miles de millones de dólares de Silicon Valley habían sido fundadas por uno o más inmigrantes.

Me quedé junto al estrado en la CHIRLA, con una bandera estadounidense y globos con las barras y estrellas como telón de fondo, mientras una madre —una empleada doméstica del valle de San Fernando— hablaba en español sobre su temor a la deportación. Apenas entendí sus palabras, pero sí capté su significado y sentí su angustia. Se veía en sus ojos, en su postura. Le habría gustado decirles a sus hijos que todo iba a ir bien, pero sabía que no podía.

Pensé en los cerca de seis millones de niños estadounidenses que viven en un hogar con al menos un miembro de la familia en situación irregular y el trauma y

el estrés que había provocado el resultado electoral. Había oído muchas historias acerca de planes de emergencia que se estaban poniendo en práctica, madres que decían a sus hijos: «Si mamá no vuelve a casa después del trabajo, llama a la tía o al tío para que vengan a buscarte». Me recordaron a los planes de emergencia que había visto cuando trabajaba con víctimas de violencia doméstica. En ambos casos, era necesario que existiera un plan de contingencia para mitigar los posibles daños.

Los abogados defensores que trabajaban con familias nos decían que a los niños les daba miedo ir al colegio porque no sabían si sus padres estarían en casa cuando regresaran. Los padres cancelaban las citas de sus hijos con el pediatra por miedo a que el Servicio de Control de Inmigración y Aduanas los estuviera esperando. Asimismo, conocía a padres que, en ese momento, estaban afrontando decisiones desgarradoras sobre qué hacer con sus hijos estadounidenses si a ellos los deportaban. ¿Se quedarían los niños con algún familiar en Estados Unidos? ¿Se irían con sus padres a un país en el que nunca habían estado? Se te rompía el corazón al imaginar cualquiera de las opciones. Y sabía que no solo los indocumentados estaban aterrados. Según un estudio publicado en *American Behavioral Scientist*, todos los inmigrantes latinos, ya fueran ciudadanos, residentes legales o indocumentados, sentían temor a la deportación en la misma proporción. Quería que supieran que yo los apoyaba.

—Ha llegado el momento de formar alianzas en nuestro país —dije, recordando el trabajo que había visto y hecho a lo largo de los años—. Vamos a luchar por los ideales de este país —les comuniqué— y no vamos a parar hasta que hayamos ganado.

Me fui de la CHIRLA dos días después de las elecciones con una sensación de ánimo y preocupación. Sabía que nos estábamos preparando para luchar juntos. Pero también sabía que teníamos las de perder en la lucha. Íbamos a tener que armarnos de valor para lo que estaba por venir.

Las cosas avanzaron muy rápido. La semana siguiente, Doug y yo volamos a Washington para unas sesiones de orientación para los nuevos senadores. Un

grupo bipartito de senadores y sus cónyuges nos acogieron durante los tres días de sesiones intensivas, durante las cuales nos informarían de las normas y los procedimientos del Senado, su ética y cómo establecer una oficina allí. Doug estudió los documentos destinados a los cónyuges como un erudito talmúdico.

Nathan Barankin, mi número dos en el Departamento de Justicia de California, convino en trasladar a su familia a Washington y empezó, como mi jefe de gabinete, el proceso intensivo de seleccionar y verificar los antecedentes de mi nuevo equipo. Tan solo disponíamos desde el día de las elecciones hasta Año Nuevo para crear la oficina prácticamente desde cero; estudiamos con detenimiento unos cinco mil currículums para ocupar un sinnúmero de puestos, desde relaciones políticas y constitutivas hasta comunicaciones, correspondencia y otros. Contratar a personas diversas era importante para mí: veteranos, mujeres, personas racializadas. Quería que mi personal en Washington y nuestras oficinas estatales reflejara a la gente que representábamos.

Ella estaba en el último año de instituto, lo que implicaba que Doug pasaría al menos una semana de cada dos en Los Ángeles. Aquello era lo más difícil de todo, estar lejos de Ella. Antes de ser senadora, había ido a todos sus campeonatos de natación, a todos sus partidos de baloncesto. Kerstin y yo solíamos hacer que Ella se sintiera avergonzada cuando nos sentábamos juntas y coreábamos su nombre. Me fastidiaba mucho tener que perderme algunos de esos partidos. Y me fastidiaba mucho que no pudiéramos pasar tantos buenos ratos juntas, sobre todo porque estaba a punto de ir a la universidad, como había hecho Cole varios años antes. Me había comprometido a volver a casa todos los fines de semana posibles, lo cual era importante para mí por distintos motivos: para ver a mis votantes, sentir el pulso sobre el terreno y, lo más fundamental, hacer la cena familiar del domingo.

Lo peor llegó varios meses después, cuando me di cuenta de que no iba a poder asistir a la graduación de Ella. El recién despedido director del FBI, James Comey, había sido invitado ese mismo día a testificar ante el Comité de Inteligencia del Senado acerca de la investigación de Rusia y su despido, y dada la importancia que tenía para la seguridad nacional, yo no podía faltar en modo alguno. Cuando la llamé para decírselo, fue muy comprensiva, pero yo me sentí

fatal. Después hablé con algunas de mis colegas. Maggie Hassan me levantó el ánimo.

—Nuestros hijos nos quieren por cómo somos y los sacrificios que hacemos —dijo—. Lo entienden.

En el caso de Ella y Cole, me siento muy afortunada porque sé que es verdad. Cuando acabó la audiencia, corrí hacia el aeropuerto y volé a California. Me perdí la ceremonia de graduación, pero llegué a tiempo a casa para hacer la cena esa noche.

Doug y yo alquilamos temporalmente un piso no muy lejos del Capitolio, con los muebles mínimos: un par de taburetes, una cama, un sofá cama para cuando vinieran los chicos de visita y, para Doug, un gran televisor. Todo sucedía tan rápido que no tenía mucho tiempo para ir a hacer la compra o cocinar, aunque una noche preparé chile de pavo y congelé suficientes raciones para que nos durasen semanas.

El 3 de enero de 2017, presté juramento ante el vicepresidente Joe Biden durante su último mes en el cargo y me trasladé a una oficina en el sótano junto con otros senadores recién elegidos. Aunque no había escaños libres en todos los comités del Senado, fui nombrada para cuatro por mi experiencia y formación: Inteligencia, Seguridad Nacional, Presupuestos, y Medio Ambiente y Obras Públicas.

Una semana después, el Comité de Seguridad Nacional celebró una audiencia de confirmación ⁴ sobre el general John Kelly, que había sido propuesto para el cargo de secretario de Seguridad Nacional. Decidí centrar mis preguntas para él en el programa de Acción Diferida para los Llegados en la Infancia, que creó la Administración Obama en 2012 para proteger de la deportación a los jóvenes irregulares que cumplieran determinados requisitos y permitirles obtener permisos de trabajo.

—Cientos de miles de beneficiarios del programa DACA (Acción Diferida para los Llegados en la Infancia) en todo el país temen ahora lo que podría hacer con ellos la nueva Administración y también lo que podría ocurrirles a sus familiares ilegales —dije.

Seguí explicando que, con el fin de cumplir con los requisitos de acceso al

programa, los beneficiarios tenían que enviar numerosos documentos al Gobierno federal, entre ellos información detallada sobre sí mismos y sus allegados. Cada caso se revisaba y verificaba siguiendo unos criterios concretos. El joven en cuestión no debía haber sido condenado por un delito grave, un delito menor importante o tres o más delitos menores. No debía ser considerado una amenaza para la seguridad pública ni la seguridad nacional. Tenía que estar cursando estudios o haber ya obtenido un título o certificado de enseñanza secundaria o haberse licenciado con honores de las fuerzas armadas. Tenía que presentar un documento de identidad, una prueba del tiempo pasado en Estados Unidos y de su fecha de entrada, una prueba de finalización de estudios o expediente militar, e información biométrica. Solo si superaba con éxito esta extensa verificación de sus antecedentes obtenía la situación de DACA.

Además, cuando se presentaba la solicitud, el Departamento de Seguridad Nacional (DHS) garantizaba que se seguiría la práctica habitual de no usar aquella información con fines de aplicación de la ley, salvo en circunstancias muy concretas.

—A estos jóvenes —le dije al general Kelly— les preocupa ahora que la información que aportaron de buena fe a nuestro Gobierno pueda usarse para localizarlos y que esto conduzca a su expulsión. —Cientos de miles de ellos han confiado en nuestras instituciones—. ¿Puede confirmar que no usaremos esta información en su contra? —pregunté.

Kelly no respondió a la pregunta de manera directa. A continuación, le leí un documento gubernamental con las preguntas más frecuentes sobre el programa DACA. Le hice una de esas preguntas.

—Si mi caso se envía al ICE [Servicio de Control de Inmigración y Aduanas] con fines de aplicación de las leyes de inmigración o si recibo una NTA [notificación de comparecencia], ¿se remitirá también al ICE la información relativa a mis familiares y tutores a efectos de aplicación de las leyes de inmigración?

La respuesta a la pregunta en el documento gubernamental era no.

—¿Está dispuesto a mantener esa política? —pregunté.

De nuevo, Kelly esquivó la pregunta. Presioné más.

—¿Pretende utilizar los limitados recursos destinados a la aplicación de la ley del DHS para expulsar [a los beneficiarios del DACA] del país?

Una vez más, se negó a responder directamente a la pregunta.

—¿Está de acuerdo en que las fuerzas de orden público locales y estatales son quienes están en mejor posición a la hora de proteger la seguridad pública de sus comunidades?

—Estoy de acuerdo —dijo.

—¿Sabe que dirigentes de las fuerzas de orden público locales y estatales de todo el país han declarado públicamente que dependen de la cooperación de las comunidades de inmigrantes para procesar la actividad delictiva y presentarse como testigos de delitos?

—Lo he leído.

—¿Y sabe que cuando el Gobierno ha hecho redadas indiscriminadas de inmigrantes muchas fuerzas de orden público locales han expresado su preocupación y se han quejado de la disminución del número de denuncias por parte de inmigrantes de delitos cometidos contra ellos mismos u otras personas?

—No lo sabía.

—¿Convertirá en su prioridad informarse al respecto de las repercusiones que tiene en las comunidades de inmigrantes la preocupación por las redadas indiscriminadas del DHS a la hora de denunciar delitos cometidos contra sí mismos, sus familiares u otras personas?

—Tiene mi palabra. Me informaré sobre esto. Me basaré en ello, de verdad; la ley me guiará, si se confirma, en todo lo que haga.

Eso no bastaba.

Como exfiscal de distrito y exfiscal general, tenía mucha experiencia en este tema. Sabía que las víctimas de delitos, ya sean violaciones, abusos sexuales a menores o fraude, no presentan denuncia si creen que van a ser ellas quienes van a ser tratadas como delincuentes. También sabía que los depredadores usan esto en su provecho y explotan la vulnerabilidad de determinados grupos que saben que guardarán silencio. No quiero que la víctima de un delito tenga nunca miedo de parar a un coche patrulla que pasa para pedir ayuda. Un sistema así beneficia a los depredadores, no a los ciudadanos. Hace que todos estemos menos seguros.

Como fiscal general, había elaborado una legislación para ayudar a garantizar que los inmigrantes irregulares que se ofrecían a prestar declaración sobre delitos, o a informar de ellos, estuvieran protegidos de la deportación al hacerlo. Sabía que esto ayudaría a los fiscales a obtener condenas al tiempo que reforzaba la relación de confianza entre las fuerzas del orden y las comunidades de inmigrantes.

Al final, voté en contra del nombramiento de John Kelly⁵ y presioné a mis colegas para que hicieran lo mismo. Él no estaba preparado para cumplir las promesas que había hecho nuestra nación, y yo no estaba preparada para ponerlo al mando.

Nunca sabré si en algún momento llegó a informarse acerca de las consecuencias de aplicar las leyes de inmigración de forma indiscriminada. Lo que sí sé es que durante los primeros cien días de la Administración Trump, las detenciones de inmigrantes aumentaron más del 37 %. La Administración optó por establecer como prioridad la deportación de inmigrantes irregulares, independientemente de si eran o no miembros de la comunidad respetuosos con la ley. Las detenciones de inmigrantes irregulares sin antecedentes penales casi se duplicaron.

Estas políticas han tenido consecuencias importantes para los niños. Como documentó el Centro para el Progreso Estadounidense, funcionarios del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas hicieron una redada en una planta procesadora de carne en Tennessee, donde detuvieron a 97 trabajadores. Fue una de las redadas más importantes en un lugar de trabajo de los últimos diez años. En total, 160 niños acabaron con un progenitor detenido durante esta. Al día siguiente, el 20 % de los estudiantes latinos de un condado cercano faltaron a clase por el temor de sus padres a que ellos, o sus hijos, también fueran detenidos. En 2016, una cuarta parte de todos los niños de Estados Unidos menores de cinco años vivían en familias de inmigrantes. Estos niños han tenido que vivir paralizados por el miedo a que, en cualquier momento, pudieran arrebatárles de golpe a sus padres.

Los hijos de inmigrantes también se han enfrentado a un nuevo tipo de tormento. Profesores de todo el país han informado de un repunte en los casos de

acoso que replican la retórica de la Administración. Niños que se burlan de otros niños diciéndoles que serán deportados, que sus padres serán deportados y que deberían volver por donde vinieron. Las palabras de un destacado y poderoso matón han sido imitadas y adoptadas como consigna por matones en todas partes.

Desde luego, los hijos de inmigrantes no son los únicos que se han visto afectados. Según el Instituto de Política Migratoria, por ejemplo, al menos el 20 % de los educadores infantiles son inmigrantes. Los inmigrantes representan asimismo un amplio porcentaje de los trabajadores en el sector de la atención a la primera infancia, y estas cifras se han triplicado en las últimas dos décadas. Estos cuidadores, sobre todo mujeres, crían a millones de niños todos los días. Los riesgos para su seguridad en este país debido a una aplicación abusiva de las leyes de inmigración es un riesgo para todos. No podemos pasarlo por alto.

El 20 de enero de 2017, asistí a la toma de posesión del presidente, junto con otros miembros del Congreso de Estados Unidos. Mis colegas senadores y yo nos reunimos en la Cámara del Senado y caminamos, de dos en dos, por el Capitolio y salimos por la fachada oeste a la tarima donde tendría lugar la investidura y en la que se habían dispuesto podios y sillas para la ceremonia. Mientras nos dirigíamos a nuestros sitios, nos dieron unos chubasqueros de plástico por si llovía. Doug estaba sentado con sus nuevos compañeros en la zona de los cónyuges, cerca del estrado donde estaba yo. Se volvió y me saludó con la mano.

Por algún capricho del destino, empezó a llover con fuerza justo después de terminar el traspaso de poderes. Algunos simpatizantes del presidente interpretaron la lluvia como una bendición, pero para mí y muchos otros, las nubes oscuras vinieron para quedarse.

La regeneración, como se vio después, decidió dar la cara al día siguiente. En el periodo previo al día de la toma de posesión, los activistas habían planeado una manifestación de mujeres en ciudades de todo el país. Pero debido al modo orgánico y descentralizado en que se había convocado, desencadenada por una publicación en Facebook de una abuela en Hawái el día siguiente a las elecciones y organizada en cuestión de semanas por un grupo variopinto de

activistas, muchos de los cuales no se habían visto nunca, nadie sabía exactamente cómo se desarrollaría.

La realidad superó todas las expectativas: más de cuatro millones de personas se lanzaron a las calles en todo el país, con manifestaciones análogas en países de todo el mundo.

En Washington, la multitud era tal que abarrotó todo el recorrido, de un extremo al otro, una marea viva de personas de todas las edades, géneros y orientaciones con gorros de color rosa. Los manifestantes portaban pancartas hechas a mano que expresaban la gama de emociones que sentían, desde la incredulidad hasta la determinación, pasando por el horror, sus metas y sus esperanzas: «Estamos en 2017. Pero ¿¡qué coño!?!»; «A pesar de todo, me alzo»; «Las chicas solo queremos tener derechos fundamentales»; «Los buenos hombres no temen a la igualdad»; «Nosotras, el pueblo».

Vi a abuelas con el pelo canoso y estudiantes universitarias con el pelo azul; *hipsters* con camisas de franela y supermamá con anoraks de plumas; bebés en cochecitos y adolescentes en los árboles; hombres y mujeres solidarizados, codo con codo. Increíblemente, en medio de la muchedumbre, me encontré con la tía Lenore, que me envolvió en un abrazo de oso. Me contó que su hija Lilah, que en aquel momento era una dirigente del Sindicato Internacional de Empleados de Servicios (SEIU), también estaba entre el gentío. Habían salido para manifestarse juntas, portando la bandera de la justicia social que Lenore y mi madre habían sostenido en alto como estudiantes de Berkeley medio siglo antes.

Me habían pedido que hablara y, mientras subía al estrado, me abrumó el tamaño y el talante de la muchedumbre que se extendía hasta donde me alcanzaba la vista. Había tanta gente que las redes móviles habían dejado de funcionar, pero la energía era electrizante. Nadie podía moverse, pero todos parecían entender que la manifestación era un atisbo de un nuevo tipo de alianza cuya verdadera fuerza aún tenía que ponerse a prueba.

—Incluso aunque no estés en la Casa Blanca, incluso aunque no seas miembro del Congreso de Estados Unidos, incluso aunque no dirijas un super PAC ⁶ de grandes empresas, tú tienes poder. ¡Y nosotras, el pueblo, tenemos poder! —les dije a los manifestantes—. ¡Y no hay nada más poderoso que un

grupo de hermanas decididas, manifestándose con sus parejas y sus hijos y hermanos y padres decididos, alzándose en defensa de lo que sabemos que es justo!

Hablé de los problemas de las mujeres, al menos de lo que yo consideraba problemas de las mujeres: la economía, la seguridad nacional, la asistencia sanitaria, la educación, la reforma de la justicia penal, el cambio climático. Dije que si eres una mujer inmigrante y no quieres que tu familia se haga pedazos, sabes que la reforma de la inmigración es un problema de las mujeres. Dije que si eres una mujer que está saldando un préstamo estudiantil, sabes que el peso aplastante de las deudas de los estudiantes es un problema de las mujeres. Dije que si eres una madre negra intentando criar a tu hijo, sabes que Black Lives Matter es un problema de las mujeres.

—Y si eres mujer, y punto, sabes que mereces un país con igualdad de salarios y acceso a la sanidad, incluido el aborto seguro y legal, protegido como un derecho fundamental y constitucional.

Afirmé que juntas somos poderosas, y eso no puede ignorarse.

Pocos días después, Doug y yo estábamos en nuestro piso nuevo de Washington D. C., cenando en taburetes en la encimera de la cocina, cuando trascendió una noticia de última hora en la televisión. El presidente había firmado un decreto que prohibía los viajes a Estados Unidos desde siete países de mayoría musulmana —Irak, Irán, Libia, Somalia, Sudán, Siria y Yemen— durante noventa días. Prohibió que entraran refugiados en Estados Unidos durante ciento veinte días y vetó de forma indefinida a los refugiados de Siria.

Se empezó a detener en los aeropuertos a los viajeros, que no podían hablar con sus abogados. Las familias entraron en pánico al ver que sus seres queridos no lograban pasar los controles de seguridad de los aeropuertos. Recibí llamadas de activistas y abogados, Meena entre ellos, que habían ido corriendo a los aeropuertos para intentar ayudar a las personas que habían sido detenidas. Era el caos total.

Así pues, llamé a John Kelly. En aquel momento, ya había sido nombrado secretario de Seguridad Nacional, y yo necesitaba averiguar qué estaba pasando y asegurarme de que cualquier detenido tuviera acceso a un abogado. Había

muchas maneras en las que el secretario Kelly podría haber demostrado su capacidad de reacción, había mucha información que podría haber proporcionado. De hecho, el pueblo estadounidense tenía derecho a esa información y, dada mi función como supervisora en el Comité de Seguridad Nacional del Senado, tenía la intención de obtenerla. En cambio, me dijo bruscamente:

—¿Por qué me llama a casa para esto?

Esa era su mayor preocupación.

Cuando colgamos el teléfono, tuve claro que no entendía la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Dijo que me llamaría, pero nunca lo hizo. Y al día siguiente, la nación había estallado en una protesta espontánea, a sabiendas de que la prohibición de viajar era en realidad una forma de señalar a los musulmanes, y pocas cosas había más antitéticas para nuestros ideales fundacionales. Recogida en la Primera Enmienda está la idea de que Estados Unidos no solo no establecería una religión oficial propia, sino que el Gobierno no tiene autoridad para prohibir las actividades de ninguna persona basándose en su religión.

Yo era una recién llegada en Washington y aún estaba aprendiendo cómo funcionaban las cosas. Este episodio me enseñó que llamar a este secretario de Seguridad Nacional fue una pérdida de tiempo. Necesitábamos una ley. El primer proyecto de ley que presenté en el Senado fue la Ley de Acceso a un Abogado, que prohíbe a los funcionarios federales negar el acceso a un abogado a cualquier detenido que intente acceder a Estados Unidos. Pero estábamos inmersos en una ardua lucha, más dura aún por las circunstancias políticas del momento.

Cuatro días después de que se formalizara la prohibición de viajar, Neil Gorsuch fue propuesto para ocupar un escaño en el Tribunal Supremo que llevaba vacante desde el fallecimiento de Antonin Scalia casi un año antes. El presidente Obama ya había propuesto para ese cargo a un juez de apelación muy respetado, Merrick Garland. Pero en una muestra de obstrucción partidista sin precedentes, los republicanos se negaron a celebrar ni una sola audiencia para valorar su candidatura. Su obstinación fue recompensada. El Senado nombró a

Gorsuch en abril de 2017, inclinando la balanza del poder en el tribunal hacia los jueces conservadores. Quince meses después, el juez Gorsuch emitió el voto decisivo en una de las resoluciones más vergonzosas en la historia reciente del tribunal: la decisión de mantener la prohibición de viajar establecida por el presidente.

SOMOS MEJORES QUE ESO

El 16 de febrero de 2017, di mi primer discurso en el Senado de Estados Unidos. Fue una experiencia muy aleccionadora. En los últimos años, el Senado se ha caracterizado por ser, en gran medida, un organismo de bloqueo y partidismo. El que había sido admirado por ser el órgano más deliberante del país, a menudo ha demostrado ser cualquier cosa menos eso. Y, sin embargo, mientras estaba allí de pie, me vinieron a la mente los grandes del Senado, y el extraordinario trabajo que habían hecho en esa misma sala. Fue aquí donde el New Deal ¹ se hizo realidad y se salvó la economía nacional. Aquí se aprobó la Seguridad Social ² y, más adelante los servicios Medicaid ³ y Medicare. ⁴ La Ley de Derechos Civiles, la Ley de Derecho al Voto, la Guerra contra la Pobreza. ⁵ Todas ellas se lucharon y se ganaron aquí mismo, en este órgano. En mi escaño del Senado se sentó una vez Eugene McCarthy, que fue quien propuso la Ley de Inmigración y Nacionalidad de 1965, que puso fin a las cuotas y estableció normas destinadas a la reagrupación de las familias inmigrantes.

Empecé mi discurso tal y como podrían haber imaginado quienes me conocen bien.

—Por encima de todo, hoy me pongo en pie con un profundo sentimiento de gratitud hacia todos los que han hecho que llegue hasta aquí. En mi caso, todo empieza con mi madre, Shyamala Harris. —Conté la historia de su inmigración, la historia de su confianza en sí misma, la historia que nos formó a Maya y a mí, y que nos convirtió en estadounidenses—. Y sé que hoy ella nos está mirando. Y,

conociendo a mi madre, es muy probable que ahora dijera: «Kamala, pero ¿qué demonios está pasando? ¡Tenemos que defender nuestros valores!».

No me anduve con muchos rodeos. Hablé de la serie de medidas ejecutivas sin precedentes tomadas durante las primeras semanas de la Administración Trump, acciones que golpearon a nuestras comunidades de inmigrantes y religiosas como una tremenda bofetada, «que introdujo un miedo escalofriante en los corazones de millones de personas buenas y trabajadoras».

Hablé sobre el impacto que habían tenido en el estado de California, porque creo que California es un microcosmos de lo que somos como estadounidenses. Expliqué que tenemos granjeros y ecologistas, soldados y tecnólogos, republicanos, demócratas, independientes, y más veteranos y más inmigrantes — con papeles y sin papeles— que ningún otro estado de la nación. Cuando se habló del programa DACA, reiteré lo que había dicho en la audiencia de confirmación de Kelly: que habíamos prometido a los solicitantes que no usaríamos su información personal en su contra, y que no podíamos incumplir nuestro compromiso con estos niños y sus familias.

Hablé como fiscal de toda la vida y exfiscal general del estado más grande de este país cuando dije que la prohibición de entrada al país de musulmanes y las medidas sobre inmigración de la Administración Trump suponían una amenaza real y presente para nuestra seguridad pública. En lugar de incrementar nuestra seguridad, el aumento de las redadas y los decretos presidenciales infunden miedo.

—Por esa razón —afirmé—, los estudios han demostrado que los latinos son menos propensos a llamar al teléfono de emergencias, en una proporción superior al 40 %, tras ser víctimas de un crimen. Este clima de miedo conduce a la gente a la marginación y la desaparición, porque es menos probable que denuncien crímenes contra sí mismos o contra otros. Hay menos víctimas que denuncian delitos y menos testigos que declaran.

También hablé de las consecuencias económicas y señalé que los inmigrantes constituyen el 10 % de la mano de obra de California y contribuyen con 130.000 millones de dólares al producto interior bruto de nuestro estado.

—Los inmigrantes son dueños de pequeños negocios, cultivan la tierra,

cuidan de niños y ancianos, trabajan en nuestros laboratorios, asisten a nuestras universidades y sirven en nuestro ejército. Por lo tanto, esas acciones no son solo crueles. Causan efectos dominó que dañan nuestra seguridad pública y nuestra economía.

Terminé mis comentarios con un llamamiento a la acción: tenemos la responsabilidad de trazar una línea y decir no; como uno de los tres poderes del Estado, es nuestro deber defender los ideales de este país.

Al mes siguiente, invité a una joven de Fresno, exalumna de la Universidad de California en Merced, investigadora biomédica y beneficiaria del programa DACA, a ser mi invitada en una sesión conjunta del Congreso. Los padres de Yuriana Aguilar se trasladaron de México a Fresno cuando Yuriana tenía cinco años. Ninguno tenía papeles. Sus padres eran agricultores que mantenían a la familia vendiendo verduras.

Aun así, como recuerda Yuriana, «de alguna manera sabían que, para tener éxito, hay que recibir una educación». Yuriana se tomó a pecho el mensaje de sus padres. Actualmente trabaja en el Rush Medical College, en Chicago, donde estudia cómo funciona el sistema eléctrico del corazón. El DACA le permitió terminar su formación y obtener un doctorado.

Yuriana ha descrito que, cuando supo de la existencia del DACA, lloró aliviada. Le permitió volver a la investigación y seguir contribuyendo a ayudar a otros a llevar una vida más sana. Como ella afirma: «La ciencia no tiene fronteras, no hay limitaciones para su avance». A mi madre le habría encantado esta mujer.

El compromiso de Yuriana de devolver lo recibido a nuestro país es la regla, no la excepción, cuando hablamos con beneficiarios del DACA. La mayoría de los beneficiarios del DACA tienen trabajo, más del 75 %. Visten el uniforme de nuestra nación, estudian en nuestros colegios y universidades, y trabajan en empresas estadounidenses grandes y pequeñas. De hecho, si los beneficiarios del DACA fueran deportados, se calcula que la economía de Estados Unidos en su conjunto podría perder hasta 460.000 millones de dólares en una década. Estos jóvenes están contribuyendo a nuestro país de maneras muy valiosas.

Tuve a Yuriana en mente durante el transcurso del drama que se desarrollaría

a lo largo de aquel año. Fue la primera persona en la que pensé cuando, el 5 de septiembre de 2017, el fiscal general Jeff Sessions anunció de forma cruel y totalmente arbitraria que la Administración Trump iba a poner fin al programa DACA, con lo que el destino de cientos de miles de personas se lanzaba a un limbo de incertidumbre.

Sin el DACA, los jóvenes que cumplen sus requisitos y llegaron a Estados Unidos cuando eran niños se enfrentan a una terrible elección: vivir aquí sin papeles y con miedo a ser deportados o dejar el único país que han conocido. No tienen ninguna posibilidad de obtener la nacionalidad. No pueden abandonar el país y ponerse en la cola para inmigrar. Porque esa cola no existe. Porque para esta Administración, se trata de eso.

El Congreso puede solucionarlo. Existe una propuesta de ley apoyada por miembros de los dos partidos principales en la Cámara y el Senado que he copresentado —la ley DREAM («sueño»)— que daría a estos jóvenes una vía permanente hacia la nacionalidad. Cada día que pasa sin que se apruebe esta ley es un día más que estos jóvenes tienen que vivir con miedo, a pesar de haber cumplido y hecho todo lo que les pedimos.

He conocido a muchos *dreamers* («soñadores», beneficiarios del DACA) a lo largo de los años, y casi a diario durante mi primer año en el Senado de Estados Unidos. Fueron valientes y vinieron a Washington para reunirse con miembros del Congreso para contarles sus historias. Hubo un día en el que tenía que conocer a cinco *dreamers* de California que estaban en la ciudad como parte de un grupo de todo el país. Los demás también quisieron unirse, así que los invité a mi sala de conferencias. Estaba abarrotada, solo se podía estar de pie, con gente apoyada en las paredes.

Me llamó la atención uno de los chicos de California, Sergio, que era estudiante de la Universidad de California en Irvine. Contó que cuando su madre había trabajado en México, no llegaba a fin de mes, y que por eso había decidido venir a Estados Unidos para brindarle la oportunidad de una vida mejor. Contó lo mucho que se había esforzado en los estudios y cómo había centrado gran parte de su energía en ayudar a la gente a obtener atención médica. Como muchos de

los *dreamers*, dedicaba su vida a servir a los demás. Eso es lo que pasa con los *dreamers*: creen realmente en las promesas de este país. Que también es el suyo.

Los ojos de Sergio traslucían muchísima pasión. Pero yo sabía que también tenía miedo. La decisión de la Administración Trump de poner fin al DACA había sido muy desalentadora y desmoralizadora, muy contraria a la mejor historia de nuestro país, muy contraria a la promesa de oportunidad en la que había confiado. Y mientras él y otros muchos me miraban a los ojos, buscando que les confirmara que todo iba a ir bien, yo luchaba contra el dolor de saber lo errónea e injusta que era la situación, y que yo sola no podía controlar su resultado. Aún hoy siento ese dolor.

Tres días después de que Sessions anunciara sus medidas, la Universidad de California presentó una demanda contra la Administración «por violar de forma errónea e inconstitucional los derechos de la Universidad y sus estudiantes» al rescindir el programa DACA por «nada más que un capricho ejecutivo sin justificación alguna». La rectora de la Universidad de California, Janet Napolitano, había sido secretaria de Seguridad Nacional del presidente Obama y la responsable de redactar y supervisar el programa DACA tal y como se concibió originalmente. Para ella, y para todos nosotros, aquello era una cuestión personal.

El 10 de enero de 2018, el Tribunal Federal dio la razón a la universidad y emitió una orden judicial temporal a nivel nacional que bloqueaba la decisión del Gobierno. Esto supuso un gran alivio, ya que reinició el programa DACA y detuvo las medidas de la Administración Trump. Pero la palabra clave de esta solución es «temporal». El Congreso debe seguir actuando para proporcionar a estos jóvenes una protección permanente contra la deportación, y esta protección solo puede conseguirse mediante la legislación. Hasta entonces, los *dreamers* vivirán con el constante temor de que una nueva resolución judicial los separe de sus familias y del único país que ha sido su patria. Y con una sólida mayoría conservadora en el Tribunal Supremo, hay muchos motivos para temer que esa revocación pueda ser inminente.

Febrero de 2018 fue un mes crucial en la lucha contra la inmigración. La Administración Trump continuó con su conducta cruel e indignante, y llegó

incluso a eliminar la referencia a Estados Unidos como «una nación de inmigrantes» de la declaración de principios del organismo responsable de los servicios de ciudadanía e inmigración. Mientras tanto, la Administración y muchos congresistas republicanos mantuvieron a los *dreamers* como rehenes *de facto*.

Como parte de los debates del proyecto de ley de presupuestos para financiar el Gobierno, el Senado había acordado votar la ley DREAM, que crearía un medio para que los *dreamers* consiguieran la nacionalidad. Pero había una trampa. A cambio, la legislación incluía 25.000 millones de dólares de dinero de los contribuyentes para construir un muro en la frontera con México.

Hubo varios motivos por los que me opuse a esto. Ya solo desde una perspectiva exclusivamente económica, era un total despilfarro del dinero de los contribuyentes.

Creo firmemente en la seguridad de las fronteras, pero los expertos coinciden en que un muro no asegurará la nuestra. Además, me preocupaba que esos miles de millones de dólares se usaran para implementar los planes antiinmigración de la Administración Trump, con redadas que tienen como objetivo California y sus residentes, y familias de todo el país. Por el mismo precio, se podían hacer muchísimas otras cosas: desde financiar un proyecto a gran escala para combatir la crisis de los opiáceos hasta ampliar la conexión de banda ancha rural y mejorar las infraestructuras básicas.

Pero había una razón aún más importante para oponerse a la construcción de ese muro fronterizo. Un muro inútil en la frontera sur no sería más que un símbolo, un monumento que se opone no solo a todo lo que yo valoro, sino a los valores fundamentales sobre los que se construyó este país. La Estatua de la Libertad es el monumento que muestra al mundo quiénes somos. Los versos de la poeta neoyorquina Emma Lazarus grabados en ella: «Traedme a vuestros exhaustos, vuestros pobres, vuestras masas amontonadas que anhelan respirar libres» hablan de nuestro verdadero carácter: un país generoso que respeta y abraza a quienes han hecho el difícil viaje para llegar hasta nuestras costas, a menudo huyendo de terribles peligros; que reconoce nuestro espíritu optimista y emprendedor en quienes aspiran a hacer suyo el «sueño americano». ¿Cómo

podía votar a favor de construir lo que sería poco más que un monumento diseñado para enviar el frío y duro mensaje de «Fuera de aquí»?

El debate sobre la inmigración se basa muy a menudo en falsas dicotomías. Recuerdo una reunión en el Ayuntamiento de Sacramento, donde se presentó un grupo de partidarios del presidente. Un hombre dijo que pensaba que me importaban más los inmigrantes sin papeles que el pueblo estadounidense. Una falsa, e innecesaria, dicotomía. Ambos colectivos me preocupan profundamente. Del mismo modo, el debate sobre el presupuesto ofrecía una falsa dicotomía: financiar el Gobierno u oponerse al muro. Yo pensaba que ambas opciones eran posibles, no había que elegir entre ellas.

Al final, nos presentaron dos proyectos de ley. Me sentí orgullosa de apoyar el primero, un compromiso de ambos partidos redactado por los senadores Chris Coons, demócrata de Delaware, y el difunto John McCain, republicano de Arizona, que incluía medidas para proteger a los *dreamers* frente a la deportación y proporcionarles un camino hacia la ciudadanía, y que no contemplaba la financiación del muro. El otro proyecto, que incluía la ley DREAM a cambio de la construcción del muro, era algo que no podía apoyar, a pesar de la presión. Voté en contra. Al final, ninguno de los proyectos llegó a convertirse en ley.

La lucha en favor de los *dreamers* continúa. Y esto es lo que creo: estos jóvenes llegaron a nuestro país, en muchos casos antes de saber caminar o hablar, sin haberlo elegido. Es el único país que conocen. Es su patria y contribuyen a ella. Así que no pararé hasta que sean reconocidos como los estadounidenses que son.

Hay una región en América Central conocida como el Triángulo del Norte que incluye tres países: El Salvador, Guatemala y Honduras. Estos tres países juntos ostentan la terrible distinción de estar entre los más violentos del mundo. Entre 1979 y 1992, El Salvador sufrió una guerra civil que dejó 75.000 muertos. Entre 1960 y 1996, la guerra civil de Guatemala causó la muerte de 200.000 civiles. Honduras no tuvo una guerra civil propia, pero la violencia en los países vecinos

atravesó sus fronteras y lo convirtió, también, en uno de los lugares más peligrosos del mundo para vivir.

Incluso una vez finalizadas las guerras, la violencia no cesó. Una economía muy dañada con una pobreza profunda y poco empleo, inundada de armas y de generaciones destruidas, condujo a la formación de organizaciones delictivas que utilizaron los asesinatos, las violaciones y otros tipos de violencia sexual para controlar el territorio y apoderarse de grandes extensiones de la región. En los años sucesivos, se han matado y secuestrado a más personas en el Triángulo del Norte que en algunas de las guerras más brutales del mundo. Entre 2011 y 2014, se asesinaron a casi 50.000 personas en el Triángulo del Norte, y solo el 5 % de las muertes tuvieron como consecuencia condenas judiciales.

Para los residentes de esos países, la vida está marcada por el terror. La violencia de las bandas, el tráfico de drogas y la corrupción están totalmente descontrolados. Las mayores y más importantes de estas organizaciones delictivas transnacionales, la Mara Salvatrucha y la Mara 18, cuentan con 85.000 miembros en todo el mundo. Extorsionan a dueños de pequeños negocios y residentes de los barrios pobres para que paguen cientos de millones de dólares cada año. Los que no pagan se arriesgan a morir, tanto ellos como sus familias. Las bandas reclutan a jóvenes para que se unan a sus filas mediante amenazas e intimidación, y obligan a las adolescentes a soportar violencia sexual como «novias de la banda».

De hecho, en el caso de las mujeres y las niñas de estos países, la violencia es sistémica. En julio de 2014, el relator especial de la ONU (Organización de las Naciones Unidas) sobre la violencia contra la mujer informó que las muertes violentas de mujeres en Honduras habían aumentado en un 263,4 % entre 2005 y 2013. Hay historias terribles de niños robados, violados o asesinados, como la de una niña de once años en Honduras cuyos asesinos le cortaron el cuello y metieron en él su ropa interior. Si hubiera una zona cero de la brutalidad y la desolación, el Triángulo del Norte sería, sin duda, esa zona.

La única opción es escapar de allí. Y así, cientos de miles de personas han huido de la región a los países vecinos y, a través de México, a Estados Unidos. En el pasado, hemos acogido a los solicitantes de asilo de acuerdo con el

derecho internacional, concediéndoles una protección especial debido a la gravedad de las dificultades a las que se enfrentan. A veces llegan con sus familias. Pero, muy a menudo, es imposible costear el viaje de todos, lo que plantea a los padres una dolorosa elección: ¿se quedan con sus hijos, pero rodeados de peligros mortales, o los envían a Estados Unidos a sabiendas de que, si sobreviven al peligroso viaje, tendrán la oportunidad de estar seguros y ser libres?

En el verano de 2014, una oleada sin precedentes de decenas de miles de niños y adolescentes huyeron de la violencia del Triángulo del Norte a través de redes de tráfico humano que los trajeron a Estados Unidos.

Yo era fiscal general en esos momentos, y estaba sentada en casa viendo el informativo de la noche cuando vi una imagen que me impactó. En Murrieta, California, una ciudad a mitad de camino entre Los Ángeles y San Diego, varios autobuses que transportaban a unos 140 niños y a sus padres indocumentados se dirigían a un centro de procesamiento. Una multitud se había reunido, bloqueando la calle, agitando banderas y pancartas mientras gritaban: «¡Nadie os quiere!», «¡No sois bienvenidos!», «¡Daos la vuelta y volved a vuestra casa!». Había niños dentro de los autobuses, viendo por las ventanas rostros llenos de odio y veneno. Lo único que habían hecho era huir de una violencia horrible.

Y no fueron solo los manifestantes en las calles los que mostraron ese odio. Al mismo tiempo, se estaba generando una gran fuerza en Washington para acelerar el proceso de toma de decisiones para poder expulsar rápidamente a las criaturas y familias indocumentadas. El objetivo era evaluar y fallar sus peticiones de asilo en unas dos semanas. Para que quede claro, el proceso requiere que alguien decida si el solicitante de asilo huye de un daño real. Eso significa que los niños tienen que explicar los hechos y contar su historia de manera exhaustiva.

Después de haber enjuiciado casos de agresiones sexuales a menores sabía que, en estos casos, se necesita mucho tiempo para ganarse la confianza del pequeño y para que este pueda contar su historia ante un tribunal. Y lo que es peor, me enteré de que estos niños solicitantes de asilo no tenían derecho a un abogado que los guiara durante el proceso. Y eso era muy importante. Si no

dispones de un abogado, hay un 90 % de posibilidades de que pierdas tu caso de solicitud de asilo. Si tienes asesoramiento legal, hay un 50 % de probabilidades de que ganes. Dado que la deportación llevaría a estos niños de vuelta al corazón del peligro, tener o no un abogado era una cuestión de vida o muerte.

Tenía que hacer algo al respecto, y sabía que no había tiempo que perder. Así que contacté personalmente por teléfono con los socios gerentes de algunos de los bufetes de abogados más prestigiosos de California, así como con los abogados de grandes empresas de entretenimiento como Walt Disney y Warner Bros. Entertainment, y les pedí que vinieran a mi oficina para que me ayudaran a garantizar que estos niños, algunos de tan solo ocho años, tuvieran abogados y, por lo tanto, tuvieran acceso al debido proceso. Representantes de decenas de bufetes de abogados se reunieron en la sala de reuniones de mi oficina en el centro de Los Ángeles, y yo asumí el papel de subastadora.

«Bien, ¿quién puede colaborar con quinientas horas de trabajo voluntario? ¿Usted podría? ¿Y usted? ¿Y su bufete? ¿Cómo pueden ayudarnos?» Poco después, celebramos una reunión similar en el norte de California, donde hice lo mismo. Reunimos a abogados privados para que trabajaran a través de una asociación de la zona, que ofrecía servicios jurídicos para ayudar a los niños no acompañados. Luego apoyé una ley para proporcionar tres millones de dólares a otras organizaciones sin ánimo de lucro que ofrecían representación legal a estos niños.

Esta fue mi primera experiencia con la crisis en el Triángulo del Norte y las consecuencias que acarreaba para los niños y sus familias. Pero no fue la última.

En enero de 2017, uno de los primeros órdenes del día de la nueva Administración fue la firma de una orden ejecutiva que revocaba la protección temporal de los inmigrantes del Triángulo del Norte. El resultado era que unos 350.000 inmigrantes estaban a punto de perder su derecho a vivir y trabajar en Estados Unidos. La Administración también ordenó un cambio en la forma de valorar las solicitudes de asilo, lo que hace más difícil para los inmigrantes establecer una base legal para permanecer en Estados Unidos. Entre febrero y junio de 2017, el número de solicitantes que cumplían los requisitos para recibir asilo se redujo en un 10 %.

En marzo de 2017, el secretario Kelly salió en la CNN, donde se le preguntó acerca de un informe según el cual, para disuadir a más personas del Triángulo del Norte de venir a Estados Unidos, se estaba considerando la posibilidad de separar por la fuerza a los padres de sus hijos en la frontera.

—Haría casi cualquier cosa para disuadir a la gente de América Central de introducirse en esta red muy muy peligrosa que los lleva a Estados Unidos a través de México —dijo, con lo que confirmó que se estaba considerando esa opción.

Poco después, Elaine Duke, la subsecretaria de Seguridad Nacional, compareció ante el Comité de Seguridad Nacional.

—¿Sabe cuándo se supone que va a entrar esto en vigor? —le pregunté, tratando de averiguar la probabilidad de que algo tan atroz pudiera estar en marcha.

—No se ha tomado esta decisión —dijo—. He hablado personalmente con el secretario sobre este tema. Y por el momento solo se considera una posibilidad. Están estudiando una amplia variedad de elementos de disuasión, y este se planteó como un posible método, pero no se ha tomado ninguna decisión y no hay ningún plan de aplicación en estos momentos.

Era una respuesta inaceptable. Al mes siguiente, cuando Kelly compareció ante el comité, le interrogué sobre el tema. Respondió con evasivas a las preguntas sobre si se estaba valorando aplicar esta política, pero tampoco la descartó.

—¿Está dispuesto, señor, a emitir una normativa por escrito que afirme que separar a los niños de sus madres no es una política de este departamento, a menos que la vida del niño esté en peligro?

—No tengo por qué hacerlo.

Continué presionando para obtener respuestas hasta finales de 2017 y en 2018, pero el Departamento de Seguridad Nacional no estaba por la labor de responderme. Más adelante, el 6 de abril de 2018, el fiscal general Sessions anunció una política de tolerancia cero en la frontera, lo que significaba que la Administración Trump remitiría para su enjuiciamiento penal a cualquier adulto que cruzara la frontera de forma ilegal, independientemente del motivo por el

que lo hiciera, y que esto podría implicar la separación de los niños de sus padres. Varios días después nos enteramos a través de un reportaje del *New York Times* de que, a pesar de la insistencia de la secretaria de Seguridad Nacional en que no existía una política de separación, setecientos niños habían sido ya separados de sus padres desde el octubre anterior y, de ellos, cien eran menores de cuatro años.

Hay pocas cosas más crueles, más inhumanas, más malvadas que arrancar a un niño de los brazos de sus padres. Todos deberíamos saber de manera instintiva que esto es así. Pero, por si necesitáramos más pruebas, podemos remitirnos a unas declaraciones de la doctora Colleen Kraft, presidenta de la Academia Americana de Pediatría, como portavoz de esta, en las que afirmaba estar horrorizada por la nueva política. La doctora Kraft escribió sobre el terrible estrés y el trauma que produce la separación familiar, que «puede causar un daño irreparable, al alterar la arquitectura del cerebro de los niños y afectar a su salud a corto y largo plazo». Estas conclusiones las comparte también la Asociación Médica Estadounidense, que ha pedido que se ponga fin a la política, señalando que los niños que el Gobierno de Estados Unidos está separando a la fuerza de sus padres pueden quedar marcados de por vida.

La Administración afirmó que no separaría a las familias que solicitaran asilo si llegaban a un puerto de entrada oficial, a diferencia de lo que ocurría si accedían por otras partes de la frontera. Pero esto no se cumplió. Se informó de que una niña de seis años de la República Democrática del Congo fue arrebatada a su madre al llegar al puerto de entrada de San Diego en busca de asilo, aunque la madre podía justificar un temor fundado de persecución. Este fue solo uno de los muchos casos documentados de separación familiar en los puertos de entrada. Una niña ciega de seis años fue arrebatada a su madre. También un pequeño de dieciocho meses. Esto no es solo una tragedia; es una violación del derecho internacional. Una violación de los derechos humanos. Y no se cobró solo un alto precio en los niños. Después de que un hombre de Honduras fuera separado de su esposa, después de que le arrancaran de los brazos a su hijo de tres años, después de que lo metieran en una celda de aislamiento, el trauma hizo que se suicidara.

El 15 de mayo, Kirstjen Nielsen, que había sido confirmada como secretaria de Seguridad Nacional después de que Kelly fuera nombrado jefe de personal de la Casa Blanca, se presentó ante nuestro comité. Le dije que estaba muy preocupada por los repetidos ataques de la Administración a algunas de las comunidades más vulnerables, en concreto los niños y las mujeres embarazadas, según lo dispuesto por el Departamento de Seguridad Nacional. Le hablé del programa DACA, de la separación de niños en la frontera y de una directiva de la agencia que permite más detenciones de mujeres embarazadas. Expresé mi preocupación por un nuevo sistema de intercambio de información entre la Oficina de Reasentamiento de Refugiados y el ICE, que con mucha probabilidad tendría un efecto negativo en personas que estarían dispuestas a acudir para hacerse cargo de menores no acompañados, pero que podrían dejar de hacerlo por temor a ser deportados al presentarse como voluntarios.

También hice hincapié en que, la semana anterior, *The Washington Post* había vuelto a informar de que Nielsen estaba considerando dinamitar un acuerdo que garantiza unos estándares mínimos de la atención a los niños inmigrantes, como el suministro de comida y la organización de actividades recreativas, y que solicita que estén en un entorno lo menos restrictivo posible.

Le dije que la Administración Trump había proporcionado información engañosa de manera continuada al comité, e incluso había llegado a afirmar que unas políticas que muchos consideran crueles, como la separación de familias, se llevan a cabo en beneficio de los niños.

—Así que mi pregunta es: el jueves pasado, el *New York Times* informó de que el presidente le ha ordenado separar a los padres de sus hijos cuando cruzan a Estados Unidos como una forma de disuadir a los inmigrantes ilegales, ¿es eso cierto? ¿Se le ha ordenado separar a los padres de sus hijos como método disuasorio para la inmigración sin papeles?

—No me han ordenado hacer eso con fines disuasorios, no.

—¿Qué finalidad se le ha indicado para separar a los padres de los niños?

—Mi decisión ha sido que cualquiera que infrinja la ley será procesado. Seas padre o madre, seas una persona sola o tengas una familia; si atraviesas los

puertos de entrada, te remitiremos para que seas procesado penalmente. Porque has infringido la ley de Estados Unidos.

Seguí presionando.

—Así que su agencia separará a los niños de sus padres.

—No, lo que haremos es procesar a los padres que han infringido la ley, como hacemos todos los días en Estados Unidos de América.

—Pero si ese padre tiene un hijo de cuatro años, ¿qué piensa hacer con ese niño?

—El niño, según la ley, es remitido al Departamento de Salud y Servicios Sociales para su cuidado y custodia.

—Serán separados de sus padres. Y entonces mi pregunta...

—Como hacemos todos los días en Estados Unidos.

—Serán separados de sus padres, y mi pregunta es: cuando separan a los niños de sus padres, ¿tienen un protocolo sobre cómo hacerlo y se está formando a las personas que separan a los niños de sus padres para que lo hagan de la manera menos traumática posible? Yo espero que estén formando a esas personas y por eso la pregunta es, y la petición ha sido, que nos proporcionen información sobre cómo se está llevando a cabo esa formación y cuáles son los protocolos para separar a los niños de sus padres.

—Estaré encantada de proporcionarle la información al respecto de esta formación —dijo, aunque nunca lo hizo. Y, una vez más, Nielsen repitió la falsa afirmación a la que se aferró durante todo el proceso—. Lo repito, nuestra política no es separar a los niños de sus padres. Nuestra política es: si infringes la ley, te procesaremos penalmente. Tienes la opción de ir a un puerto de entrada y no cruzar ilegalmente a nuestro país.

Llamemos a las cosas por su nombre. La Casa Blanca y el Departamento de Seguridad Nacional están utilizando a los niños —a bebés— como peones en una política profundamente equivocada para disuadir a la inmigración. El fiscal general Sessions lo admitió, con orgullo, al parecer, y citó las Sagradas Escrituras para justificar ese abuso:

—Las personas que violan la ley de nuestra nación están sujetas a enjuiciamiento. Me gustaría citar al apóstol Pablo y su claro y sabio mandato en

Romanos 13 de obedecer las leyes del Gobierno porque Dios los ha puesto ahí con un objetivo y para mantener el orden —dijo, al parecer olvidando u omitiendo por el camino todas las enseñanzas de Cristo.

Y por si fuera poca la crueldad, Sessions revocó el derecho de las mujeres y los niños a pedir asilo por violencia doméstica.

Suelo describir el equilibrio de nuestra democracia sobre cuatro pilares: la separación en tres poderes y una prensa independiente y libre. A medida que este horror se desplegaba, la prensa trabajó sin descanso para salvaguardar nuestros verdaderos valores. Equipos de periodistas se desplazaron a la frontera sur y grabaron, tomaron nota e informaron en tiempo real, para mostrar a los estadounidenses lo que estaba pasando en realidad, llevando la crisis a nuestras salas de estar. La cobertura gráfica diaria proporcionó información e inspiró una protesta pública que en última instancia obligó a la Administración Trump a dar marcha atrás, al menos de momento.

El 20 de junio de 2018, el presidente firmó una orden ejecutiva que puso fin a su práctica de separación familiar. Pero con esto no terminó esta historia. En lugar de separarlas, la nueva política de la Administración Trump es mantener a estas familias entre rejas indefinidamente. En el momento de escribir este libro, el encarcelamiento de niños inocentes sigue siendo la política de Estados Unidos. Los niños siguen separados de sus padres. Y después de la orden ejecutiva, seguimos leyendo titulares como este, del *Texas Tribune*: «Se ordena que niños inmigrantes de entre uno y dos años comparezcan solos ante el tribunal».

En un día caluroso y seco de finales de junio, visité el Centro de Detención de Otay Mesa, no lejos de la frontera entre California y México. He visto muchas cárceles. El aspecto de Otay Mesa era idéntico al de cualquiera de ellas. Para entrar en las instalaciones, que están rodeadas por vallas de alambre de espino y cadenas, hay que pasar por varios puntos de control. Una puerta se abre, te paras en la zona intermedia, y luego se cierra detrás de ti antes de que otra se abra delante. Para cualquiera que esté allí, es evidente que está encerrado y apartado del mundo.

Una vez dentro del edificio, me encontré con madres a las que habían

separado de sus hijos. Llevaban trajes azules con la palabra «detenida» en letras mayúsculas en la espalda. Pedí al personal de la instalación que nos permitieran tener un poco de privacidad. Se quedaron a unos veinte metros de distancia mientras yo preguntaba a las madres acerca de sus experiencias y escuchaba los tremendos traumas que habían tenido que soportar.

Olga me dijo que no había visto a ninguno de sus cuatro hijos —de diecisiete, dieciséis, doce y ocho años— en casi dos meses, y que ni siquiera estaba segura de dónde estaban. Había huido de la violencia doméstica en Honduras y había tomado un vuelo a México. Se detuvo en el refugio de Tapachula, en México, donde se enteró de que había una caravana que ayudaba a los solicitantes de asilo a llegar a Estados Unidos. Le dijeron que no tenía que pagar nada y que la llevarían hasta Tijuana, justo al sur de la frontera. Le proporcionaron a ella y a su familia alimentos durante el viaje y se ofrecieron a ayudarla en el proceso de solicitud de asilo. Me contó que viajó en avión, tren y autobús y que en algunos puntos tuvo que caminar, aunque a menudo pudo hacer autostop. La gente a lo largo del camino quería ayudar.

Cuando llegó a Tijuana, los llevaron a ella y a su familia a iglesias y refugios, y al final se presentaron voluntariamente ante la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos. Los llevaron a una celda de detención y les dijeron que esperaran para que les tomaran los datos. Fue entonces cuando les arrebataron a sus hijos, sin ningún aviso ni explicación. Ella suplicó a los agentes de la Patrulla Fronteriza que le dijeran adónde habían llevado a sus hijos. Presentó sus certificados de nacimiento. Necesitaba respuestas. Estaba desesperada. Pero no recibió ninguna información. Lo único que sabía era que sus tres hijas estaban retenidas juntas mientras que su hijo estaba solo. Finalmente, un trabajador social pudo ponerla en contacto por teléfono con sus hijos, que no sabían decir dónde estaban. Había llegado a la conclusión de que estaban todos en Nueva York, y, aunque ellos decían que estaban bien, era difícil imaginar que eso pudiera ser cierto.

Otra mujer de Honduras tenía una historia similar. Ella también había huido del país porque estaba siendo víctima de malos tratos, y se había llevado consigo a su hijo de ocho años, Mauro. También se llevaron a su hijo de su celda sin ninguna explicación. Los oficiales de deportación le dijeron que estaba en Los

Ángeles, pero ni siquiera ellos estaban seguros. Lo había traído con ella porque pensaba que estaría a salvo en Estados Unidos. Pero ahora esa esperanza parecía perdida.

El Departamento de Seguridad Nacional había dicho que las familias que solicitasen asilo en los puertos de entrada no serían separadas. Pero cuando otra mujer en Otay Mesa, Morena, dejó El Salvador y se presentó con sus dos hijos de doce y cinco años en el centro de procesamiento del puerto de entrada de San Ysidro, se los arrebataron. Suplicó a los agentes que no se llevaran a sus hijos, pero no sirvió de nada. Tuvo que esperar quince días para llamarlos, porque a los detenidos se les cobraba 85 centavos por minuto por las llamadas y ella no tenía dinero. Tuvo que ganar dinero trabajando en las instalaciones. Morena había trabajado siete días seguidos y solo le pagaron cuatro dólares. Olga había trabajado durante doce días y también le habían pagado cuatro dólares. Contaron que cuando habían intentado denunciar el abuso, solo habían recibido gritos a cambio. Me dijeron que habían sufrido muchas agresiones verbales por parte de los funcionarios, y que habían sido obligadas a trabajar hasta altas horas de la noche tras largos días de espera para sus audiencias.

Habían pasado seis semanas y Morena todavía no había conseguido ponerse en contacto con sus hijos. Llamó al centro donde le dijeron que se los habían llevado, pero nadie respondía al teléfono. Me contó que solo se les permitía hacer llamadas cuando sus hijos estaban en clase y no podían responder. Morena me dijo que le resultaba difícil comer porque estaba muy angustiada por no haber visto a sus hijos ni haber podido hablar con ellos en mucho tiempo.

Cuando hablé con los guardias del centro de detención, tenía muchas preguntas, y las respuestas que me dieron no tenían ningún sentido. Me dijeron, por ejemplo, que ofrecían hacer videoconferencias con los niños en cualquier momento y de forma gratuita. También me aseguraron que las llamadas telefónicas eran gratis. Pero cuando pregunté a las madres si sabían esto, ellas respondieron inmediatamente que no. Ni siquiera sabían que había disponible un sistema de videoconferencia. Cuando regresé a Washington y participé en una audiencia del Comité Judicial con Matthew Albence, director ejecutivo asociado

de operaciones de vigilancia y expulsión del ICE, nuestro intercambio de impresiones sobre este tema fue revelador.

Le conté a Albence que, durante mi visita a Otay Mesa, los padres detenidos me habían contado que, cuando realizaban trabajos, como limpiar los baños o lavar la ropa, les pagaban un dólar al día.

—¿Conocía esta política? ¿O esta práctica? —le pregunté.

—Muchos de los individuos que están bajo custodia del ICE cumplen los requisitos para solicitar y trabajar en un programa de trabajo voluntario —respondió Albence—. No es obligatorio; pueden decidir hacerlo o no. Muchos deciden hacerlo, solo para pasar el tiempo, mientras esperan a que llegue su audiencia o su expulsión.

—¿Cree realmente que las personas eligen voluntariamente limpiar retretes para pasar el rato? ¿Me está diciendo eso?

—Lo que digo es que tenemos un gran número de personas bajo custodia que se ofrecen voluntarias para participar en este programa de trabajo.

—¿Para limpiar retretes? ¿Es eso lo que me está diciendo?

—No sé qué tareas se les asignan a estas personas, pero le repito que son voluntarias.

¿Voluntarias? No lo creo.

La respuesta más sorprendente que obtuve durante mi estancia en Otay Mesa fue cuando formulé al personal del centro de detención una pregunta que mucha gente me había hecho:

—¿Quién es el responsable de dirigir el proceso de reagrupación de estas familias?

Se miraron unos a otros en blanco durante unos segundos, hasta que uno (que parecía más mayor que los demás) respondió:

—Supongo que yo.

Luego admitió que no tenía ni idea de cuál era el plan ni en qué punto se encontraban los procesos de reagrupación.

Más tarde nos enteramos de que los registros federales que vinculaban a padres e hijos habían desaparecido. En algunos casos, por razones incomprensibles, habían sido destruidos. Cuando un tribunal federal dictaminó

que las familias debían reagruparse en un plazo de treinta días, los funcionarios del Gobierno tuvieron que recurrir a pruebas de ADN para averiguar qué niños pertenecían a qué familias.

Antes de salir del centro de detención, aseguré a las madres que no estaban solas, que había mucha gente que estaba con ellas y luchaba por ellas, y que haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudarlas. Mientras recorría el largo camino hacia la salida, vi esa solidaridad personificada. Cientos de personas se habían reunido fuera de la valla, en una protesta en apoyo de estas familias. Gente de todas las edades y orígenes —niños, estudiantes, padres y abuelos— habían viajado a Otay Mesa porque compartían la angustia y el dolor de las madres que estaban dentro.

Me uní a la multitud de manifestantes, muchos de los cuales llevaban pancartas: «Estamos con ustedes»,⁶ «Las familias tienen que estar juntas», «No nos rendiremos». Bajo el sol abrasador del verano, le conté a la prensa todo lo que había visto.

—Estas madres han testificado, por así decirlo, han compartido sus historias, historias personales de una violación de los derechos humanos cometida por el Gobierno de Estados Unidos. Y somos mucho mejores que eso, y tenemos que luchar contra eso. Esto es contrario a todos los principios que amamos y que dan sentido a quiénes somos cuando estamos orgullosos de ser estadounidenses. Pero no hay ninguna razón para estar orgullosos de esto.

Estas madres habían hecho el peligroso viaje a Estados Unidos con sus hijos porque sabían que el peligro de quedarse en sus países de origen era aún peor. Tienen el derecho legal de pedir asilo, pero cuando llegan, las llamamos criminales. Las tratamos como criminales. Ese no es un rasgo de una sociedad civilizada, no es un rasgo de compasión. El Gobierno de Estados Unidos ha conseguido que el pueblo estadounidense sienta una gran vergüenza.

Los valores que están en juego aquí van mucho más allá del debate sobre la inmigración.

Nada hace que un niño se sienta más seguro que ser arropado por su padre o su madre al final del día, recibir un beso y un abrazo, escuchar un cuento de buenas noches, dormirse con el susurro de su voz. Nada es más importante para

un padre o una madre que hablar con su hijo por la noche antes de que se duerma, responder a sus preguntas, reconfortarlo y tranquilizarlo ante cualquier temor, asegurarse de que sepa que todo va a ir bien. Padres e hijos de todo el mundo se relacionan así. Estos rituales forman parte de nuestra experiencia como seres humanos.

Cuando comenzó la reagrupación familiar, escuchamos historias horribles que nos mostraron lo vergonzosas que fueron las acciones de esta Administración. *Los Angeles Times* informó sobre un niño de tres años al que se separó de su padre en la frontera. «Por la noche, Andriy se despierta a veces gritando en la litera que comparte con su madre y su hermanito.» Vimos un vídeo de Jefferson, de seis años, reuniéndose con su padre después de casi dos meses de separación. El cuerpo del niño estaba cubierto de un sarpullido; su cara estaba magullada; su mirada perdida. Su padre lloró mientras estrechaba al niño en un abrazo. Jefferson estaba rígido e inexpresivo.

También supimos, a través de *PBS NewsHour*, de un niño de catorce meses que fue devuelto a sus padres, después de ochenta y cinco días, cubierto de piojos y con aspecto de que nadie lo había bañado en todo ese tiempo. Es difícil imaginar algo más cruel que un maltrato infantil tan flagrante patrocinado por el Estado.

Una madre a la que separaron de sus hijos dijo que había estado en una celda con casi cincuenta madres más. Contó que los funcionarios de los centros de detención les dijeron que no se les permitía comer porque no dejaban de preguntar por sus hijos. Una mujer embarazada se desmayó por el hambre. Dijo que los niños separados no tenían zapatos ni mantas en el centro de detención y que había gente en las celdas que tenía que dormir de pie. Los niños fueron degradados, dijo, y se les insultaba llamándolos «animales» y «burros». Estos son seguramente solo algunos ejemplos, representativos de los miles de horrores de los que tal vez nunca oigamos hablar. Estos niños, arrancados de sus padres, sufrirán un trauma de por vida por culpa de las acciones de esta Administración. Este comportamiento no es solo inmoral, es inhumano. Y he presentado un proyecto de ley ante el Senado para que los agentes de inmigración lleven

cámaras, para que se puedan detectar las malas conductas, conseguir transparencia y que se asuman las responsabilidades en caso necesario.

Una sociedad se juzga por la forma en que trata a sus niños, y la historia nos juzgará con suma dureza por esto. La mayoría de los estadounidenses ya lo saben. La mayoría de los estadounidenses están horrorizados y avergonzados. Somos mejores que eso. Y debemos corregir los errores que esta Administración ha cometido en nuestro nombre.

TODO EL MUNDO, TODOS LOS CUERPOS

—¿Qué tal te estás adaptando? —le pregunté.

—Bastante bien —me respondió—. Pero aún no ha llegado el invierno.

Era 2008 y Maya venía de visita desde Nueva York, donde acababa de asumir el cargo de vicepresidenta del programa Democracia, Derechos y Justicia de la Fundación Ford. Habíamos vivido en diferentes ciudades antes, pero durante muchos años nuestras casas siempre habían estado separadas solamente por un corto trayecto en coche. Ahora ella vivía a más de 1.500 kilómetros de distancia. Yo también me estaba adaptando.

Estábamos en un restaurante, esperando a mi madre, que nos había pedido quedar con ella para comer. Las tres estábamos emocionadas por volver a estar en la misma ciudad, aunque fuera por poco tiempo. Habíamos recorrido un largo camino desde las llanuras de Berkeley, pero seguíamos siendo Shyamala y las chicas.

—¡La fundación está haciendo cosas increíbles! —dijo—. Y las que quedan por venir.

Maya dejó de hablar a mitad de frase. Estaba mirando por encima de mi hombro. Y me volví. Mi madre acababa de llegar. Mamá, la persona menos vanidosa que he conocido, parecía venir preparada para una sesión de fotos. Iba vestida de seda brillante, maquillada (cosa que nunca hacía), peinada de peluquería. Mi hermana y yo intercambiamos una mirada.

—¿Qué pasa? —le dije a Maya mientras nuestra madre se acercaba a la mesa.

Levantó una ceja y se encogió de hombros. Estaba tan sorprendida como yo.

Nos abrazamos y saludamos, y nuestra madre se sentó. Un camarero nos trajo una cesta de pan. Miramos la carta y pedimos la comida mientras manteníamos una conversación desenfadada.

Y entonces mi madre respiró profundamente y nos dio la mano a las dos desde el otro lado de la mesa.

—Me han diagnosticado un cáncer de colon —dijo.

Cáncer. Mi madre. No, por favor.

Sé que muchos de los que me leéis conocéis las emociones que sentí en ese momento. Incluso ahora, al recordarlo, siento ansiedad y temor. Fue uno de los peores días de mi vida.

Y la dura realidad de la vida es que todos pasaremos por una experiencia como esta tarde o temprano, ya sea para aceptar la enfermedad mortal de un ser querido o para vivir la nuestra. Como mi madre había entendido muy bien después de toda una vida observando células cancerosas bajo el microscopio, no importa quiénes seamos ni de dónde vengamos; todos los cuerpos son, en esencia, iguales. Funcionan de la misma manera... y se descomponen también de la misma manera. Nadie se libra. En algún momento, casi todos nos enfrentaremos a un diagnóstico que requiere una profunda interacción con el sistema sanitario.

Aceptar esto conlleva muchos sentimientos: dolor, preocupación, depresión, miedo. Y todo se agrava por el hecho de que el sistema sanitario de Estados Unidos no funciona. Estados Unidos gasta más en atención médica que cualquier otra economía avanzada, pero a cambio no obtenemos los mejores resultados, como cabría esperar. Aunque parezca increíble, en muchas partes del país la esperanza de vida se está reduciendo y, en lo que respecta a la mortalidad materna, Estados Unidos es uno de los 13 países en los que las tasas han empeorado en los últimos veinticinco años. Mientras tanto, las familias trabajadoras están abrumadas por las facturas médicas, que son una de las principales causas de quiebra personal ¹ en Estados Unidos.

Quiero dejar claro que siento un profundo respeto por las mujeres y los hombres que se dedican a la profesión médica. En muchos casos, su vocación

por la medicina nace de un profundo deseo de ayudar a los demás, desde ayudar a un bebé a venir al mundo hasta aumentar su esperanza de vida. Pero en la forma de abordar el cuidado de la salud en nuestro país hemos creado una extraña dicotomía: albergamos las instituciones médicas más sofisticadas del mundo y, a la vez, sufrimos una disfunción estructural que priva a millones de estadounidenses del acceso equitativo a la sanidad, un derecho humano básico.

A diferencia de muchas otras naciones ricas, Estados Unidos no dispone de sanidad universal para sus ciudadanos. Por el contrario, los estadounidenses necesitan algún tipo de seguro médico privado para cubrir sus costes sanitarios, a menos que sean ciudadanos de la tercera edad, tengan una discapacidad grave o unos ingresos muy bajos; en estos casos pueden acceder a Medicare o Medicaid. En términos generales, los empleadores ofrecen seguros privados, cuyas coberturas y costes varían, al igual que la parte de la prima del seguro que debe pagar el empleado. Esas primas se han incrementado durante años, y lo han hecho mucho más rápido que los salarios. Este sistema en el que el acceso a la sanidad depende de cuánto se gana ha creado unas desigualdades tremendas. En un estudio llevado a cabo en 2016 se constató una diferencia de diez años en la esperanza de vida en Estados Unidos entre las mujeres más ricas y las más pobres. Eso significa que ser pobre reduce la esperanza de vida más que una vida entera fumando.

La Ley de Atención Sanitaria Asequible (ACA), también conocida como Obamacare, ha contribuido en gran medida a que los seguros de salud sean más accesibles y asequibles, al ofrecer deducciones de impuestos a quienes no pueden cubrir sus primas y ampliar Medicaid para ofrecer cobertura a millones de personas. Sin embargo, después de su aprobación, los líderes republicanos la convirtieron en una intensa cuestión partidista y trabajaron para sabotearla, desmontarla y derribarla; de hecho, el líder del Senado declaró abiertamente que debería «arrancarse de raíz». Sus argumentos iban desde comparar la ACA con los impuestos coloniales del rey Jorge III hasta insinuar que el presidente podría llegar a decretar algún día que el Gobierno solo cubriría el nacimiento de un único bebé por familia en un hospital. Pero a pesar de sus gesticulaciones y

falsedades, el Partido Republicano no se molestó en idear una alternativa seria. Estaba jugando a hacer política con la vida de la gente, y sigue haciéndolo.

Ha habido más de un centenar de demandas contra la ACA desde su aprobación. Los gobernadores republicanos bloquearon la ampliación de Medicaid en 17 estados, con lo que dejaron a millones de personas en lugares como Florida, Texas, Misuri y Maine sin una cobertura asequible. En muchos estados, los legisladores republicanos han aprobado leyes que restringen la capacidad de los funcionarios de sanidad para ayudar a las personas a inscribirse en planes de seguro, a pesar de que hay una ley que proporciona financiación para ese fin de forma explícita.

En 2017, la primera orden ejecutiva de la nueva Administración dispuso que los organismos federales «ejercieran toda la autoridad y la discreción que tuvieran a su alcance para denegar, aplazar, conceder exenciones o retrasar la aplicación de cualquier disposición o requisito de la Ley [de Cuidado de Salud] que impusiera una carga fiscal». La Administración detuvo los pagos de participación en los costes de la ACA que habrían proporcionado un seguro médico más asequible para las familias y las personas de clase media e incluso canceló una campaña publicitaria para alertar a la gente sobre el periodo de inscripción abierto en 2017, y llegó a retirar los anuncios que ya estaban pagados. El resultado de estos esfuerzos ha sido una profunda incertidumbre e inestabilidad en los mercados de seguros, que han dado lugar a un aumento de las primas, lo que ha obligado a gente de todo el país a renunciar por completo a su seguro médico.

Y esto se sumó a los esfuerzos de los republicanos del Congreso para derogar por completo la ACA más de cincuenta veces. En julio de 2017, su intento de poner fin a la Obamacare fue frustrado por solo tres votos, pero seguramente volverán a intentarlo. La derogación de la ACA provocaría que decenas de millones de personas perdieran su seguro médico. Permitiría a las compañías de seguros restablecer los límites de por vida,² llevando a incontables estadounidenses a la ruina, y permitiría a las aseguradoras negar una vez más su cobertura basándose en enfermedades preexistentes, desde el asma hasta la

hipertensión, la diabetes y el cáncer. Todos recordamos perfectamente cómo era antes. Sabemos que no podemos dar ni un paso atrás.

A principios de 2011, justo después de ser elegida fiscal general de California, fui a mi dentista para una revisión. La higienista dental, Chrystal, y yo nos conocíamos de visitas anteriores, y hacía tiempo que no la veía. Chrystal me preguntó qué tal estaba. Le dije que había sido elegida fiscal general. Le pregunté cómo estaba. Me contó que estaba embarazada. Eran muy buenas noticias.

Trabajaba como higienista dental para diferentes dentistas, pero no se la consideraba empleada a tiempo completo de ninguno de ellos. Esto fue antes de que la ACA entrara en vigor, por lo que Chrystal tenía un seguro privado con solo una cobertura básica, lo suficiente para cubrir sus revisiones anuales. Cuando Chrystal se enteró de que estaba embarazada, fue a su compañía de seguros para solicitar la cobertura prenatal.

Pero se la denegaron. Le dijeron que tenía una enfermedad preexistente. Me preocupé.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —le pregunté—. ¿Cuál es esa enfermedad preexistente?

Y me dijo que la enfermedad era que estaba embarazada. Por eso la aseguradora la había rechazado. Cuando solicitó el seguro a otra compañía de salud, también se lo denegaron. ¿Por qué motivo? Enfermedad preexistente. ¿Cuál? Estar embarazada. No podía creer lo que estaba oyendo.

Se obligó a esta joven a llegar a su sexto mes de embarazo sin hacerse una sola ecografía. Afortunadamente, había una clínica gratuita en San Francisco donde recibió atención sanitaria prenatal. Gracias a Dios, Chrystal tuvo un bebé fuerte y precioso llamado Jaxxen y ambos están bien actualmente.

Pero pensemos en ello un momento. Este es el mundo al que podríamos volver si se abole la ACA: mujeres a las que se les niega la cobertura sanitaria por perpetuar la especie. Recordemos las palabras de Mark Twain: «¿Qué serían los hombres sin las mujeres? Escasos, caballero, muy escasos».

La ACA proporcionó un gran alivio, pero todavía hay realidades estructurales que hacen que la sanidad sea demasiado costosa para las familias trabajadoras.

Como sabe bien cualquiera que haya ido al médico, además de las primas, también hay que pagar franquicias y copagos para los medicamentos recetados y otros servicios sanitarios, lo que puede acabar costándote miles de dólares.

En comparación con las personas de otros países ricos, los estadounidenses se enfrentan a precios extraordinariamente altos en medicamentos de venta con receta. En 2016, por ejemplo, la misma dosis de Crestor, un medicamento que trata el colesterol alto, costaba un 62 % más en Estados Unidos que al otro lado de la frontera en Canadá. Esta disparidad se da en todos los medicamentos. El 58 % de los estadounidenses toman medicamentos de venta con receta; uno de cada cuatro toma cuatro o más; y entre los que actualmente toman medicamentos de venta con receta, uno de cada cuatro manifiesta que le resulta difícil costearse su medicación.

¿Por qué los estadounidenses pagan tanto por los medicamentos que necesitan? Porque, a diferencia de muchos otros países avanzados, el Gobierno de Estados Unidos no negocia los precios de los medicamentos con receta. Cuando un Gobierno compra medicamentos en grandes cantidades, puede negociar un mejor precio y repercutir este ahorro en los consumidores, como los que ofrecen las tiendas de comestibles al por mayor como Costco. El sistema sanitario actual de Estados Unidos no permite hacer ese tipo de tratos.

Medicare, que cubre a unos 55 millones de personas, podría tener un increíble poder de negociación para bajar de forma drástica los precios de los medicamentos con receta mediante la negociación. Pero los legisladores de ambos partidos, a instancias del *lobby* farmacéutico, han prohibido a Medicare hacerlo. Los planes de seguro médico individuales están autorizados a negociar, pero con su número relativamente pequeño de afiliados, tienen poco poder para influir en los precios.

La alternativa a negociar nosotros mismos precios más bajos es importar fármacos más baratos de países que sí lo hacen. Imaginemos, por ejemplo, que necesitas Crestor. ¿Y si pudieras comprarlo en Canadá con un importante descuento? Uno de mis primeros votos en el Congreso habría permitido justo eso al consentir a los estadounidenses comprar fármacos a nuestro vecino del norte.

La enmienda a favor de la cual voté obtuvo un importante apoyo de ambos partidos, pero el poderoso *lobby* farmacéutico ayudó a detenerla en seco.

Las compañías farmacéuticas han ejercido una gran influencia sobre el Congreso durante años, y su poder se está intensificando. Un informe de Ciudadanos por la Responsabilidad y la Ética en Washington (CREW) halló que hay 153 empresas y organizaciones que ejercían como grupos de presión al respecto del precio de los fármacos en 2017, un número que se ha cuadruplicado en los cinco años anteriores. En 2016, ante el temor que el Congreso pudiera hacer algo para controlar los precios de los medicamentos, PhRMA, la asociación comercial que representa a los mayores fabricantes de fármacos, aumentó sus cuotas de afiliación en un 50 % para poder recaudar 100 millones de dólares más con los que luchar. No debería sorprendernos que, en la última década, las compañías farmacéuticas hayan gastado cerca de 2.500 millones de dólares en presionar. Imaginemos la cantidad de ensayos para nuevos fármacos que podrían haberse financiado con ese dinero.

Estos esfuerzos también han contribuido a apuntalar un sistema mediante el cual las empresas farmacéuticas pueden eliminar la competencia de las marcas genéricas, con lo que se evita que versiones más asequibles de un medicamento lleguen al mercado durante años. Y mientras tanto, continúan subiendo los precios sin ningún reparo.

Tomemos el caso del laboratorio farmacéutico Mylan. Mylan subió el precio del EpiPen —un tratamiento que salva vidas del *shock* anafiláctico— casi un 500 % a lo largo de siete años. Entre octubre de 2013 y abril de 2014, la compañía aumentó en un 573 % el precio de la pravastatina, una estatina que ayuda a reducir el colesterol y a prevenir las enfermedades cardíacas. Durante ese mismo periodo, Mylan subió el precio del albuterol, un tratamiento común para el asma, de 11 a 434 dólares. No hace falta ser fiscal para ver que un aumento de precio del 4.000 % está mal.

Los medicamentos con receta no son un artículo de lujo. Más bien lo contrario. ¡No queremos necesitarlos! Nadie quiere ser alérgico a los cacahuetes ni sufrir una enfermedad cardíaca ni asma. Siempre recordaré el terror que sentí cuando Meena tuvo un ataque de asma infantil tan grave que Maya tuvo que

llamar a urgencias. Es cruel y no es ético que las empresas ganen fortunas explotando el hecho de que sus clientes no pueden, literalmente, vivir sin sus productos.

Al mismo tiempo que las empresas farmacéuticas aumentan de forma drástica sus precios, también reducen la inversión en la investigación y el desarrollo de nuevos tratamientos farmacológicos. En enero de 2018, por ejemplo, Pfizer anunció que ya no participaría en investigaciones neurocientíficas, lo que significaba el fin de su trabajo en la enfermedad de Alzheimer y la enfermedad de Parkinson, que en conjunto afectan a decenas de millones de personas en todo el mundo.

Demasiados compatriotas están siendo aplastados por el peso de los altos precios de los fármacos, y tienen que elegir entre tomar los medicamentos que necesitan y comprar otros productos esenciales, como alimentos. Y eso sin mencionar el peligro financiero al que se enfrentan si van a urgencias.

Durante seis meses, *Vox* investigó más de 1.400 facturas del servicio de urgencias y halló una serie de preocupantes casos de pacientes a quienes pilló por sorpresa encontrarse con unos honorarios escandalosos. En uno de esos casos, unos padres llevaron a su bebé a urgencias después de que se cayera y se golpeará la cabeza. No sangraba, pero los padres estaban preocupados, así que hicieron que una ambulancia lo llevara al hospital. Los médicos determinaron que el bebé estaba bien. Le dieron un biberón con leche de fórmula y fue dado de alta menos de cuatro horas después de haber llegado. Cuando recibieron la factura, los padres descubrieron que le debían al hospital casi 19.000 dólares. En otro caso, una mujer se rompió el tobillo y tuvieron que practicarle una operación quirúrgica de urgencia. A pesar de que tenía cobertura médica, su compañía de seguros decidió que el hospital había cobrado demasiado. En lugar de pagar los gastos médicos en su totalidad, le hicieron pagar 31.250 dólares a ella en concepto de honorarios. En otro caso, un paciente que sufrió un accidente de moto confirmó por teléfono, antes de entrar en el quirófano, que el hospital al que lo habían llevado estaba en la red de su compañía de seguros. Pero el cirujano que lo operó no estaba en dicha red. Como resultado, se esperaba que pagara 7.924 dólares.

¿Y si usted es uno de los más de 43 millones de estadounidenses que requieren atención de salud mental en algún momento del año? Incluso si tiene seguro, es extremadamente difícil encontrar profesionales de salud mental que lo acepten. Casi la mitad de los psiquiatras no trabajan con seguros. En general, los profesionales de la salud mental no tienen ningún incentivo para firmar un contrato para unirse a la red de una compañía de seguros, porque se les reembolsan porcentajes muy bajos. Como resultado, si necesita tratamiento de salud mental, es probable que tenga que ser fuera de la red. Y como la atención continua es increíblemente cara, la gente tiende a renunciar a ella por completo. La depresión está aumentando en Estados Unidos, sobre todo entre la gente joven. Pero, cada vez más, solo pueden acceder a la atención necesaria quienes pueden pagarla de sus bolsillos.

El problema con la atención sanitaria mental no es solo el coste. También hay escasez de profesionales cualificados. Según el Departamento de Salud, Estados Unidos necesitará contar con 10.000 profesionales de salud mental en 2025 solo para satisfacer la demanda prevista. Y si nos centramos en el problema a nivel regional, el reto es incluso mayor. Alabama solo tiene un profesional de la salud mental por cada 1.260 personas; Texas, solo uno por cada 1.070 personas; Virginia Occidental, uno por cada 950 personas. Un informe de la asociación Nueva Economía Estadounidense (NAE) reveló que aproximadamente el 60 % de los condados de Estados Unidos no tienen ni un psiquiatra. En los condados rurales, donde viven 27 millones de personas, solo hay 590 psiquiatras, es decir, uno por cada 45.762 personas.

Incluso en Maine, el estado con mejor acceso a la atención de salud mental, el 41,4 % de los adultos con enfermedades mentales no reciben tratamiento. Pensemos un momento en esto. Imagina cómo sería que en tu ciudad natal, cuatro de cada diez piernas rotas no se atendieran, cuatro de cada diez infecciones no se trataran y se ignoraran cuatro de cada diez infartos. Diríamos: «¡Eso es inaceptable!», y efectivamente lo es. Es del todo inaceptable que las enfermedades mentales no se atiendan, no se traten y se ignoren.

El tratamiento del cáncer de mi madre se convirtió en una especie de gris rutina. Durante el día, la llevaba al hospital para someterse a quimioterapia. Veíamos a muchas de las mismas personas cada vez, hombres y mujeres de todas las edades, conectados a una máquina que infundía en sus cuerpos los fármacos que esperaban que les salvaran la vida. Se instaló una extraña familiaridad, una anormal sensación de normalidad. Si hubiera tenido que hacerlo, la habría dejado y la hubiera recogido al terminar la quimio, pero prefería esperar y hacerle compañía, y ella también lo prefería.

Algunas veces la quimio le quitaba el apetito. Otras veces le daba hambre, y le llevaba unos cruasanes de mantequilla que le gustaban mucho de una panadería cercana. En más de una ocasión, tuvieron que ingresarla en el hospital por complicaciones, y recuerdo muchos días y muchas noches difíciles bajo aquellas luces fluorescentes. Cuando mi madre dormía, yo paseaba por los largos pasillos, mirando las habitaciones al pasar. A veces la gente levantaba la mirada. Otras no. Y, con demasiada frecuencia, estaban allí solos. Aquella experiencia me convenció de que nadie debería tener que enfrentarse a una estancia en el hospital sin ayuda, y que muchas personas lo tienen que hacer.

La situación de mi madre podía resultar abrumadora. La quimioterapia es demoledora; a menudo ella estaba demasiado agotada para hacer otra cosa que no fuera dormir. Y al mismo tiempo, había que encargarse de que tomara un montón de medicamentos, y afrontar posibles efectos secundarios, contraindicaciones y otras cosas. ¿Y si tenía una reacción adversa frente a un nuevo medicamento, como ocurrió más de una vez? Tuve que coordinar sus cuidados, asegurarme de que sus doctores hablaran entre ellos y garantizar que recibiera el tratamiento adecuado. Solía preguntarme cómo le habría ido a mi madre si no hubiéramos estado allí para hablar en su nombre.

Acabé convencida de que debíamos nombrar defensores de los pacientes con experiencia médica para que cualquiera que se enfrente a una enfermedad grave tenga a su lado un defensor fiable y capacitado. Después de todo, hemos decidido que cuando su libertad está en juego, la gente tiene derecho a un abogado. Lo hacemos porque sabemos que la mayoría de las personas no entienden el lenguaje del tribunal, e incluso si lo hacen, en situaciones de mucha

presión, es difícil juzgar las cosas de manera objetiva. Lo mismo sucede en un hospital. Las emociones están a flor de piel. Las personas se sitúan en un nuevo entorno en el que se habla un lenguaje especializado, con términos y frases complejas y poco familiares. Y puede que tengan que tomar decisiones mientras están asustados o con dolor o fuertemente medicados, o las tres cosas a la vez. Se espera que sean lo suficientemente fuertes para controlarse a sí mismos y a su entorno en un momento en que se sienten del todo vulnerables. Deberíamos tener defensores expertos que asuman esa carga para que los pacientes y sus familias puedan centrarse en la curación.

También deberíamos decir la verdad sobre las desigualdades raciales en nuestro sistema sanitario. En 1985, la entonces secretaria de Salud, Margaret Heckler, publicó un informe pionero del Grupo de Trabajo de la Secretaría sobre la Salud de los Negros y las Minorías (Informe Heckler). Como escribió en su momento, a pesar de los importantes avances en el panorama de la salud estadounidense en general, «había una continua desigualdad en la cantidad de muertes y enfermedades que experimentaban los negros y otras minorías estadounidenses en comparación con la población de nuestra nación en su conjunto». Según ella, esta disparidad fue «una afrenta tanto a nuestros ideales como a la genialidad de la medicina estadounidense».

Yo estaba en la universidad cuando ella encargó este estudio. ¿Qué ha ocurrido en las tres décadas que han transcurrido desde entonces? Las brechas se han reducido, pero son generalizadas, y las comunidades racializadas son las que pagan las consecuencias. Según el Informe Kelly de 2015 sobre las desigualdades en la salud en Estados Unidos, los estadounidenses de raza negra tienen tasas de mortalidad mucho más altas que cualquier otro grupo en ocho de las diez principales causas de muerte.

En las ciudades segregadas como Baltimore, hay una brecha de veinte años en la esperanza de vida entre los que viven en barrios pobres de negros estadounidenses y quienes viven en zonas más ricas y blancas. Olga Khazan escribe en *The Atlantic*: «Un bebé nacido en Cheswolde, en el extremo noroeste de Baltimore, tiene una esperanza de vida de ochenta y siete años. A 15 kilómetros de distancia, en Clifton-Berea, cerca de donde se filmó la serie *The*

Wire, la esperanza de vida es de sesenta y siete años, aproximadamente la misma que la de Ruanda, y doce años inferior a la media estadounidense».

Las desigualdades comienzan en el paritorio. Los bebés negros tienen el doble de probabilidades que los blancos de morir durante su primer año de vida, una disparidad asombrosa que es mayor que en 1850, cuando la esclavitud todavía era legal. De hecho, las tasas de mortalidad infantil de los bebés negros hoy en día son más altas que las de los bebés blancos en la época del Informe Heckler. En otras palabras, hoy en día, los bebés negros tienen menos probabilidades de sobrevivir durante su primer año de vida que los bebés blancos a principios de la década de 1980.

Las mujeres negras también tienen al menos tres veces más probabilidades de morir debido a complicaciones relacionadas con el embarazo que las mujeres blancas, un abismo terrible que trasciende el estatus socioeconómico. Un importante estudio llevado a cabo durante cinco años en Nueva York reveló que las mujeres negras con educación universitaria tienen más probabilidades de enfrentarse a graves complicaciones en el embarazo o el parto que las mujeres blancas que no pasaron de la escuela secundaria.

Hay varios factores que ponen en desventaja a los hombres, las mujeres y los niños negros. Cientos de años de discriminación institucionalizada en materia de vivienda, empleo y oportunidades educativas han hecho que los estadounidenses de raza negra tengan más probabilidades de carecer de acceso a atención sanitaria, de vivir en vecindarios pobres con opciones alimentarias saludables limitadas y de disponer de menos recursos de atención sanitaria en su comunidad.

Y debido a que los estadounidenses negros tienen más probabilidades que los blancos de nacer y crecer en vecindarios de bajos ingresos y con altos índices de criminalidad, es más probable que experimenten un fenómeno conocido como estrés tóxico, que es el resultado del trauma causado por episodios que van desde asistir a actos de violencia hasta ser víctimas de ellos. Esto no solo provoca angustia psicológica, sino también cambios físicos. Tomando prestadas las palabras de la doctora Nadine Burke Harris, experta en estrés tóxico y fundadora del Centro para el Bienestar de la Juventud en Bayview-Hunters Point, «las

experiencias adversas en la infancia nos atraviesan literalmente la piel y pueden llegar a modificar nuestra salud».

Un estudio demostró que los niños que pasan por al menos seis experiencias adversas durante la infancia podrían ver reducida su esperanza de vida en más de veinte años. El estrés fisiológico conduce a la hipertensión, lo que se traduce en mayores tasas de mortalidad infantil y materna, entre otras enfermedades. Los estudios han demostrado incluso que ciertos niveles de estrés acortan los telómeros, que son estructuras que mantienen unidos los cromosomas. A medida que envejecemos, los telómeros se acortan de forma natural hasta que las células empiezan a morir, lo que conduce a la enfermedad. En un estudio de la Universidad de Michigan se midió la longitud de los telómeros de cientos de mujeres y se comprobó que las mujeres negras tenían una edad biológica más de siete años superior a la de las mujeres blancas de su edad.

Pero las circunstancias ambientales por sí solas no explican las desigualdades en la atención sanitaria.

También se da la circunstancia de que los negros estadounidenses reciben una peor atención cuando van al médico. Los pacientes blancos tienen un 10 % más de probabilidades de que los sometan a pruebas de detección de colesterol alto que los estadounidenses negros, a pesar de que los índices de enfermedades cardíacas y accidentes cerebrovasculares son más altos entre estos últimos. Los pacientes negros también tienen menos probabilidades de recibir tratamiento para subsanar las arterias obstruidas. Las mujeres blancas son más propensas a que les hagan pruebas para detectar el cáncer de mama que las mujeres negras y las latinas. Y es más probable que los síntomas de las mujeres racializadas sean descartados por su médico, independientemente de su situación económica.

Cuando la estrella del tenis Serena Williams, una de las mejores deportistas de todos los tiempos, dio a luz a su bebé, tuvo complicaciones graves. Al día siguiente de una cesárea de urgencia, Williams empezó a tener problemas para respirar. Tenía antecedentes de embolias pulmonares, o coágulos de sangre, y, como ya los había sufrido, sospechaba que era eso lo que le sucedía. Contó a la revista *Vogue* que salió de su habitación del hospital para que su madre no se preocupara y le dijo a la enfermera que necesitaba un TAC y un anticoagulante

intravenoso de inmediato. Pero la enfermera se mostró escéptica. Pensó que Williams debía de estar confundida por los analgésicos. Williams insistió. En lugar de hacerle el TAC y administrarle la medicación intravenosa, el doctor llegó con un ecógrafo.

—Yo me quedé en plan, ¿una ecografía? —recordaba Williams—. Les he dicho que necesito un TAC y heparina intravenosa —insistió al equipo médico.

Cuando al final la mandaron a hacerse el TAC, descubrieron que tenía razón.

—Yo estaba en plan: ¡escucha a la doctora Williams! —le dijo a *Vogue*.

Tuvo otras complicaciones que requirieron cirugía y la dejaron postrada en cama durante seis semanas. Si alguien como Serena Williams pasó por una situación así, imagina lo que les pasa a otros pacientes que explican sus síntomas y nadie les hace caso.

¿Qué puede explicar estas desigualdades en el cuidado de nuestros conciudadanos? Un creciente conjunto de investigaciones sugiere que parte del problema es un prejuicio inconsciente e implícito, similar al que se da en los departamentos de policía. Todos absorbemos estereotipos y prejuicios sociales, la mayoría de las veces sin darnos cuenta. Pero si no los revisamos, corremos el riesgo de que nos hagan comportarnos de manera discriminatoria, lo que puede tener profundas consecuencias en ámbitos como la aplicación de la ley, la justicia penal, la educación y la salud.

Algunos miembros ilustres de la profesión médica están trabajando para abordar este problema. En la Universidad de California en San Francisco, todos los estudiantes de primer año de Medicina reciben una clase sobre las consecuencias discriminatorias de estos prejuicios. Antes de comenzar, se les hace una prueba de asociación de prejuicios implícitos que mide sus actitudes inconscientes, no solo sobre la raza, sino también sobre el género, el peso y la edad. Las investigaciones han revelado que el 75 % de los que hacen la prueba, sin importar su raza, muestran una preferencia inconsciente por los blancos.

¿Cómo cerramos la brecha? Para empezar, diciendo en voz alta la incómoda verdad de que esa brecha existe, y luego podemos dividir el problema en partes para abordarlas una por una. En primer lugar, necesitamos que todas las facultades de Medicina del país exijan a sus estudiantes formación sobre los

prejuicios implícitos. Cuando la gente es consciente de que estos existen, y de que todos los tenemos, esto les da la posibilidad de tenerlo en cuenta en sus acciones diarias y tomar mejores decisiones.

También necesitamos que las facultades de Medicina se centren de forma proactiva en atraer más diversidad a su ámbito. En 2013, solo alrededor del 9 % de los médicos de nuestro país no eran blancos, y solo el 4 % eran negros. Esta es la primera brecha que tenemos que cerrar si queremos cerrar las demás. No será fácil. Será un reto generacional, pero ha llegado el momento de empezar.

Sin embargo, lo más importante es que para mejorar las estadísticas sobre salud en general debemos transformar el sistema sanitario. Creo que la sanidad debería ser un derecho, pero con un sistema en el que la calidad de la atención que recibas dependerá de tu posición social, la realidad es que la sanidad sigue siendo un privilegio en este país. Y necesitamos que eso cambie. Y por eso necesitamos Medicare for All («Medicare para todos»).

Imagina que la cobertura sanitaria de Estados Unidos no se basara en cuánto puedes pagar, sino en tus necesidades de salud. El objetivo del sistema sería maximizar los buenos resultados de la atención sanitaria en lugar de los beneficios económicos. Eso, en sí mismo, sería revolucionario. Enfermar ya no conllevaría el riesgo de arruinarse económicamente. Los empleadores ya no tendrían que gastar tanto para proporcionar un seguro médico a sus empleados. Y el sistema, como tal, funcionaría de forma mucho más eficiente, como se ve cuando se comparan los altos costes administrativos de las compañías de seguros de salud privadas con los bajos costes de Medicare.

Pero aunque pudiéramos chasquear los dedos y hacer realidad Medicare for All, esto por sí solo no aliviaría todos los problemas del sistema.

Para empezar, necesitamos aumentar de forma radical la financiación de los Institutos Nacionales de Salud para intervenir y llenar el vacío en innovación que han dejado las empresas farmacéuticas. Recuerdo lo orgullosa que estaba mi madre de trabajar con los Institutos Nacionales de Salud como revisora especializada y colaboradora con otros expertos en su campo. Hablaba de su tiempo allí con tal reverencia que, cuando era niña, creía que Bethesda, Maryland, donde se encuentra el organismo, era un lugar lleno de castillos y

torres. Puede que me equivocara en cuanto a la arquitectura, pero no en cuanto a lo bella que es la colaboración científica, ni en la certeza de que los Institutos Nacionales de Salud son un tesoro nacional. Si queremos que nuestros hijos tengan cura para las enfermedades más terribles de la humanidad, deberíamos invertir en nuestros investigadores médicos nacionales, en lugar de confiar en empresas que prefieren canalizar el dinero a sus accionistas.

También necesitamos proteger a los pacientes y a los contribuyentes del fraude. Y eso significa poner a los que actúan mal bajo el microscopio. Analicemos las empresas de diálisis con afán de lucro, que ofrecen uno de los ejemplos más graves de malas prácticas.

La diálisis es un proceso mediante el cual una máquina limpia la sangre de los pacientes con insuficiencia renal. Las enfermedades renales siguen siendo la novena causa de muerte en Estados Unidos, pero para una persona con insuficiencia renal, la diálisis es un tratamiento que le salva la vida y un importante puente entre la pérdida de la función renal y la obtención de un trasplante de riñón (que es una alternativa más barata con un pronóstico mucho mejor). En todo el país, casi 500.000 pacientes están en diálisis, y tienen que ir tres veces por semana para que su sangre circule fuera de su cuerpo a través de un proceso de varias horas que imita la función de un riñón sano.

¿Quiénes son estos pacientes? De una forma desproporcionada, provienen de comunidades con bajos ingresos. Las personas que viven en determinadas zonas tienen muchas más probabilidades de terminar con una insuficiencia renal, que es la consecuencia más habitual de la diabetes y la hipertensión. Los estadounidenses negros desarrollan insuficiencia renal a un ritmo 3,5 veces mayor que los estadounidenses blancos, y constituyen casi un tercio de todos los pacientes estadounidenses que reciben diálisis.

Las dos mayores empresas de diálisis, DaVita Inc. y Fresenius Medical Care, se han encontrado en apuros legales. En 2016, Fresenius acordó pagar 250 millones de dólares para resolver miles de demandas. Según *The New York Times*: «El propio departamento médico de Fresenius envió un memorándum interno a los médicos de los centros de diálisis de la empresa advirtiéndoles de que el uso inadecuado de uno de los productos de la empresa parecía estar causando

un fuerte aumento de las muertes súbitas por paro cardíaco». Sin embargo, la empresa decidió no advertir a los médicos de las clínicas que no eran de Fresenius pero que también estaban usando el producto hasta que el memorándum se filtró a la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA).

En 2014, la empresa DaVita acordó pagar 350 millones de dólares para no ir a juicio tras ser acusada de sobornos ilegales relacionados con una trama en la que supuestamente había vendido participaciones en sus clínicas a médicos y grupos de médicos a cambio de que estos derivaran pacientes a sus centros. En 2015, la empresa acordó pagar 495 millones de dólares para resolver una denuncia en la que se la acusaba de hinchar facturas de forma fraudulenta a Medicare. DaVita fue demandada en 2017 por mantener sus clínicas con tan poco personal y por exigir una atención a tal ritmo y rotación que las vidas de los pacientes estaban en peligro. Es hora de aplicar medidas enérgicas contra este tipo de comportamientos.

Por último, tendremos que revisar la política de sanidad pública para que proporcione una mejor atención de salud mental a todos los estadounidenses. Ese esfuerzo tendrá que comenzar asegurando en primer lugar que se contratan más profesionales de la salud mental con Medicare. Solo hay una forma de resolver este problema: necesitamos aumentar las tasas de reembolso de Medicare. Como el mayor pagador individual de servicios de salud, el Gobierno federal debe liderar el camino para garantizar que paguemos lo que se merecen a todos los profesionales de la salud mental.

También tenemos que animar a una nueva generación de estadounidenses a entrar en el campo de la salud mental. ¿Por qué no creamos un modelo similar a Teach for America³ o al Cuerpo de Paz,⁴ un sistema que permita hacer prácticas y tenga como misión principal conseguir que las personas sirvan a su país a través de la formación en salud mental?

También debemos eliminar las leyes que arrebatan los fondos a los servicios de salud mental. Hay una antigua ley conocida como la exclusión de Instituciones para Enfermedades Mentales (IMD), por ejemplo, que prohíbe a Medicaid pagar el tratamiento en centros de salud mental con más de 16 camas.

Esta regla ha vaciado los hospitales de salud mental y ha obligado a la mayoría de las personas con problemas psiquiátricos graves a tener que valerse por sí mismas.

En última instancia, creo que debemos proporcionar atención de salud mental a demanda. Y cuando digo «a demanda», quiero decir que quienquiera que sea y dondequiera que esté, tenga un tratamiento de salud mental disponible si lo necesita. Además de requerir un número mucho mayor de profesionales, para alcanzar este objetivo será necesario invertir y ampliar la telemedicina para que los pacientes puedan acceder a la atención de salud mental, con independencia del lugar en el que vivan. Esto es especialmente importante para las personas de las zonas rurales, donde casi 100 hospitales han cerrado en los últimos años. Hasta ahora, los estudios han demostrado que la telemedicina es, en general, tan eficaz como el tratamiento en persona. Pero seguramente puede mejorarse con una mayor investigación y desarrollo.

Durante los días previos a mi toma de posesión como senadora, leí en un periódico el perfil de Chillicothe, una pequeña ciudad del condado de Ross en el sudeste de Ohio. Está situada en las estribaciones de los Apalaches, con extensos campos de soja y maíz y un horizonte marcado por las chimeneas de un molino de papel que ha funcionado sin pausa durante más de cien años. Kenworth tiene su mayor planta de fabricación de camiones en Chillicothe y paga salarios de clase media. El hospital local es uno de los mayores empleadores del condado. Pero la gran historia y el orgullo que una vez definió a esta clásica ciudad estadounidense se han visto reemplazados por una sensación de desesperación.

Setenta y siete mil personas consideran el condado de Ross su hogar. Solo en 2015, los médicos del condado recetaron 1,6 millones de pastillas de opiáceos. Ese mismo año, 38 personas murieron por sobredosis accidental. Al año siguiente, otras 40 perdieron la vida. «En estas comunidades ya es más fácil conseguir heroína que *pizza*», declaró Teri Minney, jefa del Proyecto de Alianza contra la Heroína del condado de Ross, al *Washington Post*. «La suministran.» Según el *Post*, los drogadictos en Ross se inyectan a menudo en lugares

públicos, con la esperanza de que, en caso de sobredosis, los servicios de urgencias o los agentes de policía los reanimen. «En un solo día de septiembre, la policía y los equipos de urgencias respondieron a 13 llamadas por sobredosis, entre ellos hubo una víctima mortal: un hombre que murió en un apartamento de la calle principal. Al mismo tiempo, una mujer murió de sobredosis en su coche cuando estaba en una gasolinera de Valero con su hija de dos años en el asiento trasero.» Como ha sucedido en otras zonas con un alto consumo de opiáceos, la tasa de delitos violentos ha aumentado, así como los robos. También el número de recién nacidos adictos a los opiáceos y el número de niños que necesitan casas de acogida. Según los funcionarios locales, 200 niños fueron puestos a cargo del estado en 2016, el 75 % de los cuales tenían padres con adicciones a los opiáceos. Este aumento ha requerido que el condado casi duplique su presupuesto de servicios para la infancia, que ahora constituye más del 10 % del presupuesto total del condado. Lo que antes era uno de los lugares más felices de Ohio está ahora empañado por una niebla de desesperanza.

Hay historias similares que se repiten en todos los estados de Estados Unidos. El número de víctimas ha sacudido a la nación en lo más profundo. Se han destruido comunidades enteras. Y la epidemia de opiáceos no hace distinciones. Ha afectado a personas de todos los grupos demográficos e infectado tanto a zonas rurales como suburbanas y urbanas. Para muchas personas, lo que comenzó como un deseo legítimo de calmar su dolor se ha convertido en una adicción sobrecogedora. Ahora el dolor que sienten no es el de la lesión de espalda o el posoperatorio originales; es el dolor que implica dejar una adicción. «Es como tener la gripe y estar tirado en la calle mientras la gente te atropella mientras vomitas», describió un adicto de Chillicothe a *The Washington Post*.

La epidemia de los opiáceos ha matado a más de 350.000 estadounidenses en las últimas dos décadas. Pero la crisis sanitaria nacional a la que nos enfrentamos hoy en día es, en sí misma, el resultado de un fracaso a la hora de intervenir en la salud pública, desde el momento en que se aprobó la venta de OxyContin. Es una historia diferente a la que vivimos durante la epidemia de *crack*: ahora, en lugar de personas que trafican con drogas en las esquinas, tenemos a personas

con traje, corbata y batas blancas que se dedican a ello mientras las farmacéuticas encubren los peligros.

Comenzó en 1995, cuando la FDA aprobó el OxyContin y permitió a su fabricante, Purdue Pharma, afirmar que, a diferencia de los opiáceos anteriores (Percocet y Vicodin), se «creía que OxyContin reducía» el atractivo para los drogadictos, porque tardaba más en actuar. Purdue Pharma se aprovechó de esta afirmación y, en 1996, inició la mayor campaña de comercialización de la historia farmacéutica, basada en la idea de que el OxyContin no era adictivo. Los ejecutivos de la empresa testificaron en el Congreso a tal efecto y orquestaron todo un programa para convencer a médicos y pacientes de que el dolor debía tratarse con más agresividad que en el pasado, y que se podía hacer con poco temor a la adicción, siempre y cuando la medicación para ese dolor fuera OxyContin. Todo esto a pesar de que los responsables de la empresa habían recibido informes que decían que se estaban triturando y esnifando pastillas y que había médicos acusados de vender recetas a los pacientes.

Según una línea temporal elaborada por la revista *Mother Jones*, en 2002 los médicos de Estados Unidos recetaban 23 veces más OxyContin que en 1996. En 2004, la Federación de Juntas Médicas Estatales recomendó, de hecho, aplicar sanciones a los médicos que no trataban el dolor.

La venta ilegal de pastillas se expandió por todo el país, donde los médicos vendían recetas y pastillas a cambio de efectivo. Entre 2007 y 2012, tres grandes distribuidores de fármacos (McKesson, Cardinal Health y AmerisourceBergen) ganaron 17.000 millones de dólares saturando Virginia Occidental con opiáceos. En 2009, Estados Unidos consumía más del 90 % de la hidrocodona del mundo y más del 80 % de la oxicodona. Para 2012, dieciséis años después de que el OxyContin llegara al mercado, los profesionales sanitarios habían firmado 259 millones de recetas de opiáceos. Para entender la magnitud de esta cifra, pensemos que hay unos 126 millones de hogares en Estados Unidos.

A finales de la década de 1990, el consumo de heroína en Estados Unidos había disminuido de manera bastante espectacular desde su punto máximo de los años sesenta y setenta. Sin embargo, a medida que las adicciones a los opiáceos se disparaban a principios de la década de 2000, los traficantes de heroína

encontraron una base de consumidores muy dispuestos a comprar su producto, que era considerablemente más barato y fácil de obtener que los medicamentos de venta con receta. Según los Institutos Nacionales de Salud, aproximadamente el 80 % de los estadounidenses que acaban siendo adictos a la heroína empiezan con una receta de opiáceos.

El peligro se agravó en 2013, cuando el fentanilo, un opiáceo sintético muy letal con una potencia 50 veces mayor que la de la heroína, se abrió paso desde China hasta las redes de distribución de heroína de Estados Unidos. Los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC) estiman que hubo 72.000 muertes por sobredosis en Estados Unidos solo en 2017. Eso es casi el doble de las que hubo diez años antes. Y en 2018, los CDC publicaron un informe en el que se descubrió que las muertes por opiáceos seguían aumentando en casi todos los segmentos del país.

Cuando era fiscal general, la lucha contra los opiáceos fue una de mis mayores prioridades. En 2011, eliminamos una organización transnacional de tráfico de medicamentos a gran escala, al tiempo que hicimos propuestas de ley para dificultar la impresión de blocs de recetas falsos. Perseguimos los laboratorios ilegales de pastillas y cerramos algunos denominados «centros de recuperación» que recetaban cantidades demasiado elevadas, lo que provocaba la muerte de los pacientes. Cuando negaron la financiación para el programa de control de fármacos que había creado mi departamento, luchamos con uñas y dientes hasta que recuperé el presupuesto. Este sistema permitía a los médicos y farmacéuticos acceder rápidamente al historial de recetas de los pacientes para asegurarse de que estos no pedían los mismos analgésicos a diferentes médicos a la vez. Perseguimos a criminales que vendían opiáceos en Craigslist⁵ y presentamos una demanda contra una compañía farmacéutica por inflar los precios del tratamiento de la adicción a los opiáceos.

¿Cómo respondió el Gobierno federal? No de la manera que uno esperaría. Según una investigación conjunta de *60 Minutes* y *The Washington Post* en 2017: «[El Congreso] despojó efectivamente a la DEA (Agencia Antidrogas de Estados Unidos) de su arma más potente contra las grandes compañías farmacéuticas sospechosas de inundar con narcóticos de venta con receta las

calles de la nación. [...] La ley fue la culminación de una campaña en varios frentes por parte de la industria farmacéutica para debilitar los agresivos esfuerzos de la DEA para aplicar la ley contra las empresas de distribución de fármacos que abastecían a médicos y farmacéuticos corruptos que vendían narcóticos en el mercado negro». En 2017, la Administración declaró la crisis de los opiáceos como una emergencia de salud pública, pero el fondo que usaron para tratarla solo tenía —y no es broma— 57.000 dólares. Eso supone menos de un dólar por cada persona que murió de sobredosis ese año. No tiene sentido. Y si los republicanos hubieran logrado revocar la ACA, habrían quitado la cobertura del tratamiento de la adicción a 3 millones de estadounidenses.

Esta es una crisis que merece una gran movilización federal. Necesitamos declarar un estado de emergencia nacional, lo que proporcionaría más fondos, de inmediato, para ayudar a combatir esta enfermedad en lugares como Chillicothe, Ohio, más recursos para pagar el tratamiento de la adicción, servicios hospitalarios y formación, entre otros.

Tenemos que abordar este desafío en cada una de sus manifestaciones, comenzando por proporcionar programas de apoyo para aquellos que los expertos dicen que están en fase de «prevaloración», es decir, personas que aún no están listas para someterse a un tratamiento de desintoxicación.

Debemos asegurarnos de que las personas adictas tengan acceso a tratamientos asistidos por medicamentos (TAM), como la buprenorfina, que previene los síntomas de la abstinencia y la necesidad imperiosa de consumir sin producir el subidón que causa la heroína o el OxyContin. Muchas compañías de seguros cubren el coste de los opiáceos pero cobran más de 200 dólares al mes por la buprenorfina. Eso tiene que cambiar. Tenemos que cambiarlo.

Al mismo tiempo, necesitamos crear una norma federal para el tratamiento de los trastornos por consumo de sustancias. Ahora mismo, en muchos estados del país, es posible abrir un centro de tratamiento de adicciones sin estar capacitado para ello. No hay requisitos que exijan una formación adecuada ni un tratamiento basado en pruebas. Como resultado, demasiados estadounidenses que han reunido el valor y la fuerza para ir a rehabilitación acaban descubriendo

que, a pesar de todos los gastos, no están recibiendo la atención adecuada y el tratamiento no funciona.

También tenemos que restablecer la autoridad de la DEA para ir tras los principales fabricantes y distribuidores de productos farmacéuticos por su papel en la creación y el mantenimiento de esta crisis. Y necesitamos invertir recursos en los esfuerzos para hacer cumplir la ley con el fin de cortar el suministro de fentanilo procedente de China.

Por último, debemos comprender que, en el fondo, se trata de una cuestión de salud pública, no de una cuestión de justicia penal. No podemos seguir repitiendo los errores de la fallida guerra contra las drogas que llevó a tanta gente adicta al *crack* a la cárcel. Es un comportamiento humano normal querer dejar de sentir dolor, ya sea físico o emocional, y la gente buscará maneras de hacerlo. A veces eso significa buscar ayuda, otras, engancharse a la heroína. Nuestro trabajo no es castigar a nuestros amigos, familiares y vecinos metiéndolos en la cárcel. Lo que debemos hacer es llevarlos a un camino sostenible para controlar mejor su dolor.

A medida que la enfermedad de mi madre empeoró, necesitaba más cuidados de los que podíamos proporcionarle. Queríamos contratar a un asistente médico a domicilio para ayudarla a ella... y a mí. Pero mi madre no quería ayuda.

—Estoy bien. No necesito a nadie —decía, aunque apenas podía salir de la cama.

Habría tenido que pelearme con ella, pero yo no quería hacerlo. El cáncer, la enfermedad a cuya derrota había dedicado su vida, estaba ahora causando estragos en ella. Su cuerpo se estaba rindiendo. La medicación le estaba dificultando su funcionalidad y no la dejaba ser ella misma. No quería ser yo la que le quitara su dignidad.

Así que nos las arreglamos como pudimos. Le hacía platos complicados, llenando la casa con los olores de mi infancia, lo que nos recordó a ambas tiempos más felices. Cuando no estaba en la oficina, estaba casi siempre con ella, contándole historias, cogidas de la mano, ayudándola a superar el dolor de

la quimioterapia. Le compré sombreros cuando se le cayó el pelo, y ropa cómoda para que estuviera lo mejor posible.

Aprendí que el declive no es suave y constante. El proceso no es gradual. Mi madre llegaba a una especie de meseta y se quedaba allí durante semanas o meses; luego, aparentemente durante la noche, decaía. Durante un periodo especialmente duro, la convencí de que pasara dos semanas en el Hogar Judío para Ancianos, un lugar conocido por proporcionar algunos de los mejores y más solícitos cuidados, donde podría recibir la atención completa que necesitaba. La preparamos y la llevamos a ese hogar. El personal fue increíblemente amable con nuestra familia. Le enseñaron las instalaciones a mi madre, le mostraron su habitación, le presentaron a los médicos y las enfermeras y le explicaron la rutina de sus cuidados.

En un momento dado, una de las médicas me llevó aparte.

—¿Cómo está mi fiscal? —preguntó.

La pregunta me pilló en fuera de juego. Estaba tan concentrada en el bienestar de mi madre que no había dejado espacio para nada más, pero la pregunta hizo añicos la fuerza que había reunido y no había querido traicionar. Me empezó a faltar el aire. Estaba asustada. Estaba triste. Y sobre todo, no estaba preparada.

Me preguntó si había oído hablar del «duelo anticipado». Nunca había oído hablar de ello, pero el término tenía mucho sentido. Una gran parte de mí estaba instalada en la negación. No podía permitirme creer que iba a tener que despedirme. Pero, en el fondo, era consciente de esa posibilidad. Y ya había empezado a llorar la pérdida de mi madre. Sentí que comprender lo que me estaba pasando era una forma de validar esa sensación. He aprendido que poner nombre a las cosas puede ayudarte a afrontarlas. No hace que dejes de sentir lo que sientes, pero, si puedes ponerle nombre, puedes hacer algo al respecto. Y eso es lo que me pasó en ese momento.

Cuando terminamos la visita, abrí la cremallera de la maleta de mi madre para ayudarla a instalarse. Pero ella tenía otros planes. Estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama, a un metro y medio de distancia, cuando dijo con firmeza:

—Muy bien. Muy bonito el sitio. Vámonos.

—Mamá, vas a estar aquí dos semanas, ¿recuerdas?

—No, para nada. Qué va. Yo no me quedo aquí dos semanas. —Se volvió hacia el equipo médico que todavía estaba en la habitación—. Ha sido estupendo. Gracias. Nos vamos.

Y eso hicimos.

No mucho tiempo después tuvo que ingresar en el hospital. Fue entonces cuando empecé a ver otro cambio. Desde que puedo recordar, a mi madre le encantaba ver las noticias y leer el periódico. Cuando Maya y yo éramos pequeñas, insistía en que nos sentáramos frente a Walter Cronkite cada noche antes de cenar. Le encantaba asimilar todo lo que pasaba en el mundo. Pero, de repente, ya no tenía ningún interés. Su poderoso cerebro había decidido que ya había tenido suficiente. Aunque sí reservaba un espacio para nosotras.

Recuerdo que acababa de empezar la carrera hacia la fiscalía y me preguntó qué tal iba.

—Mamá, esos tipos dicen que me van a dar una paliza.

Mi madre estaba acostada de lado. Se dio la vuelta, me miró y me mostró la mayor de sus sonrisas. Sabía muy bien a quién había criado. Sabía que su espíritu de lucha estaba bien vivo dentro de mí.

Cuando llegó el momento de los cuidados paliativos, la llevamos a casa y, finalmente, dejó que una enfermera especializada nos acompañara. Maya y yo todavía no creíamos que pudiera morir, hasta el punto de que cuando dijo que quería ir a la India, reservamos los billetes de avión y empezamos a planificar el viaje. Pensamos en cómo subirla a un avión e hicimos todos los preparativos para que una enfermera nos acompañara. Todas nos dejábamos llevar por una falsa ilusión, especialmente yo. No podía soportar decirle a mi madre que no, no porque ella no pudiera encajarlo, sino porque no podía yo. Ya fuera llevar a una enfermera a casa o quedarse en una residencia o ir a la India, yo no quería aceptar lo que implicaba decirle que no. No quería aceptar que se le estaba acabando el tiempo.

Una noche, Maya, Tony, Meena y yo estábamos en casa de mi madre cuando la tía Mary y la tía Lenore, que habían volado a la ciudad, vinieron de visita. Decidí cocinar de nuevo. Nunca olvidaré esa noche; estaba haciendo la receta de estofado de carne de Alice Waters. Había dorado los tacos de carne y se estaban

cocinando en vino tinto y, de repente, mi cerebro comprendió lo que estaba pasando a mi alrededor. Empecé a hiperventilar: inspiraciones y espiraciones cortas. Sentía que me iba a desmayar. De repente, la falsa ilusión desapareció. Tuve que afrontar la realidad. Iba a perder a mi madre y no podía hacer nada para evitarlo.

Habíamos llamado a nuestro tío en la India para contarle lo que pasaba porque ella estaba demasiado enferma para hacerlo. Tomó un avión desde Delhi para verla. Ahora me doy cuenta de que ella estaba esperando su llegada, esperó para despedirse. Falleció a la mañana siguiente.

Una de las últimas preguntas que le hizo a la enfermera de cuidados paliativos, su última preocupación, fue:

—¿Mis hijas van a estar bien?

Estaba concentrada en ser nuestra madre hasta el final.

Y aunque la echo de menos todos los días, va conmigo a todas partes. Pienso en ella todo el tiempo. A veces miro al cielo y le hablo. La quiero muchísimo. Y no hay título ni honor en la tierra que aprecie más que decir que soy la hija de Shyamala Gopalan Harris. Esa es la verdad que más aprecio de todas.

EL COSTE DE LA VIDA

Para prepararme para escribir este libro, he pasado mucho tiempo revisando álbumes de fotos, recordando con Maya y desembalando cajas viejas con cosas que había guardado mi madre. Ha sido una bendición. He tenido la oportunidad de recuperar bonitos recuerdos que no siempre tienes presentes.

De pequeñas, nuestra madre siempre cocinaba chiles rellenos en Navidad. Cuando falleció, hice todo lo posible por encontrar la receta. Busqué en todas partes, incluso en internet, pero ninguna coincidía con la versión de mi madre. Me sentí derrotada, como si hubiera perdido algo más que el sabor de sus platos. Y entonces, mientras rebuscaba en mis libros de cocina, encontré una libreta y, al abrirla, la receta cayó al suelo. Al leer la letra de mi madre me sentí transportada, como si ella estuviera allí conmigo y siguiera respondiendo a mis necesidades.

También encontré un par de agarradores para ollas que Maya y yo habíamos hecho en aros para tejer. Cualquier lector que haya crecido en la década de 1970 probablemente sabrá a qué me refiero.¹ Nuestra madre se aseguró de que nunca tuviéramos las manos ociosas, sobre todo cuanto estábamos frente al televisor. Así es como perfeccioné mi ganchillo.

A nuestra madre le encantaba gesticular con las manos al hablar y, de hecho, nunca paraba quieta con ellas, las usaba para cocinar, limpiar y consolar. Siempre estaba muy ocupada. El trabajo en sí mismo era algo que valoraba especialmente; y se aseguró de que nosotras, sus hijas, interiorizáramos ese mensaje y la importancia de trabajar con una finalidad.

También nos mostró, de muchas maneras, cuánto valoraba todos los trabajos, no solo el suyo. Cuando pasaba algo bueno en el laboratorio, mi madre venía a casa con flores para nuestra niñera.

—No habría podido hacer lo que hice si tú no hubieras hecho lo que haces —decía—. Gracias por todo.

Veía la dignidad del trabajo que la sociedad necesita para funcionar. Ella creía que todo el mundo merece un respeto por su trabajo, y que el esfuerzo debe recompensarse y reconocerse.

Es el mismo discurso que yo oía en el Rainbow Sign, donde los oradores hablaban de la campaña del doctor King en favor de los pobres, de su creencia de que «todo trabajo es digno» y de su esfuerzo para que así fuera.

Como parte de esa campaña, el doctor King había ido a Memphis en 1968 para unirse a los trabajadores de la recogida de basuras en su lucha para conseguir un trato digno. Cada día, aquellos trabajadores se subían en los camiones que hacían desaparecer la basura de la ciudad. La ciudad no les proporcionaba uniformes, sino que los empleados tenían que estropear su propia ropa en el trabajo. Trabajaban muchas horas sin agua para beber ni un lugar donde lavarse las manos. «La mayoría de los contenedores tenían agujeros —explicaba un empleado de la recogida de basuras—. La basura te chorreaba encima.» Describía que, al llegar a casa por la noche, los trabajadores se quitaban los zapatos y la ropa en la puerta y de ellos caían gusanos.

Por este trabajo tan duro como indispensable, recibían poco más que el salario mínimo. No les pagaban las horas extra. No tenían bajas por enfermedad. Si tenían un accidente laboral y necesitaban tiempo para recuperarse, cosa que sucedía a menudo, era probable que los despidieran. Y si el mal tiempo hacía imposible la recogida de basura, los mandaban de vuelta a casa sin cobrar. Muchos necesitaban la ayuda del Gobierno para poder alimentar a sus familias.

Cuando la ciudad se negó a indemnizar a las familias de dos trabajadores que murieron aplastados por su compactador de basura, aquello fue la gota que colmó el vaso. Con gran valentía, 1.300 empleados de la recogida de basuras se declararon en huelga para exigir condiciones de trabajo más seguras, mejores salarios y prestaciones, y el reconocimiento de su sindicato. Fueron a la huelga

por sus familias, por sus hijos y por sí mismos. Era, por encima de todo, una batalla por su dignidad. Las pancartas de los manifestantes solo tenían una frase: «Soy un ser humano».

Cuando King llegó al templo del obispo Charles Mason, en Memphis, el 18 de marzo de 1968, una multitud de 25.000 personas se había congregado para escucharlo. «A menudo pasamos por alto el trabajo y la importancia de quienes tienen empleos no cualificados, quienes se considera que no tienen grandes trabajos. Pero permítanme decirles esta noche que siempre que lleven a cabo un trabajo que sirva a la humanidad y sirva para su construcción, su trabajo tiene dignidad y tiene valor.

»Estamos cansados. Estamos cansados de que nuestros hijos tengan que asistir a escuelas masificadas, inferiores y de menor calidad. Estamos cansados de tener que vivir en condiciones precarias y ruinosas. Estamos cansados de patear las calles en busca de trabajos que no existen, de trabajar con nuestras manos y todos los días para no conseguir siquiera un salario adecuado para cubrir las necesidades básicas de la vida.

Dieciséis días después, King regresó a Memphis para encabezar la manifestación de los huelguistas, y habló de nuevo en el templo del obispo Charles Mason, donde declaró: «He estado en la cima de la montaña». ² Al día siguiente, el 4 de abril de 1968, fue asesinado. Dos meses después, el 5 de junio, Robert F. Kennedy también fue asesinado. Las voces más preclaras del país y los líderes más fuertes en la lucha por la justicia económica habían sido, súbita e irrevocablemente, silenciadas.

De eso hace medio siglo. En algunas cosas, hemos llegado muy lejos desde entonces. Y en otras, apenas hemos avanzado. Suelo recordar a la gente que, si lo ajustamos a la inflación, el salario mínimo federal actual es, en realidad, más bajo que cuando el doctor King habló de los «salarios de miseria» en 1968. ¿Qué nos dice eso al respecto de cómo valora nuestro país la santidad y dignidad del trabajo?

Los estadounidenses somos muy trabajadores. Estamos muy orgullosos de nuestra ética de trabajo. Y durante generaciones, la mayoría de nosotros hemos sido educados en la creencia de que hay pocas cosas más honrosas que

dedicarnos a trabajar duro todo el día para mantener a nuestra familia. Hemos crecido confiando en que si trabajábamos duro y lo hacíamos bien, nuestro esfuerzo sería recompensado. Pero la verdad es que, para la mayoría de los estadounidenses, hace mucho tiempo que esto no es así.

Cada vez que surge una iniciativa para presionar al Congreso para hacer las cosas bien, los activistas y los líderes electos imploran al pueblo estadounidense que llame y escriba a sus representantes.³ Actualmente, las líneas telefónicas están saturadas de estadounidenses haciendo algo extraordinario: ejercer la democracia. Y ha habido casos en que al hacerlo han influido en los resultados. Creo que el intento de revocar la ACA en 2017 fracasó porque los republicanos del Congreso tomaron una cuestión no partidista —el acceso a una atención médica asequible— y la convirtieron en una cuestión partidista, y los ciudadanos simplemente no lo aceptaron. Esto activó y animó al pueblo a defenderse, y a causa de la presión ejercida sobre senadores clave, se impuso la voluntad de la ciudadanía. Eso significa que millones de personas siguen teniendo cobertura médica porque los estadounidenses descolgaron el teléfono y escribieron cartas.

A mí, la lectura de estas cartas no solo me ayuda a entender la postura de la gente en cuestiones políticas importantes, sino también a entender cómo son sus vidas, tanto sus alegrías como sus miedos. Para la gente que me escribe, hacerlo suele ser su último recurso. Están luchando para solucionar problemas reales, pero nada de lo que han intentado ha funcionado. Y entonces se dirigen a mí y comparten conmigo las cosas que han cambiado sus vidas.

Estimada senadora Harris:

Mi marido y yo trabajamos a tiempo completo, pero seguimos luchando todos los días para llegar a fin de mes. Tengo cobertura [sanitaria] completa para mi hijo de dos años, por lo que doy gracias a Dios todos los días, pero no entiendo por qué mi marido y yo no podemos tener cobertura completa.

[...] No tenemos acceso a ayudas para la guardería porque «ganamos demasiado dinero», pero, sin embargo, no podemos ni siquiera pagar 50 dólares al mes por la guardería, por lo que dependemos de la familia, [pero] ellos tienen sus propios problemas, así que ha habido muchas ocasiones [en las que] hemos perdido dinero porque no hemos podido pagar a una niñera que nos permitiera ir a trabajar.

[...] ¡Pido con todas mis fuerzas que esto cambie! Por el amor de Dios, ¡¡pido AYUDA!! ¡Simplemente no es justo! ¡No lo entiendo, estoy enfadada, frustrada y me siento terriblemente traicionada por nuestro Gobierno! ¡NUNCA pido ayuda a no ser que la necesite de verdad!

Cada carta se basa en una realidad concreta. Pero juntas, cuentan la misma historia. Es la historia de los estadounidenses atrapados en una crisis del coste de la vida, donde todo, desde la vivienda y la atención sanitaria hasta el cuidado de los niños y la educación, es mucho más caro de lo que solía ser, mientras que los salarios vuelven a ser tan bajos como lo eran hace décadas. Las cartas que recibo cuentan constantemente la historia de la destrucción de la clase media, y de una vida económica definida por una intensa lucha.

Cuando me despierto en mitad de la noche dándole vueltas a algo, me recuerdo a mí misma que hay otras personas despiertas en ese momento en innumerables hogares del país. Millones de personas. Y me imagino que la mayoría de ellas se preguntan sobre sus mayores temores: ¿voy a ser capaz de darles una buena vida a mis hijos? ¿Y si no consigo cuadrar los pagos? ¿Cómo voy a pasar el mes?

El pueblo estadounidense no ha abandonado el sueño americano. Estoy segura de ello. Pero si no pueden dormir por la noche, ¿cómo van a soñar?

¿Cómo vas a soñar cuando, de media, un año de guardería de un niño de menos de dos años es más caro que un año de matrícula en una universidad pública del estado? ¿Cómo vas a soñar cuando el coste de la educación superior ha subido a una velocidad tres veces superior a la que lo han hecho los salarios desde que yo estaba en el instituto en los años ochenta? ¿Cómo vas a soñar cuando te estás ahogando en deudas de préstamos para estudios?

¿Cómo vas a soñar si ganas el salario mínimo y trabajas cuarenta horas a la semana, cuando sabes que, en el 99 % de los condados de Estados Unidos, no vas a poder pagar un alquiler a precio de mercado de un piso típico de un dormitorio?

¿Cómo vas a soñar cuando tu sueldo apenas sube por mucho que trabajes, mientras que todo lo demás cada vez es más caro? ¿Cómo vas a soñar cuando tu hijo está enfermo pero no puedes hacer frente al copago para que lo atiendan?

La vida de la clase media ya no es lo que era. Y ahora mismo no es lo que se supone que debería ser. Ser de clase media debería significar tener seguridad y estabilidad económica. Pero ¿cómo va a ser eso posible cuando el coste de la vida es tan alto que se vive a un paso de la catástrofe? Un accidente. Una

enfermedad. Nadie espera que la vida sea fácil, pero que a tu coche le falle la transmisión no debería convertirse en una crisis vital.

Y, sin embargo, para muchos lo es. Un contratiempo y adiós a los ahorros. Otro y adiós también al plan de pensiones para la jubilación. Pronto tendrán una deuda en su tarjeta de crédito superior a lo que se supone que es sensato, pero ¿qué opción les queda? Tienes que reparar el coche si quieres conservar tu empleo. Tienes que pagar el alquiler o la hipoteca.

Según una encuesta, el 57 % de los estadounidenses no tiene suficiente dinero para cubrir un gasto inesperado de 500 dólares. Esa es una de las razones por las que he presentado la Ley de Impuestos de la Clase Media (LIFT) en el Senado de Estados Unidos, un proyecto de ley que crea nuevas e importantes deducciones fiscales para la clase media que proporcionarían 6.000 dólares más al año a las familias que cumplan determinados requisitos: el equivalente a 500 dólares más al mes. Las familias podrían recibir estas deducciones en forma de pago mensual, en lugar de tener que esperar al reembolso el año siguiente. Es una red de seguridad diferente, que evita que los trabajadores manuales queden excluidos de la clase media, o les da una buena oportunidad de entrar a formar parte de ella con sus familias. Este es el tipo de deducciones que se pueden implementar cuando se deja de ofrecer interminables beneficios fiscales a las empresas y las grandes fortunas.

Pienso en los señores Shelton. Ella era una maestra de guardería y él, un obrero de la construcción, y con esos ingresos pudieron comprar la casa de dos dormitorios con la que siempre habían soñado y por la que habían trabajado. Pero, en el momento de escribir esto, esa misma casa está a la venta en el mercado por un precio de 886.000 dólares, un precio imposible de asumir con los salarios de una maestra y un obrero de la construcción. Reconozco que California se ha vuelto extraordinariamente cara, pero este problema se da en las principales áreas metropolitanas de todo el país. Según un análisis llevado a cabo por Redfin en 2018, en ciudades como Denver y Phoenix, menos del 1 % de las casas en el mercado eran asequibles con el salario medio de un profesor.

En las zonas rurales, los problemas de accesibilidad a la vivienda no son tan graves, pero las comunidades se destruyen por la falta de empleo. Según un

informe reciente, solo el 3 % del crecimiento del empleo en el siglo XXI ha procedido de las zonas rurales. Esto ha obligado a la gente a buscar trabajo lejos de casa, lo que los obliga a tomar una terrible decisión: soportar un trayecto de varias horas todos los días o dejar el lugar donde su familia ha vivido durante una generación, el lugar donde viven sus amigos, donde sus hijos juegan en las ligas infantiles de béisbol, donde siempre han ido a la iglesia.

También pienso en los trabajadores que he ido conociendo a lo largo del tiempo y que están muy infravalorados por este modelo económico. Hace varios años, conocí a una mujer llamada Wendy a través del Sindicato Internacional de Empleados de Servicios y pasé un día con ella, observando de cerca su trabajo. Había cambiado de empleo cuando su anciana madre se había puesto enferma, y se había convertido en trabajadora de atención médica domiciliaria para poder ser ella quien se ocupara de su madre día y noche. Eso implicaba hacerse cargo de todo, desde levantar a su madre de la cama hasta vestirla, alimentarla, ayudarla en el baño, medir y controlar sus constantes vitales, ayudarla a sentarse en la silla de ruedas y sacarla a pasear, y mantenerla ocupada cognitivamente durante todo el proceso. Era una labor minuciosa y muy exigente, física, mental y emocionalmente.

Sin embargo, en 2017, el asistente sanitario a domicilio medio en Estados Unidos no ganaba lo bastante para mantener un hogar de cuatro personas por encima del umbral de pobreza. Y como a menudo son trabajadores autónomos, no siempre cumplen los requisitos para recibir las prestaciones para empleados. Eso me parece escandaloso. A medida que la generación del *baby boom*⁴ se jubile, vamos a necesitar más asistentes sanitarios a domicilio: 1,2 millones para 2026. ¿Y así es como pretendemos tratarlos? ¿Qué dice esto sobre cómo valoramos el cuidado de nuestros mayores en Estados Unidos? ¿Qué dice esto sobre el respeto a nuestros mayores?

La crisis del coste de la vida es especialmente dura para las mujeres. Las mujeres siguen cobrando, de media, 80 centavos por cada dólar que ganan los hombres, una brecha que castiga aún más a las mujeres negras estadounidenses, que cobran solo 63 centavos por cada dólar que ganan los hombres blancos. Como señala el Centro Nacional de Leyes de la Mujer, eso significa que una

mujer negra que trabaja a tiempo completo, todo el año, gana aproximadamente 21.000 dólares menos que su homólogo masculino. Eso afecta a todos los que viven con ella. Y es incluso peor para las latinas, que ganan solo 54 centavos por dólar.

Los políticos hablan mucho sobre el valor del trabajo duro. Pero es hora de decir la verdad. La verdad es que la economía dejó de recompensar y valorar el trabajo duro hace mucho tiempo. Y tenemos que reconocer que, si queremos cambiar eso, hay que empezar reflexionando sobre cómo hemos llegado hasta aquí.

Durante varias décadas después de la Segunda Guerra Mundial, los trabajadores recibían aumentos de sueldo cuando a las empresas les iba bien. Y el Gobierno ayudó a la gente, ofreciendo educación gratuita a través del proyecto de ley G. I.⁵ Era necesario un incremento notable de la productividad para hacer crecer la economía y en las tres décadas posteriores a la guerra, la productividad mejoró un asombroso 97 %. La diferencia entonces era que todo el mundo se beneficiaba de la bonanza. Durante ese mismo periodo, los salarios de los trabajadores crecieron un 90 %. Así es como Estados Unidos fue capaz de constituir la clase media más grande del mundo.

Pero en las décadas de 1970 y 1980, las empresas estadounidenses decidieron seguir su propio camino. En lugar de invertir sus beneficios en los trabajadores, las corporaciones decidieron que solo debían responsabilizarse de sus accionistas. Desde la perspectiva de las grandes empresas, eran los dueños de una parte del negocio quienes merecían la parte del león de los beneficios, no quienes hacían que la empresa funcionara. Así, mientras la productividad mejoraba un 74 % entre 1973 y 2013, la remuneración de los trabajadores aumentó solo un 9 %.

En la década de 1980, el presidente Reagan convirtió esa idea en el núcleo de la perspectiva económica del Partido Republicano. Redujo los impuestos para las empresas. Redujo los impuestos para los accionistas. Se opuso al aumento del salario mínimo. Se opuso a la idea misma de salario mínimo. Desmanteló los sindicatos, la fuerza más poderosa en Washington en la lucha en favor de los

trabajadores. Eliminó las regulaciones gubernamentales. Ignoró los daños colaterales.

Ese fue el comienzo de una nueva era de egoísmo y avaricia. Y fue terriblemente eficaz. Los beneficios de las empresas se han disparado, pero los trabajadores estadounidenses no han conseguido un aumento de sueldos significativo en cuarenta años. Y, sin embargo, al parecer, no avergüenza a nadie que los directores generales ganen más de trescientas veces el salario de su trabajador medio.

El objetivo del crecimiento económico tiene que ser que el pastel para repartir cada vez sea más grande. Pero si lo único que les queda a los trabajadores son las migajas, ¿qué clase de economía estamos construyendo en realidad?

Este fue el contexto en el que entramos en el siglo XXI. El pueblo estadounidense estaba atrapado entre fuerzas que estaban fuera de su control: por un lado, la externalización y la deslocalización que destruyó las empresas de fabricación y, por otro, la peor recesión desde la Gran Depresión. De repente, los puestos de trabajo desaparecieron. Las comunidades se convirtieron en pueblos fantasmas.

Leí muchas cartas que subrayaban la importancia del paso del tiempo. Un hombre de sesenta y dos años que lo perdió todo en la Gran Recesión, que no tiene nada ahorrado para la jubilación y que pronto ya no podrá seguir trabajando. Una pareja que se enfrenta a una crisis de salud familiar, que no podrá costear las facturas médicas y seguir pagando, al mismo tiempo, el alquiler todos los meses. Todos ellos necesitan ayuda ya; no pueden esperar. Cualquiera que esté atrapado en un ciclo de desesperación económica te dirá que es urgente. Que no se puede perder el tiempo. La cena tiene que estar cada noche sobre la mesa. Mañana por la mañana hay que poner gasolina al coche. Hay que pagar las facturas mañana. El alquiler vence a final de mes. No hay tiempo que perder.

Durante este tiempo también ha surgido una ola de empresas depredadoras que se han aprovechado de personas vulnerables, y a menudo las han arruinado. Uno de los peores ejemplos de este tipo de depredadores son las universidades con ánimo de lucro que se convirtieron en uno de los negocios favoritos de Wall Street durante este tiempo. Varias generaciones de estadounidenses han oído

decir que su mejor oportunidad es conseguir un título universitario. Y mucha gente se tomó ese consejo al pie de la letra y lo aceptó, a veces con un gran coste para ellos y sus familias.

Estimada senadora Harris:

En un momento dado, consideré la posibilidad de tener dos trabajos para poder mantenernos a mi hijo y a mí. Llegué a la conclusión de que la mejor solución para mí era volver a estudiar y seguir con mi trabajo de salario mínimo, para que mi hijo no perdiera tiempo de calidad conmigo. Decidí que viviría en la pobreza el tiempo que tardara en acabar los estudios. Esta es la realidad para muchos estadounidenses.

El problema es que mucha gente se matriculó en universidades con ánimo de lucro que les prometían una gran educación y un gran futuro, aunque, en realidad, los títulos que ofrecían no tenían mucho valor.

Cuando era fiscal general de California, llevamos el caso de Corinthian Colleges Inc., una de las mayores estafas universitarias con ánimo de lucro del país. Para conseguir que los estudiantes e inversores se interesaran, los representantes de Corinthian mintieron sin cesar. Les dijeron a los inversionistas que más del 60 % de sus alumnos habían conseguido empleos sostenibles. Cobraron a los alumnos enormes cantidades por sus títulos y les dijeron que algunos programas tenían una tasa de inserción laboral del 100 %, a pesar de no tener prueba alguna de que ninguno de sus graduados estuviera trabajando. Anunciaban programas que no ofrecían y penalizaban a sus televendedores si revelaban la verdad a los futuros alumnos.

Aún más deleznable fue la forma en que Corinthian fue a por las personas vulnerables. Pusieron en el punto de mira a personas que vivían en el umbral de la pobreza; personas que habían decidido volver a estudiar y obtener un título para poder cuidar mejor de sí mismas y de sus seres queridos; personas que habían perdido sus empleos durante la Gran Recesión y que creían que su mejor oportunidad en el mercado laboral era adquirir un nuevo conjunto de habilidades. Los documentos internos de Corinthian destaparon lo que pensaba la empresa sobre sus estudiantes: calificaban a su público objetivo como hombres y mujeres «aislados», «impacientes», con «baja autoestima», que tienen «pocas personas en sus vidas que se preocupen por ellos» y que están

«atascados» y son «incapaces de ver y planificar bien» su propio futuro. En lo que a mí respecta, esta conducta no es diferente de la de los depredadores criminales que he conocido, que apuntan como objetivo a los más necesitados.

Por supuesto, la mayoría de las empresas que cotizan en bolsa no emplean este tipo de prácticas depredadoras. Pero una creencia central sobre la buena gestión de este tipo de empresas, que hay que crear valor para los accionistas aunque sea a costa de los trabajadores, ha hecho un tremendo daño por sí sola.

Por ejemplo, para hacer subir los precios de las acciones, los ejecutivos participan en un proceso llamado «recompra», en el que la propia empresa compra todas sus acciones para sacarlas del mercado, lo que acostumbra a hacer que su precio suba. Dejando de lado el juicio sobre si la recompra es o no una buena herramienta, vamos a ver hasta qué extremos se ha llegado en su aplicación.

Entre 2003 y 2012, las empresas del índice S&P 500⁶ gastaron el 91 % de sus beneficios en recompras y dividendos para los accionistas. Eso deja solo un 9 % para invertir en la empresa, en todo, desde la investigación y el desarrollo hasta los salarios de los trabajadores.

¿Cuáles han sido las consecuencias de esto? Han sido magníficas para el 1 % de los hogares estadounidenses más ricos, que ahora poseen el 40 % de la riqueza de la nación, lo que supone unos 40 billones de dólares. Pero ha sido una pesadilla financiera para la clase media. Según una investigación de la fundación United Way, el 43 % de los hogares no puede pagar los gastos básicos: un techo, la comida en la mesa, el cuidado de los niños, los gastos médicos, el transporte y un teléfono móvil.

¿Qué se supone que opina la gente al respecto de un Gobierno que se olvida de ellos? ¿Cómo se supone que tienes que sentirte cuando te ahogas y nadie viene en tu ayuda, y luego enciendes el televisor y ves que la economía va bien? ¿Bien para quién? No va bien para la gente que ha tenido que irse a vivir a varias horas de su lugar de trabajo para encontrar una vivienda asequible. No va bien para la gente que deja su empleo porque no puede pagar el cuidado de los niños. No va bien para la gente que está renunciando a su sueño de ir a la universidad porque saben que no pueden permitírselo.

Y, sin embargo, con millones de estadounidenses pendiendo de un hilo, la Casa Blanca decidió hacer recortes. En 2017, la Administración bajó los impuestos a personas que no lo necesitaban y se los aumentó a quienes no se lo pueden permitir. Sabotearon la ley ACA, lo que generó un aumento de las primas. Desataron una guerra comercial que subió los precios de cosas que todos compramos, desde alimentos hasta coches. Nombraron jueces con la intención de destruir a los sindicatos. Cancelaron un aumento de sueldo para los funcionarios federales, que incluyen desde los responsables de seguridad en el transporte hasta los inspectores de alimentos, los guardabosques y el personal médico, entre otros. Llegaron incluso a bloquear las políticas de alivio de la deuda que pusimos en marcha para ayudar a las víctimas de Corinthian Colleges. Y, por si fuera poco, eliminaron la neutralidad de la red, lo que permitirá a las empresas de internet cobrar, por primera vez, una prima por visitar sitios web populares, lo que añadirá un nuevo gasto inaceptable a los que ya se amontonan.

Estimada senadora Harris:

Soy un estudiante de secundaria y la mayor parte de mi trabajo escolar depende de internet y de las herramientas que nos ofrece. Mi instituto es pequeño y no tiene mucho dinero; además, provengo de un entorno pobre y a mis padres les cuesta llegar a fin de mes. Si se elimina la neutralidad de la red, básicamente se elimina el acceso a todas las herramientas que internet proporciona a los estudiantes como yo para ir bien en los estudios y se añaden más problemas a las familias pobres de todo el país.

Nos estamos quedando sin tiempo. Esa es la dura realidad. Y no solo con respecto a las urgencias actuales. Se nos está acabando el tiempo para afrontar los grandes cambios que se avecinan. Con el auge de la inteligencia artificial, es probable que pronto nos enfrentemos a una crisis de automatización en este país, con millones de puestos de trabajo en juego.

Las empresas están cambiando. La conducción automática de camiones podría costar el empleo a 3,5 millones de camioneros. Todos los empleos relacionados con la elaboración de las declaraciones de impuestos también podrían desaparecer. El McKinsey Global Institute ha llegado a la conclusión de que hasta 375 millones de personas en todo el mundo tendrán que cambiar de trabajo debido a la automatización y predice que el 23 % de las horas de trabajo actuales podrían automatizarse en 2030. Otro análisis sugiere que la

automatización podría desplazar 2,5 millones de empleos al año a corto plazo. Ya hemos visto los costes de ese desplazamiento. Pero nada nos ha preparado aún para lo que está por venir.

También tendremos que hacer frente a las realidades del cambio climático, que es tanto una crisis económica como medioambiental. En 2017, los fenómenos climáticos extremos en Estados Unidos, como huracanes, tornados, sequías e inundaciones, acabaron con la vida de 362 personas, desplazaron a más de un millón y causaron más de 300.000 millones de dólares en daños. Los expertos predicen que, con el tiempo, la situación empeorará mucho. El coste económico vendrá a continuación y golpeará más fuerte a los estados del sur y del bajo Medio Oeste. Después de que el huracán Harvey azotara la costa del golfo de México en 2017, un estudio reveló que, en Houston, 3 de cada 10 residentes afectados se atrasaron en el pago del alquiler o la hipoteca; el 25 % tuvo problemas para pagar sus compras de alimentos.

El cambio climático también pone en peligro a las empresas. Los cambios de temperatura y corrientes en los océanos ya están afectando a la industria pesquera. El sector agrícola se enfrenta a peligros en múltiples frentes: un aumento de las especies invasoras, plagas, hongos y enfermedades; cambios en los patrones climáticos que reducirán las cosechas, y el constante temor a la sequía.

Por decirlo sin rodeos, tenemos mucho trabajo por delante. Trabajo duro. Trabajo indispensable. Tenemos todo lo que necesitamos —todas las materias primas— para construir una economía para el siglo XXI que sea justa y sólida, una economía que recompense el trabajo de quienes la sustentan. Pero tenemos que darnos prisa. Y tenemos que estar dispuestos a decir la verdad.

Tenemos que reconocer que los trabajos del futuro van a requerir que las personas sigan estudiando después de acabar la secundaria, ya sea en la universidad o en programas de formación profesional. Ya no es opcional. Si queremos ser fieles al principio de que todos los estadounidenses merecen acceso a la educación pública, no podemos dejar de financiarla después del instituto. Necesitamos invertir en nuestros trabajadores, ahora y en el futuro, y eso significa que vamos a tener que invertir también en más educación superior.

Significa, entre otras cosas, que tenemos que hacer realidad una universidad que no implique endeudarse.

Digamos la verdad sobre la accesibilidad a la vivienda. No podemos tener una sociedad que funcione si la gente no puede permitirse vivir en ella. La crisis de la vivienda no es algo ante lo que podamos encogernos de hombros como si fuera un hecho de la naturaleza. Tenemos que hacer un gran esfuerzo, desde cambiar las leyes de urbanismo hasta fomentar la construcción de viviendas nuevas y asequibles, para dar un respiro a las personas que están luchando — ahora mismo— para pagar su alquiler. Para empezar, presenté un proyecto de ley en el Senado para aliviar a los inquilinos. Si alguien está pagando más del 30 % de sus ingresos en alquiler y servicios públicos, recibirá otra desgravación fiscal reembolsable para ayudar a sufragar sus gastos de vivienda. Pero hay que hacer mucho más.

Digamos la verdad sobre el cuidado de los niños. Si no encontramos una forma de que sea asequible, no solo estamos sometiendo al pueblo a una crisis económica, sino que también estamos dificultando la permanencia de las mujeres en el mundo laboral. Esta es una de las barreras sistémicas para el crecimiento y el éxito de la mujer en el trabajo. Tenemos que derribarla.

Y digamos la verdad sobre lo que tenemos que construir. Para que la gente pueda tener empleos bien remunerados, y para evitar que nuestra economía se quede rezagada, deberíamos invertir en la reconstrucción de las infraestructuras de nuestra nación. Tenemos carreteras y puentes que necesitan construirse y mejorarse. Tenemos que construir una infraestructura de internet de banda ancha en las zonas rurales que aún carecen de ella. Tenemos nuevos parques eólicos y cables de alta tensión que hay que instalar. Tenemos aeropuertos que necesitan modernizarse y líneas de metro que hay que reparar. Si no lo hacemos por nosotros, ¿no deberíamos hacerlo al menos por nuestros hijos y nietos?

Digamos la verdad también acerca de los sindicatos, que el Partido Republicano ha desmantelado de forma sistemática. Hoy en día, menos del 7 % de la mano de obra del sector privado está representada por sindicatos, y es probable que un fallo del Tribunal Supremo en 2018 diezme asimismo la afiliación sindical en el sector público. Mucha gente ya ha firmado la sentencia

de muerte del movimiento sindical. Pero eso es inaceptable. Los sindicatos son los únicos que ejercen presión en Washington en nombre de los trabajadores. Son los únicos que han dado el poder al pueblo en los lugares de trabajo. En mitad de las iniciativas republicanas para debilitar a la clase media, son los sindicatos los que han logrado obligar a la dirección de las empresas a pagar mejores salarios y ofrecer mejores prestaciones. Necesitamos un renacimiento de los sindicatos en Estados Unidos.

Y digamos la verdad definitiva: las grandes corporaciones y las personas más ricas del país más rico del mundo pueden permitirse pagar la parte que les corresponde de impuestos para que podamos arreglar la economía. Es necesario, es ético y es lo más sensato.

SEGURIDAD INTELIGENTE

Cuando llegué al Senado, me sorprendió saber que había un puesto disponible en el Comité Selecto del Senado sobre Inteligencia. Le pregunté a la senadora saliente, Barbara Boxer, a qué se debía. Me dijo que el trabajo del comité era fascinante, de una gran repercusión y crucial para el país, pero que la mayor parte tenía lugar a puerta cerrada. Los miembros del comité no podían hablar públicamente de sus actividades, porque el análisis de la inteligencia más sensible del país implicaba los más altos niveles de autorización de seguridad. Por tanto, me explicó, normalmente no recibía mucha atención por parte de los medios.

Eso no me importaba. Sabía que, por la naturaleza misma del trabajo, si tenía algo importante que decir, encontraría unos cuantos micrófonos ante los que hablar. Pero en lo relativo al trabajo diario, quería estar informada en tiempo real sobre las amenazas a las que se enfrentaban mis electores y nuestro país.

Así que me uní al Comité de Inteligencia del Senado, pensando que el trabajo se haría con discreción, lejos de la prensa y fuera del foco del día a día del debate nacional. Pero días después de jurar mi cargo como senadora de Estados Unidos, esas expectativas cambiaron drásticamente. El 6 de enero de 2017, la comunidad de inteligencia publicó una evaluación pública que determinó que Rusia había llevado a cabo múltiples operaciones cibernéticas contra Estados Unidos, con la intención de influir en el resultado de las elecciones presidenciales de 2016. De repente, nuestro trabajo, una investigación sobre qué

había fallado tan estrepitosamente, se convertiría en una de las iniciativas más importantes en la historia del Senado.

La mayor parte de lo que hago en el comité implica información clasificada, así que lo que puedo escribir aquí tiene unos límites muy definidos. Pero hay ocasiones en que la comunidad de inteligencia da a conocer sus evaluaciones al gran público, sin desvelar las fuentes de información ni los métodos mediante los cuales se han elaborado, y redactadas con extrema meticulosidad para evitar que se descubra cualquier cosa que pueda comprometer la seguridad nacional o poner en peligro la vida de las personas. Y hay veces en que nuestro comité trabaja en estrecha coordinación con la comunidad de inteligencia para dar a conocer nuestras propias evaluaciones públicamente, de modo que podamos equilibrar la necesidad imperiosa de que el pueblo estadounidense sepa lo que está sucediendo desde nuestra perspectiva de supervisión, con la necesidad, igualmente imperiosa, de mantener protegidos nuestros esfuerzos de recopilación de datos de inteligencia. Puedo hablar de ese trabajo y es lo que voy a hacer.

Dos veces por semana, durante dos horas, los miembros del Comité de Inteligencia se reúnen a puerta cerrada para hablar con los hombres y mujeres que dirigen nuestras 17 agencias de inteligencia y recibir resúmenes informativos sobre los últimos datos. No puedo explicar de qué hablamos, pero sí cómo lo hacemos. Para empezar, la sala en la que nos reunimos se conoce como SCIF, siglas de Sensitive Compartmented Information Facility («Instalación de información sensible compartimentada»). Está diseñada para evitar todo tipo de escuchas. Antes de entrar, tenemos que dejar nuestros móviles en un armario fuera. Además, tomamos notas clasificadas a mano, e incluso esas deben guardarse bajo llave en la SCIF.

Cuando el comité celebra audiencias públicas, los demócratas se sientan a un lado del estrado y los republicanos al otro mientras nos enfrentamos a testigos y cámaras. Pero dentro de la SCIF y lejos de las cámaras, todo es muy diferente. Los senadores suelen quitarse la chaqueta. Y nos ponemos manos a la obra. No es solo la ausencia de cámaras y la disposición de los asientos lo que cambia la dinámica; es el trabajo en sí. El rígido partidismo que ha paralizado gran parte de

Washington, se desvanece por algún motivo extraño al entrar en la sala. Todos nos concentramos en la importancia del trabajo que estamos llevando a cabo y sus consecuencias. Simplemente no hay espacio para nada que no sea centrarse en la seguridad nacional de Estados Unidos y la protección de la privacidad y las libertades civiles de los estadounidenses. El público no puede entrar allí ni tampoco los medios de comunicación ni otros senadores que no formen parte del comité. Solo estamos nosotros, para llevar a cabo una supervisión que tiene un alcance mundial. Es estimulante, incluso inspirador. Es una escena que me gustaría que todo el pueblo estadounidense pudiera ver aunque fuera por un momento. Es un recordatorio de que, incluso en Washington, algunas cosas están por encima de la política.

Mi labor en el Comité de Inteligencia y el Comité de Seguridad Nacional abarca una amplia gama de cuestiones, desde la creación y el mantenimiento de la capacidad de lucha contra el terrorismo dentro y fuera de nuestro país, hasta la labor de dismantelar y destruir el Estado Islámico, la protección y la seguridad de nuestras fronteras, el desafío de la proliferación nuclear y el siempre delicado equilibrio entre la recopilación de información de inteligencia y la protección de las libertades civiles. Pero en lugar de repasar la lista de temas que tratamos en toda su complejidad, quiero centrarme en algunas de las amenazas que no me dejan dormir por la noche.

Ante todo, pienso en la ciberseguridad, un nuevo frente en un nuevo tipo de batallas. Si viéramos a diario los ataques que se llevan a cabo por parte de aviones de guerra rusos, chinos, norcoreanos e iraníes sobre nuestras ciudades, el pueblo estadounidense insistiría en que respondiéramos, con la certeza de que el futuro del experimento estadounidense está en peligro. Pero la guerra cibernética es una guerra silenciosa, y sus consecuencias son a menudo difíciles de percibir antes de que el daño esté hecho. A veces me refiero a ella como a una guerra no cruenta: no hay soldados en el campo de batalla, no hay balas ni bombas. Pero la realidad es que la guerra cibernética tiene como objetivo convertir las infraestructuras en armas y, en el peor de los casos, podría causar también bajas. Imaginemos, por ejemplo, un ciberataque a las señales de conmutación de los ferrocarriles o a los generadores de los hospitales o a una central nuclear.

La comunidad de inteligencia y las empresas privadas están librando una batalla defensiva contra los ciberataques minuto a minuto. Pero la realidad es que seguimos sin estar preparados para este nuevo terreno. Nuestros sistemas e infraestructura necesitan una actualización seria.

En estos momentos, ya nos están atacando. Nuestras elecciones es lo primero que me viene a la cabeza, especialmente dados los ataques perversos —y eficaces— del Gobierno ruso. La evaluación de enero de 2017 reveló lo siguiente: «El presidente ruso Vladimir Putin ordenó una campaña de influencia en 2016 dirigida a las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Los objetivos de Rusia eran socavar la confianza pública en el proceso democrático de Estados Unidos, denigrar a la secretaria Clinton y dañar sus probabilidades de ser elegida y convertirse en presidenta». Aunque muchos se han mostrado insensibles ante el cúmulo de noticias, es difícil exagerar la importancia de este hallazgo. La comunidad de inteligencia determinó, con un alto grado de fiabilidad, que los servicios de inteligencia de Rusia llevaron a cabo operaciones cibernéticas para piratear la campaña presidencial de Estados Unidos y divulgar los datos que recogieron con la intención de influir en el resultado de las elecciones.

Los agentes y propagandistas rusos vulneraron la seguridad de plataformas de redes sociales estadounidenses como Facebook, Twitter y YouTube para difundir información falsa e incendiaria sobre la secretaria Clinton y avivar la división en Estados Unidos. Y lo que me parece muy revelador es precisamente cómo lo hicieron.

Se centraron en temas candentes, desde las cuestiones raciales hasta los derechos del colectivo LGTBQ y de los inmigrantes. Lo que demuestra que sabían que el racismo y otras formas de odio siempre han sido el talón de Aquiles de nuestra nación. Sabían exactamente dónde atacarnos, apuntando de forma deliberada —y temeraria— a algunos de los episodios más dolorosos y divisorios de la historia de nuestra nación.

La primera vez que planteé este tema fue durante una reunión del Comité de Inteligencia. Unos días después, estaba sentada en mi mesa en el Senado, la última al fondo. Elegí ese sitio por dos razones: no era visible en las cámaras de

la cadena de televisión C-SPAN, lo que me facilitaba concentrarme en el trabajo. Pero había una razón mucho más importante: era el puesto más cercano al cajón de los dulces.

Levanté la vista y vi que el senador James Lankford, un republicano de Oklahoma, caminaba hacia mí, cruzando, literalmente, el pasillo para que pudiéramos tener una conversación.

—Kamala, he oído lo que has dicho sobre que los temas raciales son nuestro talón de Aquiles, y creo que has dado en el clavo de algo importante —dijo—. Personalmente, creo que todo empieza con la pregunta: ¿has recibido alguna vez la visita en tu casa de alguna familia que no se parezca a ti? ¿Alguna vez has tenido una interacción así de verdad? Creo que es un buen punto de partida.

—Me alegra oírte decir eso —le dije—. Tenemos que empezar por algún sitio.

Lankford y yo nos sentamos frente a frente en las sesiones a puerta cerrada del Comité de Inteligencia, y aunque hay muy pocas cosas en las que estemos de acuerdo en lo que se refiere a la política, me pareció que su amabilidad y consideración eran genuinas. Nos hicimos amigos en poco tiempo.

Junto con nuestros colegas del comité, pasamos más de un año trabajando con la comunidad de inteligencia para comprender la información que llevó a la evaluación de enero de 2017 sobre los ataques rusos. Me interesaba sobre todo la amenaza de una infiltración rusa en nuestras infraestructuras electorales.¹ En mayo de 2018, publicamos nuestros resultados preliminares sobre la cuestión de la seguridad de las elecciones. Hicimos público que, en 2016, el Gobierno ruso había llevado a cabo una campaña cibernética coordinada contra las infraestructuras electorales de al menos 18 estados diferentes, y la cifra podría llegar a 21. Otros estados también habían detectado actividades maliciosas, que la comunidad de inteligencia no ha podido atribuir a Rusia. Lo que sí sabemos es que los operativos rusos habían escaneado las bases de datos electorales en busca de vulnerabilidades. Habían intentado entrar en ellas. Y, en algunos casos, habían conseguido penetrar en las bases de datos del registro de votantes. Afortunadamente, hasta mayo de 2018, nuestro comité no había encontrado ninguna prueba de que se hubieran modificado los recuentos de votos ni las

listas de registro de votantes. Pero dado lo limitado de nuestra información sobre las auditorías estatales y los exámenes forenses de las infraestructuras electorales de los estados, no podemos descartar que se hayan llevado a cabo con éxito actividades que aún no conocemos.

En nuestro informe, planteamos inquietudes sobre una serie de posibles vulnerabilidades que siguen existiendo en nuestra infraestructura electoral. Los sistemas de votación están anticuados y muchos de ellos no llevan un registro de los votos en papel. Sin este registro, no hay forma de auditar de forma fiable los votos y confirmar que los números no se han modificado. Descubrimos que 30 estados utilizan máquinas de votación sin papel en algunas circunscripciones, y que cinco estados las utilizan en todas, lo que los hace vulnerables a una manipulación que no puede cotejarse ni revertirse. También descubrimos que muchos de nuestros sistemas electorales están conectados a internet, lo que los deja expuestos a ataques informáticos. Incluso los sistemas que no se conectan con regularidad a internet, se actualizan mediante programas informáticos que deben descargarse de la red.

No es realista pensar que podemos tener una ciberseguridad impenetrable; nuestra atención debe centrarse en defendernos ante posibles ataques, detectarlos, disuadir a quienes quieran llevarlos a cabo, y gestionar y mitigar sus efectos. Parece un chiste malo, pero ¿cuál es la diferencia entre ser víctima de un ataque informático y no serlo? Enterarte de que lo has sido. La verdad duele, pero no podemos permitirnos ser ingenuos.

Para ayudar a los miembros del Congreso y a su personal a comprender la naturaleza de estos riesgos, invité a un profesor de Ingeniería Informática de la Universidad de Michigan a visitar el Capitolio y demostrar la facilidad con la que un pirata informático podría cambiar el resultado de unas elecciones. Nos reunimos en una sala del Centro de Visitantes del Capitolio, donde el profesor había instalado una máquina de votación sin papel que se usaba en numerosos estados, incluyendo algunos cuyos resultados son claves como Florida, Pensilvania y Virginia. Participamos cuatro senadores —los senadores Lankford, Richard Burr, Claire McCaskill y yo— y la sala se llenó de personal que vino para entender mejor el proceso.

El profesor simuló una votación para elegir presidente, en la que las opciones eran George Washington y el infame traidor de la guerra de la Independencia Benedict Arnold. Como era de esperar, los cuatro votamos a George Washington. Pero al comprobar los resultados, había ganado Benedict Arnold. El profesor había usado un código malicioso para piratear el *software* de la máquina de votación y asegurar la victoria de Arnold, independientemente de lo que hubiéramos votado los cuatro.

Nos dijo que la máquina era muy fácil de piratear, tanto que, en una demostración en otro lugar, la había convertido en una consola de videojuegos para jugar al comecocos. ¿Te imaginas?

La infraestructura electoral de Estados Unidos está formada por máquinas anticuadas y funcionarios locales que a menudo tienen poca o ninguna preparación en materia de amenazas cibernéticas. Si pensamos en cuántas grandes empresas han sufrido filtraciones de datos, a pesar de haber invertido en la mejor seguridad cibernética que el dinero puede comprar, nuestra vulnerabilidad se vuelve aún más evidente. Algunos podrían pensar que es alarmista hablar en estos términos, pero creo que deberíamos prepararnos para defendernos contra el peor de los casos: que los agentes extranjeros se centren en estas máquinas anticuadas y manipulen los recuentos de votos. Visto el esfuerzo sin precedentes de Rusia para socavar la confianza en nuestro sistema electoral mientras intentaba interferir con el resultado de unas elecciones presidenciales, no hay duda de que el Kremlin está envalentonado, junto con otros agentes gubernamentales y no gubernamentales, para intentarlo de nuevo.

En ese momento, James Lankford y yo éramos los únicos miembros del Senado que prestábamos servicio al mismo tiempo en el Comité de Seguridad Nacional y en el de Inteligencia. Por este motivo, estábamos especialmente capacitados para reunirnos en representación de ambos partidos y desarrollar una legislación para combatir estos ataques. A finales de diciembre de 2017, junto con otros senadores, presentamos un proyecto de ley —la Ley de Elecciones Seguras— que protegería a Estados Unidos de futuras interferencias extranjeras en nuestras elecciones.

La propuesta, fruto de las audiencias y los testimonios ante los Comités de

Seguridad e Inteligencia Nacionales, mejora el intercambio de información sobre seguridad cibernética entre las agencias federales y estatales. Crea un proceso mediante el cual los funcionarios electorales reciben una autorización de seguridad de alto secreto, lo que les permite conocer a tiempo material clasificado (como cuando nos enteramos de que Rusia había atacado sus máquinas). Establece directrices claras para los expertos con el fin de proteger los sistemas electorales, que incluyen, por ejemplo, la necesidad de papeletas de papel. Rusia puede ser capaz de piratear una máquina a distancia, pero no puede piratear un trozo de papel. Y proporciona 386 millones de dólares en subvenciones para mejoras de la seguridad cibernética.

También establece lo que se conoce como un programa de primas para detectar errores en la infraestructura electoral. Los programas de primas, que se emplean de forma habitual, establecen recompensas para piratas informáticos no maliciosos que encuentren y comuniquen vulnerabilidades en *software* de todo tipo. Es una forma eficiente desde el punto de vista económico de solucionar con rapidez errores que podrían explotar los piratas maliciosos. Tenemos la obligación de poner a prueba una y otra vez la seguridad de nuestro sistema, igual que comprobamos que la alarma antiincendios de nuestra casa funciona. Nadie espera a que la casa se incendie para comprobar si la alarma se había quedado sin pilas.

Sorprendentemente, a pesar del apoyo de ambos partidos al proyecto de ley, aún no ha sido aprobado en el Senado de Estados Unidos. Aunque se presentó casi un año antes de las elecciones de mitad de mandato de 2018, la Casa Blanca se opuso al proyecto de ley, y el líder de la mayoría del Senado se negó a debatirlo.² Y por eso no puedo dormir por las noches, porque conozco la escala de nuestras vulnerabilidades y sé que las medidas que deberíamos tomar inmediatamente se han estancado sin ninguna justificación.

También es importante recordar que las infraestructuras electorales no son la única área en la que somos vulnerables a la interferencia extranjera.

En marzo de 2018, por ejemplo, el Departamento de Seguridad Nacional y el FBI emitieron una alerta conjunta que mostraba que piratas informáticos rusos habían obtenido acceso a los sistemas informáticos de organizaciones y

entidades del Gobierno de Estados Unidos en sectores que iban desde la energía y el agua hasta la aviación y la fabricación. El Departamento de Seguridad Nacional y el FBI describieron los ataques como una «campaña de intrusión en varias etapas por parte de agentes cibernéticos del Gobierno ruso, dirigida a redes de instalaciones comerciales y en la que se usó *malware*, se llevaron a cabo estafas de correo electrónico (*spear phishing*) y se obtuvo acceso remoto a las redes del sector de la energía». Una vez conseguido el acceso, los rusos llevaron a cabo un amplio reconocimiento. Accedieron al sistema de control de, al menos, una central eléctrica. E instalaron herramientas en los sistemas que les habrían permitido, en determinadas circunstancias, apagar las plantas de energía a voluntad.

Esto son muestras, no hace falta que lo diga, de una vulnerabilidad extraordinaria. Millones de estadounidenses recuerdan el apagón de agosto de 2003, cuando una subida de tensión en el suministro eléctrico sobrecargó la red que alimentaba partes de ocho estados del noreste. Las principales ciudades se sumieron en la oscuridad. Los bomberos se apresuraron a liberar a la gente atrapada en los ascensores mientras la temperatura aumentaba en el interior de los edificios. Cientos de convoyes quedaron inmóviles en las vías y miles de pasajeros tuvieron que ser rescatados de oscuros túneles del metro. Las plantas de tratamiento de residuos se quedaron sin electricidad; se vertieron 1.850 millones de litros de aguas residuales sin tratar solo en Nueva York. El servicio de telefonía móvil se interrumpió. Los cajeros automáticos dejaron de funcionar. Los hospitales tuvieron que recurrir a generadores eléctricos para atender a los pacientes más vulnerables. Los analistas concluyeron más adelante que la tasa de mortalidad en Nueva York aumentó un 28 % durante el apagón de dos días.

En la Evaluación Mundial de Amenazas de la comunidad de inteligencia en 2018, el director de la inteligencia nacional detalló el aumento de los riesgos para las infraestructuras básicas previstos para el siguiente año. En el informe se explica: «El uso de ataques cibernéticos como instrumento de política exterior al margen de los conflictos militares se ha limitado en su mayor parte a ataques esporádicos de bajo nivel. Rusia, Irán y Corea del Norte, sin embargo, están probando ataques cibernéticos más agresivos que representan una amenaza cada

vez mayor para Estados Unidos y sus socios». Se espera que Irán, que en el pasado atacó a una gran empresa estadounidense y robó datos personales, continúe su labor penetrando en la infraestructura cibernética de Estados Unidos. Se prevé que Corea del Norte, que llevó a cabo un ataque destructivo contra Sony en noviembre de 2014 y que el Gobierno de Estados Unidos identificó como responsable de un ciberataque masivo en Reino Unido que paralizó el sistema sanitario de ese país, utilice sus operaciones cibernéticas para robar dinero a raíz de las sanciones, como lo hizo en 2016, cuando tomó 81 millones de dólares del Banco de Bangladesh. China, mientras tanto, ha estado aumentando sus capacidades de ciberataque desde 2015 y ha dirigido ataques a la industria privada de Estados Unidos, en concreto a contratistas de defensa y empresas de informática y comunicaciones en cuyos productos y servicios se sostienen las redes mundiales. Una investigación de la Oficina de Representación Comercial de Estados Unidos reveló que los robos chinos de propiedad intelectual estadounidense nos cuestan más de 200.000 millones de dólares al año.

Y luego están los agentes no gubernamentales. Como indica la evaluación de la amenaza llevada a cabo por el director de Inteligencia Nacional: «Los delincuentes transnacionales seguirán cometiendo delitos cibernéticos con ánimo de lucro, como el robo y la extorsión contra redes de Estados Unidos». Esto cuesta mucho dinero: en febrero de 2018, el proveedor de *software* de seguridad cibernética McAfee y el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, que no depende de ningún partido, publicaron un informe que cifraba las pérdidas económicas por este tipo de delitos cibernéticos en Estados Unidos entre 140.000 y 175.000 millones de dólares. Y también es de esperar que los agentes gubernamentales financien esa actividad delictiva, porque representa una forma asequible y difícilmente demostrable de perseguir objetivos maliciosos.

La ciberseguridad tiene que convertirse en una de nuestras mayores prioridades en esta nueva era. No basta con asegurarnos de que nuestras tropas tengan las mejores armas cuando entren en combate. También tenemos que asegurarnos de que nuestro ejército, la comunidad de inteligencia y el sector privado tengan las mejores defensas cibernéticas para protegerse contra estas

nuevas y siempre cambiantes amenazas. Como dijo el general Keith Alexander, exdirector de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) y jefe del Comando Cibernético de Estados Unidos, en 2016, los piratas ponen a prueba los sistemas del Departamento de Defensa 250.000 veces por hora. Es decir, seis millones de veces al día.

En un mundo donde la tecnología puede convertirse en un arma, necesitamos desplegar la mejor posible para responder a estos ataques. Y eso significa actualizar constantemente nuestros esfuerzos para estar siempre un paso por delante.

Recuerdo que cuando me convertí en fiscal general, en 2011, me sorprendieron las muchas carencias que teníamos en cuanto a tecnología. Así que reuní un equipo, dirigido por el fiscal general adjunto especial Travis LeBlanc, para actualizar y revisar nuestro sistema a fin de poder luchar mejor contra el crimen en la era digital. En mi primer año en el cargo, organizamos una «Unidad de Delitos Electrónicos», que contaba con abogados e investigadores que se centraban en los delitos relacionados con la tecnología, como el robo de identidad y la distribución en redes de contenido sexual privado. Pasé gran parte del resto de mi mandato trabajando para institucionalizar las ventajas tecnológicas de California. Esos esfuerzos culminaron en la creación de nuestro Centro de Delitos Cibernéticos, que dio acceso a quienes luchaban contra el crimen tecnológico a capacidades forenses digitales de última generación e hizo de California uno de los primeros estados en contar con un centro así. Pero además de desplegar nuestra mejor tecnología en el momento presente, tenemos que invertir en las innovaciones y los avances que necesitaremos para mantenernos protegidos en el futuro. Esa es una de las razones por las que he presentado un proyecto de ley para invertir en computación cuántica, una tecnología de vanguardia que pondría a Estados Unidos a la cabeza de la carrera por la supremacía tecnológica. Nuestra búsqueda de la innovación no puede considerarse solo desde el punto de vista económico. Concierno también a la seguridad nacional. También es una de las razones por las que creo que debemos ser un país que acoja a estudiantes y profesionales altamente cualificados de todo

el mundo para que estudien en nuestras universidades y trabajen en nuestras empresas.

En última instancia, creo que vamos a tener que desarrollar una doctrina cibernética. Como principio, tendremos que decidir si un ciberataque es un acto de guerra, cuándo lo es y qué tipo de respuesta justifica.

El 12 de enero de 2017, Mike Pompeo se presentó ante el Comité de Inteligencia del Senado para su audiencia de confirmación como director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Por tradición, las preguntas en las audiencias públicas se hacen por orden de antigüedad, así que, como miembro más reciente del comité, interrogué a Pompeo en último lugar. Durante la audiencia, escuché a mis colegas preguntar a Pompeo sobre varias cuestiones, tocando todos los temas habituales que van desde el intercambio y la recopilación de información de inteligencia hasta la prevención de ataques terroristas en Estados Unidos y fuera de nuestro país. Cuando por fin me tocó a mí, me centré en un tema que pareció sorprender a Pompeo y al resto de los miembros del comité. Quería saber cómo iba a influir su postura pública de rechazo al aval científico del cambio climático en sus funciones a cargo del aparato de inteligencia de Estados Unidos.

Los tertulianos de las organizaciones de la derecha, desde Fox a la Fundación Heritage, se dieron el gusto de calificar mis preguntas de «tontas», «ridículas» y «fuera de lugar». Es obvio que pensaron que mis preocupaciones estaban muy alejadas de las cuestiones de seguridad nacional. Pero se equivocaban. Mis preguntas buscaban la objetividad analítica y no politizar las cuestiones de inteligencia. La CIA ya había hecho una evaluación no clasificada al respecto de la amenaza del cambio climático. Las declaraciones anteriores de Pompeo hacían caso omiso a esa evaluación de la CIA. ¿Cómo informaría al presidente? ¿Dejaría que sus opiniones personales descartaran los hallazgos de los profesionales de la CIA en lo relativo al cambio climático y, de ser así, qué implicaciones tenía eso con respecto a otras graves amenazas contra nuestra nación?

El cambio climático puede verse desde muchos ángulos. Algunos lo ven

como una cuestión puramente medioambiental. Apuntan a la destrucción de los hábitats, el deshielo de los casquetes polares y una próxima extinción masiva de especies. Otros lo ven como un problema de salud pública que exige un mundo donde haya disponibles aire y agua limpios. También está la dimensión económica del cambio climático: si se pregunta a los agricultores sobre la complejidad de su trabajo, sobre su estudio preciso y medido de los patrones meteorológicos, sobre la línea increíblemente fina que separa una buena cosecha de una ruinoso, es fácil entender que los fenómenos meteorológicos extremos y los cambios impredecibles del clima son algo que hay que tener muy en cuenta.

Pero cuando se habla con los generales, cuando se habla con miembros de alto rango de la comunidad de inteligencia y expertos en conflictos internacionales, se comprueba que consideran el cambio climático una amenaza a la seguridad nacional, un «multiplicador de amenazas» que exacerbará la pobreza y la inestabilidad política, lo que creará condiciones que fomentan la violencia, la desesperación e incluso el terrorismo. Un clima inestable y errático engendrará un mundo inestable y errático.

Por ejemplo, el cambio climático provocará sequías. Las sequías causarán hambruna. La hambruna hará que la gente, sumida en la desesperación, abandone sus hogares en busca de sustento. Los flujos masivos de personas desplazadas provocarán crisis de refugiados. Las crisis de refugiados llevarán la tensión y la inestabilidad a las fronteras.

El cambio climático también aumenta el riesgo de que lleguen a Estados Unidos pandemias mortales.³ Los CDC informaron de que, entre 2006 y 2016, el número de estadounidenses infectados por virus como el del Nilo Occidental y el Zika, o bacterias como la enfermedad de Lyme se triplicó con creces. A medida que las temperaturas aumentan, las enfermedades lo hacen también en partes de Estados Unidos donde no habrían sobrevivido en el pasado. De hecho, los CDC ya han identificado nueve tipos de infecciones que nunca se habían visto en Estados Unidos.

La dura verdad es que el cambio climático va a causar una terrible inestabilidad y desesperación, y eso pondrá en riesgo la seguridad nacional estadounidense. Por eso, el exdirector de la CIA, John Brennan, ha dicho que

cuando los analistas de la CIA buscan causas más profundas para la creciente inestabilidad en el mundo, una de las que señalan es el cambio climático. Por eso, como parte de la estrategia de seguridad nacional del presidente Obama, se identificó el cambio climático como una amenaza a la seguridad nacional de la más alta prioridad. Por eso, el Pentágono ha estado a la vanguardia en el desarrollo de la resistencia a los efectos del cambio climático, que incluye estrategias para proteger las decenas de bases militares que se verán afectadas por la subida del nivel del mar y los fenómenos meteorológicos extremos. Por eso, no dudé en preguntarle a la persona que se convertiría en director de la CIA si el cambio climático sería un factor en su estrategia para proteger al pueblo estadounidense y cómo.

Esto no es ciencia ficción ni una novela distópica ambientada en el futuro. Las crisis generadas por el clima van en aumento. A finales de 2017, por ejemplo, las reservas de agua se redujeron tanto en Ciudad del Cabo (Sudáfrica) que la ciudad, con más de 3 millones de habitantes, la segunda más grande de Sudáfrica, corría el riesgo de que dejara de salir agua de los grifos. Los residentes comenzaron a ducharse con cubos para poder reutilizar el agua en la lavadora. Los agricultores tuvieron que abandonar alrededor de una cuarta parte de sus cultivos.

Este es un tema al que también nos enfrentaremos aquí y es una cuestión de seguridad nacional prepararse para ello. Necesitamos una estrategia diversificada para asegurar el agua y garantizar un suministro fiable y sostenible. Al crecer en California, comprendí desde muy joven que el suministro de agua es tan precioso como frágil. En la escuela primaria, mis compañeros y yo estudiamos ecología; recuerdo la sonrisa en la cara de mi madre cuando tuvo que explicarme la diferencia entre un «conservador» y un «conservacionista». Viví la sequía de 1976-1977 a través de los ojos de un niño: inodoros sin agua en la cisterna, temporizadores en las duchas y césped seco y marchito. Pienso mucho en la seguridad del agua, y nunca doy por sentado el suministro.

Un enfoque diversificado funcionaría en varios frentes de forma simultánea. El ahorro es la forma más barata y eficaz de aumentar nuestros recursos hidrológicos. Pero también necesitamos actualizar nuestra envejecida

infraestructura hidrológica, mejorar nuestra capacidad de recogida y almacenamiento de aguas pluviales y hacer inversiones inteligentes en la recuperación, purificación y desalinización del agua.

Podemos aprender mucho de los amigos y socios que ya han hecho este tipo de inversiones, sobre todo de Israel, un líder mundial en cuestiones de seguridad del agua. En febrero de 2018, viajé a Israel y recorrí su planta desalinizadora de Sorek, que utiliza la ósmosis inversa para producir agua potable limpia con agua del mar. Tomé un vaso. Sabía tan bien como cualquier otra agua.

Y eso no es todo. Como muchos dicen, los israelíes han hecho florecer el desierto. Lo han hecho en parte recuperando el 86 % de sus aguas residuales y purificándolas para su reutilización en la agricultura. Por el contrario, Estados Unidos, que produce 121.000 millones de litros de aguas residuales municipales cada día, solo recupera entre el 7 y el 8 %. Seguro que podemos hacerlo mejor.

La conservación del agua y la protección contra la escasez deben ser una prioridad máxima. Lo mismo puede decirse, en esta era de cambio climático, de la necesidad de protegerse contra las inundaciones. En la India, Bangladesh y Nepal, las inundaciones del verano de 2017 acabaron con la vida de 1.200 personas y afectaron a más de 40 millones. Se destruyeron casi un millón de hogares. En 2010, las inundaciones en Pakistán sacudieron el 20 % del país, mataron a más de 1.700 personas y sus consecuencias afectaron al menos a 12 millones. En nuestro país, la fuerza destructiva del huracán María dejó la isla de Puerto Rico en ruinas. Visité Puerto Rico en noviembre de 2017 y vi en primera persona la devastación: casas derrumbadas, carreteras desplomadas y destruidas y una comunidad en crisis. Fue terriblemente descorazonador. El número oficial de muertes fue revisado de 64 a más de 2.900, pero un informe de los científicos de la Escuela de Salud Pública T. H. Chan de Harvard calcula que la tormenta y sus secuelas fueron responsables de la muerte de al menos 4.600 ciudadanos estadounidenses en Puerto Rico.

Y cuando no son inundaciones, son incendios. Los incendios no los causa el cambio climático, pero este los agrava. Las temperaturas más elevadas y los periodos de sequía más prolongados convierten nuestros bosques en leña lista para arder. California siempre ha tenido incendios forestales, pero debido al

cambio climático, son cada vez más frecuentes y cada vez más y más extensos. Cuando era fiscal general, sobrevolé en helicóptero un incendio. Desde esa perspectiva, la escala de la devastación era perfectamente visible: calles enteras, barrios enteros quemados hasta los cimientos. Parecía un cementerio, con lápidas en forma de chimeneas.

En agosto de 2018, volé a casa, a California, para reunirme con los bomberos y los evacuados del incendio del Complejo Mendocino, que quemó más de 180.000 hectáreas, lo que lo convirtió en el mayor incendio de la historia del estado.

Cuando llegué a Lake County, fui a un centro de convenciones donde las familias evacuadas se habían refugiado temporalmente. Algunos de ellos sabían que habían perdido sus casas y todas sus pertenencias. Otros aún no lo sabían. Conocí a una madre embarazada de su tercer hijo. Intentaba mantener el ánimo de su familia. Recuerdo lo orgullosa que estaba su hija de mostrarme lo bien que había puesto las sábanas en los catres de la Cruz Roja donde dormían.

Un año antes, conocí a un bombero que perdió su propia casa en el incendio contra el que estaba luchando. Me dijo que siempre había pensado que entendía el dolor de perderlo todo, porque lo había visto cuando les había pasado a otros, pero que era mucho peor de lo que imaginaba. Aun así, se recordó a sí mismo y a mí, que no era tan malo como las familias que habían recibido una llamada informando de que su marido o hijo había sido uno de los muchos bomberos que perdieron la vida ese año.

Hay una cuestión transversal en todos estos asuntos, ya sea la ciberseguridad, el cambio climático o mantener a raya las agresiones de Rusia y Corea del Norte. Aunque Estados Unidos es una superpotencia, existen límites reales para lo que podemos hacer solos. Para mantener al pueblo estadounidense a salvo, para garantizar que nuestros intereses nacionales y nuestra patria estén seguros, debemos trabajar junto con nuestros aliados económica, diplomática y militarmente. Debemos proteger la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el tratado defensivo más importante que el mundo ha conocido, especialmente frente a las cada vez más flagrantes agresiones de Rusia. Debemos volver a adherirnos al Acuerdo de París, porque solo juntos podremos

invertir las tendencias del cambio climático y evitar algunos de sus resultados más aterradores. Y debemos recordarnos a nosotros mismos que el trabajo que hacemos para proteger al pueblo estadounidense también debe estar al servicio de los valores estadounidenses. Que lo que hacemos proyecta un mensaje al mundo sobre quiénes somos.

Fue esa última verdad la que tenía en mente cuando Gina Haspel se presentó ante nuestro comité en una audiencia de confirmación para sustituir a Mike Pompeo como director de la CIA. Haspel, una veterana con treinta y tres años de experiencia en la CIA, había estado en la agencia durante una época en la que se torturaba a los prisioneros. Otros senadores le habían hecho muchas preguntas sobre ese trabajo, sobre si sus acciones habían sido legales; sobre si volvería a autorizarlas.

Cuando llegó mi turno, subrayé que esta audiencia no era para cuestionar la increíble e incuestionable importancia del servicio ni el sacrificio de los hombres y las mujeres de la CIA ni sobre la misión de la agencia, cosas que apoyo de todo corazón. La audiencia, expliqué, era sobre su idoneidad para ser la directora de la CIA, y era nuestro trabajo, como senadores, entender que la persona a la que eligiéramos para ese puesto enviaría un mensaje a los hombres y las mujeres de la agencia, al pueblo estadounidense y a nuestros vecinos de todo el mundo sobre nuestros valores y nuestra autoridad moral. Con ese planteamiento en mente, inicié lo que se convirtió en un intercambio revelador:

—Una pregunta que no le he oído responder es: ¿cree que las técnicas de interrogatorio anteriores eran inmorales?

Haspel hizo una pausa mientras pensaba la respuesta.

—Senadora, creo que los oficiales de la CIA a los que se refiere...

—Es una respuesta de sí o no. ¿Cree que las técnicas de interrogatorio anteriores eran inmorales? No le estoy preguntando si cree que eran legales. Le estoy preguntando si cree que eran inmorales.

Hizo una nueva pausa.

—Senadora, creo que la CIA hizo un trabajo extraordinario para prevenir otro ataque a este país, dados los instrumentos legales que estábamos autorizados a usar.

—Por favor, responda sí o no. ¿Cree en perspectiva que esas técnicas eran inmorales?

—Senadora, lo que creo sentada hoy aquí es que apoyo la norma moral más alta a la que hemos decidido ceñirnos.

—¿Puede, por favor, responder a mi pregunta?

—Senadora, creo que ya he respondido.

—No, no lo ha hecho. ¿Cree que las técnicas anteriores, vistas ahora en perspectiva, eran inmorales? ¿Sí o no?

—Senadora, lo que creo es que debemos atenernos a la norma moral descrita en el Manual de campo del ejército.

Poco después de que Haspel se negara a responder a la pregunta, el difunto senador John McCain, que había sido sometido a cinco años de brutales torturas como prisionero de guerra en Vietnam del Norte, emitió una declaración diciendo que no apoyaría su nombramiento como directora de la CIA. «Como muchos estadounidenses, entiendo la urgencia que llevó a la decisión de recurrir a los llamados métodos de interrogatorio mejorados después de que nuestro país fuera atacado. Sé que quienes usaron métodos de interrogatorio mejorados y quienes los aprobaron querían proteger a los estadounidenses del peligro. Aprecio la dificultad del dilema al que se enfrentaron y la tensión que conlleva el cumplimiento del deber. Pero como he argumentado muchas veces, los métodos que empleamos para mantener nuestra nación segura deben ser tan correctos y justos como los valores que aspiramos a vivir y promover en el mundo.

»Creo que Gina Haspel es una patriota que ama nuestro país y ha dedicado su vida profesional a su servicio y defensa. Sin embargo, el papel de la señora Haspel en la supervisión del uso de la tortura por parte de los estadounidenses es inquietante. Su negativa a reconocer la inmoralidad de la tortura la descalifica. Creo que el Senado debería ejercer su deber de asesoramiento y consentimiento y rechazar esta nominación.»⁴

Vivimos en un mundo incierto, sumamente complejo y lleno de peligros. Los retos a los que nos enfrentemos en el futuro serán nuevos, estarán llenos de matices y requerirán que nos movilizemos basándonos en ser inteligentes, no en tener miedo. Habrá que tomar decisiones difíciles para mantener nuestra

seguridad, y serán decisiones que ninguna generación anterior habrá tenido que considerar. Y, sin embargo, nos servirán para recordar qué fue lo que nos ayudó a proteger al pueblo estadounidense y garantizar la paz en las generaciones anteriores a este momento. Debemos recordar que somos una nación que se rige por leyes, que defendemos el Estado de derecho. Debemos recordar por qué hemos trabajado y, en algunos casos, derramado sangre: un orden internacional que promueva la paz y la cooperación; un compromiso con la democracia, aquí y en todo el mundo; un rechazo a los dictadores déspotas y tiranos que gobiernan sus países basándose únicamente en su propio interés y no en los intereses de los pueblos a los que deben servir. Aunque hayamos sido imperfectos, la nuestra es una historia en busca de un mundo mejor, más seguro y más libre. En los años venideros, con todos los desafíos que se avecinan, no podemos perder de vista quiénes somos y quiénes podemos ser.

TODO LO QUE HE APRENDIDO

Al principio de mi carrera, uno de los primeros casos que llevé en la sala de audiencias del juez Jeffrey Horner en Oakland fue el de un conductor que se dio a la fuga tras un accidente. Para ilustrar mi alegato, había impreso un mapa en una gran hoja de papel, que fijé a un caballete con clips tipo mariposa. Necesitaba el mapa para mostrar al jurado el trayecto que había hecho el conductor.

No recuerdo todos los detalles del caso, pero sí recuerdo ese mapa, porque no dejé de confundir norte, sur, este y oeste. Para reconocer mi torpeza, en algún momento del proceso hice una broma riéndome de mí misma ante el jurado. Un rato después, durante un descanso, el juez Horner me llamó a su despacho.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —me dijo—. Tienes que ser capaz de sobreponerte a cualquier problema. Tienes que hacerlo.

Sus palabras se me quedaron grabadas, junto con tantas otras lecciones que he absorbido a lo largo del camino: la sabiduría esencial de mi madre; el estímulo y la orientación de los miembros de mi familia, amigos y mentores de confianza; y los poderosos ejemplos que he presenciado, tanto buenos como malos, que me han hecho comprender lo que se necesita para dirigir con eficacia, lo que se necesita para alcanzar los objetivos que te has marcado, y lo que nos debemos los unos a los otros en el proceso.

Estas lecciones las he aprendido a través de mi propia experiencia de vida y han ido dando fruto a medida que las aplicaba a lo largo de mi carrera. Hoy las

puedo expresar en una serie de frases breves, que los miembros de mi equipo oyen tan a menudo que probablemente se rían cuando lean este capítulo. Un año, mi equipo llegó a hacer pelotas antiestrés de color azul con la frase «Falsas dicotomías, no» impresa en blanco.

Por supuesto, no se puede reducir la complejidad del liderazgo a simples lemas. Pero mi equipo y yo confiamos en estos mantras como piedras angulares y guías, como puntos de partida para conversaciones políticas y como formas de determinar si avanzamos por el camino correcto. Las comparto aquí porque dicen mucho sobre mi filosofía y estilo personales. Y tal vez te ayuden a cambiar en algún sentido tu forma de pensar, al igual que la sabiduría que me aportaron otras personas me ayudó a moldear la mía.

Comprueba la hipótesis

Cuando era pequeña, solía acompañar a mi madre al laboratorio, donde me ponía tareas. Sobre todo, limpiar tubos de ensayo. Creo que, seguramente, ella siempre supo que yo no iba a seguir su camino en las ciencias. Me atraían las humanidades y las artes, aunque admirara a mi madre y a sus colegas y su trabajo.

Pero cuando eres la hija de una científica, la ciencia es una forma de moldear tu pensamiento. Nuestra madre solía hablarnos a Maya y a mí sobre el método científico como si fuera una forma de vida. Cuando le preguntaba por qué algo era así, no se contentaba con darme la respuesta. Quería que yo formulara mi propia hipótesis, que la usara como punto de partida para una investigación más profunda y que cuestionara mis suposiciones. Así es como hacía su trabajo en el laboratorio. Los experimentos que llevaba a cabo cada día tenían como objetivo averiguar si sus ideas seguían siendo válidas tras probarse. Era como dar pataditas a los neumáticos para comprobar la presión. Ella recopilaba y analizaba los datos y extraía conclusiones de esas pruebas. Si los resultados no confirmaban la hipótesis, volvía a evaluar.

La innovación es la búsqueda de lo que puede ser, sin la carga de lo que ha

sido. Y buscamos la innovación no porque estemos aburridos, sino porque queremos hacer las cosas de forma más rápida, más eficiente, más eficaz, más precisa. En la ciencia, en la medicina, en la tecnología, aplicamos la cultura de la innovación: hipótesis, experimentos y todo lo demás. Sabemos que cometeremos errores; pero no queremos cometer los mismos dos veces. Sabemos que habrá imperfecciones; eso es fundamental para nosotros. Nos hemos acostumbrado a la idea de que el *software* tiene que ajustarse y actualizarse. No tenemos ningún problema con el concepto de «solución de errores» y actualizaciones. Sabemos que cuanto más probemos algo, con más claridad entenderemos lo que funciona y lo que no, y mejor será el producto o el proceso final.

Pero en el ámbito de la política pública, parece que nos cuesta aceptar la innovación. Eso es, en parte, porque cuando te presentas a un cargo público y ante los votantes, no se espera que tengas una hipótesis; lo que se espera es que tengas «el Plan». El problema es que, cuando se introduce por primera vez cualquier innovación, nueva política o plan, es probable que haya fallos, y debido a que eres un personaje público, es muy probable que esos fallos terminen en el titular de alguna portada. Cuando el sitio web HealthCare.gov se cayó dos horas después de su lanzamiento en 2013, el problema, aunque pasajero, se convirtió en una excusa para presentar como una locura la lucha por una cobertura sanitaria asequible.

La cuestión es que, cuando estás en un cargo público, te arriesgas de verdad mucho si intentas desarrollar medidas audaces. Pero, a pesar de eso, creo que es nuestra obligación hacerlo. Es inherente a los juramentos que pronunciamos.

El objetivo de los funcionarios públicos es encontrar soluciones a los problemas, especialmente a los más espinosos, y tener visión de futuro. Siempre he dicho que el capital político no genera intereses. Tienes que gastártelo y estar dispuesto a asumir las consecuencias. Tienes que estar dispuesto a probar tu hipótesis y averiguar si tu solución funciona, basándote en parámetros y en datos. Seguir ciegamente la tradición no debería ser una forma de medir el éxito.

Michael Tubbs, el alcalde de Stockton, California, entiende esta idea mejor que nadie que yo conozca. Se convirtió en alcalde de una ciudad que había sido golpeada por la crisis de las ejecuciones hipotecarias y llevada a la bancarrota

con veintiséis años. Su ciudad sigue luchando contra la pobreza y el crimen y, ahora, contra el aumento de los alquileres. Tubbs pidió a un equipo de investigadores que identificaran nuevas formas de luchar contra la pobreza, y una de las ideas que propusieron fue un programa de renta mínima garantizada. La idea es dar a la gente dinero en efectivo que los ayude a llegar a fin de mes y, a la vez, impulsar la economía. Y esta era una hipótesis que él quería probar. La ciudad está preparando un programa piloto, que empieza en febrero de 2019, en el que dará a un grupo aleatorio de 100 residentes 500 dólares al mes durante dieciocho meses para que los gasten como quieran. Los investigadores se comunicarán con los participantes de forma regular durante el programa. Al final de ese periodo, la ciudad tendrá unos datos valiosísimos que ayudarán al alcalde —y a otros muchos dirigentes políticos— a determinar la eficacia de ese modelo.¹

Otra idea muy discutida para ayudar a los trabajadores estadounidenses es crear un programa de empleo garantizado.² En lugar de garantizar una renta mínima en efectivo, un empleo garantizado federal aseguraría que cualquiera que quiera trabajar tenga un trabajo digno y bien pagado. Es una idea sacada directamente de la Declaración de Derechos Económicos del presidente Franklin Roosevelt. ¿Es posible? ¿Funcionaría? Si forma parte del «Plan» que estás llevando a cabo, tu instinto es decir que sí. Pero la mejor respuesta es «hay que averiguarlo». Me sumé a un comité legislativo del Senado para crear un programa piloto que nos ayude a hacerlo. De una forma u otra, confío en que los resultados de ese programa nos proporcionen información para profundizar en esta idea.

Pisa el terreno

Hay una pequeña comunidad en el sur de California llamada Mira Loma que se encuentra justo al norte del río Santa Ana, en el límite occidental del condado de Riverside. Durante mucho tiempo fue una comunidad rural, un lugar de viñedos y granjas lecheras, un lugar donde a la gente le encantaba montar a caballo y

criar a sus hijos lejos de la niebla tóxica de la zona industrial de Los Ángeles. Pero a finales de la década de 1980, las cosas empezaron a cambiar.

El auge de la globalización hizo que Estados Unidos empezara a importar muchos más bienes de todo el mundo, y muchos contenedores de transporte procedentes de Asia terminaban en los puertos del sur de California. Así que el cercano condado de Riverside empezó a aprobar enormes proyectos de construcción de almacenes y centros de distribución para que los camiones dejaran en ellos la carga que recogían en los muelles. Cuando yo era fiscal general, había aproximadamente 90 megacomplejos de este tipo en Mira Loma.

La vida se transformó para las 4.500 familias que vivían allí. Las granjas se excavaron y pavimentaron. El tráfico se hizo insoportable. La tranquila comunidad rural fue absorbida por un distrito de almacenes industriales. Y el aire se volvió tóxico. Cada día, los camiones hacían más de 15.000 trayectos por las principales carreteras de Mira Loma, llevando consigo hollín y otras partículas. Pronto Mira Loma tuvo uno de los índices de contaminación por diésel más altos del estado, muy por encima de las normativas estatales y federales de calidad del aire.

Investigadores de la Universidad del Sur de California llevaron a cabo un estudio que reveló que la contaminación estaba relacionada con un escaso desarrollo pulmonar y otras enfermedades graves en los niños de Mira Loma. La Agencia de Protección del Medio Ambiente ya había expresado su preocupación por los peligros para la salud asociados a ese aire contaminado. Pero las cosas no hacían más que empeorar.

Las circunstancias de Mira Loma me llamaron la atención cuando me enteré de que el condado había aprobado otro complejo de almacenes, que generaría 1.500 trayectos más de camiones que atravesarían Mira Loma cada día. Los residentes presentaron una demanda para detener este proyecto, argumentando que el condado no se había tomado en serio los problemas de salud y no había hecho nada para mitigar el daño que esto causaría a una población que ya estaba sufriendo consecuencias peligrosas en su salud. Argumentaron que el condado no había seguido las normas estatales destinadas a proteger a comunidades como la suya. Tras revisar los documentos, estuve totalmente de acuerdo con ellos.

—Quiero unirme a la demanda —le dije a mi equipo—. Vamos a enseñar a esas familias que el estado las respalda.

La cosa podría haberse quedado ahí. Yo confiaba en que, con el apoyo de los recursos del estado, la comunidad sería capaz de ganar su demanda. Pero intervenir no bastaba. Limitarme a entender las circunstancias mediante los informes y las conversaciones con los abogados no bastaba. Yo quería pisar el terreno.

A medida que nos acercábamos a Mira Loma, empecé a ver una imponente masa de niebla y polución que envolvía la comunidad y las zonas circundantes. El sol brillaba a través de ella, pero con un tono gris y refractado a medida que nos adentrábamos en la nube tóxica. Cuando salí del coche, la contaminación me irritó los ojos. Se notaba en el aire. Si pasabas las yemas de los dedos por cualquier superficie, arrastrabas polvo y hollín.

Entré en una pequeña sala de reuniones donde los miembros de la comunidad se habían congregado para contarme sus historias. Una persona me dijo que todos los días, cuando el viento cambiaba, comenzaba a respirar los gases. Otra me contó que no era seguro que los niños jugaran al aire libre. Más de la mitad de los hogares tenían niños menores de dieciocho años que vivían atrapados en los interiores. Una mujer de voz suave me dijo que se alegraba de que yo estuviera allí, porque llevaban mucho tiempo peleando y parecía que nadie los escuchaba.

Un hombre me dijo que tenía que barrer para retirar el hollín de los accesos a su casa y limpiar las cuerdas del tendedero antes de tender la ropa. Estaba preocupado por los árboles de su patio trasero, que habían dejado de dar frutos y se estaban muriendo. Y expresó su preocupación por los habitantes de la comunidad, que padecían tasas elevadas de cáncer, asma y enfermedades cardíacas.

Al principio, eso fue lo único que dijo. Pero cuando volvió a tener el turno, el grupo lo animó a contar otra historia mucho más personal, que era la que lo había llevado a la reunión.

—Es muy duro para mí hablar de esto. Pero, bueno, lo haré para ayudar a esta comunidad.

Empezó a hablar entre lágrimas.

—Yo tenía una hija, que murió antes de cumplir los quince años. En lugar de organizar su decimoquinto cumpleaños, tuve que organizar su funeral. Falleció de cáncer de pulmón. A veces me cuesta mucho hablar de esto. Pero si puede ayudar, esta es mi historia.

Y ayudó. La lucha contra el condado tendría lugar en tribunales y en salas de reuniones, y no seríamos solo la voz, sino también el medio a través del cual se contaría la historia de la comunidad. Para entender de verdad el dolor al que se está enfrentando una comunidad, no basta con imaginar cómo debe de ser. No es posible crear políticas inteligentes desde una torre de marfil, y las discusiones no se ganan solo con hechos. Lo que importa es estar allí siempre que sea posible, en persona, con los oídos y los ojos bien abiertos, hablando con la gente que vive el problema de cerca. Fue importante que estuviéramos allí para escuchar la angustiada historia de ese padre y las historias de otras familias de Mira Loma.

Era importante visitar a los soldados que esperaban su próxima misión en Irak y a los marineros que se preparaban en San Diego para desplegarse durante meses en un submarino nuclear. Una cosa es hablar de las necesidades de las comunidades militares y de inteligencia en una sala de audiencias del Senado. Y otra muy distinta es pisar el terreno y relacionarse con las personas de carne y hueso, con los hombres y las mujeres que están en acto de servicio. Pasé mucho tiempo con las tropas, hablé de sus especialidades y su entrenamiento, de los desafíos de su trabajo y de cómo habían llegado a elegir esa vida por una mezcla de valentía y sentido del deber. Pero también hablamos de otras cosas: de lo que echaban de menos, de lo que temían, de lo que habían dejado atrás, de los sacrificios que hacían sus familias cuando ellos no estaban. Eran temas personales, e importantes.

Era importante visitar un campamento de refugiados sirios en Jordania para ver de cerca cómo era la vida de las personas atrapadas allí, el 70 % de las cuales eran mujeres y niños. Recorrimos en coche el campamento, que parecía extenderse hasta el infinito en todas direcciones; cada vivienda improvisada representaba a una familia que había huido de la guerra y las masacres. Insistí en que nos bajáramos de los coches. Caminamos por una calle que habían apodado

los Campos Elíseos, por la famosa calle comercial de París, y admiramos los puestos de ropa y comida. En un momento dado, tres niños vinieron corriendo y empezaron a hablarme. Uno de ellos, de unos diez años, con una camiseta azul de fútbol, se mostró muy cariñoso conmigo. Nos hicimos un selfi y luego me pidió, a través de los intérpretes, que fuera a conocer a su familia. Dije que por supuesto, y lo seguí a través del campamento hasta donde vivían.

Cuando llegué, me encontré con una extensa familia saludándome. Compartían dos pequeñas viviendas y habían creado un pequeño patio entre ambas, con una tabla como voladizo. Sus abuelos estaban allí —la matriarca y el patriarca de la familia— y fueron increíblemente hospitalarios al recibirme.

—¿Se quedará a tomar el té? —me preguntó el abuelo.

—Sería un honor —le respondí.

La abuela fue detrás de la cabaña, donde había un grifo de agua y un pequeño hornillo de gas. Lo siguiente que supe es que había regresado con una bandeja de hermosos vasos, un plato de dulces y una tetera.

Estábamos todos sentados en el suelo con las piernas cruzadas, tomando el té. Estaba a punto de pedirles que me lo explicaran todo —la historia de cómo habían llegado allí, la experiencia de vivir en el campo de refugiados—, cuando el abuelo comenzó a hablar.

—Bueno, la hemos invitado a nuestra casa. La hemos invitado a un té. Le hemos dado comida. Ahora, dígame, ¿quién es usted?

Valora lo prosaico

Bill Gates está obsesionado con los fertilizantes. Escribe: «Voy a reuniones donde es un tema serio de conversación. Leo libros que hablan sobre sus beneficios y los problemas de su uso excesivo. Es el típico tema que tengo que recordar no sacar muy a menudo en los cócteles, ya que la mayoría de la gente no lo encuentra tan interesante como yo». ¿A qué se debe tal fascinación? Él explica que el 40 % de la población de la tierra le debe su vida al aumento de producción de las cosechas, que fue posible gracias a los fertilizantes. Fue

literalmente el combustible de la Revolución verde, que ayudó a sacar a cientos de millones de personas de la pobreza. Lo que Gates sabe es que hay una gran diferencia entre anunciar un plan para acabar con el hambre en el mundo y acabar realmente con ella. Y cerrar esa brecha depende de detalles en apariencia prosaicos como el fertilizante, los patrones climáticos y la altura del trigo.

La política es un ámbito en el que las grandes declaraciones de intenciones a menudo roban espacio al trabajo minucioso y detallista necesario para llevar a cabo las cosas que realmente importan. Esto no quiere decir que hacer grandes declaraciones sea malo. El buen liderazgo requiere visión a largo plazo y aspiraciones. Articular ideas audaces que lleven a la gente a actuar. Pero a menudo es el ámbito de los detalles aparentemente sin importancia, la ejecución cuidadosa de las tareas tediosas y el trabajo entregado lejos de los focos lo que hace posible los cambios que buscamos.

Valorar lo prosaico también implica asegurarse de que nuestras soluciones funcionan de verdad para la gente que las necesita. Cuando era fiscal general de California, por ejemplo, y fui tras la universidad con ánimo de lucro Corinthian Colleges, me preocupé mucho de lo que pasaría con los alumnos que habían sido estafados. Los alumnos tenían derecho a trasladar su expediente a otra facultad, a que se les cancelara el préstamo o a que se les devolviera el dinero, pero el papeleo era bastante complicado. La mayoría de ellos no tenían ni idea de por dónde empezar, o incluso no sabían que contaban con esas opciones.

Habíamos ganado el caso, pero los alumnos no se beneficiarían de la ayuda financiera a menos que pudieran manejarse con la burocracia. Así que mi oficina creó un sitio web para guiar a los alumnos, paso a paso, a través de este complejo proceso. Quería que fuera lo más fácil posible para cualquiera ejercer sus derechos y obtener ayuda real. Durante el desarrollo del sitio web, mi equipo venía a menudo a mostrarme los progresos y yo lo probaba, literalmente, haciendo clic para ir de una sección a otra. Más de una vez, tuve problemas para seguir el proceso. Entonces les decía:

—Si no lo entiendo yo, ¿cómo lo van a entender los alumnos?

Eso significaba que el equipo tenía que rehacer la interfaz y el texto. Por frustrante que fuera el proceso, el resultado fue un mejor producto. Tomarse el

tiempo para limar los detalles hizo que la herramienta fuera más adecuada para los estudiantes que la necesitaban.

Mi conclusión es: hay que trabajar duro en las cosas pequeñas, porque a veces resulta que las cosas pequeñas son en realidad las cosas importantes. Una vez leí una historia sobre una directora de una escuela de primaria de San Luis que quería hacer frente al absentismo escolar imparable en su escuela. Cuando habló con los padres, se dio cuenta de que muchos de los niños no tenían ropa limpia. O bien no tenían acceso a las lavadoras, o sus familias no podían pagar el detergente, o les habían cortado la luz. A los alumnos les daba vergüenza ir a la escuela con la ropa sucia.

—Creo que la gente no habla de no tener ropa limpia porque da ganas de llorar o de irte a casa o de echar a correr o cosas así —explicaba un exalumno—. No sienta bien.

Así que la directora hizo instalar una lavadora y una secadora en su escuela, e invitó a los alumnos que habían perdido más de diez días de clase a hacer la colada en el recinto. Según CityLab, en el primer año de la iniciativa, más del 90 % de los alumnos a los que hicieron un seguimiento aumentaron su asistencia.

Las palabras importan

Las palabras tienen la capacidad de empoderar y engañar, el poder de calmar y también el de herir. Pueden difundir ideas importantes, pero también equivocadas. Pueden incitar a la gente a la acción, para bien o para mal. Las palabras son increíblemente poderosas, y la gente que ostenta el poder, cuyas palabras llegan más lejos y más rápido, tienen la obligación, el deber, de hablar con precisión y sabiduría. Las Sagradas Escrituras dicen: «El sabio es comedido en sus palabras y el inteligente mantiene la calma».

Como alguien que representa a casi 40 millones de personas y que busca dar voz a los que no la tienen, soy muy consciente del potencial que hay en mis palabras. Así que cuando hablo, lo hago a sabiendas de la importancia que tiene elegir unas palabras u otras.

En primer lugar, cómo llamamos a las cosas y cómo las definimos, determina la opinión de la gente sobre ellas. Demasiado a menudo, usamos las palabras para quitar importancia a las impresiones que nos genera un tema, o para menospreciar a los demás. Por eso insistí en usar una terminología más adecuada en mi trabajo con jóvenes víctimas de explotación sexual. No era correcto referirse a estas personas como «prostitutas adolescentes». Eran jóvenes que estaban siendo explotadas y de las que los adultos abusaban.

Cuando era fiscal general, llevé un caso contra un hombre que había creado un sitio web llamado UGotPosted.com, que invitaba a la gente a subir contenido sexualmente explícito de sus antiguas parejas sexuales. El hombre que dirigía el sitio web exigía un pago a los protagonistas de las imágenes a cambio de eliminarlas. En la prensa, y en el lenguaje común, el acto de publicar este tipo de imágenes fue descrito como «pornografía de venganza». En mi oficina, el personal redujo el nombre del caso a «porno venganza».

A mí no me encajaba. La venganza es algo que infliges a alguien que te ha hecho daño. Aquellas personas no habían hecho ningún daño a los infractores. No era una venganza. Tampoco era pornografía. Las víctimas nunca habían tenido intención de que las imágenes se mostraran públicamente. Era, simple y llanamente, una extorsión por internet, así que nos referimos a ella como ciberabuso. Indiqué a mi equipo que no debíamos usar el término «porno venganza». Animé a los medios de comunicación a que tampoco lo usaran. Y lo hice por un motivo fundamental: las palabras importan.

Y, en segundo lugar, porque quiero decir la verdad. Aunque sea incómoda. Aunque genere inquietud en la gente. Después de escuchar la verdad, las personas no siempre se van a casa de buen humor y, a veces, no te gustará su reacción cuando se la digas. Pero al menos todo el mundo se va sabiendo que la conversación ha sido sincera.

Esto no quiere decir que todas las verdades sean incómodas, o que la intención al pronunciarlas sea causar incomodidad. Muchas verdades son increíblemente esperanzadoras. Lo que quiero decir es que el trabajo de los funcionarios electos no es cantar nanas para calmar al país y sumirlo en la

autocomplacencia. Nuestro trabajo es decir la verdad, incluso cuando no es bienvenida o el momento no es el más adecuado.

Enseña los números

Muchos de nosotros recordamos haber hecho exámenes de matemáticas en primaria en los que no bastaba con responder correctamente a las preguntas. Tenías que enseñar los números que habías hecho para llegar a esa solución. Así, el docente podía ver el desarrollo de tu lógica, paso a paso. Si tu resultado era correcto, el docente sabía que no había sido cuestión de suerte. Y si era erróneo, veía exactamente dónde te habías equivocado y por qué, y te podía ayudar a corregir tu error.

«Enseñar los números» es algo que he hecho a lo largo de toda mi carrera. En parte, es una metodología que nos ayuda a mí y a mi equipo a poner a prueba la lógica de nuestras propuestas y soluciones. Cuando nos obligamos a exponer nuestras hipótesis, a menudo descubrimos que algunos de nuestros argumentos asumen cosas que no deberían. Así que volvemos sobre ellos y los revisamos, los repasamos y los analizamos más a fondo para que, cuando la propuesta esté lista, podamos confiar en su solidez.

Al mismo tiempo, creo que los líderes que piden confianza a la gente también tienen la responsabilidad de enseñar sus números. No podemos tomar por ellos las decisiones de los demás, pero tenemos que ser capaces de mostrar cómo hemos tomado las nuestras.

Por eso, cuando enseñaba a jóvenes abogados a preparar un alegato final, les recordaba que no bastaba con ponerse delante del jurado y decirle: «El resultado es ocho». Su trabajo era llegar allí y mostrar al jurado que dos más dos más dos y más dos suman, categóricamente, ocho. Les decía que tenían que descomponer todos los elementos. Que explicaran la lógica de su alegato. Que mostraran al jurado cómo habían llegado a su conclusión.

Cuando muestras a la gente cómo llegas a un resultado, les proporcionas los instrumentos para decidir si están de acuerdo con la solución. E, incluso aunque

no estén de acuerdo con todo, puede que sí lo estén con gran parte del proceso, una forma de «confianza parcial» en la formulación de políticas, que puede sentar las bases de una colaboración constructiva.

Nadie debería luchar solo

En la primavera de 1966, César Chávez lideró una marcha de 500 kilómetros de trabajadores agrícolas latinos y filipinos desde el Valle Central de California hasta la capital del estado en un intento de llamar a la acción y dirigir la mirada del país al trato inadmisiblemente que recibían los trabajadores agrícolas. Ese verano, se creó el Sindicato de Trabajadores Agrícolas, que, bajo el liderazgo de Chávez, se convertiría en una de las organizaciones de derechos civiles y laborales más importantes del país.

Al mismo tiempo, a 3.000 kilómetros de distancia, Martin Luther King Jr. lideraba el Movimiento por la Libertad de Chicago. Mediante discursos, mítines, marchas y reuniones planteó todas sus exigencias, desde el fin de la discriminación en el acceso a la vivienda hasta la necesidad de una educación de alta calidad para todos.

En septiembre de 1966, King envió a Chávez un telegrama. Le habló sobre los muchos frentes en los que había que luchar por la igualdad: «En los barrios de chabolas, en los talleres clandestinos de las fábricas y los campos. Nuestras luchas son en realidad una sola: la lucha por la libertad, la dignidad y la humanidad».

Esa es una sensación que creo que todos deberíamos albergar. Hay muchas luchas en marcha en este país: contra el racismo y el machismo, contra la discriminación basada en la religión, el lugar de nacimiento y la orientación sexual. Cada una de estas luchas es única. Cada una de ellas merece nuestra atención y nuestro esfuerzo. Y sería un error sugerir que las diferencias no importan, o que una solución o una lucha por sí sola las resolverá todas. Pero, al mismo tiempo, deberíamos albergar la creencia que King le transmitió a Chávez: que estas luchas tienen en común la búsqueda de la libertad, de la dignidad

humana básica. El movimiento Black Lives Matter no puede ser solo un llamamiento a los negros, sino una bandera ante la cual se alzarán todas las personas decentes. El movimiento #MeToo no puede hacer cambios estructurales duraderos para las mujeres en el lugar de trabajo a menos que los hombres se unan al esfuerzo. Las victorias de un grupo pueden conducir a victorias para otros, en los tribunales y en la sociedad en su conjunto. Ninguno de nosotros — nadie— debería luchar solo.

Y si tenemos la suerte de estar en una posición de poder, si nuestra voz y nuestras acciones pueden movilizar el cambio, ¿no estamos especialmente obligados a ello? Ser un aliado no puede consistir únicamente en asentir con la cabeza cuando alguien dice algo con lo que estamos de acuerdo, por muy importante que sea hacerlo. También hay que pasar a la acción. Nuestro trabajo es defender a los que no están en la mesa donde se toman las decisiones que afectan directamente a sus vidas. No solo a las personas que se parecen a nosotros. No solo a los que necesitan lo mismo que nosotros. No solo a los que han podido hablar con nosotros. Nuestro deber es mejorar la condición humana, de todas las maneras posibles, para todos los que lo necesiten.

Si merece la pena luchar por ello, hay que hacerlo

—El lunes me paré frente a su oficina —le dijo una manifestante llamada Ana María Archila al senador republicano Jeff Flake, de Arizona, al subir a un ascensor—. Le conté la historia de la agresión sexual que sufrí. Lo hice porque al oír la historia de la doctora Ford supe que ella está diciendo la verdad. ¡Lo que está haciendo es permitir que alguien que agredió sexualmente a una mujer se sienta en el Tribunal Supremo! ¡Esto es intolerable!

Mientras ella hablaba, el senador Flake asentía con la cabeza, pero no la miraba a los ojos. Luego, otra superviviente, Maria Gallagher, también habló:

—Me agredieron sexualmente y nadie me creyó. No se lo dije a nadie, y usted le está diciendo a todas las mujeres que no importan, que deberían quedarse calladas porque, si cuentan lo que les pasó, las van a ignorar. Eso es lo que me

pasó, y eso es lo que le está diciendo a todas las mujeres de Estados Unidos, que no importan. —El senador Flake siguió evitando la mirada de la mujer—. ¡Míreme cuando le hablo! —dijo, con la voz quebrada—. Me está diciendo que mi agresión no importa, que lo que me pasó no importa, y que va a dejar que la gente que hace estas cosas llegue al poder. Eso es lo que me dice cuando vota a su favor. ¡No mire hacia otro lado!

Los ascensores se cerraron, y el senador Flake se dirigió a la sala donde el Comité Judicial estaba celebrando una votación para el nombramiento de Brett Kavanaugh.

Me habían asignado al Comité Judicial diez meses antes y sabía que en algún momento participaría en una audiencia de confirmación para cubrir un puesto del Tribunal Supremo. Pero cuando Anthony Kennedy anunció que se retiraba el 27 de junio de 2018, me sumé a los millones de personas que se quedaron atónitas y consternadas, especialmente cuando supimos que el juez Kavanaugh había sido elegido para sustituirlo.

Antes de que conociéramos el nombre de Christine Blasey Ford, ya sabíamos por las declaraciones públicas del juez Kavanaugh, sus escritos y su historial judicial que era contrario a los derechos civiles, al derecho a voto y a los derechos reproductivos. Sabíamos que sería un voto seguro en contra de los sindicatos, del medio ambiente y de las regulaciones empresariales.

Antes de su primera serie de audiencias de confirmación ya sabíamos que había algo en su pasado que el juez Kavanaugh y la Casa Blanca estaban tratando de ocultar. Lo sabíamos porque el 90 % del expediente del juez Kavanaugh había sido retenido y no había llegado a los miembros del Comité Judicial.

Después de esas primeras audiencias supimos que Brett Kavanaugh había engañado al Senado bajo juramento: sobre su participación en el robo de documentos, sobre su trabajo con candidatos judiciales controvertidos, sobre su papel en las escuchas telefónicas de la era Bush.

Eso era lo que ya sabíamos. Y entonces conocimos el nombre de aquella mujer. Y después conocimos su historia.

Nos enteramos de que cuando estaba en el instituto, Christine Blasey Ford

había ido a una reunión en una casa con varias personas, donde Brett Kavanaugh se le había echado encima, se había restregado contra ella y la había manoseado mientras trataba de quitarle la ropa. Nos enteramos de que cuando ella intentó gritar, él le había puesto la mano en la boca, que ella creyó que la iba a violar, que temió que la matara sin darse cuenta.

—Conseguí levantarme y salir corriendo de la habitación —explicó la doctora Ford mientras testificaba bajo juramento ante el Comité Judicial sobre la agresión—. Justo enfrente del dormitorio había un pequeño baño. Entré corriendo y me encerré allí. Oí a Brett y Mark salir de la habitación riendo y bajar las estrechas escaleras, golpeándose con las paredes al bajar. Esperé, y cuando no los oí volver a subir, salí del baño, bajé corriendo las escaleras, atravesé la sala de estar y salí de la casa —continuó—. Recuerdo estar en la calle y sentir una enorme sensación de alivio por haber escapado de la casa y que Brett y Mark no vinieran a por mí.

La observé impresionada mientras contaba su historia. Frente a la doctora Ford se sentaron los 21 miembros del Comité Judicial del Senado, observándola desde un estrado elevado. Detrás de su asiento había muchos rostros conocidos entre el público. A su izquierda estaba Rachel Mitchell, una fiscal de Arizona que interrogaría a la doctora Ford en vez de los miembros republicanos del comité, todos hombres, que aparentemente dudaban de su propia capacidad para interrogarla. También había guardaespaldas en la sala, cuya protección necesitaba ahora la doctora Ford. Y, por supuesto, había cámaras, transmitiendo cada momento, cada movimiento, cada palabra pronunciada y cada lágrima derramada frente a público de todo el país. Aquellas no eran las condiciones adecuadas para que una persona tuviera que hablar del peor día de su vida.

Y, sin embargo, allí estaba ella, frente a nosotros y el mundo, incluso después de recibir amenazas de muerte, incluso después de tener que abandonar su casa, incluso después de los innumerables y viles ataques que le lanzaron desde internet. Christine Blasey Ford vino a Washington movida por lo que ella denominó su deber cívico y testificó en una de las más extraordinarias muestras de coraje que he visto en mi vida.

Después respondió el juez Kavanaugh.

—Estas dos semanas han sido un ataque político calculado y orquestado —se quejó Kavanaugh ante el comité—, un ataque avivado por la aparente ira contra el presidente Trump y las elecciones de 2016, un miedo alimentado injustamente hacia mi historial judicial, una venganza en nombre de los Clinton y millones de dólares aportados por los grupos de oposición de la izquierda. —Preso de la ira declaró—: El comportamiento de varios de los miembros demócratas de este comité en la audiencia de hace unas semanas fue una vergüenza.

Siguió así durante cuarenta y cinco minutos. Y esa fue solo su declaración inicial.

—Me gusta la cerveza. Me gusta la cerveza —dijo Kavanaugh en respuesta a una pregunta del senador Sheldon Whitehouse, un demócrata de Rhode Island—. No sé si a usted le gusta. ¿Le gusta la cerveza, senador, o no? ¿Qué le gusta beber? Senador, ¿qué le gusta beber?

La senadora de Minnesota Amy Klobuchar, también demócrata, le preguntó:

—¿Dice que nunca ha habido un caso en el que haya bebido tanto que no recuerde lo que pasó la noche anterior, o parte de lo que pasó?

—A ver... Me está preguntando sobre, ya sabe, desmayarse —dijo, con visible frustración—. No lo sé. ¿A usted le ha pasado?

—¿Podría responder a la pregunta, juez? Yo solo... es decir... que no le ha pasado. ¿Es esa su respuesta?

—Sí —dijo con prepotencia—. Y tengo curiosidad por saber si a usted le ha pasado.

—Yo no tengo problemas con la bebida, juez —dijo, momentos después de haber descrito cómo el alcoholismo había afectado profundamente a su padre.

—Ya, yo tampoco —replicó.

Fue, sobre todo, un momento revelador por parte de un hombre que había jurado en todas partes que siempre trata a las mujeres con respeto.

Casi al final de la audiencia, llegó mi turno de interrogar al testigo. Como todos sabían, la doctora Ford había hecho y superado favorablemente una prueba de polígrafo. A ella se le había exigido que presentara a testigos y expertos para que testificaran. Y, lo que es más importante, el FBI la había investigado. Me

preguntaba si Kavanaugh había tenido que hacer lo mismo. Evitó responder en repetidas ocasiones, como ya había hecho ante muchas preguntas anteriores de mis colegas. El contraste entre la sinceridad de la doctora Ford y la cautela del juez Kavanaugh era obvio.

Al igual que su voluntad de engañar al comité. Hizo declaraciones descaradamente falsas sobre el significado de ciertos términos que había escrito en su anuario del instituto. Restó importancia a aspectos clave sobre su consumo de alcohol. Mintió sobre el tipo de reuniones a las que asistía en el instituto.

Y ese carácter. El flagrante comportamiento del juez Kavanaugh estaba tan alejado de las normas judiciales que, en los días posteriores a la audiencia, el Colegio de Abogados de Estados Unidos reabrió su evaluación sobre él, y más de 2.400 académicos firmaron una carta abierta al Senado diciendo que «estamos de acuerdo, como profesores de Derecho y académicos de las instituciones judiciales, en que no mostró la imparcialidad y la templanza judiciales necesarias para sentarse en el más alto tribunal de nuestro país».

Y, sin embargo, desde el momento en que terminó la audiencia, parecía que el comité republicano estaba listo y ansioso por seguir adelante, y que, a pesar de la actuación de Kavanaugh y del testimonio de la doctora Ford, el comité seguiría adelante con el nombramiento. Poco después de que el juez Kavanaugh acabara de testificar el jueves por la noche, los líderes republicanos programaron una votación del comité sobre su candidatura para el viernes por la mañana.

Hay muchas razones por las que los supervivientes de una agresión sexual no la denuncian, y una de ellas es el miedo —o la suposición— de que nadie les creerá.

—Calculaba a diario el riesgo/beneficio para mí al alzar la voz, y me preguntaba si estaría saltando delante de un tren que iba a seguir hacia su destino de todos modos —había declarado la doctora Ford esa mañana— y que yo sería totalmente destruida como persona.

Al ver que los senadores republicanos seguían adelante, ese temor parecía muy justificado. Esos senadores prefirieron no creer a Christine Blasey Ford, a pesar de que ella lo había arriesgado todo para advertirles de lo que sabía, a

pesar de que había contado su historia antes de que el juez Kavanaugh hubiera sido propuesto, a pesar de que no tenía ninguna razón para mentir.

Eligieron no creer a la doctora Ford a pesar de que se negaron a hacer una verdadera investigación, a pesar de que ella tenía información que corroboraba sus afirmaciones, a pesar de que el juez Kavanaugh había sido objeto de más de una acusación. Sencillamente, para los defensores del juez Kavanaugh, el coste de creerla a ella —el coste de la verdad— era demasiado alto.

—Estamos hablando de poder en estado puro —dije a la mañana siguiente después de liderar un paro de la audiencia del comité—. Lo están viendo en la audiencia de esta mañana; lo han visto en el proceso desde el principio... Esto es un fracaso de este órgano que no ha hecho lo que siempre se ha dicho que debía hacer: deliberar.

Cuando volví a la cámara, hubo murmullos. El senador Flake parecía afectado por el encuentro con las supervivientes que lo habían detenido en el ascensor camino de la audiencia esa mañana. Después de consultar con el senador Chris Coons, demócrata de Delaware, y otros, el senador Flake pidió un retraso de la votación final para que el FBI dispusiera de una semana para investigar más a fondo. Eso nos dio un inesperado aplazamiento.

Ahora sabemos que la sensación de victoria de ese momento fue efímera, pero eso no le quita importancia. Dos víctimas de una agresión sexual paradas frente a un ascensor parecieron cambiar la opinión de un senador al que la mayoría consideraba inamovible, lo que garantizó una investigación del FBI y forzó una demora en un proceso fuera de control. En ese momento, esas dos valientes mujeres fueron más poderosas que todos los senadores demócratas del Comité Judicial. Juntas detuvieron la historia y nos dieron una última oportunidad de vencer.

Pero la Casa Blanca tenía otro as en la manga. La Administración Trump limitó el alcance de la investigación, dictando con quién podía hablar el FBI e incluso impidiendo que los agentes entrevistaran al respecto a la doctora Ford y al propio juez Kavanaugh. Y, sin embargo, para los senadores clave, el hecho de que hubiera habido una investigación de cualquier tipo fue suficiente. El 6 de

octubre de 2018, estuve en el hemiciclo del Senado para ver cómo se nombraba al juez Kavanaugh.

He estado escribiendo estas palabras desde entonces, incluso mientras doy los toques finales a este manuscrito. Como muchos estadounidenses, todavía estoy procesando lo que acaba de pasar en nuestro país. Pero, por ahora, diré esto: sería un error restar importancia a las consecuencias de tener al juez Kavanaugh en el Tribunal Supremo. Con este nombramiento vitalicio, estará en condiciones, junto con la mayoría conservadora del tribunal, de poner fin al derecho al aborto tal y como lo conocemos; de invalidar la ACA; de desmontar la base jurídica de las regulaciones para las empresas; de eliminar derechos fundamentales en cuanto al voto, al matrimonio y a la privacidad.

Me preocupa cómo envenenarán su partidismo y su talante al tribunal, cómo afectarán a la toma de decisiones, cómo perjudicarán a los muchos que buscan ayuda en los tribunales. Me preocupa cómo afectará al tribunal tener a un hombre acusado de agresión sexual entre sus jueces. Me preocupa el mensaje que se ha enviado una vez más a los estadounidenses y al mundo: que, en nuestro país, hoy en día, alguien puede rabiarse, arremeter y resistirse a rendir cuentas y aun así ascender a una posición de extraordinario poder sobre la vida de otras personas.

Pero esto es lo que no me preocupa: no me preocupa nuestro compromiso con la lucha por un país mejor. No me preocupa que esta experiencia haya disminuido nuestra voluntad. Elegimos esta lucha no porque estuviéramos seguros de que podíamos ganarla, sino porque estábamos seguros de que era lo correcto. Porque eso debería ser lo único que importa. Y sé que no es un tópico para consolarse decir algo que es absolutamente cierto: que, aunque no venciéramos, esta lucha era importante.

La doctora Ford no alzó la voz en vano. Como dijo el senador Patrick Leahy sobre su decisión de hablar: «La valentía es contagiosa». Las cámaras y los micrófonos que la doctora Ford nunca buscó llevaron su historia y su mensaje mucho más allá de nuestra sala del comité, inspirando a mujeres y hombres a contar las historias de sus agresiones sexuales, muchos de ellos por primera vez. El día que la doctora Ford testificó, las llamadas a la Línea Nacional de Ayuda

en Caso de Agresión Sexual aumentaron un 200 %. Las mujeres llamaban al canal de televisión C-SPAN para compartir sus historias. Escribían páginas de opinión. Se lo contaban a sus maridos y padres. Relataban su verdad y, al hacerlo, dejaban más clara que nunca la omnipresencia de la violencia sexual.

Para estas supervivientes no fue agradable tener que revivir su dolor. Muchas de las que hablaron no buscaban justicia, y mucho menos tenían expectativas de conseguirla. Pero hablaron, como las víctimas de Harvey Weinstein, Larry Nassar y Bill Cosby, como los supervivientes de los abusos en la Iglesia católica, para ayudar a asegurar que este tema no vuelva a ser silenciado. La violencia sexual es real. Es terrible. Afecta tanto a hombres como a mujeres. Y nadie debe sufrirla en silencio. Los rostros, las voces, las multitudes que llenaban la sala de audiencias y el edificio Hart y las calles del Tribunal Supremo, las personas que inundaban las redes sociales con mensajes de solidaridad y compartían su angustia, todos nos pedían que escucháramos, respetáramos, creyéramos y actuáramos. Sus voces, como la de la doctora Ford, tendrán un alcance que perdurará en el tiempo.

De hecho, aunque esta batalla ha terminado, el alcance de sus repercusiones está por ver. La historia ha demostrado que la voluntad de una persona de defender lo que es correcto puede ser la chispa que desate un cambio mucho mayor. El testimonio de Anita Hill³ no fue suficiente para mantener a Clarence Thomas fuera del Tribunal Supremo en 1991, pero introdujo el término «acoso sexual» en la opinión pública y abrió un debate nacional. Menos de dos meses después del testimonio de Hill, el Congreso aprobó la Ley de Derechos Civiles de 1991, que amplió los recursos disponibles para las víctimas de acoso sexual. Al año siguiente, las mujeres demócratas tomaron por sorpresa las elecciones de 1992, duplicando el número de mujeres en la Cámara y triplicando el del Senado.

No soy ninguna ingenua. Camino por los mismos pasillos donde un senador republicano dijo a las víctimas de agresiones sexuales que «maduraran» y donde otro describió a los supervivientes que se manifestaban como una «mafia», incluso cuando el presidente al que sirve estaba incitando a la multitud a humillar a la doctora Ford. Sé —todos lo sabemos— que aún queda mucho

camino por recorrer antes de que a las mujeres se les conceda el pleno respeto y la dignidad que merecen. Pero me alienta el número sin precedentes de mujeres que se presentan a las elecciones y las muchas más que se han animado a participar en política. Me alientan los nuevos lazos que se están forjando y que traspasan las fronteras de la raza, la edad, los orígenes, la experiencia y el género, ya que las mujeres y los hombres están hombro con hombro en favor de la justicia, la igualdad y los derechos básicos.

Este progreso es producto de un movimiento. Un movimiento que comenzó antes de que Anita Hill testificara y continuará mucho después de que la doctora Ford se convierta en una heroína en los libros de historia de nuestros hijos. Nos haremos más fuertes con cada lucha, aunque nos enfrentemos a reveses. Aprenderemos con cada capítulo, aunque las lecciones sean difíciles. Afrontaremos lo que venga con la convicción de que el cambio es posible, sabiendo que la verdad es como el sol. Siempre sale.

Puedes ser el primero, no seas el último

Estaba en medio de mi primera campaña para ser fiscal de distrito cuando recibí la llamada de una vieja amiga de la Facultad de Derecho, Lisa, que trabajaba como orientadora laboral en una Facultad de Derecho cercana. Había conocido a una joven negra llamada Venus Johnson, una estudiante de Derecho de segundo año que había crecido en Oakland, hija de un inmigrante, que soñaba con convertirse en fiscal. No es extraño que al oír la historia de Venus, mi amiga pensara en mí.

Quedamos en pasar un día juntas en otoño de 2003, y desde el momento en que estreché la mano de Venus, percibí la increíble sensación de tener mucho en común. Me veía reflejada en ella. Tuvo la amabilidad de pasar el día conmigo mientras yo hacía campaña y me encargaba de algunos recados. En un momento dado, acabamos comprando un regalo de boda para uno de mis mejores amigos. (Me decidí por ropa de cama.) En otro momento, pasamos en coche por delante de una tienda que tenía un cartel de mi adversario en el escaparate.

—Vamos, acompáñame —le dije a Venus mientras sacaba uno de mis carteles del maletero.

Entramos, le tendí la mano al dueño de la tienda y le pedí su apoyo.

—Pero..., mmm... Tengo el cartel de otro candidato en el escaparate —dijo sin saber muy bien qué hacer.

—Perfecto —le dije—. ¡Puede poner también el mío!

Accedió y seguimos nuestro camino.

Durante la comida, Venus y yo hablamos de las razones por las que quería ser fiscal y el tipo de trabajo que esperaba hacer. Me contó que su padre tenía una larga carrera en las fuerzas del orden y que siempre se imaginaba a sí misma luchando en nombre de las víctimas. Le dije que yo había tomado un camino similar y le recomendé que hiciera caso a su instinto y se uniera a la fiscalía de distrito del condado de Alameda. Le dije que me gustaría hacer algunas llamadas para recomendarla.

Parecía preguntarse por qué estaba haciendo aquello por ella. Le dije que había algo que mi madre solía decir y que yo siempre tenía presente. «Puedes ser el primero. No seas el último.» Mi madre había llegado a donde estaba gracias a la ayuda de mentores. Yo también había llegado a donde estaba gracias a mentores. Y yo quería ser una mentora para tantas personas como fuera posible durante mi carrera.

Unos años después de mi primera conversación con Venus, ella consiguió el trabajo con el que soñaba en la fiscalía de distrito del condado de Alameda. Trabajó allí durante ocho años y, como yo, se especializó en ayudar a víctimas de violencia sexual. Durante esos años seguimos hablando con regularidad. En 2014, se unió a mi equipo en la fiscalía general, y al cabo de un año de trabajar para mí en asuntos legislativos, decidí pedirle una cosa.

La llamé para que viniera a mi oficina.

—Quiero que seas mi fiscal general adjunto y mi jefa de gabinete *de facto*. —
Se produjo una pausa expectante.

—¿Yo? —me preguntó.

—Sí, tú.

He tenido mucha suerte en mi vida, pero no estoy segura de haberme sentido

alguna vez tan afortunada como cuando ella me dijo que sí. Desempeñó el trabajo tan maravillosamente como yo pensaba. Además de hacer que todo funcionara, de dotarme de personal y de ser la última persona en comprobar que yo estuviera preparada para las reuniones y las ruedas de prensa, ayudó a gestionar una compleja burocracia y a dirigir importantes iniciativas en mi nombre como asesora jurídica y política. No podría haber pedido un mejor miembro para mi equipo.

Durante esos años, pasamos mucho tiempo juntas. Y seguimos hablando después de nuestra época en la fiscalía general. A veces sobre sus casos. A veces sobre qué pasos está considerando dar en su carrera. Una vez sobre una receta de caldo de pollo realmente increíble.

Venus me inspiró en parte para un discurso que suelo dar, especialmente frente a grupos de mujeres jóvenes. Me gusta presentarles lo que yo llamo el club de las personas ejemplares.

Les digo que, sea cual sea la profesión que elijan, tienen que seguir levantando la mano, para compartir —y atribuirse el mérito de— sus buenas ideas y saber que merecen llegar tan alto como se atreven a escalar. También les digo que cuando vean a otras que lo necesitan, tienen que hacer un esfuerzo para ayudarlas.

Les digo que a veces las integrantes del club de las personas ejemplares se sienten solas. A veces pueden pensar: «¿Tengo que llevar este peso yo sola?». La realidad es que se encontrarán en salas donde no habrá nadie que se parezca a ellas. Y romper barreras puede ser aterrador. Al romper un techo de cristal, te cortas y te haces daño. Duele. Pero yo les pido que se miren unas a otras y que guarden esa imagen en sus cerebros, sus corazones y sus almas. Les digo que recuerden que nunca van a estar solas en esas salas, que todos estamos ahí con ellas, animándolas. Así que cuando se alcen, cuando hablen, cuando expresen sus pensamientos y sentimientos, deben saber que estamos ahí en esa sala con ellas cubriéndoles las espaldas. Sé que Venus siempre me cubre las mías.

He pasado por muchas cosas durante mis años de servicio público. Y lo que he

aprendido no se puede resumir en pocas palabras. Pero creo firmemente que la gente es en esencia buena. Y que, llegado el momento, echarán una mano para ayudar a sus vecinos.

He aprendido, a través de la historia y de la experiencia, que no todo progreso es gradual ni lineal. A veces se produce un momento de meseta y luego otro. A veces descendemos estrepitosamente. A veces damos un salto y logramos cosas más allá de lo que creíamos posible. Creo que nuestro trabajo es proporcionar la fuerza de propulsión que nos lleve a un plano superior.

Todavía tenemos que lograr esa unión perfecta. Junto a los grandes logros del experimento estadounidense hay una oscura historia que tenemos que solucionar en el presente. Cuando los vientos poderosos te golpean en la cara, el cansancio te invade. Te abruma. Pero no podemos rendirnos. El inicio del declive llega cuando se dejan de tener aspiraciones.

Permíteme que te diga una última verdad: a pesar de nuestras diferencias, de los enfrentamientos, de las peleas, seguimos formando parte de una única familia estadounidense y deberíamos actuar como tal. Es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Necesitamos pintar un cuadro del futuro en el que todos puedan verse representados, y todo el mundo salga. Un vivo retrato de unos Estados Unidos vivos, donde se trata a todos con la misma dignidad y cada uno de nosotros tiene la oportunidad de sacar el máximo provecho de su vida. Esa es la idea por la que vale la pena luchar, nacida del amor a la patria.

Es una lucha antigua. Y lo que sabemos sobre ella es: las victorias pueden desaparecer por culpa de la complacencia. Las batallas perdidas pueden ganarse con nuevos esfuerzos. Cada generación tiene que volver a comprometerse con el trabajo, el esfuerzo y el verdadero significado de la palabra patriota. Un patriota no es alguien que aprueba la conducta de nuestro país, haga lo que haga; es alguien que lucha cada día por los ideales del país, cueste lo que cueste.

Lo que he visto, sobre todo desde que me convertí en senadora de Estados Unidos, es que esta es una lucha que también nace del optimismo. Veo cientos de soñadores caminando por los pasillos del Capitolio que creen que, si se les escucha, pueden marcar una diferencia. Y lo harán. Lo he visto en los padres que viajaron desde todas partes del país hasta Washington con sus hijos

discapacitados, para mostrar al Congreso los rostros de quienes se quedarían sin cobertura si se derogaba la ACA. Lo veo en las mujeres que luchan cada día por el derecho a decidir sobre sus propios cuerpos. Lo veo en los supervivientes del tiroteo en el instituto de Parkland, que se manifiestan y luchan y se organizan para conseguir leyes de regulación de las armas, y que han logrado importantes victorias que les dicen que un futuro mejor es posible.

Cuando recorro nuestro país, veo ese optimismo en los ojos de los niños de cinco, siete y diez años que sienten la motivación de ser parte de esta lucha. Lo veo, lo siento, en la energía de la gente con la que me encuentro. Sí, gente que se manifiesta. Sí, gente que alza la voz. Y lo hacen desde el optimismo. Por eso llevan a sus bebés con ellos. Por eso mis padres me llevaban en el cochecito a las manifestaciones por los derechos civiles. Porque, por muy abrumadoras que sean las circunstancias, creen, como yo, que un futuro mejor es posible para todos nosotros.

Mi reto diario es formar parte de la solución, ser una guerrera alegre en la batalla que está por venir. El reto que te propongo es que te unas a este esfuerzo. Para defender nuestros ideales y nuestros valores. No tiremos la toalla cuando llegue el momento de arremangarnos. Ni ahora. Ni mañana. Ni nunca.

Dentro de unos años, nuestros hijos y nuestros nietos mirarán hacia atrás y nos clavarán su mirada. Nos preguntarán dónde estábamos cuando había tanto en juego. Nos preguntarán cómo fue. No quiero que solo les digamos cómo nos sentíamos. Quiero que les digamos lo que hicimos.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me senté a escribir sobre mi vida, no esperaba que el proceso se convirtiera en una experiencia vital en sí. Durante uno de los años más tumultuosos de mi memoria reciente, mis semanas empezaban temprano y terminaban tarde, y pasé la mayoría de los fines de semana trabajando en este libro: recordando las experiencias profesionales que me habían conducido hasta aquí, revisitando la infancia que moldeó mi forma de pensar y reflexionando sobre lo que representa este punto de inflexión. Escribir este libro ha reforzado en mí lo que me llevó al servicio público y por lo que siempre valdrá la pena luchar, y estoy muy agradecida a todos los que me han ayudado en el camino. Hay mucho que agradecer.

En primer lugar, quiero dar las gracias al pueblo de California, al que he tenido el honor de representar. Gracias por creer en un futuro mejor para nuestro estado y para nuestra nación, y por trabajar tanto para que así sea. Gracias por creer en mí y depositarme vuestra confianza todos estos años. Quiero que sepáis que me esfuerzo por seguir ganándomela todos los días. Y quiero dar las gracias especialmente a las personas que me escribieron cartas y me permitieron compartir extractos de ellas en este libro. Sus historias importan.

También quiero agradecer a mi extraordinario equipo del Senado, en Washington y California, el trabajo esencial que hacen cada día en nombre del pueblo estadounidense. Estoy muy agradecida por su motivación y su dedicación. Sé que este trabajo es muy importante para cada uno de vosotros. En especial, quiero dar las gracias a Tyrone Gale, que empezó conmigo como secretario de prensa mi primer día en el Senado y a quien perdimos recientemente por culpa del cáncer. Tyrone es insustituible. Era un talento

excepcional y también una persona excepcional: amable, agradable, generosa y profundamente comprometida con el servicio público. Los que lo conocimos llevaremos su recuerdo siempre con nosotros y trataremos cada día de estar a la altura del ejemplo que dio.

Como todo en mi vida, este libro no habría sido posible sin el amor, el apoyo y la ayuda de mi familia. Doug, gracias por tus consejos, tus ánimos y tus comentarios sobre este proyecto. Cole y Ella, sois una fuente inagotable de amor y pura alegría para mí. Mientras os veo adentraros en el mundo, eligiendo vuestros propios caminos, me siento muy orgullosa, cada día, de ser vuestra Momala.

Maya, escribir este libro fue como revivir nuestra infancia. La lista de cosas que tengo que agradecerte es demasiado larga para estas páginas. Así que permíteme usar esto simplemente para agradecerte tus contribuciones y puntos de vista en este proceso. Gracias, también, por hacer de Tony un hermano para mí, y por Meena. Meena, te recuerdo cuando tenías dos años, caminando por la casa siguiendo mis pasos. Ahora eres una líder por derecho propio que se ha forjado un camino importante y cuyo consejo aprecio. Gracias por todo, especialmente por mis sobrinas, Amara y Leela, y su increíble padre, Nik.

Gracias a mi padre por animarme a ser valiente cuando era una niña. Gracias a mis *chittis*, Sarala y Chinni, y a mi tío Balu, por el amor que han compartido conmigo a pesar de las grandes distancias. Gracias a la tía Lenore por ser una parte tan importante de mi vida, y al tío Aubrey, por compartir recuerdos de aquellos tiempos durante el proceso de escritura. Y gracias a Mimi y Denise por animarme siempre.

A Chrisette y Reggie, gracias por animarme a escribir este libro desde el primer momento. He mencionado a muchos de mis amigos más íntimos y queridos en este libro y podría haber escrito volúmenes enteros sobre las experiencias que hemos compartido. Baste decir que estoy muy agradecida a Amy, Chrisette, Lo, Stacey, Vanessa y a todos (demasiados para mencionarlos aquí) con los que he sido bendecida en este viaje vital. Cuando la gente me pregunta cuál es el secreto de la vida, les digo que es tener buenos amigos que se conviertan en tu familia. Eso es lo que todos vosotros sois para mí, y lo que yo

he tratado de ser para vosotros. Y gracias por todos los ahijados que habéis traído a mi vida.

Este libro no habría sido posible sin el apoyo de mi otra familia: de mi personal y de los antiguos empleados que han estado a mi lado a lo largo de los años.

Gracias a mis antiguos asesores, Ace Smith, Sean Clegg y Juan Rodriguez, por estar siempre a mi lado, y por sus ideas y puntos de vista todos estos años.

Estoy profundamente agradecida a mi antiguo personal de mi época como fiscal general y fiscal de distrito. Todos os habéis ido para hacer cosas maravillosas, pero seguís siendo parte de mi familia. Hay tantos a los que estoy agradecida... Un agradecimiento especial a Venus Johnson, Debbie Mesloh, Brian Nelson, Lateefah Simon, Dan Suvor, Michael Troncoso y otros por toda su ayuda en este proyecto. Y gracias a Josie Duffy Rice, que es como una sobrina para mí, por sus comentarios y sugerencias sobre el manuscrito. Respeto mucho su punto de vista y sus percepciones. También quiero dar las gracias a John Pérez, a quien sigo refiriéndome como «Señor Presidente», así como a Marc Elias por sus sabios consejos.

Por supuesto, nada de esto habría sucedido sin el extraordinario equipo de Penguin, dirigido por Scott Moyers. Scott, fuiste el mejor editor que se pueda pedir y siempre te estaré agradecida por entender la idea del libro que quería escribir. Gracias a Creative Artists Agency, en especial a Mollie Glick, David Larabell, Craig Gering, Michelle Kydd Lee y Ryder White, por todo su trabajo para hacer realidad este proyecto.

Quiero agradecer a mis colaboradores Vinca LaFleur y Dylan Loewe su compromiso, compasión y sí, su paciencia. Habéis conseguido que este proceso fuera un placer.

Y un gran agradecimiento a su equipo de investigación y verificación de datos: Brian Agler, Zach Hindin, Steven Kelly, Machmud Makhmudov, Maggie Mallon y Raul Quintana. Y gracias a Dorothy Hearst por nuestro importante trabajo inicial juntas en este proyecto.

Para terminar, quiero dar las gracias a todas las personas que amo y que ya no están con nosotros. No sé cómo organiza Penguin la distribución de libros en el

cielo, pero tía Mary, tío Freddy, tío Sherman, señor y señora Shelton, tía Chris, tía Bea, Henry Ramsey, Jim Rivaldo, señora Wilson y abuelos: este libro es un homenaje a lo mucho que significasteis para mí, a lo mucho que influisteis en mi vida, a lo importantes que fuisteis.

Mamá, tú eres la estrella de este libro porque fuiste la razón de todo. Han pasado casi diez años desde que te perdimos, y te echo mucho de menos. La vida sin ti sigue siendo difícil de aceptar. Pero creo que no nos quitas la vista de encima desde ahí arriba. Cuando tengo que tomar una decisión difícil, me pregunto: «¿Qué pensaría mamá?». Y de esa manera, sigues estando aquí. Tengo la firme esperanza de que este libro ayude a aquellos que nunca te conocieron a entender la persona que eras. Lo que significaba ser Shyamala Harris. Y lo que significa ser su hija.

NOTAS

Prólogo

«Poco después, Associated Press»: Phil Willon, «Kamala Harris Breaks a Color Barrier with Her U.S. Senate Win», *Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 2016, <<http://www.latimes.com/politics/la-pol-ca-senate-race-kamala-harris-wins-20161108-story.html>>.

«No podemos hacer como los avestruces»: Thurgood Marshall, «The Meaning of Liberty», discurso de agradecimiento tras recibir el premio Liberty el 4 de julio de 1992, <<http://www.naacpldf.org/press-release/thurgood-marshalls-stirring-acceptance-speech-after-receiving-prestigious-liberty-award-on-july-4-1992>>.

1. POR EL PUEBLO

«Se reunían los domingos»: Donna Murch, «The Campus and the Street: Race, Migration, and the Origins of the Black Panther Party in Oakland, CA», *Souls* 9, n.º 4 (2007): 333-345, <<https://doi.org/10.1080/10999940701703794>>.

«La Universidad Estatal de San Francisco contaba con»: Martha Biondi, *The Black Revolution on Campus* (Berkeley: University of California Press, 2012), p. 47.

«Pollar le contó en una ocasión a un periodista»: Richard Ramella, «The Rainbow Sign Can Use Some Help», *Berkeley Gazette*, 18 de abril de 1975, p. 14.

«El Código Penal no se creó»: Scott Duke Harris, «In Search of Elusive Justice», *Los Angeles Times Magazine*, 24 de octubre de 2004, <<http://articles.latimes.com/2004/oct/24/magazine/tm-kamala43>>.

«Era una pionera»: Harris, «In Search of Elusive Justice».

2. UNA VOZ POR LA JUSTICIA

«los residuos tóxicos contaminaron el suelo»: *Pollution, Health, Environmental Racism and Injustice: A Toxic Inventory of Bayview Hunters Point, San Francisco* (San Francisco: Hunters Point Mothers Environmental Health and Justice Committee, Huntersview Tenants Association and Greenaction for Health & Environmental Justice, 2012), <<http://greenaction.org/wp-content/uploads/2012/08/TheStateoftheEnvironment090204Final.pdf>>.

«presenté una legislación de reforma de la justicia penal»: A Bill to Clarify the Rights of All Persons Who Are Held or Detained at a Port of Entry or at Any Detention Facility Overseen by U.S. Customs and Border Protection or U.S. Immigration and Customs Enforcement, S. 349, 115th Cong. (2017-2018), <<https://www.congress.gov/bill/115th-congress/senate-bill/349>>.

«el 95 % de los fiscales»: Nicolas Fandos, «A Study Documents the Paucity of Black Elected Prosecutors: Zero in Most States», *New York Times*, 7 de julio de 2015, <<https://www.nytimes.com/2015/07/07/us/a-study-documents-the-paucity-of-black-elected-prosecutors-zero-in-most-states.html>>.

«En total, teníamos más de»: The University of London, Institute of Criminal Policy Research, *World Prison Brief*, consultado el 25 de octubre de 2018, <http://www.prisonstudies.org/highest-to-lowest/prison-population-total?field_region_taxonomy_tid=All>.

«En 2004, por ejemplo»: Lee Romney, «Bill Would Fight Child Prostitution», *Los Angeles Times*, 5 de septiembre de 2004,

- <<http://articles.latimes.com/2004/sep/05/local/me-child5>>.
- «Lateefah era una adolescente»: Kevin Cartwright, «Activist Awarded for Work with Troubled Youth», *The Crisis* 111, n.º 1 (enero/febrero de 2004): 9, <<https://books.google.com/books?id=Ice84BEC2yoC&pg>>.
- «Vi resiliencia en esas mujeres jóvenes»: Carolyn Jones, «Lateefah Simon: Youth Advocate Nominated as Visionary of the Year», *SFGate*, 5 de enero de 2015, <<https://www.sfgate.com/visionsf/article/Lateefah-Simon-Youth-advocate-nominated-as-5993578.php>>.
- «cerca del 70 % comete un delito»: «NRRC Facts and Trends», National Reentry Resource Center, Council of State Governments Justice Center, <<https://csgjusticecenter.org/nrrc/facts-and-trends>>.
- «Otro fue el juez Thelton Henderson»: Bob Egelko, «Judge Thelton Henderson Ending Long Career Rallying for Oppressed», *San Francisco Chronicle*, 15 de enero de 2017, <<https://www.sfchronicle.com/bayarea/article/Judge-Thelton-Henderson-ending-long-career-10859424.php>>; Associated Press, «Judge Thelton Henderson, Lawyer Fired for Loaning MLK a Car, Retiring», *Al.com*, 20 de enero de 2017, <https://www.al.com/news/birmingham/index.ssf/2017/01/judge_thelton_hen y Jenifer Warren, «Judge Is No Stranger to Controversy», *Los Angeles Times*, 16 de diciembre de 1996, <http://articles.latimes.com/1996-12-16/news/mn-9670_1_federal-judges>.
- «supuso una gestión inteligente y eficaz»: U.S. Department of Justice, Office of Justice Programs, *Back on Track: A Problem-Solving Reentry Court*, por Jacquelyn L. Rivers y Lenore Anderson, FS 00316 (Washington, D. C., septiembre de 2009), <<https://www.bja.gov/Publications/backontrackfs.pdf>>.
- «el saldo medio de las cuentas»: Board of Governors of the Federal Reserve System, *Survey of Consumer Finances, 2016* (Washington, D. C., 2016), <<https://www.federalreserve.gov/econres/scfindex.htm>>.
- «*The New York Times Magazine* contó»: Nick Pinto, «The Bail Trap», *New York Times Magazine*, 13 de agosto de 2015, <<https://www.nytimes.com/2015/08/16/magazine/the-bail-trap.html>>.
- «Los hombres latinos pagan casi»: Kamala Harris y Rand Paul, «To Shrink Jails,

Let's Reform Bail», op-ed, *New York Times*, 20 de julio de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/07/20/opinion/kamala-harris-and-rand-paul-lets-reform-bail.html>>.

«Según el FBI, en 2016»: Christopher Ingraham, «More People Were Arrested Last Year over Pot Than for Murder, Rape, Aggravated Assault and Robbery —Combined», *Wonkblog, Washington Post*, 26 de septiembre de 2017, <<https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2017/09/26/more-people-were-arrested-last-year-over-pot-than-for-murder-rape-aggravated-assault-and-robbery-combined>>.

«Entre 2001 y 2010»: «Marijuana Arrests by the Numbers», ACLU, <<https://www.aclu.org/gallery/marijuana-arrests-numbers>>.

«el 93 % de las personas»: John Annese, «NYPD Ripped for “Racially Biased Practices” After Stats Show Cops Still Targeting Minorities for Pot Arrests», *New York Daily News*, 27 de abril de 2018, <<http://www.nydailynews.com/new-york/nyc-crime/nypd-targeting-minorities-marijuana-arrests-2018-article-1.3957719>>.

«Una década después de»: *33 States Reform Criminal Justice Policies Through Justice Reinvestment* (Philadelphia: Pew Charitable Trusts, noviembre de 2016), <http://www.pewtrusts.org/~media/assets/2017/08/33_states_reform_crimin

«Y desde 2010, 23 estados»: Chris Mai y Ram Subramanian, *The Price of Prisons: Examining State Spending Trends, 2010-2015* (Nueva York: Vera Institute of Justice, mayo de 2017), <<https://www.vera.org/publications/price-of-prisons-2015-state-spending-trends>>.

«casi cuatro años después de que Ferguson»: Jim Salter, «Missouri Report: Blacks 85 Percent More Likely to Be Stopped», AP News, 1 de junio de 2018, <<https://apnews.com/58d9ad846ef14b93915ee26d3cf4663e>>.

«el triple de probabilidades de que»: C.K., «Black Boys Are the Least Likely of Any Group to Escape Poverty», *The Economist*, 2 de abril de 2018, <<https://www.economist.com/blogs/democracyinamerica/2018/04/broken-ladder>>.

«se los detiene el doble de veces»: C.K., «Black Boys».

«seis veces mayor que los blancos»: Janelle Jones, John Schmitt y Valerie Wilson, *50 Years After the Kerner Commission* (Washington, D. C.: Economic Policy Institute, 26 de febrero de 2018), <<https://www.epi.org/publication/50-years-after-the-kerner-commission>>.

«penas que son un 20 % más largas»: American Civil Liberties Union, «Written Submission of the American Civil Liberties Union on Racial Disparities in Sentencing Hearing on Reports of Racism in the Justice System of the United States», enviado a la Inter-American Commission on Human Rights, 153rd Session, 27 de octubre de 2014, <https://www.aclu.org/sites/default/files/assets/141027_iachr_racial_dispariti>.

3. CON EL AGUA AL CUELLO

«“Jardín del Sol”»: Wallace Smith, *Garden of the Sun: A History of the San Joaquin Valley, 1772-1939*, ed. William B. Secret Jr., 2.^a ed. (Fresno, CA: Craven Street Books, 2004).

«era latina casi en un 40 %»: Michael B. Teitz, Charles Dietzel y William Fulton, *Urban Development Futures in the San Joaquin Valley* (San Francisco: Public Policy Institute of California, 2005), 18, <<http://www.solimar.org/pdf/urbandevsanjoaquin.pdf>>.

«perdido más de la mitad de su valor»: Bonhia Lee, «Emerging from the Bust, Fresno Housing Market Is Healthiest Nationwide», *Fresno Bee*, 5 de enero de 2016, <<https://www.fresnobee.com/news/business/article53168660.html>>.

«la tasa de paro se había disparado»: U.S. Bureau of Labor Statistics, *Unemployment Rate in Fresno, CA (MSA)*, extraído de FRED, Federal Reserve Bank of St. Louis, <<https://fred.stlouisfed.org/series/FRES406UR>>.

«Diez años después de comprar su casa»: Alana Semuels, «The Never-Ending Foreclosure», *The Atlantic*, 1 de diciembre de 2017, <<https://www.theatlantic.com/business/archive/2017/12/the-never-ending-foreclosure/547181>>.

«del que informaba la Humane Society»: «Hidden Victims of Mortgage Crisis: Pets», NBC News, 29 de enero de 2008, <http://www.nbcnews.com/id/22900994/ns/business-real_estate/t/hidden-victims-mortgage-crisis-pets/#.W2dfby2ZOEI>; y Linton Weeks, «The Recession and Pets: Hard Times for Snoopy», *All Things Considered*, NPR, 6 de abril de 2009, <<https://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=102238430>>.

«Unos 5 millones de propietarios»: «2010's Record-Breaking Foreclosure Crisis: By the Numbers», *The Week*, 14 de enero de 2011, <<http://theweek.com/articles/488017/2010s-recordbreaking-foreclosure-crisis-by-numbers>>.

«Y se habían solicitado 2,5 millones de ejecuciones hipotecarias»: «2010's Record-Breaking Foreclosure Crisis».

«Para acelerar los procesos»: «“Robo-Signers” Add to Foreclosure Fraud Mess», NBC News, 13 de octubre de 2010, <http://www.nbcnews.com/id/39641329/ns/business-real_estate/t/robo-signers-add-foreclosure-fraud-mess>.

«“una mujer que se presentaba a fiscal general”»: ProsperitasMember, «Pundits Explain Why Kamala Will Never Win (Oops)», vídeo de YouTube, 3:00, publicado el 7 de diciembre de 2010, <<https://www.youtube.com/watch?v=1HemG2iLkTY>>.

«yo iba en cabeza»: Jon Brooks, «Video: Steve Cooley Prematurely Declares Victory Last Night», KQED News, 3 de noviembre de 2010, <<https://www.kqed.org/news/4195/video-steve-cooley-prematurely-declares-victory-last-night>>.

«De los casi nueve millones de votos emitidos»: Jack Leonard, «Kamala Harris Wins Attorney General's Race as Steve Cooley Concedes [Updated]», *Los Angeles Times*, 24 de noviembre de 2010, <<http://latimesblogs.latimes.com/lanow/2010/11/steve-cooley-kamala-harris-attorney-general.html>>.

«37.000 propietarios formaron una fila»: CBS News, «The Next Housing Shock», informe de *60 Minutes*, vídeo de YouTube, 14:06, publicado el 3 de

- abril de 2011, <<https://www.youtube.com/watch?v=QwrO6jhtC5E>>.
- «En la década de 1930, teníamos colas para el pan»: Ryan Chittum, «60 Minutes with a Good Look at the Foreclosure Scandal», *Columbia Journalism Review*, 5 de abril de 2011, <https://archives.cjr.org/the_audit/60_minutes_with_a_good_look_at.php>; y CBS News, «The Next Housing Shock».
- «del prestamista le dijeron que ellos la ayudarían»: Departamento de Justicia de California, «Attorney General Kamala D. Harris Convenes Roundtable with Foreclosure Victims», vídeo de YouTube, 15:59, publicado el 22 de noviembre de 2011, <<https://www.youtube.com/watch?v=QbycqFzva5Q>>.
- «que poseían el 62 % de las nuevas hipotecas»: Douglas J. Elliott, «The Federal Role in Housing Finance: Principal Issues and Policy Proposals», en *The Future of Housing Finance: Restructuring the U.S. Residential Mortgage Market*, ed. Martin Neil Bailly (Washington, D. C.: Brookings Institution Press, 2011), <https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2016/07/thefutureofhousingfinance_chapter.pdf>.
- «en diciembre de 2011»: Departamento de Justicia del estado de California, fiscalía general, «Attorneys General of California and Nevada Announce Mortgage Investigation Alliance», nota de prensa, 6 de diciembre de 2011, <<https://www.oag.ca.gov/news/press-releases/attorneys-general-california-and-nevada-announce-mortgage-investigation-alliance>>.
- «Los sueños de los padres de financiar»: Janis Bowdler, Roberto Quercia y «David Andrew Smith, *The Foreclosure Generation: The Long-Term Impact of the Housing Crisis on Latino Children and Families* (Washington, D. C.: National Council of La Raza, 2010), <<https://communitycapital.unc.edu/files/2010/02/Foreclosure-Generation.pdf>>.
- «“el incremento del desempleo en Estados Unidos”»: Aaron Reeves *et al.*, «Increase in State Suicide Rates in the USA During Economic Recession», *The Lancet* 380, n.º 9856 (24 de noviembre de 2012): pp. 1813–1814, <<https://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736%2812%2961910-2/fulltext>>.

«En Fresno, la inmensa mayoría»: Patrick Clark, «Most U.S. Homes Are Worth Less Than Before the Crash», Bloomberg, 3 de mayo de 2017, <<https://www.bloomberg.com/news/articles/2017-05-03/most-u-s-homes-are-worth-less-than-before-the-crash>>.

«esto golpeó de forma desproporcionada a las familias negras»: Sarah Burd-Sharps and Rebecca Rasch, *Impact of the US Housing Crisis on the Racial Wealth Gap Across Generations* (Nueva York: Social Research Council, junio de 2015), <https://www.aclu.org/files/field_document/discrimlend_final.pdf>.

«345.000 millones de dólares en préstamos de alto riesgo»: Peter Rudegeair, Rachel Louise Ensign y Coulter Jones, «Big Banks Find a Back Door to Finance Subprime Loans», *Wall Street Journal*, 10 de abril de 2018, <<https://www.wsj.com/articles/big-banks-find-a-back-door-to-finance-subprime-loans-1523352601>>.

4. CAMPANAS DE BODA

«18.000 parejas del mismo sexo»: «Fed Court OKs Immediate Gay Marriages in California; SF Conducts 1st», KPIX CBS San Francisco, 28 de junio de 2013, <<http://sanfrancisco.cbslocal.com/2013/06/28/federal-court-oks-gay-marriage-to-resume-in-california-immediately>>.

«El juez Stephen Breyer se preguntó»: *Hollingsworth v. Perry*, 558 U.S. 183 (2010), alegatos verbales, 26 de marzo de 2013, <https://www.supremecourt.gov/oral_arguments/argument_transcripts/2012/1144_5if6.pdf>.

«“no porque sea antiguo”»: Franklin D. Roosevelt, «Address on Constitution Day, Washington, D.C.», discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1937, American Presidency Project, <<http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=15459>>.

«Ese día se celebraron cientos de bodas»: Malia Wollan, «California Couples Line Up to Marry After Stay on Same-Sex Marriage Is Lifted», *New York*

Times, 29 de junio de 2013, <<https://www.nytimes.com/2013/06/30/us/california-couples-line-up-to-marry-after-stay-on-same-sex-marriage-is-lifted.html>>.

«en 2009, habíamos reducido en un 23 % el absentismo escolar»: Jill Tucker, «Pressuring Parents Helps S.F. Slash Truancy 23%», SFGate, 9 de junio de 2009, <<https://www.sfgate.com/news/article/Pressuring-parents-helps-S-F-slash-truancy-23-3228481.php>>.

«Nuestro primer informe, cuyos resultados»: Departamento de Justicia del estado de California, fiscalía general, «Report on California Elementary School Truancy Crisis: One Million Truant Students, Billions in Economic Harm», nota de prensa, 30 de septiembre de 2013, <<https://oag.ca.gov/news/press-releases/report-california-elementary-school-truancy-crisis-one-million-truant-students>>.

5. YO DIGO QUE LUCHEMOS

«más de la mitad de las empresas emergentes»: Farhad Manjoo, «Why Silicon Valley Wouldn't Work Without Immigrants», *New York Times*, 8 de febrero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/02/08/technology/personaltech/why-silicon-valley-wouldnt-work-without-immigrants.html>>.

«Le habría gustado decirles»: Phil Willon, «Newly Elected Kamala Harris Vows to Defy Trump on Immigration», *Los Angeles Times*, 20 de noviembre de 2016, <<http://www.latimes.com/politics/la-pol-ca-senate-kamala-harris-trump-20161110-story.html>>.

«cerca de seis millones de niños estadounidenses»: Leila Schochet, «Trump's Immigration Policies Are Harming American Children», Center for American Progress, 31 de julio de 2017, <<https://www.americanprogress.org/issues/early-childhood/reports/2017/07/31/436377/trumps-immigration-policies-harming-american-children>>.

«temor a la deportación»: Randy Capps *et al.*, *Implications of Immigration Enforcement Activities for the Well-Being of Children in Immigrant Families: A Review of the Literature* (Washington, D. C.: Urban Institute and Migration Policy Institute, septiembre de 2015), <<https://www.urban.org/sites/default/files/alfresco/publication-exhibits/2000405/2000405-Implications-of-Immigration-Enforcement-Activities-for-the-Well-Being-of-Children-in-Immigrant-Families.pdf>>; y Seline Szkupinski Quiroga, Dulce M. Medina, and Jennifer Glick, «In the Belly of the Beast: Effects of Anti-Immigration Policy on Latino Community Members», *American Behavioral Scientist* 58, n.º 13 (2014): pp. 1723-1742, <<https://doi.org/10.1177/0002764214537270>>.

«durante los primeros cien días»: Schochet, «Trump’s Immigration Policies».

«detuvieron a 97 trabajadores»: Caroline Scown, «Countering the Effects of Trump’s Immigration Policies in Schools», Center for American Progress, 3 de mayo de 2018, <<https://www.americanprogress.org/issues/education-k-12/news/2018/05/03/450274/countering-effects-trumps-immigration-policies-schools>>.

«el 20 % de los estudiantes latinos»: Scown, «Countering the Effects».

«En 2016, una cuarta parte de todos los niños»: Leila Schochet, «Trump’s Attack on Immigrants Is Breaking the Backbone of America’s Child Care System», Center for American Progress, 5 de febrero de 2018, <<https://www.americanprogress.org/issues/early-childhood/news/2018/02/05/445676/trumps-attack-immigrants-breaking-backbone-americas-child-care-system>>.

«el 20 % de los educadores infantiles»: Schochet, «Trump’s Attack on Immigrants».

«y estas cifras se han triplicado»: Schochet, «Trump’s Attack on Immigrants».

6. SOMOS MEJORES QUE ESO

«“de alguna manera sabían”»: Sankar Raman, «A Cardiac Scientist with Heart»,

The Immigrant Story, 10 de julio de 2017, <<http://theimmigrantstory.org/scientist>>.

«hasta 460.000 millones de dólares»: Zoe Henry, «800,000 Workers, \$460 Billion in Economic Output, Dozens of Entrepreneurs: What the U.S. Loses if DACA Goes Away», *Inc.*, 5 de marzo de 2018, <<https://www.inc.com/zoe-henry/dreamer-entrepreneurs-respond-to-daca-uncertainty.html>>.

«Hay una región en América Central»: Rocio Cara Labrador y Danielle Renwick, «Central America's Violent Northern Triangle», Council on Foreign Relations, 26 de junio de 2018, <<https://www.cfr.org/backgrounder/central-americas-violent-northern-triangle>>.

«se asesinaron a casi 50.000 personas»: Labrador y Renwick, «Violent Northern Triangle».

«la Mara Salvatrucha y la Mara 18»: Labrador y Renwick, «Violent Northern Triangle».

«muertes violentas de mujeres en Honduras»: «Special Rapporteur on Violence Against Women Finalizes Country Mission to Honduras and Calls for Urgent Action to Address the Culture of Impunity for Crimes Against Women and Girls», Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, <<https://www.ohchr.org/EN/NewsEvents/Pages/DisplayNews.aspx?NewsID=14833>>.

«una niña de once años en Honduras»: Sonia Nazario, «The Children of the Drug Wars», *New York Times*, 11 de julio de 2014, <<https://www.nytimes.com/2014/07/13/opinion/sunday/a-refugee-crisis-not-an-immigration-crisis.html>>.

«Si hubiera una zona cero»: Labrador y Renwick, «Violent Northern Triangle».

«hay un 50 % de probabilidades»: *Continued Rise in Asylum Denial Rates: Impact of Representation and Nationality*, Transactional Records Access Clearinghouse (TRAC) at Syracuse University, 13 de diciembre de 2016, <<http://trac.syr.edu/immigration/reports/448>>.

«unos 350.000 inmigrantes»: Labrador y Renwick, «Violent Northern Triangle».

«se redujo en un 10 %»: Anneliese Hermann, *Asylum in the Trump Era* (Washington, D. C.: Center for American Progress, 13 de junio de 2018), <<https://www.americanprogress.org/issues/immigration/reports/2018/06/13/4-trump-era>>.

«setecientos niños habían sido ya separados»: Caitlin Dickerson, «Hundreds of Immigrant Children Have Been Taken from Parents at U.S. Border», *New York Times*, 20 de abril de 2018, <<https://www.nytimes.com/2018/04/20/us/immigrant-children-separation-ice.html>>.

«el terrible estrés y el trauma»: Colleen Kraft, «AAP Statement Opposing Separation of Children and Parents at the Border», American Academy of Pediatrics, 8 de mayo de 2018, <<https://www.aap.org/en-us/about-the-aap/aap-press-room/Pages/StatementOpposingSeparationofChildrenandParents.aspx>>.

«Las personas que violan la ley»: Julie Zauzmer y Keith McMillan, «Sessions Cites Bible Passage Used to Defend Slavery in Defense of Separating Immigrant Families», *Washington Post*, 15 de junio de 2018, <<https://www.washingtonpost.com/news/acts-of-faith/wp/2018/06/14/jeff-sessions-points-to-the-bible-in-defense-of-separating-immigrant-families>>.

«Sessions revocó el derecho»: Katie Benner y Caitlin Dickerson, «Sessions Says Domestic and Gang Violence Are Not Grounds for Asylum», *New York Times*, 11 de junio de 2018, <<https://www.nytimes.com/2018/06/11/us/politics/sessions-domestic-violence-asylum.html>>.

«No sé qué tareas»: Kamala D. Harris, senadora de Estados Unidos por California, «At Hearing on Family Separations, Harris Blasts Immoral Separations and Inhumane Detention of Pregnant Women», nota de prensa, 31 de julio de 2018, <<https://www.harris.senate.gov/news/press-releases/at-hearing-on-family-separations-harris-blasts-immoral-separations-and-inhumane-detention-of-pregnant-women>>.

«recurrir a pruebas de ADN»: Caitlin Dickerson, «Trump Administration in Chaotic Scramble to Reunify Migrant Families», *New York Times*, 5 de julio

de 2018, <<https://www.nytimes.com/2018/07/05/us/migrant-children-chaos-family-separation.html>>.

«Estas madres han testificado»: «Sen. Kamala Harris Visits Otay Mesa Detention Center», NBC 7 San Diego, 22 de junio de 2018, <https://www.nbcsandiego.com/on-air/as-seen-on/Sen_-Kamala-Harris-Visits-Otay-Mesa-Detention-Center_San-Diego-486286761.html>.

«“Por la noche, Andriy se despierta a veces”»: Brittny Mejia, «A 3-Year-Old Was Separated from His Father at the Border. Now His Parents Are Dealing with His Trauma», *Los Angeles Times*, 3 de julio de 2018, <<http://www.latimes.com/local/lanow/la-me-ln-separation-trauma-20180627-story.html>>.

«Jefferson estaba rígido»: Esmeralda Bermudez, «‘I’m Here. I’m Here.’ Father Reunited with Son amid Tears, Relief and Fear of What’s Next», *Los Angeles Times*, 15 de julio de 2018, <<http://www.latimes.com/local/california/la-me-family-reunion-20180715-htmlstory.html>>.

«un niño de catorce meses que fue devuelto»: Lisa Desjardins, Joshua Barajas y Daniel Bush, «“My Son Is Not the Same”: New Testimony Paints Bleak Picture of Family Separation», *PBS NewsHour*, 5 de julio de 2018 (actualizado el 6 de julio de 2018), <<https://www.pbs.org/newshour/politics/my-son-is-not-the-same-new-testimony-paints-bleak-picture-of-family-separation>>.

«Una mujer embarazada se desmayó»: Desjardins, Barajas y Bush, «My Son».

«Los niños fueron degradados»: Desjardins, Barajas y Bush, «My Son».

«La mayoría de los estadounidenses están horrorizados»: Eleanor O’Neil, «Immigration Issues: Public Opinion on Family Separation, DACA, and a Border Wall», *AEIdeas* (blog), American Enterprise Institute, 21 de junio de 2018, <<https://www.aei.org/publication/immigration-issues-public-opinion-on-family-separation-daca-and-a-border-wall>>.

7. TODO EL MUNDO, TODOS LOS CUERPOS

- «Estados Unidos es uno de»: Linda Villarosa, «Why America's Black Mothers and Babies Are in Life-or-Death Crisis», *New York Times Magazine*, 11 de abril de 2018.
- «una diferencia de diez años en la esperanza de vida»: Dave A. Chokshi, «Income, Poverty, and Health Inequality», *Journal of the American Medical Association* 319, n. 13 (2018): pp. 1312-1313, <<https://jamanetwork.com/journals/jama/fullarticle/2677433>>.
- «el líder del Senado declaró abiertamente»: Jillian Rayfield, «McConnell at CPAC: Repeal Obamacare "Root and Branch"», *Salon*, 15 de marzo de 2013, <https://www.salon.com/2013/03/15/mcconnell_at_cpac_repeal_obamacare_>
- «comparar la ACA»: Jack Gurdon, «Rand Paul: The Republican Frontrunner in Seven Quotes», *Telegraph*, 2 de octubre de 2014, <<https://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/us-politics/11134793/Rand-Paul-the-Republican-frontrunner-in-seven-quotes.html>>.
- «hasta insinuar que el presidente podría»: «25 Unforgettable Obamacare Quotes», *Politico*, 16 de julio de 2013, <<https://www.politico.com/gallery/2013/07/25-unforgettable-obamacare-quotes-001595?slide=11>>.
- «La derogación de la ACA provocaría»: «H.R. 1628, Obamacare Repeal Reconciliation Act of 2017», estimación de costes y análisis, Congressional Budget Office, 19 de julio, 2017, <<https://www.cbo.gov/publication/52939>>.
- «Permitiría a las compañías de seguros»: U.S. Department of Health and Human Services, Office of Health Policy, Health Insurance Coverage for Americans with Pre-Existing Conditions: The Impact of the Affordable Care Act (Washington D. C., 5 de enero de 2017), <<https://aspe.hhs.gov/system/files/pdf/255396/Pre-ExistingConditions.pdf>>.
- «En comparación con las personas de otros»: «How Prescription Drug Prices Compare Internationally», *Wall Street Journal*, 1 de diciembre de 2015, <https://graphics.wsj.com/table/GlobalDrug_1201>.
- «la misma dosis de Crestor»: Rachel Bluth, «Should the U.S. Make It Easier to Import Prescription Drugs?», *PBS NewsHour*, 22 de marzo de 2017,

<https://www.pbs.org/newshour/health/u-s-make-easier-import-prescription-drugs>>.

«El 58 % de los estadounidenses»: «Public Opinion on Prescription Drugs and Their Prices», Henry J. Kaiser Family Foundation, <https://www.kff.org/slideshow/public-opinion-on-prescription-drugs-and-their-prices>>.

«Uno de mis primeros votos»: Zack Struver, «Klobuchar Drug Importation Amendment Sees Votes Crossing the Aisle», Knowledge Ecology International, 13 de enero de 2017, <https://www.keionline.org/23248>>.

«halló que hay 153 empresas»: John Morgan, *A Bitter Pill: How Big Pharma Lobbies to Keep Prescription Drug Prices High* (Washington D. C.: Citizens for Responsibility and Ethics in Washington, 2018), <https://www.citizensforethics.org/a-bitter-pill-how-big-pharma-lobbies-to-keep-prescription-drug-prices-high>>.

«aumentó sus cuotas de afiliación»: Morgan, *A Bitter Pill*.

«cerca de 2.500 millones de dólares en presionar»: Morgan, *A Bitter Pill*.

«aumentó en un 573 % el precio de la pravastatina»: Morgan, *A Bitter Pill*.

«subió el precio del albuterol»: Morgan, *A Bitter Pill*.

«debían al hospital casi 19.000 dólares»: Jenny Gold y Sarah Kliff, «A Baby Was Treated with a Nap and a Bottle of Formula. His Parents Received an \$18,000 Bill», *Vox*, 20 de julio de 2018, <https://www.vox.com/2018/6/28/17506232/emergency-room-bill-fees-health-insurance-baby>>.

«le hicieron pagar 31.250 dólares»: Gold y Kliff, «Nap and a Bottle».

«se esperaba que pagara 7.924 dólares»: Sarah Kliff, «He Went to an In-Network Emergency Room. He Still Ended Up with a \$7,924 Bill», *Vox*, 23 de mayo de 2018, <https://www.vox.com/2018/5/23/17353284/emergency-room-doctor-out-of-network>>.

«La depresión está aumentando»: «Depression Is on the Rise in the US, Especially Among Young Teens», *Science Daily*, 30 de octubre de 2017, <https://www.sciencedaily.com/releases/2017/10/171030134631.htm>>.

«Alabama solo tiene un profesional»: «Mental Health in America, Access to

Care Data», Mental Health America, <<http://www.mentalhealthamerica.net/issues/mental-health-america-access-care-data>>.

«aproximadamente el 60 % de los condados de Estados Unidos»: New American Economy, «New Study Shows 60 Percent of U.S. Counties Without a Single Psychiatrist», nota de prensa, 23 de octubre de 2017, <<https://www.newamericaneconomy.org/press-release/new-study-shows-60-percent-of-u-s-counties-without-a-single-psychiatrist>>.

«solo hay 590 psiquiatras»: New American Economy, «New Study Shows».

«41,4 % de los adultos con enfermedades mentales»: «The State of Mental Health in America», Mental Health America, 7 de octubre de 2018, <<http://www.mentalhealthamerica.net/issues/state-mental-health-america>>.

«“había una continua desigualdad”»: U.S. Department of Health and Human Services, *Report of the Secretary’s Task Force on Black and Minority Health*, vol. 1, Margaret M. Heckler (Washington D. C., 1985), <<https://ia800501.us.archive.org/32/items/reportofsecretar00usde/reportofsec>

«estadounidenses de raza negra tienen tasas de mortalidad más altas»: Robin L. Kelly, 2015 *Kelly Report: Health Disparities in America* (Washington D. C.: Office of Congresswoman Robin L. Kelly, IL-02, 2015), 11, <<https://robinkelly.house.gov/sites/robinkelly.house.gov/files/2015%20Kelly>

«“Un bebé nacido en Cheswolde”»: Olga Khazan, «Being Black in America Can Be Hazardous to Your Health», *The Atlantic*, julio/agosto de 2018, <<https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/07/being-black-in-america-can-be-hazardous-to-your-health/561740>>.

«Los bebés negros tienen el doble de probabilidades»: Villarosa, «Why America’s Black Mothers and Babies».

«los bebés negros tienen menos probabilidades»: del Informe Heckler: «Moreover, in 1981, Blacks suffered 20 infant deaths per 1,000 live births, still twice the White level of 10.5, but similar to the White rate of 1960». U.S. Department of Health and Human Services, *Black and Minority Health*, 2; «Infant Mortality», Centers for Disease Control and Prevention, <<https://www.cdc.gov/reproductivehealth/maternalinfanthealth/infantmortalit>

«al menos tres veces más probabilidades»: Villarosa, «America's Black Mothers and Babies».

«Un importante estudio llevado a cabo durante cinco años»: New York City Department of Health and Mental Hygiene, *Severe Maternal Morbidity in New York City, 2008-2012* (Nueva York, 2017), <<https://www1.nyc.gov/assets/doh/downloads/pdf/data/maternal-morbidity-report-08-12.pdf>>; y Nina Martin y Renee Montagne, «Black Mothers Keep Dying After Giving Birth. Shalon Irving's Story Explains Why», *All Things Considered*, NPR, 7 de diciembre de 2017, <<https://www.npr.org/2017/12/07/568948782/Black-mothers-keep-dying-after-giving-birth-shalon-irvings-story-explains-why>>.

«“las experiencias adversas en la infancia nos atraviesan literalmente la piel”»: David Bornstein, «Treating the Lifelong Harm of Childhood Trauma», *New York Times*, 30 de enero de 2018, <<https://www.nytimes.com/2018/01/30/opinion/treating-the-lifelong-harm-of-childhood-trauma.html>>.

«podrían ver reducida su esperanza de vida»: Khazan, «Being Black in America».

«longitud de los telómeros de cientos de mujeres»: Khazan, «Being Black in America».

«Los pacientes blancos tienen un 10 % más de probabilidades»: Robert Pearl, «Why Health Care Is Different if You're Black, Latino or Poor», *Forbes*, 5 marzo de 2015, <<https://www.forbes.com/sites/robertpearl/2015/03/05/healthcare-black-latino-poor/#650c70d37869>>.

«Los pacientes negros también tienen menos probabilidades»: Quinn Capers IV, «To Reduce Health-Care Disparities We Must Address Biases in Medical School Admissions», *The Hill*, 14 de abril de 2018, <<https://thehill.com/opinion/healthcare/383154-to-reduce-health-care-disparities-we-must-address-biases-in-medical-school>>.

«son más propensas a que les hagan pruebas para detectar el cáncer de mama»: Pearl, «Why Health Care Is Different».

«independientemente de su situación económica»: Villarosa, «America's Black Mothers and Babies».

«En lugar de hacerle el TAC»: Rob Haskell, «Serena Williams on Motherhood, Marriage, and Making Her Comeback», *Vogue*, 10 de enero de 2018, <<https://www.vogue.com/article/serena-williams-vogue-cover-interview-february-2018>>.

«Si alguien como Serena Williams»: Haskell, «Serena Williams», *Vogue*.

«Las investigaciones han revelado que el 75 %»: April Dembosky, «Training Doctors to Spot Their Own Racial Biases», CNN, 7 de septiembre de 2015, <<https://www.cnn.com/2015/09/07/health/healthcare-racial-bias/index.html>>.

«En 2013, solo alrededor del 9 %»: «Diversity in the Physician Workforce: Facts & Figures 2014», Association of American Medical Colleges, 2014, <<http://www.aamcdiversityfactsandfigures.org>>.

«la novena causa de muerte»: «End Stage Renal Disease in the United States», National Kidney Foundation, actualizado en enero de 2016, <<https://www.kidney.org/news/newsroom/factsheets/End-Stage-Renal-Disease-in-the-US>>.

«insuficiencia renal a un ritmo 3,5 veces»: «Low Income Linked to Higher Levels of Kidney Disease Among African Americans», National Kidney Foundation, 5 de noviembre de 2012, <<https://www.kidney.org/news/newsroom/nr/Low-Income-Linked-to-Higher-Levels-of-Kidney-Disease>>.

«El propio departamento médico de Fresenius»: Andrew Pollack, «Dialysis Equipment Maker Settles Lawsuit for \$250 Million», *New York Times*, 18 de febrero de 2016, <<https://www.nytimes.com/2016/02/19/business/dialysis-equipment-maker-settles-lawsuit-for-250-million.html>>.

«DaVita acordó pagar 350 millones de dólares»: U.S. Department of Justice, «DaVita to Pay \$350 Million to Resolve Allegations of Illegal Kickbacks», nota de prensa, 22 de octubre de 2014, <<https://www.justice.gov/opa/pr/davita-pay-350-million-resolve-allegations-illegal-kickbacks>>.

«los médicos del condado recetaron 1,6 millones»: Melanie Saltzman, «Ohio

Sues Big Pharma over Increase in Opioid-Related Deaths», *PBS NewsHour*, 7 de octubre de 2017, <<https://www.pbs.org/newshour/show/ohio-sues-big-pharma-increase-opioid-related-deaths>>.

«38 personas murieron por sobredosis accidental»: Joel Achenbach, «No Longer “Mayberry”: A Small Ohio City Fights an Epidemic of Self-Destruction», *Washington Post*, 29 de diciembre de 2016, <https://www.washingtonpost.com/national/health-science/no-longer-mayberry-a-small-ohio-city-fights-an-epidemic-of-self-destruction/2016/12/29/a95076f2-9a01-11e6-b3c9-f662adaa0048_story.html>.

«otros 40 perdieron la vida»: «Fentanyl and Related Drugs like Carfentanil as Well as Cocaine Drove Increase in Overdose Deaths», en Ohio Department of Health, 2016 Ohio Drug Overdose Data: General Findings (Columbus, 2016), <<https://www.odh.ohio.gov/-/media/ODH/ASSETS/Files/health/injury-prevention/2016-Ohio-Drug-Overdose-Report-FINAL.pdf>>.

«“ya es más fácil conseguir heroína”»: Achenbach, «No Longer “Mayberry”».

«En un solo día de septiembre»: Achenbach, «No Longer “Mayberry”».

«la tasa de delitos violentos ha aumentado»: Achenbach, «No Longer “Mayberry”».

«200 niños fueron puestos»: Paula Seligson y Tim Reid, «Unbudgeted: How the Opioid Crisis Is Blowing a Hole in Small-Town America’s Finances», *Reuters*, 27 de septiembre de 2017, <<https://www.reuters.com/article/us-usa-opioids-budgets/unbudgeted-how-the-opioid-crisis-is-blowing-a-hole-in-small-town-americas-finances-idUSKCN1BU2LP>>.

«Este aumento ha requerido»: Seligson y Reid, «Unbudgeted».

«“Es como tener la gripe”»: Achenbach, «No Longer “Mayberry”».

«Entre 2007 y 2012»: Julia Lurie, «A Brief, Blood-Boiling History of the Opioid Epidemic», *Mother Jones*, enero/febrero de 2017, <<https://www.motherjones.com/crime-justice/2017/12/a-brief-blood-boiling-history-of-the-opioid-epidemic>>.

«Estados Unidos consumía»: Lurie, «History of the Opioid Epidemic».

«259 millones de recetas de opiáceos»: Lurie, «History of the Opioid Epidemic».

«aproximadamente el 80 % de los estadounidenses»: Keith Humphries, «How Legal Drug Companies Helped Revive the Heroin Trade», *Wonkblog, Washington Post*, 15 de junio de 2018, <<https://www.washingtonpost.com/news/wonk/wp/2018/06/15/how-legal-drug-companies-helped-revive-the-heroin-trade>>.

«las muertes por opiáceos seguían aumentando»: Karen Kaplan, «Opioid Overdose Deaths Are Still Rising in Nearly Every Segment of the Country, CDC Says», *Los Angeles Times*, 29 de marzo de 2018, <<http://www.latimes.com/science/sciencenow/la-sci-sn-opioid-overdose-deaths-20180329-htmstory.html>>.

«despojó efectivamente a la DEA»: Scott Higham y Lenny Bernstein, «The Drug Industry’s Triumph Over the DEA», *Washington Post*, 15 de octubre de 2017, <<https://www.washingtonpost.com/graphics/2017/investigations/dea-drug-industry-congress>>.

«Muchas compañías de seguros cubren»: German Lopez, «She Paid Nothing for Opioid Painkillers. Her Addiction Treatment Costs More Than \$200 a Month», *Vox*, 4 de junio de 2018, <<https://www.vox.com/science-and-health/2018/6/4/17388756/opioid-epidemic-health-insurance-buprenorphine>>.

8. EL COSTE DE LA VIDA

«“La mayoría de los contenedores”»: Steven Ross, Allison Graham y David Appleby, *At the River I Stand* (San Francisco: California Newsreel, 1993), película documental, 56 min., <https://search.alexanderstreet.com/preview/work/bibliographic_entity%7Cvi>

«“A menudo pasamos por alto”»: Martin Luther King Jr., «All Labor Has Dignity», King Series, ed. Michael K. Honey (Boston: Beacon Press, 2011).

«“Estamos cansados”»: King, «All Labor Has Dignity».

«un año de guardería de un niño de menos de dos años»: Tanza Loudonback, «In

33 US States It Costs More to Send Your Kid to Childcare Than College», *Business Insider*, 12 de octubre de 2016, <<http://www.businessinsider.com/costs-of-childcare-in-33-us-states-is-higher-than-college-tuition-2016-10>>.

«tres veces superior»: Michelle Jamrisko y Ilan Kolet, «College Costs Surge 500% in U.S. Since 1985: Chart of the Day», Bloomberg, 26 de agosto de 2013, <<https://www.bloomberg.com/news/articles/2013-08-26/college-costs-surge-500-in-u-s-since-1985-chart-of-the-day>>.

«menos del 1 % de las casas»: Jenny Luna, «Buying a Home Is Nearly Impossible for Teachers in These Cities», *Mother Jones*, 4 de febrero de 2017, <<https://www.motherjones.com/politics/2017/02/buying-house-nearly-impossible-teachers-these-cities-2>>.

«1,2 millones para 2026»: U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, «Fastest Growing Occupations», *Occupational Outlook Handbook*, 13 de abril de 2018, <www.bls.gov/ooh/fastest-growing.htm>.

«gana aproximadamente 21.000 dólares»: Brandie Temple y Jasmine Tucker, *Equal Pay for Black Women* (Washington D. C.: National Women's Law Center, julio de 2017), <<https://nwlc.org/resources/equal-pay-for-black-women>>.

«los salarios de los trabajadores crecieron un 90 %»: Lawrence Mishel, Elise Gould y Josh Bivens, *Wage Stagnation in Nine Charts* (Washington D. C.: Economic Policy Institute, 2015), <<http://www.epi.org/publication/charting-wage-stagnation>>.

«la remuneración de los trabajadores aumentó solo un 9 %»: Mishel, Gould y Bivens, *Wage Stagnation*.

«los directores generales ganen más de trescientas veces»: Diana Hembree, «CEO Pay Skyrockets to 361 Times That of the Average Worker», *Forbes*, 22 de mayo de 2018, <<https://www.forbes.com/sites/dianahembree/2018/05/22/ceo-pay-skyrockets-to-361-times-that-of-the-average-worker>>.

«40 % de la riqueza de la nación»: Christopher Ingraham, «The Richest 1 Percent Now Owns More of the Country's Wealth Than at Any Time in the

- Past 50 Years», *Wonkblog, Washington Post*, 6 de diciembre de 2017.
- «lo que supone unos 40 billones de dólares»: Harriet Torrey, «Americans' Wealth Surpasses \$100 Trillion», *Wall Street Journal*, 7 de junio de 2018, <<https://www.wsj.com/articles/u-s-net-worth-surpasses-100-trillion-1528387386>>.
- «43 % de los hogares no puede pagar»: Quentin Fottrell, «50 Million American Households Can't Even Afford Basic Living Expenses», *MarketWatch*, 9 de junio de 2018, <<https://www.marketwatch.com/story/50-million-american-households-cant-afford-basic-living-expenses-2018-05-18>>.
- «375 millones de personas en todo el mundo»: Daniela Hernandez, «Seven Jobs Robots Will Create-or Expand», *Wall Street Journal*, <<https://www.wsj.com/articles/seven-jobs-robots-will-createor-expand-1525054021>>.
- «23 % de las horas de trabajo actuales»: James Manyika et al., *Jobs Lost, Jobs Gained: Workforce Transitions in a Time of Automation* (Washington D. C.: McKinsey Global Institute, 2017), <<https://www.mckinsey.com/~media/McKinsey/Featured%20Insights/Future-Jobs-Lost-Jobs-Gained-Report-December-6-2017.ashx>>.
- «2,5 millones de empleos al año»: Karen Harris, Austin Kimson y Andrew Schwedel, «Quick and Painful: Brace for Job Automation's Next Wave», *Bain and Company*, 7 de marzo de 2018, <<http://www.bain.com/publications/articles/quick-and-painful-brace-for-job-automations-next-wave-labor-2030-snap-chart.aspx>>.
- «En 2017, los fenómenos climáticos extremos»: Jeff Goodell, «Welcome to the Age of Climate Migration», *Rolling Stone*, 25 de febrero de 2018, <<https://www.rollingstone.com/politics/politics-news/welcome-to-the-age-of-climate-migration-202221>>.
- «El coste económico vendrá a continuación»: Eileen Drage O'Reilly y Alison Snyder, «Where Climate Change Will Hit the U.S. Hardest», *Axios*, 29 de junio de 2017, <<https://www.axios.com/where-climate-change-will-hit-the-us-hardest-1513303282-6566eea4-6369-4588-88cc-c2886db20b70.html>>.
- «Después de que el huracán Harvey azotara»: Goodell, «Age of Climate

Migration».

9. SEGURIDAD INTELIGENTE

- «1.850 millones de litros de aguas»: Andrea Elliott, «Sewage Spill During the Blackout Exposed a Lingering City Problem», *New York Times*, 28 de agosto de 2003, <<https://www.nytimes.com/2003/08/28/nyregion/sewage-spill-during-the-blackout-exposed-a-lingering-city-problem.html>>.
- «la tasa de mortalidad en Nueva York»: G. Brooke Anderson y Michelle L. Bell, «Lights Out: Impact of the August 2003 Power Outage on Mortality in New York, NY», *Epidemiology* 23, n.º 2 (marzo de 2012): pp. 189–193, <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3276729>>.
- «robos chinos de propiedad intelectual estadounidense»: Sherisse Pham, «How Much Has the US Lost from China’s IP Theft?», *CNN Business*, 23 de marzo de 2018, <<https://money.cnn.com/2018/03/23/technology/china-us-trump-tariffs-ip-theft/index.html>>.
- «pérdidas económicas por este tipo de delitos cibernéticos en Estados Unidos»: James Lewis, *Economic Impact of Cybercrime—No Slowing Down* (Washington D. C.: Center for Strategic and International Studies and McAfee, febrero de 2018), <<https://www.mcafee.com/enterprise/en-us/assets/reports/restricted/economic-impact-cybercrime.pdf>>.
- «seis millones de veces al día»: Keith Alexander, «U.S. Cybersecurity Policy and the Role of USCYBERCOM», transcripción de las observaciones en el Center for Strategic and International Studies Cybersecurity Policy Debate Series, Washington D. C., 3 de junio de 2010, <<https://www.nsa.gov/news-features/speeches-testimonies/speeches/100603-alexander-transcript.shtml>>.
- «Centro de Delitos Cibernéticos»: Departamento de Justicia del estado de California, fiscalía general, «Attorney General Kamala D. Harris Announces Creation of eCrime Unit Targeting Technology Crimes», nota de prensa, 13 de diciembre de 2011, <<https://oag.ca.gov/news/press-releases/attorney-general-kamala-d-harris-announces-creation-ecrime-unit-targeting>>; y

Departamento de Justicia del estado de California, fiscalía general, «Attorney General Kamala D. Harris Announces California Cyber Crime Center Initiative in Fresno», nota de prensa, 10 de octubre de 2016, <<https://oag.ca.gov/news/press-releases/attorney-general-kamala-d-harris-announces-california-cyber-crime-center>>.

«Los tertulianos de las organizaciones de la derecha, desde Fox»: Hans A. von Spakovsky, «Nominated for a Cabinet Position? Liberal Senators Just Want to Know Your Position on “Climate Change”», Heritage Foundation, 24 de febrero de 2017, <<https://www.heritage.org/environment/commentary/nominated-cabinet-position-liberal-senators-just-want-know-your-position>>.

«“tontas”, “ridículas” y “fuera de lugar”»: véase Andrew Seifter, «Yes, CIA Director Nominee Mike Pompeo Needs to Answer Questions About Climate Change», blog *Media Matters for America*, 13 de enero de 2017, <<https://www.mediamatters.org/blog/2017/01/13/yes-cia-director-nominee-mike-pompeo-needs-answer-questions-about-climate-change/215013>>.

«las enfermedades lo hacen también»: Centers for Disease Control and Prevention, «Illnesses from Mosquito, Tick, and Flea Bites Increasing in the US», nota de prensa, 1 de mayo de 2018, <<https://www.cdc.gov/media/releases/2018/p0501-vs-vector-borne.html>>.

«los CDC ya han identificado»: Centers for Disease Control and Prevention, «Mosquito, Tick, and Flea Bites».

«Los agricultores tuvieron que abandonar»: Krista Mahr, «How Cape Town Was Saved from Running Out of Water», *Guardian*, 4 de mayo de 2018, <<https://www.theguardian.com/world/2018/may/04/back-from-the-brink-how-cape-town-craked-its-water-crisis>>.

«solo recupera entre el 7 y el 8 %»: U.S. Environmental Protection Agency and CDM Smith, *2017 Potable Reuse Compendium* (Washington D. C., 2017), 30, <https://www.epa.gov/sites/production/files/2018-01/documents/potablereusecompendium_3.pdf>.

«casi un millón de hogares»: Ben Westcott y Steve George, «Asia Under Water: How 137 Million People’s Lives Are Being Put at Risk», CNN, 30 de agosto

de 2017, <<https://www.cnn.com/2017/07/24/asia/climate-change-floods-asia/index.html>>.

«El número oficial de muertes»: Leyla Santiago, Catherine E. Shoichet y Jason Kravarik, «Puerto Rico’s New Hurricane Maria Death Toll Is 46 Times Higher Than the Government’s Previous Count», CNN, 28 de agosto de 2018, <<https://www.cnn.com/2018/08/28/health/puerto-rico-gw-report-excess-deaths>>.

«al menos 4.600 ciudadanos estadounidenses»: véase Nishant Kishore *et al.*, «Mortality in Puerto Rico After Hurricane Maria», *New England Journal of Medicine* 379, n.º 2 (12 de julio de 2018): pp. 162-170, <https://www.nejm.org/doi/full/10.1056/NEJMsa1803972#article_citing_arti>.

10. TODO LO QUE HE APRENDIDO

«ayudó a sacar a cientos de millones»: Bill Gates, «Here’s My Plan to Improve Our World—and How You Can Help», *Wired*, 12 de noviembre de 2013, <<https://www.wired.com/2013/11/bill-gates-wired-essay>>.

«Creo que la gente no habla»: Mimi Kirk, «One Answer to School Attendance: Washing Machines», *CityLab*, 22 de agosto de 2016, <<https://www.citylab.com/solutions/2016/08/school-attendance-washing-machines/496649>>.

«¡Esto es intolerable!»: Niraj Chokshi y Astead W. Herndon, «Jeff Flake Is Confronted on Video by Sexual Assault Survivors», *New York Times*, 28 de septiembre de 2018, <<https://www.nytimes.com/2018/09/28/us/politics/jeff-flake-protesters-kavanaugh.html>>.

«que no importan»: Jesus Rodriguez, «Woman Who Confronted Flake ‘Relieved’ He Called for Delaying Kavanaugh Vote», *Politico*, 28 de septiembre de 2018, <<https://www.politico.com/story/2018/09/28/jeff-flake-protester-kavanaugh-852971>>.

«Kavanaugh había engañado al Senado»: Paul Blumenthal y Jennifer Bendery, «All the Lies Brett Kavanaugh Told», *Huffington Post*, 1 de octubre de 2018,

https://www.huffingtonpost.com/entry/brett-kavanaugh-lies_us_5bb26190e4b027da00d61fcd.

«Nos enteramos de que cuando estaba en el instituto»: «Kavanaugh Hearing: Transcript», *Washington Post* (transcripción cortesía de Bloomberg Government),

<https://www.washingtonpost.com/news/national/wp/2018/09/27/kavanaugh-hearing-transcript>. Las referencias posteriores a la información presentada durante la audiencia de Kavanaugh también pueden encontrarse aquí.

«Colegio de Abogados de Estados Unidos»: Associated Press, «American Bar Association Reopens Kavanaugh Evaluation», *PBS News Hour*, 5 de octubre de 2018, <https://www.pbs.org/newshour/politics/american-bar-association-reopens-kavanaugh-evaluation>.

«“estamos de acuerdo, como profesores de Derecho”»: Susan Svrluga, «“Unfathomable”: More Than 2,400 Law Professors Sign Letter Opposing Kavanaugh’s Confirmation», *Grade Point* (blog), *Washington Post*, 4 de octubre de 2018, <https://www.washingtonpost.com/education/2018/10/04/unprecedented-unfathomable-more-than-law-professors-sign-letter-after-kavanaugh-hearing>.

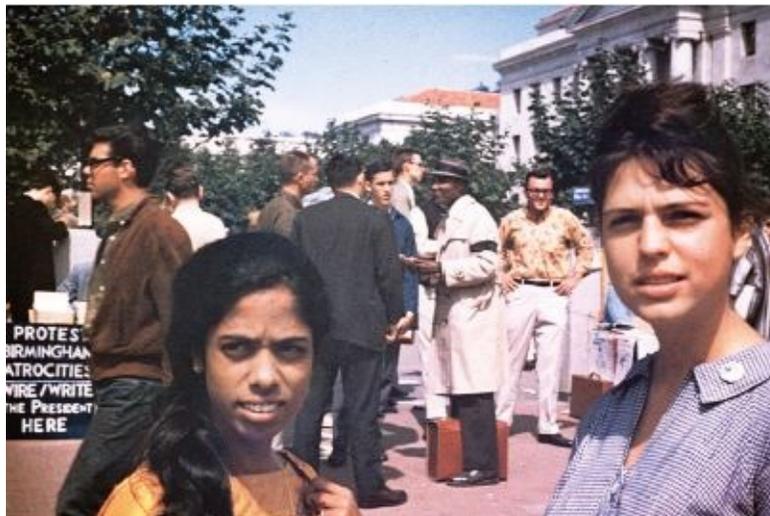
«Calculaba a diario el riesgo/beneficio»: «Kavanaugh Hearing: Transcript».

«llamadas a la Línea Nacional de Ayuda en Caso de Agresión Sexual aumentaron un 200 %»: Holly Yan, «The National Sexual Assault Hotline Got a 201% Increase in Calls During the Kavanaugh Hearing», CNN, 28 de septiembre de 2018, <https://www.cnn.com/2018/09/24/health/national-sexual-assault-hotline-spike/index.html>.

Láminas



Mis padres se conocieron en Berkeley durante el movimiento por los derechos civiles. Contrajeron matrimonio poco después.



Mi madre y su querida amiga Auntie Lenore participaron en las protestas contra las atrocidades cometidas en Birmingham.



A los veinticinco años, mi madre tenía una carrera, un doctorado, y a mí.



Papá, orgulloso de emprender un doctorado en Economía en Berkeley (abril, 1965).



Cuando tenía diez meses, visité Spanish Town, en Jamaica. Aquí estoy con mi madre y mi abuelo paterno, Oscar Joseph.



Con mi bisabuela Iris Finegan, en Jamaica.



Durante una visita a mi tío Freddy, en Harlem. Harlem siempre fue un lugar mágico para mí (septiembre, 1966).



No podía estar más entusiasmada de dar la bienvenida a mi hermana pequeña, Maya (marzo, 1967).



Mi abuelo y yo cuando fuimos a verles a él y a mi abuela en Lusaka, Zambia. Le enviaron a una misión diplomática desde la India cuando la nación africana consiguió la independencia. Mi abuelo fue una de mis personas favoritas en el mundo y una de las primeras y más duraderas influencias en mi vida.



Navidad en 1968. Las hermanas esperan a Santa Claus.



Mamá, Maya y yo fuera de nuestro apartamento en la calle Milvia después de que mis padres se separasen. A partir de entonces, se nos conoció como Shyamala y las niñas (enero, 1970).



Luciendo mi pelo afro (verano, 1970).



Mi clase, en la escuela primaria de Thousand Oaks, aún fue solo la segunda de Berkeley en ser integrada. Este es el primer curso con la señora Wilson. La del centro soy yo, con el suéter blanco.



Esta es mi sexta fiesta de cumpleaños. En la foto aparece Stacey Johnson, mi mejor amiga de la infancia y con la que mantengo la misma relación a día de hoy.



Maya y yo en el Estudio de Ballet de Madam Bovie. Me encantaba bailar cuando era niña. Todavía lo hago.



Mi chaqueta de cuero favorita a los siete años (diciembre, 1971).



Divirtiéndome con mi familia en Jamaica. Maya es la que está en el extremo derecho.



Mis abuelos maternos vinieron de visita en 1972. En la fotografía se aprecia el Dodge Dart amarillo de mi madre a la izquierda. Vivíamos justo arriba de esas escaleras, encima de la guardería.



Mucho antes del «día de llevar a tu hijo al trabajo», mi madre nos llevaba a menudo a su laboratorio en Berkeley. Tenía dos objetivos en la vida: criar a sus dos hijas y acabar con el cáncer de mama.



Estas somos Maya y yo en el patio delantero de nuestro edificio. El cartel de la Guardería Bancroft queda justo detrás de nosotras. Vivíamos en el piso de arriba.



Mi madre siempre me decía: «Kamala, puedes ser la primera en hacer muchas cosas. Asegúrate de no ser la última».



En frente de la casa de la señora Shelton, con su nieta Saniyyah en brazos. La casa siempre estaba llena de niños, buena comida y mucho amor (verano, 1978).



Durante mi primer año en la Universidad de Howard, pasé casi todos los fines de semana en el Ágora protestando contra el apartheid y pidiendo la desinversión. Aquí estoy con Gwen Whitfield (noviembre, 1982).



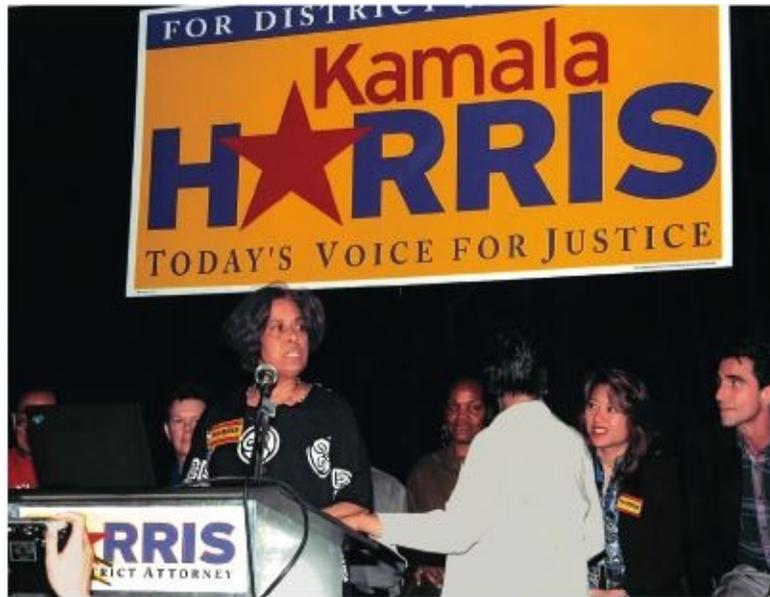
Visitando a mi abuela paterna, Beryl, en Jamaica.



Me gradué en la Facultad de Derecho de Hastings de la Universidad de California en mayo de 1989. Mi profesora de primero, la señora Wilson (izquierda), vino a animarme. Mi madre estaba muy orgullosa.



Incluso después de empezar a trabajar en la Oficina del Fiscal del Condado de Alameda, volvía a la cocina de la señora Shelton, donde sabía que siempre recibiría un cálido abrazo y una comida deliciosa.



Celebramos el arranque de campaña para mi candidatura a fiscal en el Women's Building de San Francisco. Mi madre se dirige a la multitud. También se la podía encontrar coordinando a los voluntarios, pegando sobres y, en general, haciendo todo lo que se necesitaba. Aparecen también en la foto: las supervisoras de San Francisco, Sophie Maxwell y Fiona Ma, y el miembro de la Asamblea Estatal Mark Leno.



He sido bendecida con una familia increíble. Nunca podré agradecerle lo suficiente a la tía Chris, al tío Freddy y a la tía Mary su constante ánimo y apoyo. Siempre han estado a mi lado, como hicieron aquí en un acto de campaña para mi candidatura a fiscal que celebramos en un club de jazz de San Francisco.



La noche de las elecciones, en noviembre de 2003, fuimos a cenar cuando empezaban a resolver el recuento de votos. Mi cuñado, Tony West, junto a mis queridos amigos Matthew Rothschild y Mark Leno, y mi asesor de campaña, Jim Rivaldo, anotan los primeros resultados en el mantel de papel. Arrancamos el recuento y todavía lo tengo enmarcado en mi despacho.



Gané la segunda vuelta cinco semanas después, convirtiéndome en la primera mujer fiscal del distrito de San Francisco. Aquí estoy en la sede de la campaña, de pie ante la palabra «justicia» que los voluntarios habían pintado con spray en las paredes. Tras mi hombro izquierdo está mi madre.

Detrás de ella, Chris Cunnie y el fiscal municipal Dennis Herrera. Chris se convertiría más tarde en jefe de mi oficina de investigaciones.



Cuando terminó la investidura, me acerqué a ver mi nuevo despacho. Estaba totalmente vacío, salvo por una silla en el centro. Me alegré de tomar asiento.



Me encantaba tener a mi madre conmigo en los eventos de la comunidad. Aquí estamos en el desfile del Año Nuevo Chino (2007).



Aunque mi oponente en la carrera por la fiscalía general de 2010 se declaró vencedor de las elecciones, sabíamos que estaba demasiado cerca. Nos apiñamos en torno a los ordenadores y comprobamos los recuentos durante toda la noche. Se necesitaron veintiún días para registrar todas las papeletas y me declarasen oficialmente ganadora de los comicios. ¡Cada voto cuenta! De izquierda a derecha: Justin Erlich, Dereck Johnson, Tony West, yo, Meena, Maya, Ace Smith y Brian Brokaw.



La jueza del Tribunal Supremo de California, Tani Cantil-Sakauye, me toma juramento en el Museo de la Mujer de Sacramento. Maya sostiene la Biblia de la señora Shelton.



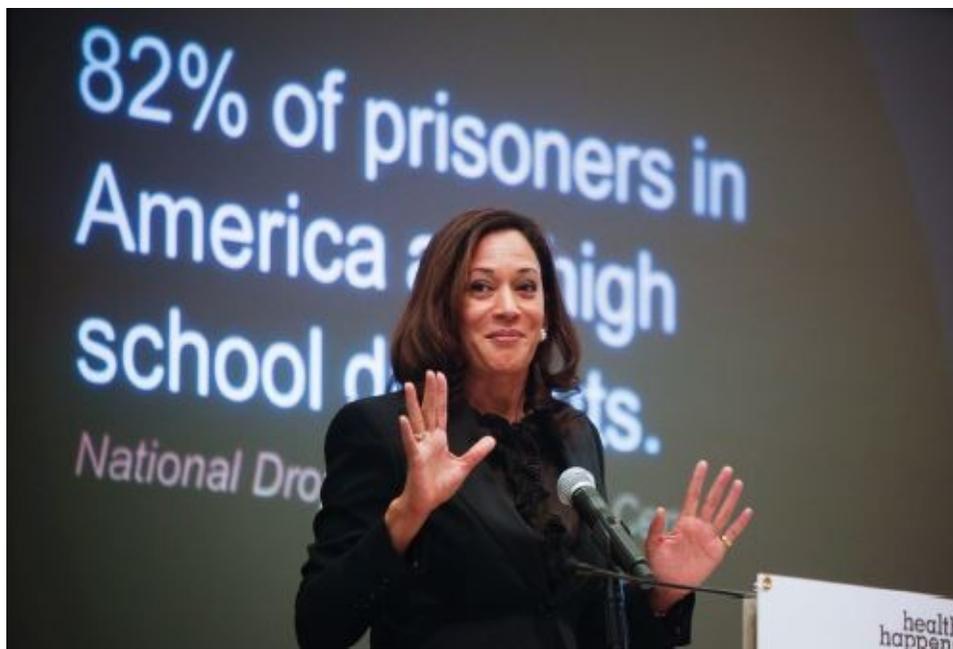
El gobernador Jerry Brown firma nuestra Ley de Derechos de los Propietarios de Viviendas de California. El presidente de la Cámara de Representantes, John Pérez, el presidente del Senado, Darrell Steinberg, y la miembro de la Asamblea, Nancy Skinner, ayudaron en gran medida a que se aprobara la ley.



Mi equipo me acompañó a Ciudad de México para trabajar en nuestra colaboración con los fiscales generales mexicanos en su lucha contra las organizaciones criminales transnacionales. De izquierda a derecha: Mateo Muñoz, Travis LeBlanc, yo, Michael Trancoso, Brian Nelson y Larry Wallace, que era el director de la aplicación de ley en la división del Departamento de Justicia de California.



Celebración de la boda de Sandy Stier (izquierda) y Kris Perry (derecha) en el balcón del Ayuntamiento de San Francisco el 28 de junio de 2013.



El 30 de septiembre de 2013, en el escenario del California Endowment para el lanzamiento a nivel estatal de nuestra iniciativa de absentismo escolar en la escuela primaria, donde expliqué que el 82 % de los presos abandona los estudios. También fue el día en que mi equipo conoció a Doug.



El 10 de octubre de 2013 anuncié una demanda contra la empresa con fines lucrativos Corinthian Colleges, Inc, que defraudó a alumnos e inversores en todo el estado. Defendimos la causa con éxito y se perdonó el préstamo a los estudiantes.



Uno de los días más felices de mi vida fue cuando me casé con Doug. Contrajimos matrimonio en el juzgado de Santa Bárbara, California, el 22 de agosto de 2014.



En el palacio de justicia el día de nuestra boda, con mi familia. De izquierda a derecha: Tony, tía Chinni, Maya, yo, tía Sarala, tío Subash (marido de Chinni) y Meena.



Doug me da la enhorabuena tras haber ganado la reelección como fiscal general de California en noviembre de 2014. Estamos en la Fundación Delancey Street, que dirige mi querida amiga Mimi Silbert.



Visitando el Centro de Detención de Pitchess en Castaic el 11 de marzo de 2015, donde estábamos empezando Back on Track-Los Ángeles. En colaboración con el departamento del sheriff y la Fundación Ford, fuimos para prestar servicios a los reclusos y ayudarles en su reinserción social. De izquierda a derecha: yo, el sheriff de Los Ángeles Jim McDonnell, Dan Suvor, Doug Wood y Jeff Tsai.



Un paseo matutino por la bahía con mi querida Ella (marzo de 2015).



Con Venus Johnson, mi fiscal general adjunta y jefa de personal de facto, trabajando en cuestiones relacionadas con la aplicación de la ley. No puedo agradecerle lo suficiente a Venus su liderazgo (abril de 2016).



En el autobús de Fearless for the People haciendo campaña por todo el Estado, con un Kamoji que siempre saluda a los transeúntes. Mi equipo de campaña, de izquierda a derecha: Juan Rodríguez, Ellie Caple, Sean Clegg, Jill Habig y Daniel López.



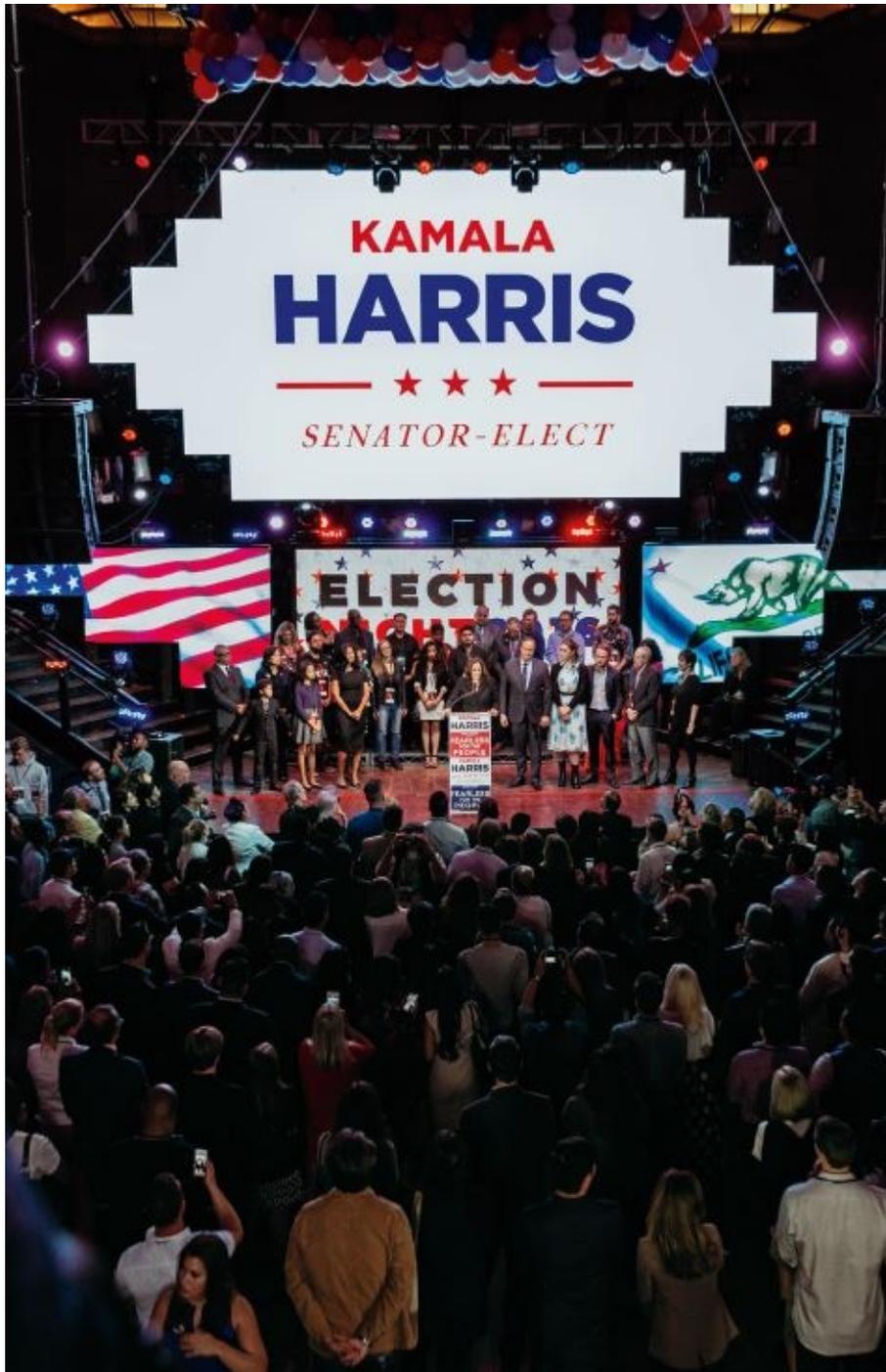
Chrisette Hudlin, mi mejor amiga, consiguió que sus hijos (y mis ahijados) Helena y Alexander se involucraran en el espíritu de campaña. Helena fue una voluntaria activa en la oficina, donde empezó su propio boletín entrevistando al personal de la campaña. La suya fue una de las entrevistas más duras que he hecho nunca.



Doug y yo saltando del autobús Kamoji el último día de campaña. ¡Listos para la acción! (7 de noviembre de 2016.)



Nathan Barankin y yo hemos recorrido un largo camino juntos. Fue mi número dos en la oficina del fiscal general en Sacramento y se unió a mí en Washington DC como jefe de personal.



Celebración de la noche electoral en Exchange LA (8 de noviembre de 2016).



El vicepresidente Biden me hace jurar el cargo como senadora de los Estados Unidos en la Antigua Cámara del Senado, en el Capitolio (3 de enero de 2017).



Varios miembros del Congreso se unieron a la Marcha de las Mujeres en Washington el 21 de enero de 2017. De izquierda a derecha: las diputadas demócratas Brenda Lawrence, Yvette Clarke, Barbara Lee, Sheila Jackson Lee, Grace Meng; yo, la presidenta de Emily's List, Stephanie Schrioc; Jackie Speier y Doris Matsui.



Me siento orgullosa de haberme graduado en la Universidad de Howard, una institución que ha inspirado, alimentado y desafiado a sus estudiantes a asumir funciones de liderazgo. Tuve el honor de pronunciar el discurso de graduación en mi alma mater (13 de mayo de 2017).



Cole se graduó en la Universidad de Colorado el 22 de mayo de 2017. Doug, Kerstin y yo estuvimos allí para celebrarlo.



La devastación y las pérdidas para las víctimas del incendio de Santa Rosa fueron incalculables.



Visitando a los primeros auxilios durante el incendio de Santa Rosa, en el norte de California. Este bombero perdió su casa en el mismo incendio contra el que luchaba. Su valentía y su sacrificio fueron profundamente conmovedores. Nunca lo olvidaré (octubre de 2017).



Viajando con una delegación a Puerto Rico para inspeccionar la vasta destrucción del huracán María. Fue un momento crucial ser testigo de la devastación que sintieron nuestros conciudadanos (noviembre de 2017).



Con John Laird, Secretario de la Agencia de Recursos Naturales de California, recorriendo el lago Oroville, donde los daños en los aliviaderos del embalse provocaron inundaciones y obligaron a la evacuación temporal de 100.000 personas.



El 20 de marzo de 2018, el Comité de Inteligencia del Senado celebró una conferencia de prensa en la que presentamos nuestras conclusiones y recomendaciones sobre las amenazas a la infraestructura electoral. De izquierda a derecha: el senador Richard Burr (R-NC), la senadora Susan Collins (R-ME), yo, el senador Mark Warner (D-VA), el senador James Lankford (R-OK), el senador Martin Heinrich (D-NM), el senador Joe Manchin (D-WV) y el senador Angus King (I-ME).



El 24 de marzo de 2018 me uní a los millones de personas de todo el país en la Marcha por Nuestras Vidas para reivindicar leyes en pro de una tenencia segura de armas. Asistí a la marcha de Los Ángeles, donde me reuní con jóvenes líderes comunitarios de The Brotherhood Crusade, que ponen de relieve el impacto de la violencia con armas de fuego en la comunidad.



Pidiendo el fin de la práctica atroz de la separación familiar. El 22 de junio de 2018 visité el Centro de Detención de Otay Mesa, en el sur de California, donde estaban recluidas las madres que habían sido separadas de sus hijos. Me reuní con ellas en la prisión y luego di una conferencia de prensa en el exterior. A mi izquierda está una gran líder: Angelica Salas, de CHIRLA.



Con Doug y Meena celebrando el Desfile del Orgullo de San Francisco (junio de 2018).



Secundando el desfile del Día de Martin Luther King en Los Ángeles. De izquierda a derecha: Heather Hutt, Areva Martin, yo, el rabino Jonathan Klein, Doug, Cole, Ella y Angelica Salas (15 de enero de 2018).



En esta multitud hay supervivientes de agresiones sexuales que, sin miedo, dijeron la verdad a los cargos de poder y se negaron a ser silenciadas. Su valor me inspira.



Pasando el rato con unos cuantos soñadores. Encontramos tiempo entre las marchas y los gritos para bailar, cantar y reír... para ser guerreros alegres.

Notas

1. Los préstamos de salario son un tipo de préstamo en el que no se exigen garantías y que el cliente se compromete a devolver, con intereses, en el momento de cobrar su siguiente salario. (*N. del e.*)

2. En Estados Unidos existen universidades públicas, sin afán de lucro (regidas por fundaciones y otro tipo de organizaciones) y con afán de lucro, en las que la universidad se plantea como una forma de negocio más. (*N. del e.*)

1. A pesar de que la segregación en las escuelas fue declarada anticonstitucional en Estados Unidos en 1954, esta siguió vigente *de facto* debido a la segregación por barrios de la población. La integración mediante el transporte escolar se introdujo a partir de 1971 y consistía en asignar a los alumnos a escuelas públicas distintas de las que les correspondían por distrito y transportarlos allí en autobuses. (*N. del e.*)

2. George Washington Carver (1864-1943) fue un científico, botánico, educador e inventor afroamericano que dedicó parte de su vida a enseñar a los esclavos liberados técnicas agrícolas (entre ellas, el cultivo de cacahuetes) con la intención de que fueran autosuficientes. (*N. del e.*)

3. Proyecto artístico y educativo obra de la actriz, creadora y activista estadounidense Marlo Thomas pensado para promover la igualdad de género y oportunidades en la infancia. Concebido originalmente en 1972 como un libro ilustrado acompañado de un disco temático con historias y canciones en el que colaboraron grandes nombres como Michael Jackson, Diana Ross o Alan Alda, tuvo un gran éxito y fue adaptado para televisión en 1974. (*N. del e.*)

4. Thurgood Marshall fue el primer juez negro del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Estuvo en el cargo desde 1967 a 1991. (*N. del e.*)

5. Fundada en 1867 en Washington D. C., la Universidad Howard es uno de los campus históricamente negros de Estados Unidos, nacidos en la época de la segregación para proporcionar educación a la población afrodescendiente. (*N. del e.*)

6. En Estados Unidos y otros países se emplea la denominación de origen medieval «Artes Liberales» para englobar los estudios relacionados con los ámbitos de las ciencias naturales y sociales, las humanidades y la formación artística. (*N. del e.*)

7. Pareja de artistas y activistas afrodescendientes estadounidenses que ganó notoriedad a partir de la década de 1950. (*N. del e.*)

8. El complejo de edificios del Capitolio, que incluye el Senado, está conectado mediante una red privada de metro. (*N. del e.*)

9 . Los Freedom Riders («jinetes de la libertad») fue un grupo de activistas creado en 1961 para denunciar el no cumplimiento por parte de los estados del sur de Estados Unidos de las sentencias judiciales que declaraban inconstitucional la segregación racial en los autobuses públicos. Sus protestas consistían en desplazarse por estos estados en autobuses con pasajeros blancos y negros para informar a la población. (*N. del e.*)

10. El servicio de alguaciles (US Marshals Service) es una agencia federal de policia estadounidense dependiente del Departamento de Justicia y dirigida por el Fiscal General de cada estado. (*N. del e.*)

1. Un fiador de fianzas es un tipo de prestamista especializado en avalar pagos de fianzas. Cuando un detenido no puede pagar su fianza, tiene la posibilidad de recurrir a uno de estos fiadores, que le exigirá el pago en efectivo de un porcentaje de esta (normalmente un 10 %) y un aval que cubra el resto (por ejemplo, una propiedad). Tras el pago, el fiador deposita en el juzgado la parte que ha cobrado de la fianza y extiende un bono en el que garantiza el pago del resto en caso de no comparecencia del detenido el día del juicio. Como el importe de la fianza se devuelve siempre independientemente del resultado del juicio, si el detenido se presenta, el fiador recupera el importe adelantado y se lo queda; si no, el fiador deposita el total de la fianza en el juzgado y ejecuta los mecanismos para recuperar el dinero mediante los avales presentados por su cliente. En cualquier caso, el detenido nunca recupera el porcentaje de la fianza que ha adelantado al fiador y, por lo tanto, la detención le cuesta dinero. (*N. del e.*)

2. El certificado GED (General Education Development) se obtiene tras superar un examen oficial y avala un nivel de conocimientos del solicitante equivalente al que obtienen los estudiantes que acaban todos los cursos del instituto en Estados Unidos. (*N. del e.*)

3. En Estados Unidos se usa tradicionalmente la colocación «el Hombre» (the Man, en inglés) para referirse de manera peyorativa al gobierno y la policía y, en épocas actuales, al poder político o económico de cualquier tipo. (*N. del e.*)

4. Selma, en Alabama, fue el punto de origen de las marchas de Selma a Montgomery (otra ciudad del mismo estado) que tuvieron lugar en marzo 1965 y en las que la población negra de aquel estado del sur exigía su derecho a voto y protestaba contra la segregación. A pesar de la violenta represión ejercida por la policía, sus reclamaciones fueron escuchadas y la Ley de Derecho a Voto fue aprobada en agosto de ese año. (*N. del e.*)

5. La Agencia Antidrogas de Estados Unidos (DEA) clasifica las sustancias potencialmente adictivas en una escala de I a V donde el I incluye las sustancias más peligrosas (sin aplicaciones médicas y muy susceptibles de generar adicción) y el V las menos. La marihuana se encuentra en la categoría I junto con la heroína, el LSD y el éxtasis, entre otras sustancias. A modo de ejemplo, en esta misma escala, la cocaína está en el II; la ketamina, en el III y las benzodiazepinas (como el diazepam), en el IV. (*N. del e.*)

6. En Estados Unidos es habitual inmovilizar a los detenidos, incluso dentro de las prisiones, uniendo muñecas y tobillos mediante esposas y usando una cadena para unirlos entre sí, lo que limita extraordinariamente el movimiento. En el caso de las embarazadas que dan a luz, en ocasiones acaban con los tobillos unidos a los barrotes de la camilla mediante esposas, lo que les impide mover las piernas con libertad durante el parto. (*N. del e.*)

1. A diferencia de lo que sucede en España, en Estados Unidos la garantía del préstamo hipotecario es la propiedad hipotecada. Una vez entregada, el prestatario liquida su deuda por completo. (*N. del e.*)

2. El mercado de préstamos en Estados Unidos está ampliamente liberalizado y es muy complejo. Se pueden contratar préstamos a través de intermediarios y tu deuda con un banco puede ser vendida a otra entidad, lo que complica enormemente la situación de los prestatarios y aumenta su vulnerabilidad. (*N. del e.*)

3. El día de Acción Gracias se celebra anualmente el cuarto jueves de noviembre. (*N. del e.*)

4. Juego de palabras con el término inglés *nag*, que significa «dar la lata». (*N. del e.*)

5. La Asamblea Estatal es la cámara baja legislativa de los distintos estados de Estados Unidos. (*N. del e.*)

6. Los informes de crédito en Estados Unidos, que llevan a cabo tres empresas con supervisión directa del Gobierno federal, recopilan el historial de pagos de facturas, deudas actuales y otra información financiera de los ciudadanos y arrojan un número entre 300 y 850. Los bancos, las empresas de créditos y financieras consultan estos informes antes de operar. Las personas con malas puntuaciones no pueden acceder a créditos de ningún tipo, incluidas tarjetas o financiación de pagos. (*N. del e.*)

7. Las instituciones financieras no bancarias son empresas que prestan algún tipo de servicio financiero, desde préstamos a inversiones, pero que no pueden aceptar depósitos porque no tienen licencia para operar como bancos. Entre ellas encontramos aseguradoras, fondos de capital riesgo, entidades de cambio de divisas, organizaciones de microcréditos o tiendas de empeño, entre otras. (*N. del e.*)

1. El caso Bush contra Gore tuvo lugar en el Tribunal Supremo y enfrentó a ambos candidatos a la presidencia de Estados Unidos en 2000 a cuenta del recuento de votos en el estado de Florida. El tribunal acabó dando la razón a Bush. (*N. del e.*)

2. Las tasas electorales (*poll tax*) se implantaron en Estados Unidos a mediados del siglo XX en algunas localidades y estados, y consistían en un pago obligatorio para poder ejercer el derecho a voto. A pesar de ser abolidas por la Decimoquinta Enmienda (que garantizaba el derecho a voto), muchos estados del sur las mantuvieron para excluir de las elecciones a la población negra que, a menudo, no podía permitirse estos pagos. (*N. del e.*)

3. De forma similar a las tasas electorales, las pruebas de alfabetización eran exámenes a los que se sometía a cualquier persona que deseara ejercer el derecho a voto y que, *de facto*, excluían a la población negra, que a menudo no tenía acceso a educación reglada o la que recibía era de menor calidad que la de la población blanca. (*N. del e.*)

4. Unas 120.000 personas de origen japonés, el 62 % de las cuales eran ciudadanas estadounidenses, fueron encerradas en campos de concentración en el oeste de Estados Unidos tras el ataque a Pearl Harbour, por orden directa del presidente Franklin D. Roosevelt. Las condiciones en los campos eran deplorables y sus ocupantes pasaron allí entre dos y cuatro años sin haber cometido ningún delito ni haber sido sometidos a ningún proceso penal. (*N. del e.*)

5. Citizens United es una organización conservadora sin ánimo de lucro que pretendía emitir un vídeo crítico con la candidata Hillary Clinton a pocos días de las elecciones primarias del Partido Demócrata en 2008. Este deseo contravenía una ley que dictaminaba que ninguna empresa ni sindicato podía llevar a cabo «comunicaciones electorales» en los treinta días anteriores a unas primarias o los sesenta anteriores a unas elecciones, ni a favor ni en contra de un candidato. Citizens United alegó su derecho a la libertad de expresión y el Tribunal Supremo le dio la razón. Los críticos con la sentencia aseguran que esto puede hacer que intereses privados alteren el normal desarrollo del proceso democrático. (*N. del e.*)

6. Se refiere al caso *Shelby County v. Holder* en el que se discutía si eran constitucionales las secciones 4(b) y 5 de la Ley de Derecho al Voto. La sección 5 exigía a determinados estados que quisieran llevar a cabo cambios en su ley electoral su presentación previa al fiscal general para que este garantizara que no discriminaban a ninguna minoría. La sección 4(b) determinaba la fórmula mediante la cual debía considerarse si un estado o no tenía que acatar la sección 5, y estaba diseñada para englobar los estados que en 1965 (año de aprobación de la Ley) habían cometido abusos contra sus minorías. En 2013 el Tribunal Supremo anuló la sección 4(b), lo que impide la aplicación de la sección 5, alegando que en el momento histórico actual ya no era necesaria. (*N. del e.*)

7. Autherine Lucy fue la primera estudiante negra que se matriculó en la Universidad de Alabama. Tras su primer día de clase, y debido a los violentos disturbios que tuvieron lugar en el campus a causa de las protestas de los partidarios de la segregación, fue expulsada por su propia seguridad. Ella demandó a la universidad con la ayuda de activistas y abogados voluntarios, entre ellos, Thurgood Marshall. La imagen a la que se refiere la autora es una fotografía de ambos abandonando el edificio del tribunal rodeados de gente. A pesar de ganar el juicio, Lucy fue igualmente expulsada alegando que la demanda había roto la confianza de la universidad en ella. Sin embargo, su caso dio una gran visibilidad e impulso a la integración en los estudios universitarios. (*N. del e.*)

8. Harvey Milk fue el primer hombre abiertamente homosexual elegido para un cargo público en Estados Unidos. Nombrado miembro de la junta de supervisores de San Francisco en enero de 1978, murió asesinado a tiros en el edificio del Ayuntamiento de la ciudad, junto con el alcalde, en noviembre de ese mismo año. (*N. del e.*)

9. Revista de humor de gran éxito en la década de 1970. (*N. del e.*)

10. Manifestación multitudinaria en favor de los derechos civiles que tuvo lugar en la capital de Estados Unidos el 28 de agosto de 1963 y en la que el 80 % de los participantes eran negros. Fue al final de esta cuando Martin Luther King pronunció su recordado discurso titulado «Tengo un sueño». (*N. del e.*)

11. Estrategia legal usada en Estados Unidos por las defensas en casos de delitos violentos contra personas del colectivo LGBTQ en la que se alega que el agresor actuó impulsado por el pánico ante insinuaciones sexuales no deseadas por parte de una persona homosexual o al descubrir, una vez iniciadas las relaciones sexuales, que una persona era trans. (*N. del e.*)

12. El término empresas depredadoras (*corporate predators*) se refiere en sentido amplio a todas las acciones llevadas a cabo desde entornos empresariales que tienen como consecuencia el empobrecimiento de personas o comunidades concretas ya sea mediante la especulación económica, los abusos laborales, la evasión de impuestos u otras prácticas legales e ilegales. (*N. del e.*)

1. En general, en Estados Unidos, antes de una cita electoral, cada partido lleva a cabo unas elecciones primarias para elegir a su candidato. Sin embargo, en las elecciones a ciertos cargos en algunos estados se lleva a cabo un sistema denominado «*jungle primary*» en el que todos los candidatos, independientemente del partido al que representen, se enfrentan entre sí en unas primarias y los dos que obtienen más votos vuelven a enfrentarse en una segunda vuelta (por supuesto, pueden ser del mismo partido). Los defensores de este sistema sostienen que reduce la radicalización y permite que sean elegidos candidatos más moderados y de consenso. (*N. del e.*)

2. Las familias con estrella dorada están formadas por los familiares directos de soldados estadounidenses muertos en acto de servicio durante un conflicto bélico. (*N. del e.*)

3. Escritora y activista afroamericana, esposa y viuda de Martin Luther King Jr. (*N. del e.*)

4. Las audiencias de confirmación tienen lugar en el Senado y su objetivo es que los senadores entrevisten a los candidatos propuestos por el presidente para altos cargos de la administración federal para decidir sobre su idoneidad. (*N. del e.*)

5. Sin embargo, John Kelly fue nombrado Secretario de Seguridad de Estados Unidos, cargo que ocupó del 20 de enero al 31 de julio de 2017, cuando fue nombrado jefe de Gabinete de la Casa Blanca, cargo que ocupó hasta el 2 de enero de 2019. (*N. del e.*)

6. Comité de acción política que recauda fondos y los destina a apoyar a un candidato. (*N. del e.*)

1. Así se denominó la política económica intervencionista aplicada por el presidente Franklin D. Roosevelt entre 1933 y 1938 para paliar las consecuencias de la Gran Depresión que tuvo lugar tras el crac de 1929. (*N. del e.*)

2. La Seguridad Social en Estados Unidos es muy distinta a la española, no es universal y solo gestiona prestaciones de jubilación, discapacidad y otras prestaciones de ingresos mínimos (como a expresidiarios y personas en riesgo de exclusión social).

3. Medicaid es un programa estatal y federal que ayuda a las personas con bajos ingresos económicos a cubrir sus gastos médicos. Cada estado determina los requisitos para acceder al programa y las coberturas de este. Se calcula que un 23 % de los estadounidenses recurren a este programa porque no pueden costearse la sanidad privada. (*N. del e.*)

4. Medicare es un programa federal de seguro médico destinado a mayores de sesenta y cinco años y personas más jóvenes con una discapacidad reconocida o problemas renales que cumplan con determinados requisitos. Aunque Medicare no cubre todos los gastos médicos ni de medicación, sí supone un alivio en un país como Estados Unidos, que carece de sanidad pública. (*N. del e.*)

5. Se conoce informalmente con este nombre una serie de medidas implementadas por el presidente Lyndon B. Johnson a partir de 1964 para intentar reducir el porcentaje de población pobre del país que, en ese momento, alcanzaba el 19 %. Estas políticas fueron el origen de otros muchos programas sociales posteriores financiados con fondos federales, que han contribuido a paliar las desigualdades del país. (*N. del e.*)

6. En español en el original. (*N. del e.*)

1. En Estados Unidos, como sucede en otros países, las personas físicas pueden declararse en quiebra de un modo similar a como lo hacen las empresas en nuestro país, lo que les permite declararse insolventes y liberarse de una parte o la totalidad de sus deudas. (*N. del e.*)

2. Los límites de por vida eran cláusulas que incluían algunos seguros médicos en Estados Unidos, que fijaban una cantidad económica máxima de cobertura para toda la vida del paciente. En el momento en el que un asegurado alcanzara esa cantidad, independientemente de sus dolencias o edad, el seguro dejaba de cubrir sus tratamientos. (*N. del e.*)

3. Teach for America («Enseñar para América») es una asociación sin ánimo de lucro que promueve que licenciados de las mejores universidades del país se comprometan a ser maestros en escuelas de zonas rurales y urbanas con alumnado procedente de familias con bajos ingresos o en riesgo de exclusión durante un periodo mínimo de dos años. (*N. del e.*)

4. El Cuerpo de Paz (Peace Corps) es una agencia gubernamental de Estados Unidos que proporciona ayuda internacional para el desarrollo social y político. Para ello, recluta a voluntarios, normalmente licenciados universitarios, que pasan dos años en un país extranjero colaborando con gobiernos, escuelas y ONG. (*N. del e.*)

5. Craigslist es una página de web de anuncios por palabras muy popular desde los inicios de internet en Estados Unidos. (*N. del e.*)

1. Más o menos sofisticados, este tipo de juguetes para tejer también fueron muy populares en España en la misma década. Tricotosa fue uno de sus nombres comerciales. (*N. del e.*)

2. Además de ser su último discurso público, este es uno de los parlamentos más conocidos de Martin Luther King Jr. En él afirmaba que no temía a la muerte porque había estado «en la cima de la montaña», una referencia al relato bíblico de Moisés, al que Dios lleva a la cima de una montaña para que contemple la Tierra Prometida que no llegará a pisar. King afirmó que él también había visto esa «tierra prometida» (el fin de la segregación y la discriminación de los negros en Estados Unidos), y que por eso no temía a nada. *(N. del e.)*

3. En Estados Unidos se vota directamente a los candidatos (no a listas ni partidos), por lo que cada representante electo tiene que responder personalmente ante los votantes de su distrito, de la misma manera que los ciudadanos de ese distrito tienen derecho a ponerse en contacto directamente con él y exigir ser escuchados. (*N. del e.*)

4. En Estados Unidos, la generación del *baby boom* corresponde a la de los nacidos entre 1946 y 1964, los años de recuperación económica posteriores a la Segunda Guerra Mundial. (*N. del e.*)

5. Conocida como ley G. I. (GI Bill) la Ley para la readaptación de las tropas de 1944 fue un paquete de medidas pensado para contribuir a la reinserción de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial en la vida civil. Entre las ayudas se incluyeron hipotecas y préstamos con tipos de interés reducidos para crear negocios o comprar ranchos, un año de subsidio por desempleo y distintos pagos directos y becas para cubrir estudios de nivel básico, universitario o formación profesional. (*N. del e.*)

6. El índice Standard & Poor's 500 (S&P 500) incluye a las 500 empresas estadounidenses más importantes que cotizan en bolsa. Salvando todas las distancias, es el equivalente estadounidense del IBEX 35 español. (*N. del e.*)

1. En muchas circunscripciones estadounidenses las votaciones no se llevan a cabo introduciendo sobres en urnas sino seleccionando a los candidatos en máquinas de todo tipo. (*N. del e.*)

2. En el momento de la publicación de este libro, la propuesta sigue en el mismo punto. No ha sido debatida ni aprobada por el Senado de Estados Unidos. En 2019 se presentó una nueva propuesta de ley al respecto (en la que no participó Kamala Harris), muy similar a la anterior, pero que tampoco ha sido debatida ni aprobada. (*N. del e.*)

3. Este libro fue publicado originalmente antes del inicio de la pandemia de coronavirus a finales del año 2019. (*N. del e.*)

4. A pesar de todo, Gina Haspel fue nombrada directora de la CIA el 21 de mayo de 2018, cargo que ocupó hasta el fin del mandato de Donald Trump. (*N. del e.*)

1. El programa se llevó a cabo como estaba previsto con resultados prometedores y se amplió en el tiempo hasta enero de 2021 para paliar los efectos de la pandemia. (*N. del e.*)

2. El empleo garantizado es una propuesta de política económica basada en la promesa por parte del Gobierno de proporcionar un empleo digno a todo aquel que quiera trabajar en condición de «empleador de último recurso». Sus defensores argumentan que esto contribuiría al pleno empleo y a la estabilidad de precios. (*N. del e.*)

3. Anita Hill es una abogada y activista afroamericana que en 1991 acusó al candidato a juez del Tribunal Supremo Clarence Thomas de haber llevado a cabo acercamientos de índole sexual no deseado cuando él era su supervisor en la Comisión para la Igualdad de Oportunidades de Empleo en la década de 1980. Aunque no logró evitar su nombramiento, la acusación de Anita Hill popularizó el término «acoso sexual», que había surgido en el movimiento feminista a mediados de la década de 1970 pero que era desconocido para el gran público, y propició que se destaparan otros escándalos de acoso sexual en Estados Unidos. (*N. del e.*)

Nuestra verdad
Kamala Harris

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Truths We Hold. An American Journey*

© del diseño de la cubierta, Darren Haggar
© de la fotografía de la cubierta, Rainer Hosch

© 2019 by Kamala D. Harris

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form. This edition published by arrangement with Penguin Press, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC

© de la traducción del inglés, María Eugenia Santa Coloma y Ana González Corcho, 2021

Corrección del texto Gema Moraleda

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2021

ISBN: 978-84-9942-992-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



Libros de actualidad

¡Síguenos en redes sociales!

